

MICHEL HOUELLEBECQ

---

*Serotonina*



**ANAGRAMA**  
Panorama de narrativas

Florent-Claude Labrouste tiene cuarenta y seis años, detesta su nombre y se medica con Captorix, un antidepresivo que libera serotonina y que tiene tres efectos adversos: náuseas, desaparición de la libido e impotencia.

Su periplo arranca en Almería –con un encuentro en una gasolinera con dos chicas que hubiera acabado de otra manera si protagonizasen una película romántica, o una pornográfica–, sigue por las calles de París y después por Normandía, donde los agricultores están en pie de guerra. Francia se hunde, la Unión Europea se hunde, la vida sin rumbo de Florent-Claude se hunde. El amor es una entelequia. El sexo es una catástrofe. La cultura –ni siquiera Proust o Thomas Mann– no es una tabla de salvación.

Florent-Claude descubre unos escabrosos vídeos pornográficos en los que aparece su novia japonesa, deja el trabajo y se va a vivir a un hotel. Deambula por la ciudad, visita bares, restaurantes y supermercados. Filósofa y despótica. También repasa sus relaciones amorosas, marcadas siempre por el desastre, en ocasiones cómico y en otras patético (con una danesa que trabajaba en Londres en un bufete de abogados, con una aspirante a actriz que no llegó a triunfar y acabó leyendo textos de Blanchot por la radio...). Se reencuentra con un viejo amigo aristócrata, cuya vida parecía perfecta pero ya no lo es porque su mujer le ha abandonado por un pianista inglés y se ha llevado a sus dos hijas. Y ese amigo le enseña a manejar un fusil...

Nihilista lúcido, Michel Houellebecq construye un personaje y narrador desarraigado, obsesivo y autodestructivo, que escruta su propia vida y el mundo que le rodea con un humor áspero y una virulencia desgarradora. *Serotonina* demuestra que sigue siendo un cronista despiadado de la decadencia de la sociedad occidental del siglo XXI, un escritor indómito, incómodo y totalmente imprescindible.

MICHEL HOUELLEBECQ

# Serotonina



 **CARLOSGRAPHIC**  
EDITORIAL

Título original: *Sérotonine*  
© Michel Houellebecq y Flammarion, París, 2019  
© de la traducción, Jaime Zulaika, 2019  
© Editorial ANAGRAMA, S.A., 2019  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

---

**Edición digital: © 2019, Carlosgraphic**

---

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Es un comprimido pequeño, blanco, ovalado, divisible.

Me despierto hacia las cinco o a veces las seis de la mañana, la necesidad es extrema, es el momento más doloroso del día. Mi primer gesto es poner en marcha la cafetera eléctrica; la víspera he llenado el depósito de agua y de café molido el filtro (por lo general Malongo, con el café sigo siendo bastante exigente). No enciendo un cigarrillo hasta después de haber tomado un primer sorbo; es una obligación que me impongo, un éxito cotidiano que se ha convertido en mi principal fuente de orgullo (debo confesar, sin embargo, que las cafeteras eléctricas van muy rápido). El alivio que me produce la primera bocanada es inmediato, de una virulencia sorprendente. La nicotina es una droga perfecta, una droga simple y dura, que no proporciona ninguna alegría y se define totalmente por la carencia y por el cese de esa carencia.

Unos minutos más tarde, después de dos o tres cigarrillos, tomo un comprimido de Captorix con un cuarto de vaso de agua mineral, normalmente Volvic.

Tengo cuarenta y seis años, me llamo Florent-Claude Labrouste y detesto mi nombre de pila, creo que procede de dos miembros de mi familia a los que mi padre y mi madre, cada uno por su lado, querían honrar; y es lamentable porque, por lo demás, no tengo nada que reprochar a mis padres, fueron excelentes en todos los sentidos, hicieron todo lo posible para darme las armas necesarias en la lucha por la vida, y si al final he fracasado, si mi vida termina en la tristeza y el sufrimiento, no puedo culparles a ellos, sino más bien a una desventurada serie de circunstancias de las que tendré ocasión de hablar –y que incluso constituyen, a decir verdad, el objeto de este libro–, no

tengo absolutamente nada que reprochar a mis padres aparte de esa nimiedad, ese molesto pero nimio episodio del nombre, no solo me parece ridícula la combinación Florent-Claude, sino que me desagradan sus dos elementos; en suma, considero mi nombre un fallo garrafal. Florent es demasiado blando, demasiado próximo al femenino Florence en un sentido casi andrógino. No se corresponde en absoluto con mi cara de rasgos enérgicos, agresivos en algunos ángulos, que a menudo ha sido considerada viril (por lo menos por algunas mujeres) pero de ningún modo, ni por asomo, el rostro de un pederasta botticelliano. Por no hablar de Claude, que me hace pensar instantáneamente en las Claudettes, y en cuanto oigo pronunciar ese nombre, en el acto me viene a la memoria la imagen espantosa de un vídeo *vintage* de Claude François reproducido en bucle en una velada de maricas viejos.

No es difícil cambiar el nombre de pila, bueno, no quiero decir desde un punto de vista administrativo, casi nada es posible desde ese punto de vista, el objetivo de la administración es reducir al máximo tus posibilidades de vida, cuando no consigue pura y simplemente destruirla, desde el punto de vista administrativo un buen administrado es un administrado muerto, hablo sencillamente desde el punto de vista del uso: basta con presentarse con un nombre nuevo y al cabo de unos meses o incluso unas semanas todo el mundo se acostumbra, a la gente ni siquiera se le pasa por la cabeza que hayas podido llamarte de otra forma anteriormente. La operación, en mi caso, habría sido aún más simple porque mi segundo nombre, Pierre, se correspondía perfectamente con la imagen de firmeza y de virilidad que me habría gustado transmitir al mundo. Pero no hice nada, seguí dejando que me llamaran por ese nombre repulsivo de Florent-Claude, lo máximo que conseguí de algunas mujeres (de Camille y de Kate, concretamente, pero ya hablaré de ellas, ya hablaré) fue que se limitaran a llamarme Florent, de la sociedad en general no he conseguido nada, en este sentido, como en casi todos los demás, me he dejado llevar por las circunstancias, he dado prueba de mi incapacidad para gobernar mi propia vida, la virilidad que parecía desprenderse de mi cara de aristas francas, de mis rasgos cincelados, no era más que una engañifa, una estafa pura y dura de la que, en verdad, yo no era responsable, Dios había decidido por mí, pero yo era, en realidad era y siempre había sido, un gallina inconsistente, y a mis cuarenta seis años nunca

había sido capaz de controlar mi propia vida, en fin, parecía muy verosímil que la segunda parte de mi existencia solo sería, a semejanza de la primera, un flácido y doloroso derrumbamiento.

Los primeros antidepresivos conocidos (Seroplex, Prozac) aumentaban los niveles de serotonina en sangre inhibiendo su recaptación por las neuronas 5-HT1. El descubrimiento, a principios de 2017, del Capton D-L abriría la vía a una nueva generación de antidepresivos, con un mecanismo de acción finalmente más simple, ya que se trataba de favorecer la liberación por exocitosis de la serotonina producida al nivel de la mucosa gastrointestinal. A finales de año se comercializó el Capton D-L con el nombre de Captorix. Demostró de inmediato una eficacia sorprendente que permitía a los pacientes integrar con una facilidad inédita los ritos más importantes de una vida normal dentro de una sociedad evolucionada (higiene, vida social reducida a la buena vecindad, trámites administrativos sencillos) sin favorecer en modo alguno, a diferencia de los antidepresivos de la generación anterior, las tendencias suicidas o de automutilación.

Los efectos secundarios indeseables observados con mayor frecuencia con Captorix eran las náuseas, la desaparición de la libido, la impotencia.

Yo nunca había sufrido náuseas.

La historia empieza en España, en la provincia de Almería, exactamente a cinco kilómetros de El Alquíán, en la carretera N-340. Estábamos a principios del verano, seguramente a mediados de julio, hacia el final de la década de 2010; me parece que Emmanuel Macron era presidente de la República. Hacía bueno y un calor tórrido, como siempre en esta estación en el sur de España. Era primera hora de la tarde, y mi Mercedes 4 × 4 G 350 TD estaba en el aparcamiento de la gasolinera Repsol. Acababa de llenar el depósito de diésel y estaba bebiendo lentamente una Coca-Cola Zero recostado en la carrocería, invadido por una tristeza creciente ante la idea de que Yuzu llegaría al día siguiente, cuando un Volkswagen escarabajo paró delante de la máquina de aire.

Se apearon del coche dos veinteañeras, hasta de lejos se veía que eran preciosas, en los últimos tiempos me había olvidado de hasta qué punto pueden ser encantadoras las chicas, me produjo una conmoción, como una especie de golpe teatral exagerado, ficticio. El aire era tan caluroso que parecía animado por una ligera vibración, al igual que el asfalto del aparcamiento, eran exactamente las condiciones para la aparición de un espejismo. Pero las chicas eran reales y sucumbí a un leve pánico cuando una de ellas vino hacia mí. Tenía una larga melena castaño claro, muy ligeramente ondulada, y llevaba en la frente una delgada cinta de cuero recubierta de motivos geométricos de colores. Una banda de algodón blanco le cubría más o menos los pechos, y su falda corta, flotante, también de algodón blanco, parecía dispuesta a levantarse al menor soplo de aire; sin embargo, no había ninguno, Dios es clemente y misericordioso.

La chica estaba tranquila, sonriente, y no parecía tener ningún miedo; el miedo estaba en mi lado, digámoslo claramente. Su mirada destilaba bondad



y felicidad; supe nada más verla que en su vida no había conocido más que experiencias felices con los animales, los hombres, incluso con los jefes. ¿Por qué se me acercaba, joven y deseable, aquella tarde de verano? Ella y su amiga querían comprobar la presión de sus neumáticos (bueno, me explico mal, de los neumáticos de su coche). Es una medida prudente, recomendada por los organismos de protección viaria en casi todos los países civilizados e incluso en algunos otros. De modo que aquella chica no solo estaba buena y era buena, sino que también era prudente y sensata, mi admiración por ella crecía a cada segundo. ¿Podía negarle mi ayuda? Era evidente que no.

Su compañera se ajustaba más al modelo que cabía esperar de una española: el pelo muy negro, los ojos castaño oscuro, la piel mate. Tenía un aspecto menos hippioso, bueno, también parecía bastante hippie, pero menos maja, con un toquecito de golfa, un anillo de plata le perforaba la nariz izquierda, la faja que le tapaba los pechos era multicolor, de un grafismo agresivo, constelada de lemas que podían considerarse punk o rock, he olvidado la diferencia, para simplificar digamos que punk-rock. A diferencia de su amiga llevaba un short y era peor todavía, yo no sé por qué fabrican shorts tan ceñidos, era imposible que su culo no te hipnotizase. Era imposible, yo no pude evitarlo, pero casi enseguida volví a concentrarme en la situación. Lo primero que había que saber, les expliqué, era la presión conveniente para el modelo de automóvil en cuestión: normalmente venía indicada en una plaquita metálica soldada en la parte inferior de la portezuela delantera izquierda.

La placa estaba efectivamente en el lugar mencionado y noté que crecía la consideración de las chicas por mis competencias varoniles. Como su coche no iba muy cargado –sorprendentemente llevaban poco equipaje, dos bolsas ligeras que debían de contener algunos tangas y los productos de belleza usuales–, una presión de 2,2 kilobars era suficiente.

Faltaba realizar la operación de inflado propiamente dicha. La presión del neumático delantero izquierdo, constaté de entrada, era solo de 1,0 kilobar. Me dirigí a las chicas con gravedad, hasta con una ligera severidad a la que mi edad me autorizaba: habían hecho bien en consultarme, y menos mal, porque estaban sin saberlo en auténtico peligro: las ruedas poco infladas podían producir pérdidas de adherencia, un desvío de la trayectoria, a la larga

el accidente era casi seguro. Ellas reaccionaron con emoción e inocencia, la del pelo castaño me puso una mano en el antebrazo.

Hay que reconocer, desde luego, que el manejo de estos aparatos es un coñazo, hay que acechar los silbidos del mecanismo y muchas veces hay que tantear antes de colocarlos en la boquilla de la válvula, es más fácil follar, de hecho, es más intuitivo, estoy seguro de que ellas habrían estado de acuerdo conmigo a este respecto, pero no sabía cómo abordar el asunto, total, que inflé la rueda delantera izquierda e inmediatamente después la trasera izquierda, ellas estaban acuclilladas a mi lado y seguían mis gestos con suma atención, barboteando en su lengua «*chulo*» y «*claro que sí*», y luego yo les pasé el relevo y las exhorté a ocuparse de los otros neumáticos bajo mi paternal supervisión.

La morena, más impulsiva, como bien advertí, acometió de entrada la rueda delantera derecha, y ahí la cosa se volvió peliaguda en cuanto se arrodilló, con sus nalgas prietas, de una redondez tan perfecta dentro del minishort, y que se movían a medida que intentaba controlar la boquilla, creo que la del pelo castaño se compadeció de mi apuro, hasta me pasó brevemente un brazo alrededor de la cintura, un brazo de hermana.

Llegó el momento, por último, del neumático trasero derecho, del que se encargó la del pelo castaño. La tensión erótica era menos intensa, pero se le superponía una suave tensión amorosa, porque los tres sabíamos que era el último neumático y luego no tendrían otra alternativa que proseguir viaje.

Sin embargo, se quedaron conmigo unos minutos, entrelazando agradecimientos y gestos airoso, y su actitud no era del todo teórica, al menos es lo que me digo ahora, a varios años de distancia, cuando me da por recordar que en otra época tuve una vida erótica. Ellas me preguntaron mi nacionalidad –francesa, creo que no lo he mencionado–, si la región me parecía atractiva, si, en particular, yo conocía sitios chulos. En un sentido, sí, había un bar de tapas donde también servían desayunos abundantes, justo enfrente de mi domicilio. Había asimismo un local nocturno, un poco más lejos, que se podía, siendo generoso, considerar chulo. Y estaba mi casa, podría haberlas alojado, al menos una noche, y tuve la sensación (pero sin duda fantaseo retrospectivamente) de que eso habría sido realmente chulo. Pero no dije nada de todo esto, opté por la síntesis para explicarles a grandes

rasgos que la región era agradable (lo cual era verdad) y que me sentía muy a gusto en ella (lo cual era falso, y la próxima llegada de Yuzu no arreglaría las cosas).

Al final se marcharon haciendo grandes gestos con la mano, el Volkswagen escarabajo dio media vuelta en el aparcamiento y enfiló la vía de acceso a la carretera nacional.

Allí podrían haber sucedido varias cosas. Si hubiéramos estado en una comedia romántica, al cabo de unos segundos de titubeo dramático (en este momento es importante el actor, creo que Kev Adams podría haberlo hecho), yo habría saltado al volante de mi Mercedes 4 × 4, habría alcanzado rápidamente al escarabajo en la autopista, lo habría adelantado gesticulando mucho con los brazos, gestos un poco tontos (como los que hacen los actores de las comedias románticas), el Volkswagen se habría parado en el arcén de emergencia (de hecho, en una comedia clásica habría solo una chica, sin duda la del pelo castaño), y habrían acontecido diversos y emocionantes actos humanos, entre los golpes de aire de los camiones que nos pasaban rozando a unos metros. Para esta escena el dialoguista habría tenido que currarse el texto.

Si hubiésemos estado en una película porno, la continuación habría sido aún más previsible, pero menor la importancia del diálogo. Todos los hombres desean chicas frescas, ecologistas y amantes de los tríos; bueno, casi todos los hombres, yo por lo menos.

Estábamos en la realidad y por eso volví a mi casa. Me había sobrevenido una erección, cosa apenas sorprendente teniendo en cuenta cómo había ido la tarde. La traté con los medios habituales.

Aquellas chicas, y en especial la del pelo castaño, podrían haber dado un sentido a mi estancia en España, y la conclusión decepcionante y trivial de mi tarde no hizo más que subrayar cruelmente una evidencia: no tenía ningún motivo para estar allí. Había comprado aquel apartamento con Camille, y para ella. Era la época en que teníamos proyectos de pareja, un arraigo familiar, un molino romántico en la Creuse o qué sé yo, quizá lo único que no proyectamos fue la fabricación de hijos, y aun así, en un momento dado, faltó poco. Fue mi primera compra inmobiliaria y además la única.

El lugar le había gustado de inmediato. Era un pequeño centro naturista, tranquilo, apartado de los enormes complejos turísticos que se extienden desde Andalucía hasta Levante, y cuya población se componía sobre todo de jubilados del norte de Europa: alemanes, holandeses, en menor medida escandinavos y, por supuesto, los inevitables ingleses, aunque curiosamente no había belgas, a pesar de que todo en aquel centro (la arquitectura de los pabellones, la distribución de los centros comerciales, el mobiliario de los bares) parecía reclamar su presencia, en fin, era realmente un rincón para belgas. La mayoría de los residentes había desempeñado su carrera en la docencia, el funcionariado en el sentido amplio, las profesiones intermedias. Terminaban ahora su vida de una forma apacible, no eran los últimos a la hora del aperitivo y paseaban con simplicidad, del bar a la playa y de la playa al bar, sus nalgas caídas, sus pechos superfluos y sus pollas inactivas. No se metían en líos, no causaban ningún conflicto de vecindad, extendían con civismo una toalla en las sillas de plástico del *No problema* antes de enfrascarse, con una atención exagerada, en el examen de una carta por lo demás corta (en el perímetro del recinto nudista era una cortesía admitida evitar mediante una toalla el contacto entre un mobiliario de uso colectivo y

las partes íntimas, posiblemente húmedas, de los consumidores).

Otra clientela, menos numerosa pero más activa, era la formada por los hippies españoles (adecuadamente representados, yo me percataba con dolor, por aquellas dos chicas que me habían abordado para inflar los neumáticos). No estará de más un breve recorrido por la historia reciente de España. A la muerte del general Franco, en 1975, España (más concretamente la juventud española) se vio enfrentada a dos tendencias contradictorias. La primera, directamente surgida de los años sesenta, otorgaba un gran valor al amor libre, el nudismo, la emancipación de los trabajadores y ese tipo de cosas. La segunda, que acabaría imponiéndose en los años ochenta, valoraba por el contrario la competición, el porno *hard*, el cinismo y las stock-options, bueno, simplifico pero hay que hacerlo porque, si no, no llegamos a nada. Los representantes de la primera tendencia, cuya derrota estaba programada de antemano, se replegaron poco a poco hacia reservas naturales como este modesto centro naturista en el que yo había comprado un apartamento. Por otra parte, ¿finalmente se había producido esa derrota programada? Algunos fenómenos muy posteriores a la muerte de Franco, tales como el movimiento de los *indignados*, podían inducir a pensar lo contrario. Así como, más recientemente, la presencia de aquellas dos jovencitas en la gasolinera Repsol de El Alquián, aquella tarde perturbadora y funesta; ¿el femenino de *indignado* era *indignada*? ¿Había, pues, conocido a dos encantadoras *indignadas*? No lo sabré nunca, no había podido acercar mi vida a la suya, aunque podría haberles propuesto que visitaran mi centro naturista, donde habrían estado en su entorno natural, quizá la morena se habría marchado, pero yo habría estado a gusto con la castaña, en fin, las promesas de felicidad se volvían un poco borrosas a mi edad, pero durante varias noches después del encuentro soñaba con que la castaña llamaba a mi puerta. Había vuelto a buscarme, mi vagabundeo por este mundo había llegado a su fin, había vuelto para salvarme con un solo movimiento la polla, mi ser y mi alma. «Y en mi casa, libre y audazmente, penetra como su dueña.» En algunos de estos sueños ella precisaba que su amiga morena aguardaba en el coche para saber si podía subir para unirse a nosotros; pero esta versión onírica se hizo cada vez menos frecuente, el guión se simplificaba y al final no hubo siquiera guión, inmediatamente después de abrir la puerta entrábamos en un espacio

luminoso, inenarrable. Estas divagaciones continuaron durante un poco más de dos años; pero no nos adelantemos.

Por el momento, la tarde del día siguiente tendría que ir a buscar a Yuzu al aeropuerto de Almería. Ella nunca había estado aquí, pero yo tenía la certeza de que detestaría el lugar. Solo sentiría asco por los jubilados nórdicos y desprecio por los hippies españoles, ninguna de estas dos categorías (que cohabitaban sin gran dificultad) encajaba en su visión elitista de la vida social y del mundo en general, toda aquella gente carecía definitivamente de *clase*, y por otro lado yo tampoco tenía la menor *clase*, solamente dinero, incluso bastante dinero, a causa de unas circunstancias que referiré quizá cuando tenga tiempo, y una vez que se había dicho esto en el fondo ya se había dicho todo lo que había que decir de mi relación con Yuzu, a la que naturalmente tenía que abandonar, estaba claro, y también que nunca deberíamos haber vivido juntos, pero yo necesitaba tiempo, mucho tiempo, para volver a gobernar mi vida, como ya he dicho, y la mayor parte del tiempo era incapaz de hacerlo.

No me costó encontrar sitio en el aeropuerto, el aparcamiento estaba sobredimensionado, como todo en la región, concebido a la medida de un éxito turístico descomunal que nunca se produjo.

Hacía meses que no me había acostado con Yuzu y sobre todo no tenía intención de volver a hacerlo en ningún caso, por distintos motivos que explicaré sin duda más adelante, en el fondo yo no comprendía en absoluto por qué había organizado estas vacaciones, y tenía ya pensado, mientras esperaba en un banco de plástico en el vestíbulo de llegadas, acortar su duración; había previsto dos semanas, una sería más que suficiente, iba a mentir sobre mis obligaciones profesionales, la muy puta no podría objetar nada a este respecto, dependía por completo de mi pasta, lo cual al fin y al cabo me daba ciertos derechos.

El avión procedente de París-Orly llegaba puntual y la sala de llegadas estaba climatizada agradablemente y casi totalmente vacía: el turismo

disminuía cada vez más en la provincia de Almería. En el momento en que el tablón electrónico anunció que el avión acababa de aterrizar, a punto estuve de levantarme y dirigirme al aparcamiento; ella no sabía mi dirección, le resultaría imposible encontrarme. Razoné rápidamente: un día u otro tendría que volver a París, aunque solo fuese por motivos profesionales, de mi trabajo en el Ministerio de Agricultura estaba ya prácticamente tan asqueado como de mi pareja japonesa, desde luego atravesaba un mal momento, hay gente que se suicida por menos de eso.

Como de costumbre, Yuzu estaba despiadadamente maquillada, casi pintada, la barra de labios escarlata y la sombra de ojos violeta realzaban su tez pálida, su piel de «porcelana», como decían en las novelas de Yves Simon, recordé en aquel momento que ella nunca se exponía al sol, porque los japoneses consideran que una piel muy blanca (bueno, de porcelana, por decirlo a la manera de Yves Simon) era el *summum* de la distinción, así que qué íbamos a hacer en un balneario español si te niegas a exponerte al sol, aquel proyecto de vacaciones era resueltamente absurdo, esa misma noche, en el trayecto de vuelta, me encargaría de cambiar las reservas de hotel, una semana era ya demasiado, ¿por qué no guardar algunos días de primavera para los cerezos en flor de Kioto?

Con la del pelo castaño todo habría sido distinto, ella se habría desvestido en la playa sin rencor ni desprecio, como una chica obediente de Israel, a ella no le molestarían los michelines de las gordas jubiladas alemanas (tal era el destino de las mujeres, ella lo sabía, hasta la llegada de Cristo en su gloria), habría ofrecido al sol (y a los jubilados alemanes, que no se habrían perdido ni un detalle) el glorioso espectáculo de sus nalgas perfectamente redondas, de su coño candoroso pero depilado (porque Dios ha permitido engalanarse), y a mí se me habría empinado otra vez, me habría empalmado como un mamífero, pero ella no me la habría mamado directamente en la playa, era un centro naturista familiar, habría evitado escandalizar a las pensionistas alemanas, que hacían ejercicios de hatha yoga en la playa al despuntar el sol, pero yo habría intuido que ella deseaba hacerlo y mi virilidad se habría sentido regenerada, y ella habría esperado a estar juntos en el agua, a unos cincuenta metros de la orilla (la pendiente de la playa era muy suave), para ofrecer sus partes húmedas a mi falo triunfal, y más tarde habríamos cenado

*un arroz con bogavante* en un restaurante de Garrucha, el romanticismo y la pornografía ya no habrían estado separados, la bondad de Dios se habría manifestado intensamente, en fin, que mis pensamientos iban de aquí para allá, pero al menos conseguí esbozar una vaga expresión de satisfacción cuando vi que Yuzu entraba en la sala de llegadas en medio de una horda compacta de mochileros australianos.

Ensayamos un beso, bueno, nos frotamos las mejillas, pero sin duda aquello era ya excesivo, ella se sentó al instante, abrió su neceser (cuyo contenido cumplía estrictamente las normas impuestas a los equipajes por todas las compañías aéreas) y volvió a empolvase sin prestar la más mínima atención a la cinta de distribución de equipajes; estaba claro que iba a ser yo el que apechugase con ellas.

Sus maletas yo las conocía bien, por fuerza, eran de una marca famosa que había olvidado, Zadig y Voltaire o Pascal y Blaise, cuya idea, fuera la que fuese, había sido reproducir en la tela uno de esos mapas geográficos del Renacimiento en los que el mundo estaba representado de una forma muy aproximada, pero con leyendas *vintage* como: «Aquí hay tigres», total, que eran maletas elegantes, su exclusividad la reforzaba el hecho de que no estaban provistas de ruedas, al contrario que las vulgares Samsonite para ejecutivos medios, o sea que había que *cargarlas*, exactamente como los baúles de los puentes de la época victoriana.

Como todos los países de Europa occidental, España, empeñada en un proceso feroz de aumento de la productividad, había suprimido poco a poco los empleos no cualificados que antaño contribuían a hacer la vida un poco menos desagradable, condenando de paso a la mayoría de su población a un paro masivo. Maletas así, ya llevaran las siglas de Zadig y Voltaire o Pascal y Blaise, solo tenían sentido en una sociedad donde aún existía la función de *mozo de cuerda*.

No parecía ser el caso, pero en realidad sí, me dije al retirar de la cinta transportadora el equipaje de Yuzu (una maleta y una bolsa de viaje de un peso casi idéntico, las dos debían de pesar unos cuarenta kilos): el mozo de cuerda era yo.



Ejercía asimismo la función de chófer. Poco después de haber enlazado con la autopista A-7, Yuzu encendió su iPhone y conectó los auriculares antes de taparse los ojos con una tira impregnada de una loción descongestionante de aloe vera. En dirección sur, en el sentido que conducía al aeropuerto, la autopista podía ser peligrosa, no era raro que un camionero letón o búlgaro perdiese el control de su vehículo. En la dirección contraria, los conductores de las flotillas de camiones que abastecían al norte de Europa de verduras cultivadas en invernaderos, recogidas por malienses clandestinos, acababan de emprender su trayecto, no estaban todavía somnolientos, y adelanté a una treintena de camiones sin problemas antes de acercarme a la salida 537. A la entrada de la larga curva que llevaba al viaducto sobre la Rambla del Tesoro, faltaba la valla de protección a lo largo de unos quinientos metros; para solventar el escollo bastaba con abstenerme de girar el volante. La pendiente era muy empinada en este punto, y habida cuenta de la velocidad adquirida cabía esperar un recorrido perfecto, el coche ni siquiera descendería velozmente la pendiente rocosa, se estrellaría directamente cien metros más abajo, un momento de puro terror y luego se acabó, entregaría al Señor mi alma incierta.

El día era despejado y sereno, me acercaba rápidamente a la entrada de la curva. Cerré los ojos crispando las manos sobre el volante, hubo unos segundos de equilibrio paradójico y de paz absoluta, con seguridad menos de cinco, en los que tuve la sensación de haber salido del tiempo.

Con un movimiento convulsivo, totalmente involuntario, hice una maniobra violenta hacia la izquierda. Justo a tiempo, la rueda delantera derecha mordió brevemente el arcén pedregoso. Yuzu se arrancó la máscara y los auriculares. «¿Qué pasa? ¿Qué pasa?», repitió, colérica, pero también con

un poco de miedo, y empecé a jugar con su miedo. «Todo va bien...», dije, con la mayor suavidad que pude, con la entonación untuosa de un asesino múltiple civilizado, Anthony Hopkins era para mí un modelo, admirable y casi insuperable, en fin, la clase de hombre que necesitas conocer en un momento determinado de la vida. Repetí con voz todavía más baja, casi subliminalmente: «Todo va bien...»

En realidad, yo no iba nada bien; acababa de fracasar en mi segundo intento de liberarme.

Como esperaba, Yuzu acogió con calma, limitándose a no expresar una satisfacción exagerada, mi decisión de reducir nuestro período de vacaciones a una semana, y mis explicaciones de índole profesional parecieron convencerla enseguida; la verdad es que se la sudaba.

Mi pretexto, por otra parte, no lo era del todo, de hecho yo me había marchado antes de entregar mi nota de síntesis sobre los productores de albaricoques del Rosellón, asqueado por la inanidad de mi tarea, en cuanto se firmasen los acuerdos de libre intercambio que se negociaban actualmente con los países del Mercosur, era evidente que los productores de albaricoques del Rosellón no tendrían ya ninguna posibilidad, la protección que ofrecía la denominación de origen «albaricoque rojo del Rosellón» no era más que una farsa ridícula, la invasión de albaricoques argentinos era inevitable, ya se podía considerar virtualmente muertos a los productores de albaricoques del Rosellón, no quedaría ni uno, ni uno solo, ni siquiera un superviviente para contar los cadáveres.

Creo que no he dicho que yo trabajaba en el Ministerio de Agricultura, mi cometido esencial consistía en redactar notas e informes destinados a consejeros negociadores que casi siempre formaban parte de las administraciones europeas, a veces en el marco de rondas de negociaciones más amplias, cuyo papel era «definir, defender y representar las posiciones de la agricultura francesa». Mi estatuto de contratado me permitía cobrar un sueldo elevado, muy superior al que los textos en vigor habrían permitido asignar a un funcionario. En un sentido, este sueldo estaba justificado, la agricultura francesa es compleja y múltiple, raros son los que dominan los retos de todas las ramas, y mis informes, por lo general, eran apreciados, elogiaban mi capacidad de ir a lo esencial, de no perderme en una multitud de

cifras, de saber, por el contrario, aislar algunos elementos clave. Por otro lado, mi balance era una sucesión impresionante de fracasos en mi defensa de las posiciones agrícolas de Francia, pero en el fondo no eran fracasos míos, sino más directamente de los consejeros negociadores, especie rara y fútil cuyos reveses reiterados no mermaban en nada su altanería, yo había tratado con algunos de ellos (no muy a menudo, solíamos comunicarnos por mail) y me habían asqueado estos contactos, por lo general no eran ingenieros agrónomos sino exalumnos de las escuelas de comercio, yo sentía desde el principio solo aversión por el comercio y todo lo referente a él, la idea de «altos estudios comerciales» era a mi juicio una profanación del concepto mismo de estudios, pero en definitiva era normal que empleasen para el puesto de consejeros a jóvenes licenciados en altos estudios comerciales, una negociación es siempre lo mismo, ya se negocie con albaricoques, calissons de Aix, móviles o cohetes Ariane, las negociaciones son un universo autónomo que obedece a sus propias leyes y es inaccesible a quienes no son negociadores.

Recogí, no obstante, mis notas sobre los productores de albaricoques del Rosellón, me instalé en la habitación de arriba (era un dúplex) y al final casi no vi a Yuzu durante una semana, los dos primeros días hice el esfuerzo de reunirme con ella abajo, de mantener la ilusión de un lecho conyugal, y después desistí, adquirí la costumbre de comer solo, en aquel bar de tapas bastante chulo donde había dejado pasar la ocasión de sentarme a la mesa con la del pelo castaño de El Alquián, y con el paso de los días me resigné a pasar allí todas mis tardes, en ese espacio de tiempo comercialmente átono pero socialmente irreductible que separa en Europa la comida de la cena. El ambiente era relajante, había gente un poco como yo pero peor, en la medida en que tenían veinte o treinta años más que yo y para ellos el veredicto ya había sido dictado, estaban *derrotados*, había muchos viudos por la tarde en aquel bar de tapas, los naturistas también conocen la viudez, bueno, sobre todo había viudas y no pocos viudos homosexuales cuyo compañero más frágil había volado al paraíso de los sarasas, por otra parte las distinciones de orientación sexual parecían haberse evaporado en aquel bar manifiestamente elegido por los mayores para terminar su vida, en beneficio de distinciones más trivialmente nacionales: en las mesas de la terraza se distinguía

claramente el rincón de los ingleses del de los alemanes; yo era el único francés; en cuanto a los holandeses, eran unos auténticos cabrones, se sentaban en cualquier parte, nunca se insistirá lo suficiente en que son una raza de comerciantes políglotas y oportunistas. Y todos ellos se atontaban plácidamente a base de *cervezas* y *platos combinados*; el ambiente era en general muy tranquilo, el tono de las conversaciones moderado. De vez en cuando, sin embargo, se abatía una ola de *indignados* juveniles que venía directamente de la playa, las chicas tenían todavía el pelo húmedo y el nivel sonoro aumentaba un grado en el local. Yo no sé qué coño haría por su parte Yuzu porque nunca se exponía al sol, seguramente veía series japonesas en la Net; aún ahora me pregunto si comprendía algo de la situación. Un simple *gaijin* como yo, que ni siquiera procedía de un medio fuera de lo común, a lo sumo capaz de agenciarse un sueldo confortable sin ser astronómico, tendría que haberse sentido infinitamente orgulloso de compartir incluso la existencia de una japonesa, es más, de una japonesa joven y sexy, que pertenecía a una familia eminente y estaba en contacto con los ambientes artísticos más avanzados de los dos hemisferios, la teoría a este respecto era incuestionable, caía por su peso que yo era apenas digno de desatarle las sandalias, el problema es que yo mostraba una indiferencia cada vez más grosera por su condición y la mía, una noche en que fui a buscar cervezas en la nevera de abajo tropecé con ella en la cocina y se me escapó un «Apártate, putón», antes de coger el pack de San Miguel y un *chorizo* a medias, la cuestión es que sin duda se sintió un poco desconcertada durante aquella semana, recordar la prominencia de su rango social sirve de muy poco cuando el otro podría replicarte eructándote a la cara o tirándose un pedo, había desde luego muchas personas a las que podía comunicar su malestar, no a su familia, que inmediatamente habría aprovechado la ocasión de expresar que ya era hora de que ella volviese al Japón, sino a amigas, a amigas o conocidos, y pienso que utilizó a conciencia Skype durante esos días en que me resigné a abandonar a los productores de albaricoques del Rosellón sumidos en su caída hacia la aniquilación, mi indiferencia por entonces hacia los productores de albaricoques del Rosellón me parece hoy una señal premonitrice de la que manifesté en el momento decisivo hacia los productores lácteos de Calvados y la Manche, y también de la indiferencia más fundamental que desarrollaría

luego por mi propio destino y que me impulsaba en aquel momento a buscar con avidez la compañía de los veteranos, lo que paradójicamente no era tan fácil, estaban dispuestos a desenmascaramme como un falso veterano, sufrí en concreto algunos desaires de jubilados ingleses (lo cual no era grave, un inglés nunca va a acogerte bien, el inglés es casi tan racista como el japonés, del cual constituye en cierto modo una versión atenuada), pero también de los holandeses, que obviamente no me rechazaban por xenofobia (¿cómo podría ser xenófobo un holandés?; ya hay una contradicción en los términos, Holanda no es un país, es a lo sumo una empresa), sino porque me negaban el acceso a su universo senil, no había estado a la altura, no podían confiarme con naturalidad sus problemas de próstata ni los de sus baipases, sorprendentemente me habían acogido con mayor facilidad los *indignados*, su juventud iba emparejada con una ingenuidad real, y durante aquellos días yo podría haberme pasado al otro bando y tendría que haberlo hecho, era mi última oportunidad y a la vez yo tenía mucho que enseñarles, conocía perfectamente las derivas de la industria agrícola, su militatismo habría adquirido consistencia en contacto conmigo, sobre todo porque la política española en materia de transgénicos era más que cuestionable, España era uno de los países europeos más liberales y más irresponsables en este campo, era España entera, el conjunto de los *campos* españoles, la que corría el riesgo de transformarse de la noche a la mañana en una bomba genética, en el fondo habría bastado una chica, siempre basta una chica, pero nada sucedió que pudiera hacerme olvidar a la chica de El Alquián, y al mirar atrás ni siquiera se lo recrimino a las *indignadas* presentes, hasta soy incapaz de recordar realmente su actitud conmigo, al pensarlo tengo la sensación de que era de una benevolencia superficial, pero supongo que yo mismo solo era superficialmente accesible, me había destrozado el retorno de Yuzu, y la evidencia de que tenía que deshacerme de ella y hacerlo lo más pronto posible, me sentía incapaz de fijarme en los encantos de las *indignadas*, e incluso si me había fijado, de creer que eran reales, aquellas chicas eran como un documental sobre las cascadas del Oberland bernés captado en internet por un refugiado somalí. Mis días transcurrían cada vez más dolorosos a falta de acontecimientos tangibles y simplemente de razones para vivir, al final hasta había abandonado por completo a los productores de albaricoques del

Rosellón; ya no iba muy a menudo al café por miedo a encontrarme con una *indignada* con los pechos desnudos. Miraba los movimientos del sol sobre las baldosas, despachaba botellas de coñac Cardenal Mendoza y más o menos eso era todo.

A pesar de la insoportable vacuidad de los días, veía sin embargo con temor el momento del regreso; durante los días que durase estaría obligado a acostarme en la misma cama que Yuzu, y es que no podíamos pedir habitaciones separadas, me sentía incapaz de herir frontalmente la *Weltanschauung* de los recepcionistas y hasta del conjunto del personal hotelero, conque ella y yo estaríamos pegados permanentemente, las veinticuatro horas, y este calvario iba a durar cuatro días enteros. En la época de Camille solo necesitaba dos días para recorrer el trayecto, primero porque ella también conducía y me relevaba en cualquier momento, pero también porque las limitaciones de velocidad no se respetaban todavía en España, todavía no habían implantado el sistema del carné por puntos, y la coordinación de las burocracias europeas era de todos modos menos perfecta, de ahí la indulgencia general con respecto a las infracciones menores cometidas por los extranjeros. No solo una velocidad de 150 o 160 kilómetros por hora, en lugar de este ridículo límite de 120, permitía obviamente reducir el número de horas del trayecto, sino sobre todo que podías circular más tiempo y en mejores condiciones de seguridad. En las interminables autopistas españolas, rectilíneas hasta el infinito, casi desiertas, aplastadas por el sol y que atraviesan un paisaje de un hastío total, en especial entre Valencia y Barcelona, aunque optar por el interior no mejoraba mucho las cosas, el tramo entre Albacete y Madrid era también pesadísimo, en esas autopistas españolas ni siquiera el consumo de cafés solos en cada ocasión, ni fumar un cigarrillo tras otro te mantenían despierto, al cabo de tres o cuatro horas de recorrido aburrido los ojos se te cerraban necesariamente, solo la descarga de adrenalina inducida por la velocidad podría haber mantenido la vigilancia intacta, la absurda limitación de velocidad era en realidad la causa



del aumento de los accidentes mortales en las autopistas españolas, y a menos que me arriesgase a sufrir un accidente mortal –que, la verdad, habría sido una solución–, ahora no tenía más remedio que limitarme a trayectos de 500 o 600 kilómetros al día.

En los tiempos de Camille ya era difícil encontrar en la carretera hoteles que aceptasen a los fumadores, pero por las razones que he dicho solo necesitábamos un día para atravesar España y otro para llegar a París, y habíamos descubierto algunos establecimientos disidentes, uno en la costa vasca, otro en la costa Bermeja y un tercero en los Pirineos Orientales pero ya más en el interior, exactamente en Bagnères-de-Luchon, ya en las montañas, y es quizá de este último, el castillo de Riell, del que conservaba el recuerdo más mágico, debido a la decoración kitsch, pseudoexótica, increíble, de todas sus habitaciones.

La opresión legal era menos perfecta entonces, había algunos agujeros en las mallas de la red, pero también yo era más joven, esperaba poder permanecer dentro de los límites de la legalidad, creía todavía en la justicia de mi país, tenía confianza en el carácter globalmente beneficioso de sus leyes, no había adquirido aún esa pericia de guerrillero que me permitiría después tratar con indiferencia los detectores de humo: una vez desatornillada la tapa del aparato, dos buenos cortes de alicates para desactivar el circuito eléctrico de alarma y se acabó el asunto. Es más difícil burlar a las mujeres de la limpieza, cuyo olfato superentrenado para detectar olores de tabaco no suele conocer flaquezas, la única solución en este caso es untarlas, una generosa propina siempre logra comprar su silencio, pero es evidente que en estas condiciones la estancia acaba saliendo más cara, no estás nunca a salvo de una delación.

Yo había previsto nuestra primera escala en el parador de Chinchón, era una elección poco discutible, los paradores en general son poco cuestionables, pero este, en particular, era encantador, asentado en un convento del siglo XVI, las habitaciones daban a un patio embaldosado donde manaba una fuente, en todos los corredores y en la misma recepción podías sentarte en magníficos sillones españoles de madera oscura. Yuzu se acomodó en uno y

cruzó las piernas con esa altivez hastiada que le era habitual, y sin prestar la menor atención al entorno encendió su smartphone, dispuesta de antemano a protestar porque no había cobertura. Había cobertura, lo cual era más bien una buena noticia, la tendría ocupada durante la velada. Pero tuvo que levantarse, no sin mostrar indicios de irritación, para presentar ella misma su pasaporte y su permiso de estancia en Francia, y para firmar en los lugares indicados, tres en total, de los formularios que le entregó el encargado del hotel, la gerencia de los paradores conservaba extrañamente una faceta burocrática y puntillosa, absolutamente inadaptada a lo que debe ser en el imaginario turístico occidental la recepción de un hotel con encanto, los cócteles de bienvenida no existían, la fotocopia de los pasaportes sí, probablemente las cosas no habían cambiado mucho después de Franco, aun así los paradores *eran* hoteles con encanto, eran incluso el arquetipo casi perfecto, todo lo que aún se mantenía en pie en España, desde los castillos medievales hasta los conventos renacentistas, había sido convertido en parador. Esta política visionaria, practicada desde 1928, había adquirido su verdadera dimensión un poco más tarde, con la llegada al poder de un hombre. Francisco Franco, independientemente de otros aspectos a veces objetables de su acción política, podía ser considerado el verdadero inventor a escala mundial del *turismo de lugares con encanto*, pero su obra no se detenía ahí, ese espíritu universal sentaría más adelante las bases de un auténtico *turismo de masas* (¡pensemos en Benidorm!, ¡pensemos en Torremolinos!, ¿existía en el mundo, en los años sesenta, algo comparable?), Francisco Franco era en realidad un auténtico gigante del turismo, y es con esta vara con la que acabaría siendo valorado, cosa que ya empezaban a hacer algunas escuelas de hostelería suizas, y, de un modo más general, en el plano económico el franquismo había sido recientemente objeto de estudios interesantes en Harvard y Yale, que mostraban cómo el caudillo, presintiendo que España nunca llegaría a subirse al tren de la revolución industrial que, preciso es decirlo, había perdido totalmente, había tenido la audacia de quemar las etapas invirtiendo en la tercera fase, en la fase final de la economía europea, la del sector terciario, el turismo y los servicios, dando así a su país una ventaja competitiva decisiva en el momento en que los asalariados de los nuevos países industriales, al acceder a un poder

adquisitivo más alto, deseasen utilizarlo en Europa, ya en el turismo de lugares con encanto, ya en el de masas, de acuerdo con su posición social, aunque por el momento no había ningún chino en el parador de Chinchón, un par de universitarios ingleses de lo más corrientes aguardaban su turno detrás de nosotros, pero los chinos llegarían, vaya que si llegarían, no me cabía la menor duda a este respecto, quizá lo único que había que hacer era simplificar las formalidades en la recepción, las cosas habían cambiado, se tenga el respeto que se tenga y se deba tener por la obra turística del *caudillo*, era poco probable que ahora espías llegados del frío pensarán en infiltrarse en las huestes inocentes de los turistas normales; los espías llegados del frío a su vez se habían convertido en turistas ordinarios, a semejanza de su jefe, Vladímir Putin, el primero de ellos.

Una vez cumplidas las formalidades, firmados y rubricados todos los impresos informativos del hotel, viví todavía un instante de júbilo masoquista al sorprender la mirada irónica y hasta despectiva que me lanzó Yuzu cuando entregué al recepcionista mi tarjeta de *Amigos de Paradores* para que validase mis puntos; ella no perdía nada esperando. Me dirigí hacia nuestra habitación arrastrando mi Samsonite; ella me siguió, con la cabeza osadamente erguida, tras haber dejado sus dos maletas Zadig y Voltaire (o Pascal y Blaise, lo he olvidado) en el centro mismo del vestíbulo de la recepción. Fingí no haberme dado cuenta y nada más entrar en la habitación me serví una Cruzcampo del minibar y encendí un cigarrillo; no tenía nada que temer, diversas experiencias me habían convencido de que los detectores de humo de los paradores también databan de la era franquista, más bien del final de esa era, y de que a todo el mundo le importaba un bledo, que solo se trataba de una concesión tardía y superficial a las normas del turismo internacional, basada en la ilusión de una clientela norteamericana que de todas formas nunca llegaría a Europa y menos aún a los paradores, Venecia era la única en Europa que todavía podía jactarse de una vaga frecuentación americana, había llegado la hora de que los profesionales europeos del turismo mirasen hacia países más burdos y más nuevos, para los que el cáncer de pulmón solo representaba un inconveniente marginal y poco

documentado. Durante diez minutos no sucedió nada o casi, Yuzu dio unas cuantas vueltas, comprobó que su smartphone seguía teniendo cobertura, que ninguna bebida del minibar correspondía a su rango: había cervezas, CocaCola normal (ni siquiera la Light) y agua mineral. Luego soltó, con un tono que ni siquiera llegaba realmente a ser interrogativo: «¿No traen el equipaje?» «No lo sé», dije, antes de abrir una segunda Cruzcampo. Los japoneses no pueden ruborizarse de verdad, el mecanismo psicológico existe pero el resultado es bastante ocre, sin embargo lo cierto es que digirió la afrenta, estuvo un minuto sufriendo temblores pero la digirió, se volvió sin decir palabra y se encaminó a la puerta. Regresó unos minutos después arrastrando su maleta mientras yo apuraba mi cerveza. Cinco minutos más tarde, cuando reapareció con su bolsa de viaje, yo había empezado una tercera; el viaje me había dado mucha sed. Como yo me esperaba, no volvió a dirigirme la palabra en toda la velada, lo cual me permitió concentrarme en los platos: desde el principio, a la explotación del patrimonio arquitectónico los paradores han optado por añadir el realce de las gastronomías regionales españolas, y en mi opinión el resultado es a menudo delicioso, aunque en general un poco graso.

Para nuestra segunda etapa yo había aumentado aún más la puja eligiendo un Relais Château, el castillo de Brindos, situado en el territorio de la comuna de Anglet, no lejos de Biarritz. Esta vez hubo un cóctel de bienvenida, camareros diligentes y numerosos, cannelés y macarons servidos para nosotros en cuencos de porcelana, una botella de Ruinart nos aguardaba enfriándose en el minibar, resumiendo, era un Relais Château de puta madre en la costa vasca de puta madre, todo podría haber ido de maravilla si no me hubiera acordado de repente, justo al cruzar el salón de lectura, donde profundos sillones de orejas encuadraban mesas cubiertas de montones de *Figaro Magazine*, *Côte Basque*, *Vanity Fair* y otras publicaciones, de que ya había estado en aquel hotel con Camille, al final del verano anterior a nuestra separación, al final de nuestro último verano, y el mínimo y muy efímero rebrote de benevolencia que hubiese podido experimentar por Yuzu (que en aquel entorno más favorable se había recuperado, que de alguna manera había

vuelto a ronronear y que había empezado a extender algunas prendas encima de la cama, con la evidente intención de estar *deslumbrante* a la hora de la cena) quedó al instante anulado por la comparación inevitable que me vi forzado a hacer entre la conducta de las dos mujeres. Camille había atravesado boquiabierta los salones de la recepción, contemplando con la cabeza levantada los cuadros en sus marcos, las paredes de piedra aparente, las lámparas finamente trabajadas. Al entrar en la habitación se había detenido, impresionada, ante la mole immaculada de la cama matrimonial, antes de sentarse tímidamente en el borde para probar lo flexible y mullida que era. Nuestra suite junior tenía vistas al lago, ella había querido sacar al instante una foto de los dos, y cuando abrí la puerta del minibar y le pregunté si quería una copa de champán ella había exclamado: «¡Ah, síii!...» con una expresión de felicidad total, y yo sabía que ella paladeaba a cada segundo esta dicha accesible a las clases medias altas, para mí era distinto, yo ya había tenido acceso a hoteles de aquella categoría, era donde mi padre recalaba cuando íbamos de vacaciones a Méribel, en el castillo de Igé en Saône-et-Loire, o en el «Domaine de Clairefontaine» de Chonas-l'Amballan, yo mismo pertenecía a la clase media alta, mientras que ella era hija de la clase media media y, a decir verdad, empobrecida por la crisis.

Yo ni siquiera tenía ya ganas de dar un paseo por la orilla del lago a la espera de la hora de comer, la idea misma me resultaba odiosa como una profanación, y solo con desgana me puse una chaqueta (después de haber apurado la botella de champán) para dirigirme al restaurante del hotel, *con una simple estrella* en la guía Michelin, donde John Argand *resucitaba de manera creativa* la cocina tradicional vasca en su menú «El mercado de John». Estos restaurantes, por lo demás, habrían sido soportables si los camareros no hubiesen adquirido recientemente la manía de declamar la composición del más mínimo entremés con el tono engolado de un énfasis mitad gastronómico, mitad literario, acechando en el cliente atisbos de complicidad o al menos de interés con objeto, me imagino, de convertir la comida en una distendida experiencia compartida, siendo así que solo su manera de exclamar «¡Buena degustación!» al final de su arenga sibarita solía ser suficiente para quitarme el apetito.

Otra innovación, más lamentable todavía, era que desde mi estancia

acompañado de Camille habían instalado detectores de humo en las habitaciones. Yo los había localizado en cuanto entré, al mismo tiempo que había advertido que, dada la altura de los techos –como mínimo tres metros, más probablemente cuatro–, me sería imposible desactivarlos. Tras una hora o dos de titubeos, descubrí mantas adicionales en un armario y me instalé en el balcón para dormir: por suerte la noche era templada, en peores garitas había montado guardia durante un congreso sobre la industria porcina celebrado en Estocolmo. Uno de los cuencos de porcelana para la repostería me serviría de cenicero; bastaba con limpiarlo por la mañana y enterrar las colillas en una de las jardineras de hortensias.

La tercera jornada de viaje fue interminable, la autopista A-10 parecía estar en obras casi en su totalidad, hubo dos horas de atascos a la salida de Burdeos. Llegué, pues, en un estado de exasperación aguda a Niort, una de las ciudades más feas que he visto en mi vida. Yuzu no pudo reprimir una mueca de estupor al darse cuenta de que nuestra etapa del día nos conducía al Hotel Mercure Marais Poitevin. ¿Por qué le infligía semejante humillación? Humillación inútil, por añadidura, ya que la recepcionista me informó, con un toque visible de satisfacción malévol, de que el hotel acababa de pasar muy recientemente, «a petición de la clientela», a la categoría de cien por cien «no fumadores»; sí, es verdad, ella estaba al corriente de que en la página web no lo habían modificado todavía.

Fue la primera vez en mi vida que vi aparecer con alivio, a media tarde del día siguiente, los primeros contrafuertes del extrarradio parisino. De joven, cuando cada domingo por la noche salía de Senlis, donde había vivido una infancia muy protegida, para reanudar mis estudios en el centro de París, cuando atravesaba Villiers-le-Bel, luego Sarcelles, luego Pierrefitte-sur-Seine, cuando veía elevarse poco a poco a mi alrededor la densidad de la población y los bloques de edificios, y crecer la violencia de las conversaciones en el autobús y aumentar visiblemente el grado de peligro, tenía siempre la sensación claramente definida de volver al infierno, y a un

infierno construido por los hombres a su conveniencia. Ahora era diferente, un recorrido social sin una brillantez particular pero correcta me había permitido huir, confiaba en que definitivamente, del contacto físico e incluso visual de las clases peligrosas, ahora me encontraba en mi propio infierno, construido por mí a mi conveniencia.

Vivíamos en un gran apartamento de tres habitaciones en la planta 29 de la torre Totem, una especie de estructura alveolada de hormigón y cristal plantada sobre cuatro enormes pilares de hormigón bruto, que recordaba a esos champiñones de aspecto repulsivo pero, al parecer, deliciosos que creo que llaman colmenillas. La torre Totem se encontraba en el corazón del barrio de Beaugrenelle, justo enfrente de la Île aux Cygnes. Yo detestaba esta torre y el barrio de Beaugrenelle, pero Yuzu adoraba aquella colmenilla gigantesca de hormigón, se había «enamorado al instante» de ella, es lo que decía a todos nuestros invitados, al menos en los primeros tiempos, quizá, por otra parte, lo seguía diciendo, pero hacía mucho tiempo que yo había renunciado a recibir a los invitados de Yuzu, un momento antes de que llegaran me encerraba en mi cuarto y no salía en toda la velada.

Ocupábamos habitaciones separadas desde hacía algunos meses, le había dejado a ella la «suite» (es como una habitación, pero con un vestidor y un cuarto de baño, lo digo para mis lectores de las capas populares) y yo ocupaba la «habitación de invitados», y utilizaba el baño con ducha contiguo, no necesitaba bañera: un cepillado de dientes, una ducha rápida y asunto concluido.

Nuestra relación se hallaba en fase terminal, ya nada podía salvarla, y por otro lado ni siquiera hubiese sido deseable, sin embargo hay que reconocer que disfrutábamos de lo que se suele llamar una «vista espléndida». Tanto el salón como la suite daban al Sena, y más allá del distrito 16 al bosque de Bolonia, el parque de Saint-Cloud, etcétera; cuando hacía buen tiempo se divisaba el palacio de Versalles. Mi habitación daba directamente al hotel Novotel, situado a menos de doscientos metros, y más allá a la mayor parte de París, pero esta vista no me interesaba, dejaba continuamente cerradas las



cortinas dobles, no solo detestaba el barrio de Beaugrenelle sino que también detestaba París, me repugnaba esta ciudad infestada de burgueses ecorresponsables, yo también era quizá un burgués pero no era ecorresponsable, circulaba en un 4 × 4 diésel –puede que no hubiera hecho gran cosa en mi vida, pero al menos habría contribuido a destruir el planeta– y sabotaba sistemáticamente el programa de criba selectiva implantado por el presidente de la comunidad de vecinos tirando las botellas vacías al cubo de la basura reservado a los papeles y envases, y los desechos perecederos al contenedor de recogida del cristal. Me enorgullecía un poco de mi incivismo, pero también me vengaba mezquinamente del precio indecente del alquiler y los gastos; después de haber pagado el alquiler y los gastos y entregado a Yuzu la asignación mensual que ella me había pedido para «sufragar las necesidades domésticas» (sobre todo consistentes en encargar sushis), yo había gastado exactamente el noventa por ciento de mi sueldo, total, que mi vida de adulto se reducía a picotear la herencia de mi padre, mi padre no merecía esto, había llegado claramente el momento de poner fin a estas idioteces.

Desde que la conocía, Yuzu trabajaba en la Casa de la Cultura de Japón en el quai de Branly, estaba a quinientos metros del apartamento pero aun así ella iba hasta allí en bici, con su estúpida bicicleta holandesa que luego tenía que subir en el ascensor y dejar aparcada en el cuarto de estar. Supongo que habían sido sus padres los que la habían enchufado para esta prebenda. Yo no sabía muy bien a qué se dedicaban sus padres, pero eran innegablemente ricos (una hija única de padres ricos da como resultado personas como Yuzu, sea cual sea el país y la cultura), seguramente no riquísimos, no me imaginaba que su padre fuese el presidente de Sony o de Toyota, sino más bien funcionario, un alto funcionario.

Me explicó que la habían contratado para «renovar y modernizar» el programa de las actividades culturales. No era precisamente un regalo: el folleto que recogí la primera vez que fui a visitarla a su lugar de trabajo desprendía un tedio mortal: talleres de origami, de ikebana y de tenkoku, espectáculos de kamishibai y de tambores jōmon, conferencias sobre el juego

del go y la vía del té (escuela Urasenke, escuela Omotosenke), los escasos invitados japoneses eran tesoros nacionales vivos pero por los pelos, la mayoría tenía como mínimo noventa años, habría sido más apropiado denominarlos tesoros nacionales moribundos. Resumiendo, lo único que Yuzu hacía para cumplir su contrato era organizar una o dos exposiciones de mangas, uno o dos festivales sobre las nuevas tendencias del porno japonés; *it was quite an easy job*.

Hacía seis meses que había desistido de asistir a las exposiciones organizadas por Yuzu, después de la consagrada a Daikichi Amano. Era un fotógrafo y videasta que presentaba imágenes de chicas desnudas recubiertas de diversos animales repulsivos como anguilas, pulpos, cucarachas, gusanos anillados... En un vídeo, una japonesa atrapaba con los dientes los tentáculos de un pulpo que salían de la taza de un retrete. Creo que yo nunca había visto nada tan asqueroso. Por desgracia, como de costumbre, yo había empezado por el bufé antes de interesarme por las obras expuestas; dos minutos más tarde me precipité a los aseos del centro cultural para vomitar el arroz y el pescado crudo.

Cada fin de semana era un suplicio, pero aparte de eso las semanas transcurrían sin encontrarme casi con Yuzu. Cuando yo me iba al Ministerio de Agricultura, ella estaba mucho de haberse despertado; rara vez se levantaba antes del mediodía. Y cuando yo volvía, hacia las siete de la tarde, ella casi nunca estaba. Seguramente no era su trabajo el que la incitaba a horarios tan tardíos, al fin y al cabo era lo normal, ella solo tenía veintiséis años y yo tenía veinte más, el deseo de vida social disminuye con la madurez, acabas diciéndote que estás de vuelta de todo, además yo había instalado en mi cuarto un paquete de SFR, podía acceder a las cadenas deportivas y seguir las ligas de fútbol francesa, inglesa, alemana, española e italiana, lo cual representaba un número de horas considerable de diversión, si Pascal hubiera conocido este paquete quizá habría pensado de forma distinta, y todo ello por un precio idéntico al de los demás operadores, yo no comprendía que SFR no

hiciera más hincapié, en su publicidad, en su maravillosa oferta deportiva, en fin, zapatero a tus zapatos.

Lo que sin duda era más criticable, desde el punto de vista de la moral comúnmente admitida, era mi convicción de que Yuzu asistía con bastante frecuencia a «fiestas libertinas». Yo la había acompañado a una, justo al principio de nuestra relación. Se celebraba en un palacete del quai de Béthune, en la Île Saint-Louis. Yo ni siquiera sabía cuánto podía costar en el mercado una vivienda parecida, quizá veinte millones de euros, lo cierto es que nunca había visto nada semejante. Había un centenar de participantes, más o menos dos hombres por cada mujer, en conjunto ellos eran más jóvenes que ellas y de mucho más baja extracción social, la mayor parte tenía incluso un aspecto claramente de «extrarradio», deben de pagarles, me dije por un instante, pero probablemente no, follar gratis es ya una bicoca para la mayoría de los hombres, además había champán y pastelillos servidos en los tres salones de recepción en hilera donde pasé la velada.

Nada sexual se desarrollaba en los salones de recepción, pero la ropa sumamente erótica de las mujeres, el hecho de que parejas o grupos se dirigiesen regularmente hacia la escalera que llevaba a las habitaciones o, por el contrario, a la bodega, no permitían la menor duda sobre el espíritu de la reunión.

Al cabo de alrededor de una hora, cuando fue evidente que yo no tenía la menor intención de ir a explorar lo que se tramaba o se intercambiaba más allá del bufé, Yuzu llamó a un Uber. En el trayecto de vuelta no me hizo ningún reproche, pero tampoco manifestó ningún pesar, ninguna vergüenza; de hecho no hizo la menor alusión a la velada, y por lo demás ya nunca volvería a mencionarla.

Ese silencio parecía confirmar mi hipótesis de que no había renunciado a esos pasatiempos, y una noche tuve ganas de saber a qué atenerme, era absurdo, ella podía volver en cualquier momento, y además hurgar en el ordenador de tu compañera no tiene nada de honorable, es algo curioso la necesidad de saber, bueno, la palabra necesidad es quizá un poco fuerte, digamos que aquella noche no había partidos de fútbol interesantes.

Cribando sus mails por el tamaño, separé fácilmente la decena que contenía vídeos adjuntos. En el primero, mi compañera era el centro de un gang-bang de factura clásica: ella hacía una paja y se la chupaba a una quincena de hombres que la penetraban, esperaban sin prisa su turno y usaban un preservativo para las penetraciones vaginales y anales; nadie pronunciaba una palabra. En un momento dado ella intentaba abarcar dos pollas con la boca, pero no lo conseguía del todo. En una segunda fase los participantes le eyacularon en la cara, que poco a poco quedó cubierta de esperma, más tarde Yuzu cerró los ojos.

Todo esto estaba muy bien, bueno, por decirlo de alguna manera digamos que no estaba exageradamente sorprendido, pero había otra cosa que me llamaba más la atención: enseguida había reconocido la decoración, aquel vídeo había sido filmado en mi apartamento, y más concretamente en la suite, y eso, eso no me hacía mucha gracia. Debía de haber aprovechado uno de mis desplazamientos a Bruselas, y hacía más de un año que ya no iba, por tanto el vídeo se había filmado muy al principio de nuestra relación, o sea, en una época en que todavía follábamos juntos e incluso follábamos mucho, creo que yo nunca había follado tanto, ella estaba disponible para follar casi en todo momento, yo había entonces deducido de ello que estaba enamorada de mí, era quizá un error de análisis, pero entonces es un error que cometen muchos hombres, o bien no lo es, así es como funciona (como dicen en las obras de psicología popular) la mayoría de las mujeres, está en su software (como dicen en los debates políticos de Public Sénat), Yuzu bien podía ser un caso particular.

De que era un caso particular, en efecto, daba testimonio el segundo vídeo. Esta vez la escena no transcurría en mi casa ni tampoco en el palacete de la Île Saint-Louis. Así como el mobiliario de la Île Saint-Louis era estiloso, minimalista, negro y blanco, también el nuevo escenario era señorial, burgués, Chippendale, pensabas en la avenue Foch, en un ginecólogo rico o tal vez en un presentador de televisión famoso, en cualquier caso Yuzu se masturbaba sobre una otomana antes de deslizarse al suelo cubierto por una alfombra de motivos vagamente persas sobre la cual un dóberman de edad mediana la penetraba con el vigor que se atribuye a su raza. A continuación la cámara cambiaba de eje y mientras el dóberman

seguía trabajándola (de hecho los perros eyaculan muy pronto en su estado natural, pero el coño de la mujer debe de tener notables diferencias con el de la perra, el animal no encontraba sus puntos de referencia), Yuzu excitaba el glande de un bull-terrier para después metérselo en la boca. Sin duda más joven, el bullterrier eyaculaba en menos de un minuto antes de que lo sustituyera un bóxer.

Después de este mini gang-bang canino interrumpí el visionado, estaba asqueado pero sobre todo por los perros, ahora bien, yo no podía ignorar el hecho de que para una japonesa (según todo lo que había podido observar de la mentalidad de ese pueblo) acostarse con un occidental es ya casi como copular con un animal. Antes de salir de la suite grabé el conjunto de los vídeos en un lápiz USB. La cara de Yuzu era muy reconocible y empecé a proyectar el esbozo de un nuevo plan de liberación que consistía sencillamente (las buenas ideas son siempre sencillas) en tirarla por la ventana.

La realización práctica apenas presentaba dificultades. Primero había que convencerla de que probara una bebida, con el pretexto de que era de una calidad totalmente asombrosa, digamos un obsequio de un pequeño productor local de licor de mirabel en los Vosgos, ella era muy sensible a estos argumentos, en este sentido seguía siendo una verdadera turista. Los japoneses, e incluso más en general los asiáticos, soportan muy mal el alcohol a causa de que les funciona mal el aldehído deshidrogenasa 2, que realiza la transformación del etanol en ácido acético. En menos de cinco minutos se sumergiría en un atontamiento etílico, yo ya había hecho la prueba; bastaría con abrir la ventana y transportar su cuerpo, pesaba menos de cincuenta kilos (más o menos el mismo peso que sus maletas), no me costaría mucho arrastrarla, y veintinueve pisos no perdonan.

Por supuesto, podía intentar que creyeran que había sido un accidente imputable a la embriaguez, todo esto parecía bastante creíble, pero tenía una confianza enorme, quizá excesiva, en la policía de mi país, y mi proyecto inicial era confesar: con aquellos vídeos, pensaba yo, disponía de circunstancias atenuantes. El Código Penal de 1810, en su artículo 324, estipula que «el asesinato cometido por el esposo en la persona de su esposa, o por esta en la persona de aquel, no es excusable [...]»; sin embargo, en el

caso de adulterio, previsto por el artículo 336, «el asesinato cometido por el esposo en la persona de su esposa, así como en la de su cómplice, en el instante en que los sorprende en flagrante delito en la vivienda conyugal, es excusable». En suma, si yo me hubiese plantado con un kaláshnikov el día de la orgía, y si estuviéramos en la época de Napoleón, me absolverían sin ningún problema. Pero no estábamos en la época de Napoleón, ni siquiera en la de *Divorcio a la italiana*, y una rápida búsqueda en internet me informó de que la pena media por un crimen pasional cometido en un marco conyugal era de diecisiete años de prisión; algunas feministas desearían ir más lejos, permitir la imposición de penas más severas introduciendo el concepto de «feminicidio» en el Código Penal, lo que a mí me parecía bastante divertido, me sonaba a insecticida o a raticida. Así y todo, diecisiete años me parecía mucho.

Pero, en fin, me digo que quizá no se esté tan mal en la cárcel, los problemas administrativos desaparecen y también se hacen cargo de ti en el aspecto médico, el principal inconveniente es que continuamente te zurren y te sodomizan los otros reclusos, pero, pensándolo bien, era sobre todo a los pedófilos a los que humillaban y enculaban los otros presos, o si no a jovencitos muy monos, con un culito de ángel, delincuentes frágiles y mundanos que caían como idiotas por una raya de coca, yo estaba cachas, macizo, y era un poco alcohólico, en realidad mi perfil era más bien el de un recluso preventivo medio. *Humillados y enculados* era un buen título, Dostoievski basura, de hecho me parecía que Dostoievski había escrito sobre el mundo carcelario, quizá se pudiera trasponer, bueno, no tenía tiempo de comprobarlo, tenía que tomar una decisión rápidamente y me parecía que un tío que ha matado a su mujer para «vengar su honor» debía inspirar cierto respeto a sus compañeros reclusos, es lo que me decía mi escasa comprensión del medio carcelario.

Por otro lado, de todas formas había cosas que me gustaban mucho en el exterior, una visita rápida al G20, por ejemplo, tenían catorce variedades distintas de hummus, o un paseo por el bosque, de niño me gustaba pasear por el bosque, debería haber dado más paseos entonces, había perdido demasiado el contacto con mi infancia, total, que un encarcelamiento prolongado quizá no fuera la mejor solución, pero creo que fue el hummus lo

que se impuso en la decisión. Por no hablar, desde luego, de los aspectos morales vinculados con el asesinato.

Curiosamente, fue viendo Public Sénat –una cadena de la que yo no esperaba gran cosa, al menos nada de este tipo– como por fin di con la solución. El documental, titulado *Desaparecidos voluntarios*, reconstruía el recorrido de diferentes personas que un día, de manera totalmente imprevisible, habían decidido cortar los puentes con su familia, sus amigos, su profesión: un tío que, un lunes por la mañana, cuando iba a su trabajo, había abandonado su coche en el aparcamiento de una estación y había cogido el primer tren, dejando al azar la elección de su destino; otro que, al salir de una velada, en vez de volver a su casa, había alquilado una habitación en el primer hotel que encontró antes de vagar durante meses por distintos hoteles de París, cambiando de dirección cada semana.

Las cifras eran impresionantes: cada año, más de doce mil personas en Francia optaban por desaparecer, abandonar a su familia y rehacer su vida, a veces en la otra punta del mundo, a veces sin cambiar de ciudad. Me quedé fascinado y pasé el resto de la noche consultando internet para saber más, cada vez más convencido de que iba al encuentro de mi propio destino: yo también sería un desaparecido voluntario, y mi caso era especialmente sencillo, no tenía que huir de una mujer, una familia, un grupo social pacientemente construido, sino de una simple concubina extranjera que no tenía ningún derecho a perseguirme. Dicho esto, todos los artículos en línea de internet insistían en un punto ya muy recalcado por el documental: en Francia, toda persona adulta era libre «de ir y venir», el abandono de la familia no constituía un delito. Habría que haber grabado esta frase, en letras enormes, en todos los edificios públicos: *en Francia, el abandono de la familia no constituye un delito*. Insistían mucho en este punto, enumeraban pruebas impresionantes: en el caso de que la policía o la gendarmería



investigasen la desaparición de una persona, tanto la una como la otra tenía *prohibido* revelar su nueva dirección sin el consentimiento del desaparecido; y en 2013 se había suprimido el procedimiento de búsqueda a instancia de las familias. Era asombroso que en un país donde existía una tendencia a restringir año tras año las libertades individuales, la legislación hubiera mantenido esta libertad fundamental, e incluso más fundamental, a mi juicio, y más filosóficamente perturbadora que el suicidio.

No dormí aquella noche y desde las primeras luces adopté las medidas adecuadas. Sin tener pensado un destino concreto, me parecía que mi camino iba a conducirme ahora hacia zonas rurales, y en consecuencia me decidí por el Crédit Agricole. La apertura de una cuenta era inmediata, pero tendría que aguardar una semana para disponer de acceso a internet y de un talonario. Cerrar mi cuenta en el BNP me llevó quince minutos y la transferencia del saldo a mi nueva cuenta fue instantánea. Domiciliar de nuevo los cargos que quería mantener (seguro del automóvil, mutualidad) fue cuestión de algunos mails. El apartamento tardó un poco más, se me ocurrió inventar la ficción de un nuevo trabajo que me esperaba en Argentina, en una hacienda vitícola situada en la provincia de Mendoza, todo el mundo en la agencia inmobiliaria consideró que era una idea estupenda, en cuanto se habla de abandonar Francia a todos los franceses les parece estupendo, es un rasgo característico en ellos, hasta si te vas a Groenlandia les parece estupendo, y no digamos a Argentina, si hubiera sido Brasil creo que la responsable de servicio al cliente se habría partido de risa directamente. Tenía que avisar que dejaba el piso con dos meses de antelación; los abonaría con una transferencia; en cuanto al inventario del final del contrato de alquiler era verdad que yo no podría estar presente, pero no era en absoluto imprescindible.

Quedaba la cuestión de mi trabajo. Mi estatuto era el de un contratado por el Ministerio de Agricultura, y mi contrato se renovaba anualmente a principios de agosto. Mi jefe de servicio pareció sorprendido de que lo llamase durante mi período de vacaciones, pero me concedió una cita aquel mismo día.

Estimé necesaria una mentira más sofisticada, aunque derivada de la primera, para este hombre relativamente al tanto de las cuestiones agrícolas. Así que inventé la falacia de un puesto de consejero de «exportación agrícola» en la embajada argentina. «Ah, Argentina...», dijo él sombríamente. De hecho las exportaciones agrícolas argentinas se multiplicaban literalmente desde hacía algunos años en todos los sectores, y eso no era todo, los expertos estimaban que Argentina, con una población de cuarenta y cuatro millones de habitantes, podría eventualmente alimentar a seiscientos millones de personas, y el nuevo gobierno, con su política de devaluación del peso, lo había comprendido muy bien, esos cabrones iban a inundar literalmente Europa con sus productos, además no tenían ninguna legislación restrictiva sobre los transgénicos, lo cual significaba que estamos aviados. «Su carne es deliciosa...», objeté con tono conciliador. «Si solo fuera la carne...», respondió él, cada vez más sombrío: los cereales, la soja, el girasol, el azúcar, los cacahuetes, el conjunto de la producción de frutas, la carne, por supuesto, e incluso la leche: he ahí todos los sectores en los que Argentina podría perjudicar mucho a Europa, y en un plazo muy corto. «O sea, que se pasa usted al enemigo...», concluyó con un tono en apariencia jocoso, pero impregnado de una auténtica amargura; preferí mantener un prudente silencio. «Usted es uno de nuestros mejores expertos; supongo que la propuesta es económicamente interesante...», insistió, con una voz que hacía temer un patinazo inminente; a esto tampoco me pareció oportuno responder, pero ensayé una mueca a la vez afirmativa, desolada, cómplice y modesta; o sea, una mueca difícil de conseguir.

«Bueno...», tamborileó con los dedos encima de la mesa. Resulta que yo estaba de vacaciones y que se acababan al final de mi contrato; técnicamente, pues, ya no necesitaba volver. Era evidente que él estaba un poco turbado, un poco desprevenido, pero no debía de ser la primera vez. El Ministerio de Agricultura paga bien a sus expertos contratados cuando demuestran una competencia operativa suficiente, les paga mucho mejor que a sus funcionarios; pero no puede, obviamente, rivalizar con el sector privado, ni siquiera con una embajada extranjera cuando ha decidido poner en marcha un verdadero plan de conquista, su presupuesto es entonces casi ilimitado, me acuerdo de un compañero de promoción al que la embajada de Estados

Unidos le había tendido, como suele decirse, un puente de oro, por otra parte él había fracasado completamente en su misión, los vinos californianos seguían distribuyéndose muy poco en Francia y la carne de vacuno del Medio Oeste no lograba seducir mientras que la de Argentina estaba consiguiéndolo, vaya usted a saber por qué, el consumidor es una criatura impulsiva, mucho más que el ganado vacuno, algunos consejeros de comunicación, sin embargo, habían reconstruido un escenario plausible, la imagen del *cowboy* según ellos había sido muy sobreexplotada, todo el mundo sabía que el Medio Oeste era un vago territorio anónimo donde se sucedían las industrias cárnicas, demasiadas hamburguesas que servir todos los días, de otra manera no era posible, había que ser realista, apresar al ganado con lazo ya no era factible. Por el contrario, la imagen del gaucho (¿gracias a una magia latina?) seguía cautivando al consumidor europeo, se imaginaba praderas vastas hasta perderse de vista, animales salvajes y libres galopando por la pampa (si es que un buey galopa, habría que comprobarlo), en cualquier caso se abría un ancho camino para la res argentina.

A pesar de todo, mi antiguo jefe de servicio me estrechó la mano, aunque brevemente, antes de que yo saliera de su despacho, y tuvo ese último arranque de valor de desearme buena suerte en mi nueva vida profesional.

Recoger mi despacho me ocupó menos de diez minutos. Eran casi las cuatro; en menos de un día acababa de reorganizar mi vida.

Había eliminado sin grandes obstáculos las huellas de mi vida social anterior, la verdad es que las cosas se habían vuelto más fáciles con internet, ahora todas las facturas, declaraciones de impuestos y demás formalidades podían tratarse electrónicamente, una dirección física era ya superflua, una dirección de correo electrónico servía para todo. Sin embargo seguía teniendo un cuerpo, este cuerpo estaba sometido a determinadas necesidades y la más difícil en mi huida, en realidad, fue encontrar un hotel de París que aceptase a fumadores. Tuve que hacer un centenar largo de llamadas y soportar cada vez el olímpico desprecio del telefonista, que experimentaba un placer palpable

en repetirme, con una satisfacción malévola: «No, señor, es imposible, nuestro establecimiento es exclusivamente para no fumadores, le agradezco su llamada», total, que dediqué dos días enteros a esta búsqueda y hasta el amanecer del tercer día, cuando me planteaba seriamente convertirme en un sin techo (un sin techo con setecientos mil euros en su cuenta corriente era original e incluso interesante), no volví a pensar en el Hotel Mercure Marais Poitevin de Niort, que poco antes admitía fumadores, quizá por ese lado había posibilidades.

En efecto, mediante una búsqueda en internet de algunas horas descubrí que aunque la casi totalidad de los hoteles Mercure parisinos aplicaban una política íntegramente de no fumadores, había excepciones. De este modo, la liberación no llegaría siquiera de un independiente, sino de la reticencia de un subalterno a respetar las consignas de su jerarquía, de una especie de insumisión, de rebelión de la conciencia moral individual que ya había sido descrita en diferentes obras de teatro existencialistas inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

El hotel estaba situado en la avenue de la Sœur-Rosalie, en el distrito 13, cerca de la place d'Italie, yo no conocía aquella avenida ni a aquella Sœur, pero la place d'Italie me convenía, estaba lo bastante lejos de Beaugrenelle, no corría el riesgo de encontrarme por causalidad con Yuzu, ella salía apenas para ir al Marais y a Saint-Germain, si añadías algunas veladas libertinas en el distrito 16 o el 17 ya tenías trazado su recorrido, yo estaría tan tranquilo en la place d'Italie como lo habría estado en Vesoul o en Romorantin.

Había fijado la fecha de mi partida en el lunes 1 de agosto. La noche del 31 de julio me instalé en el salón para aguardar el regreso de Yuzu. Me preguntaba cuánto tiempo necesitaría ella para tener conciencia de la realidad, para darse cuenta de que me había ido de verdad y no volvería nunca. Su estancia en Francia, de todas formas, estaba directamente condicionada por los dos meses que faltaban para el fin del alquiler del piso. Yo no sabía con exactitud qué sueldo le pagaban en la Casa de la Cultura de Japón, pero desde luego no le llegaría para pagar el alquiler, y yo no la imaginaba aceptando el traslado a un cuchitril, para empezar tendría que deshacerse de las tres cuartas partes de su ropa y sus productos de belleza, por muy espaciosos que fuesen el vestidor y el cuarto de baño de la suite se las había apañado para llenar hasta los bordes cada uno de sus armarios, era realmente alucinante la cantidad de objetos para ella indispensables para mantener su condición femenina, las mujeres suelen ignorarlo pero es algo que desagrada a los hombres, que los asquea incluso, que acaba por darles la sensación de que han adquirido un producto adulterado cuya belleza solo consigue mantenerse gracias a artificios infinitos, artificios que pronto (sea cual sea la indulgencia inicial que pueda manifestar un macho por las catalogadas imperfecciones femeninas) acaban considerando inmorales, y yo había podido darme cuenta durante nuestras vacaciones juntos del hecho de que Yuzu pasaba un tiempo increíble en el cuarto de baño: había calculado que entre el aseo de la mañana (alrededor del mediodía), el arreglo un poco más sumario a media tarde y el ceremonial interminable y exasperante de su baño vespertino (un día me había confesado que usaba dieciocho cremas y lociones diferentes), consagraba a arreglarse seis horas al día, lo cual era aún más desagradable porque no todas las mujeres eran así, había ejemplos de lo

contrario, y me acometió una punzada desgarradora de tristeza al recordar a la del pelo castaño de El Alquián, su minúsculo equipaje, algunas mujeres dan la impresión de ser más naturales, de estar más naturalmente en consonancia con el mundo, a veces incluso llegan a fingir indiferencia respecto a su propia belleza, por supuesto que se trata de una astucia adicional, pero en la práctica ese es el resultado, Camille, por ejemplo, pasaba como máximo media hora al día en nuestro cuarto de baño, yo estaba seguro de que la del pelo castaño de El Alquián haría lo mismo.

Al no poder pagar el alquiler, Yuzu se vería condenada a volver a Japón, a no ser, quizá, que decidiera prostituirse, tenía algunas de las facultades necesarias, sus prestaciones sexuales eran de muy buena calidad, en especial en el capítulo crucial de la mamada, chupaba el glande con esmero, sin perder nunca de vista la existencia de los cojones, solo había una laguna en lo referente a la garganta profunda debido al tamaño pequeño de su boca, pero esta modalidad era solo, a mi entender, una obsesión de maniáticos minoritarios, si quieres que la polla esté totalmente rodeada de carne pues, bueno, ahí tienes el chocho, está hecho para eso, de todos modos la superioridad de la boca, que consiste en la lengua, queda anulada en el universo cerrado de la garganta profunda, donde la lengua se ve *ipso facto* privada de toda posibilidad de acción, en resumen, no polemizamos pero el hecho es que Yuzu te la cascaba bien y que lo hacía de buena gana en todas las circunstancias (¡cuántos de mis viajes en avión se habían visto aderezados por sus pajas sorprendentes!), y sobre todo que estaba extraordinariamente dotada en el ámbito anal, tenía un culo receptivo y de fácil acceso, y además lo ofrecía con una buena voluntad perfecta, ahora bien, al anal, en el escorting, se le aplica siempre un suplemento en la tarifa, en realidad incluso podría pedir mucho más que una simple puta con anal, yo situaba su tarifa probable alrededor de los 700 euros la hora y 5.000 mil la noche: su auténtica elegancia, su grado de cultura limitado pero suficiente podían convertirla en una verdadera escort, una mujer a la que llevarías tranquilamente a una comida y hasta a un importante almuerzo de negocios, por no hablar de sus funciones artísticas, fuente de conversaciones apreciables, pues en los ambientes empresariales son muy aficionados a las conversaciones artísticas, y por otra parte yo sabía que algunos de mis compañeros de trabajo habían

sospechado que yo estaba con Yuzu precisamente por ese motivo, una japonesa en definitiva representa siempre un poco de clase, prácticamente por definición, yo sabía que me habían admirado por eso, pero aun así lo certifico y créanme, estoy cerca del fin y las ganas de mentir me han abandonado definitivamente, no fueron las cualidades de escort «de gama alta» de Yuzu las que me sedujeron de ella, sino realmente sus aptitudes de puta ordinaria.

Sin embargo, en el fondo yo apenas creía en la Yuzu puta. Había frecuentado a muchas, ya fuera solo o con las mujeres con las que había convivido, y ella carecía de la cualidad esencial de ese maravilloso oficio: la generosidad. Una puta no elige a sus clientes, ese es el principio, el axioma, proporciona placer a todos sin distinción, es la vía por la que llega a la grandeza.

Ciertamente Yuzu había podido ser el centro de gangbangs, pero se trataba de una situación particular en la que la multiplicidad de pollas a su servicio es lo que sume a la mujer en un estado de embriaguez narcisista, y lo más excitante es desde luego el hecho de estar rodeada de hombres que se la menean aguardando su turno, bueno, remito a los libros de Catherine Millet, decisivos en esta materia, lo cierto es que Yuzu, aparte de los gang-bangs, escogía a sus amantes, los escogía cuidadosamente, yo había conocido a algunos, por lo general eran artistas (pero no muchos artistas malditos, en realidad más bien lo contrario), a veces gestores culturales, en todo caso tíos bastante jóvenes, guapos, elegantes y ricos, lo que significa un montón de gente en una ciudad como París, donde hay en todo momento miles de hombres que responden a ese retrato robot, yo diría quince mil por decir una cifra, pero ella había tenido menos, seguramente unos centenares, y algunas decenas durante el tiempo que había durado nuestra relación, total, que bien puede decirse que se lo había pasado en grande en Francia, pero ahora se había acabado, la fiesta se había terminado.

Durante nuestra relación nunca había vuelto a Japón ni había proyectado hacerlo, y yo había asistido a algunas de sus conversaciones telefónicas con sus padres y me habían parecido formales y frías, en cualquier caso breves, al menos eran un gasto que no se le podía reprochar. Yo sospechaba (no porque ella se hubiese sincerado conmigo, sino que la verdad se había revelado con ocasión de comidas que organizábamos al principio de nuestra relación, en la

época en que todavía contábamos con tener amigos, con entrar en un círculo social refinado, cálido y exigente, la verdad se había descubierto porque otras mujeres a las que consideraba del mismo medio que ella, creadoras de moda, por ejemplo, o *talent scouts*, estaban presentes y su presencia era sin duda necesaria para sus arranques de sinceridad), sospechaba, digo, que sus padres, allá en el fondo de su incierto Japón, acariciaban para ella planes matrimoniales e incluso sumamente precisos a este respecto (solo había, al parecer, dos pretendientes posibles, y quizá incluso solo uno), planes que, en cuanto volviese a depender de sus padres, le resultaría extremadamente difícil eludir, si no francamente imposible, salvo si creaba un *kanjei* y se encontraba en una situación de *hiroku* (aquí invento un poco las palabras, bueno, no del todo, me acuerdo de combinaciones de sonidos cuando se comunicaban por teléfono), en suma su destino estaría sellado en cuanto pisara el aeropuerto internacional de Tokio Narita.

Así es la vida.

Llegados a este punto, quizá sea necesario que haga algunas aclaraciones sobre el amor, destinadas sobre todo a las mujeres, porque ellas comprenden mal lo que es el amor en los hombres, están siempre desconcertadas por la actitud y el comportamiento masculinos y a veces llegan a la conclusión errónea de que los hombres son incapaces de amar, rara vez perciben que esta misma palabra, amor, describe en el hombre y la mujer dos realidades radicalmente distintas.

El amor en la mujer es un poder, un poder generador, tectónico, cuando el amor se manifiesta en la mujer es uno de los fenómenos naturales más imponentes que la naturaleza pueda ofrecernos contemplar, hay que considerarlo con temor, es un poder creativo del mismo tipo que un temblor de tierra o un trastorno climático, el origen de otro ecosistema, otro entorno, otro universo, con su amor la mujer crea un mundo nuevo, pequeñas criaturas aisladas chapoteaban en una existencia incierta y de pronto la mujer crea las condiciones de existencia de una pareja, de una nueva entidad social,



sentimental y genética, cuya vocación es efectivamente eliminar todo rastro de los individuos preexistentes, la esencia de esta nueva entidad es ya perfecta como lo había advertido Platón, en ocasiones puede adquirir la complejidad de una familia pero es casi un detalle, al contrario de lo que pensaba Schopenhauer, la mujer de todos modos se entrega por completo a esta tarea, se abisma en ella, se consagra en cuerpo y alma, como suele decirse, y por otra parte no hace en realidad la diferencia, esa diferencia entre cuerpo y alma no es para ella más que una disputa masculina intrascendente. Sacrificaría sin vacilar su vida a esta tarea que en realidad no lo es, porque es la manifestación pura de un instinto vital.

El hombre, en principio, es más reservado, admira y respeta ese desenfreno emocional sin comprenderlo plenamente, le parece extraño complicar tanto las cosas. Pero poco a poco se transforma, poco a poco es absorbido por el vórtice de pasión y de placer creado por la mujer, más exactamente reconoce la voluntad de la mujer, su voluntad incondicional y pura, y comprende que esta voluntad, aunque la mujer exige el homenaje de las penetraciones vaginales frecuentes y de preferencia cotidianas, pues son la condición normal para que se manifiesten, es una voluntad en sí absolutamente buena en la que el falo, centro de su ser, cambia de estatuto porque se convierte asimismo en la condición de que sea posible manifestar el amor, ya que el hombre apenas dispone de otros medios, y merced a este curioso desvío la felicidad del falo pasa a ser un fin en sí mismo para la mujer, un fin que no tolera casi restricciones en cuanto a los medios empleados. Poco a poco, el inmenso placer que procura la mujer modifica al hombre, que le otorga agradecimiento y admiración, su visión del mundo se ve transformada, de manera imprevista accede a la dimensión kantiana del *respeto*, y poco a poco llega a contemplar el mundo de otra forma, la vida sin una mujer (e incluso, precisamente, sin esa mujer que le proporciona tanto placer) se vuelve realmente imposible y se asemeja a la caricatura de una vida; en este momento, el hombre empieza en verdad a amar. El amor en el hombre es, por tanto, un fin, una realización y no, como en la mujer, un comienzo, un nacimiento; he aquí lo que se debe considerar.

Sin embargo, aunque rara vez, sucede que en los hombres más sensibles e imaginativos el amor se produce desde el primer instante, el *love at first sight*

no es, pues, en absoluto un mito; pero es entonces cuando el hombre, gracias a un prodigioso movimiento mental de anticipación, ya ha imaginado el conjunto de placeres que la mujer podría prodigarle en el curso de los años (y hasta que la muerte, como se dice, los separe), cuando ya (siempre ya, como habría dicho Heidegger en sus días de buen humor) ha previsto el fin glorioso, y era ya esta infinidad, esta gloriosa infinidad de placeres compartidos, lo que yo había entrevisto en la mirada de Camille (pero volveré a hablar de ella), y también, de un modo más incierto (y también con un poco menos de vigor, pero es verdad que yo tenía diez años más y el sexo en el momento de nuestro encuentro había desaparecido totalmente de mi vida, ya no ocupaba un lugar, yo estaba ya resignado, ya no era un hombre completo), en la mirada tan brevemente cruzada con la chica castaña de El Alquián, la eternamente dolorosa chica de El Alquián, la última y probablemente definitiva posibilidad de ser feliz que la vida había puesto en mi camino.

Yo no había sentido nada semejante con Yuzu, ella me había conquistado poco a poco, y además lo había hecho por medios secundarios, recurriendo de nuevo a lo que normalmente llamamos perversión, sobre todo mediante su impudor, su manera de masturbarme (y de masturbarse) en cualquier circunstancia, por lo demás no lo sabía, había conocido coños más hermosos, el suyo era un poco demasiado complicado, demasiados repliegues epidérmicos (hasta se lo podía calificar, visto bajo determinados ángulos, de colgante, a pesar de su juventud), lo mejor, si me ponía a pensarlo, era su culo, la permanente disponibilidad de su culo en apariencia estrecho pero en realidad tan tratable, te encontrabas continuamente en la situación de elegir entre los tres orificios, ¿cuántas mujeres pueden decir lo mismo? Y, al mismo tiempo, ¿cómo considerar mujeres a las que no pueden decir lo mismo?

Se me reprochará quizá que concedo excesiva importancia al sexo; no lo creo. Aunque no ignoro que otras alegrías ocupan poco a poco su lugar, en el curso del desarrollo normal de una vida el sexo sigue siendo el único momento en que involucras personal y directamente tus órganos, por lo cual el paso por el sexo, y por un sexo intenso, sigue siendo obligado para que se produzca la fusión amorosa, nada puede realizarse sin él, y todo lo demás, normalmente, dimana de él suavemente. Hay algo más, por añadidura, y es que el sexo constituye un momento peligroso, el momento por excelencia en

que uno se la juega. No hablo específicamente del sida, aunque el riesgo de muerte pueda representar un auténtico escollo, sino más bien de la procreación, peligro mucho más grave en sí mismo, por mi parte yo había renunciado, siempre que fuera posible, a usar preservativos en cada una de mis relaciones, a decir verdad la ausencia de preservativo se había convertido en condición necesaria de mi deseo, donde el miedo de engendrar existía en una proporción considerable, y sabía bien que si por desgracia la humanidad occidental llegaba a separar efectivamente la procreación del sexo (como a veces proyectaba hacer), condenaría a la vez no solo la procreación, sino también el sexo, y se condenaría a sí misma mediante un movimiento idéntico, cosa que los católicos identitarios habían captado muy bien, incluso cuando sus posiciones entrañaban, por otra parte, extrañas aberraciones éticas, como sus reticencias ante prácticas tan inocentes como los tríos o la sodomía, pero yo me extraviaba poco a poco a base de copas de coñac esperando a Yuzu, que no era en absoluto católica y mucho menos católica identitaria, eran ya las diez, no iba a pasarme la noche allí, marcharme sin volver a verla me fastidiaba un poco a pesar de todo, me preparé un bocadillo de atún para pasar el rato, me había terminado el coñac pero quedaba una botella de calvados.

Mi reflexión se fue ahondando gradualmente gracias al calvados, que es un alcohol potente, profundo e injustamente olvidado. Ciertamente es que las infidelidades de Yuzu (por emplear una palabra suave) me habían dolido, mi vanidad viril se había resentido, y sobre todo me había invadido una duda, si a ella le gustaban todas las pollas tanto como la mía, he aquí la pregunta clásica que los hombres se hacen en esta tesitura, y yo también me la había hecho antes de, ay, llegar a la conclusión de que así era, es verdad que nuestro amor había sido mancillado y que los cumplidos a propósito de mi polla, que tanto orgullo me producían al principio de nuestra relación (tamaño confortable sin ser excesivo, aguante excepcional), los veía ahora con otros ojos, veía la manifestación de un juicio fríamente objetivo, nacido más de una frecuentación continuada de múltiples mingas que de la ilusión lírica que emana del ánimo inflamado de una mujer enamorada, cosa que yo

habría preferido, lo confieso muy humildemente, no alimentaba ninguna ambición especial con respecto a mi polla, bastaba con que gustara para que a mí también me gustara, esa era mi actitud con respecto a mi polla.

Sin embargo, mi amor por ella no se había extinguido definitivamente por eso, sino por una circunstancia más anodina, y en todo caso más breve, nuestro diálogo no había durado más de un minuto e inmediatamente le había seguido una de las conferencias telefónicas bimensuales que Yuzu mantenía con sus padres. En ella había hablado, yo no podía engañarme, de su regreso a Japón, y naturalmente la interrogué al respecto, pero su respuesta quiso ser tranquilizadora, el regreso sería dentro de bastante tiempo, y de todas formas yo no tendría que preocuparme, fue entonces cuando lo entendí, lo entendí en una fracción de segundo, una especie de inmenso resplandor blanco me aniquiló toda conciencia clara, luego recuperé un estado más normal y efectué un breve interrogatorio que confirmó de inmediato mi sospecha esencial: en un plan de vida ideal ella ya había programado su retorno a Japón, pero sería dentro de veinte o quizá treinta años, sería, para ser más precisos, inmediatamente después de mi muerte, así que ella ya había programado mi muerte en su plan de vida futura, la había tenido en cuenta.

Mi reacción era sin duda irracional, ella era veinte años más joven que yo, todo inducía a creer que me sobreviviría, pero eso es algo que el amor incondicional precisamente tiende a ignorar y francamente incluso a negar, el amor incondicional se construye sobre esta imposibilidad, esta negación, y tanto si es validada por la fe en Cristo como por la creencia en el programa de inmortalidad, Google influye muy poco llegados a este punto, en el amor incondicional el ser amado no puede morir, es inmortal por definición, el realismo de Yuzu era el otro nombre del desamor, y esta deficiencia, esta falta de amor tenía un carácter definitivo, en una fracción de segundo ella acababa de salir del marco del amor romántico, incondicional, y había entrado en el de la conveniencia, y desde aquel momento supe que se había acabado, que nuestra relación había terminado y que incluso ahora era mejor que acabase cuanto antes porque yo ya no tendría nunca más la sensación de tener a mi lado a una mujer sino a una especie de araña, una araña que se

alimentaba de mi fluido vital y que no obstante conservaba la apariencia de una mujer, tenía pechos, tenía culo (que ya he tenido ocasión de elogiar) e incluso un coño (sobre el que he expresado algunas reservas), pero nada de esto servía ya, yo la veía convertida en una araña, una araña venenosa que picaba y me inyectaba día tras día un fluido paralizante y mortal, era importante que ella saliera lo más pronto posible de mi vida.

La botella de calvados también se había terminado, eran más de las once, marcharme sin haberla visto era quizá, en definitiva, la mejor solución. Fui hasta el ventanal: un *bateaumouche*, sin duda el último del día, daba media vuelta en la punta de la Île aux Cygnes; entonces me di cuenta de que la olvidaría muy pronto.

Pasé una mala noche, llena de sueños desagradables en los que corría el riesgo de perder el avión, lo que me empujaba a emprender diversas acciones peligrosas como lanzarme desde el piso más alto de la torre Totem para intentar llegar a Roissy por vía aérea; a veces tenía que agitar las manos, otras veces simplemente planear, lo lograba pero por los pelos, y la menor pérdida de concentración me habría conducido a estrellarme, pasé un mal momento sobrevolando el Jardin des Plantes, mi altitud había descendido hasta pocos metros, estuve a punto de no rebasar el cercado de las fieras. La interpretación de este sueño estúpido pero espectacular sin duda estaba clara: tenía miedo de no conseguir escaparme.

Me desperté a las cinco en punto, me apetecía un café pero no podía arriesgarme a hacer ruido en la cocina. Era muy probable que ya hubiese vuelto. Pasara lo que pasase en sus reuniones, nunca se quedaba a dormir fuera; acostarse sin untarse con sus dieciocho cremas de belleza era algo impensable. Seguramente dormía ya, pero las cinco era todavía un poco temprano, hacia las siete o las ocho era cuando tenía el sueño más profundo, tendría que aguardar. Había optado por el check-in temprano en el Hotel Mercure, mi habitación estaría disponible a partir de las nueve, sin duda encontraría un café abierto en el barrio.

Había preparado mi maleta la víspera, ya no tenía nada más que hacer antes de marcharme. Era un poco triste constatar que no tenía ningún recuerdo personal que llevarme: ninguna carta, ninguna foto, ni siquiera un libro, todo eso estaba en mi MacBook Air, un paralelepípedo delgado de aluminio pulido, mi pasado pesaba 1.100 gramos. Tuve también conciencia de que en

los dos años de nuestra relación Yuzu nunca me había hecho ningún regalo, ni uno, nada de nada.

A continuación caí en la cuenta de algo mucho más sorprendente, y era que la noche anterior, obnubilado por el hecho de que Yuzu aceptase tácitamente mi muerte durante unos minutos, había olvidado las circunstancias de la muerte de mis padres. Había, en efecto, una tercera solución para los amantes románticos, al margen de la hipotética inmortalidad transhumanista, y de la asimismo hipotética Jerusalén celestial; una solución factible de inmediato y que no necesitaba búsquedas genéticas de alto nivel ni oraciones fervientes dirigidas al Eterno; la misma solución que mis padres habían adoptado hace ya una veintena de años.

Un notario de Senlis entre cuya clientela figuraban todos los notables de la ciudad, una antigua estudiante en la escuela del Louvre que después se había contentado con su papel de ama de casa; a primera vista, mis padres no tenían nada que permitiera imaginar una historia de amor loco. Yo había comprobado que las apariencias rara vez engañan, pero en este caso sí engañaban.

La víspera de su sesenta y cuatro cumpleaños, mi padre, que desde hacía unas semanas sufría dolores de cabeza persistentes, consultó a nuestro médico de familia, que le prescribió una tomografía. Tres días más tarde le comunicó los resultados: las imágenes mostraban un tumor de gran tamaño, pero en aquel estadio no podía decirse si era o no canceroso, había que hacer una biopsia.

Una semana después, los resultados de la biopsia fueron de una claridad meridiana: en efecto, el tumor era canceroso y era agresivo, de evolución rápida, una mezcla de glioblastomas y de astrocitomas anaplásicos. El cáncer de cerebro es relativamente raro pero muy a menudo mortal, el índice de supervivencia es inferior al diez por ciento; se desconocen las causas de su aparición.

Habida cuenta de la ubicación del tumor, estaba descartada una operación quirúrgica; la quimioterapia y la radioterapia habían dado a veces buenos resultados.

Conviene señalar que ni mi padre ni mi madre consideraron oportuno informarme de estos hechos; los descubrí por casualidad, en una de mis visitas a Senlis, al preguntar a mi madre por un sobre procedente del laboratorio que ella había olvidado guardar.

Una cosa que también me dio mucho que pensar después fue que el día de mi visita probablemente ellos ya habían tomado su decisión, quizá hasta habían encargado los productos por internet.

Los encontraron una semana más tarde, tendidos uno junto al otro en el lecho conyugal. Siempre cuidadosos para evitar cualquier molestia a los demás, mi padre había avisado por carta a la gendarmería y había llegado al extremo de introducir en el sobre un duplicado de las llaves.

Habían tomado los productos a última hora de la tarde, era el día de su cuadragésimo aniversario de boda. Su defunción había sido rápida, me aseguró amablemente el oficial de la gendarmería; rápida pero no instantánea, por sus posiciones en la cama se adivinaba enseguida que habían deseado mantenerse cogidos de la mano hasta el final, pero las convulsiones de la agonía que habían sobrevenido les habían separado las manos.

No se supo nunca cómo habían obtenido las sustancias, mi madre había borrado el histórico de navegación en el ordenador de la casa (fue sin duda ella la que se había ocupado de todo, mi padre detestaba la informática y, más en general, todo lo que pudiese asemejarse a un progreso tecnológico, se había resistido todo el tiempo que pudo antes de resignarse a equipar su despacho, una secretaria se encargaba de todo, seguramente él no había tocado en su vida el teclado de un ordenador). Evidentemente, me dijo el gendarme, quizá se pudiese, si uno se empeñaba, encontrar el rastro del pedido, nada se borra nunca totalmente de la nube; era posible, pero ¿era necesario?

Yo no sabía que se podía enterrar a dos personas en el mismo ataúd, hay tal cantidad de reglamentaciones sanitarias sobre todo que uno se figura siempre que casi todo está prohibido, pero aquello no, al parecer era posible, a no ser



que mi padre hubiera recurrido a sus relaciones *post mortem* escribiendo algunas cartas, como he dicho conocía más o menos a todos los notables de la ciudad e incluso a la mayoría de los del departamento, en fin, fuera como fuese, las cosas se hicieron así y fueron inhumados juntos en el mismo féretro, en la esquina norte del cementerio de Senlis. En el momento de su muerte mi madre tenía cincuenta y nueve años y gozaba de una salud perfecta. El cura me había irritado un poco durante su sermón con sus alusiones baratas a la magnificencia del amor humano, prelude de la aún más grande del amor divino, me pareció un tanto indecente que la Iglesia católica tratase de *recuperarlos*, cuando está en presencia de un caso de amor auténtico un cura *cierra el pico*, es lo que tuve ganas de decirle, ¿qué podía comprender aquel payaso del amor de mis padres? Ni siquiera yo estaba seguro de comprenderlo, siempre había percibido en sus gestos, en sus sonrisas, algo que les era exclusivamente personal, algo a lo que yo no tendría nunca pleno acceso. Con esto no quiero decir que no me amaban, me amaban sin lugar a dudas, y fueron unos padres excelentes desde todos los puntos de vista, atentos, presentes sin exageración, generosos cuando era preciso; pero no era el mismo amor y yo siempre quedaba fuera del círculo mágico, sobrenatural que formaban los dos (su grado de comunicación era ciertamente asombroso, estoy seguro de haber presenciado como mínimo dos casos de telepatía innegable entre ellos). No tuvieron más hijos, y recuerdo, el año en que entré, después del bachillerato, en el curso preparatorio de Agronomía en el liceo Henri IV, cuando les expliqué que, a la vista del mal servicio de los transportes públicos de Senlis, sería mucho más práctico para mí alquilar una habitación en París, recuerdo claramente que sorprendí en mi madre una expresión de alivio, fugitiva pero indiscutible: el primer pensamiento que se le ocurrió fue que por fin iban a poder estar solos. En cuanto a mi padre, apenas consiguió disimular su alegría, tomó al instante las iniciativas necesarias y una semana después yo me mudaba a un estudio inútilmente lujoso, mucho más grande, me di cuenta enseguida, que las buhardillas con que se conformaban mis compañeros, y situado en la rue des Écoles, a cinco minutos a pie del liceo.

Me levanté a las siete en punto de la mañana, crucé el salón sin hacer el menor ruido. La puerta del apartamento, blindada y maciza, era tan silenciosa como una caja fuerte.

Aquel primero de agosto la circulación en París era fluida, incluso encontré sitio para aparcar en la avenue de la SœurRosalie, a unos metros del hotel. Al contrario que los ejes principales (la avenue d'Italie, la avenue des Gobelins, los boulevards Auguste-Blanqui y Vincent-Auriol...) que, partiendo de la place d'Italie, canalizaban la mayor parte del tráfico de los distritos del sudeste parisino, la avenue de la SœurRosalie desembocaba al cabo de cincuenta metros en la rue Abel-Hovelacque, también de modesta importancia. Su rango de avenida habría podido parecer usurpado si no hubiera tenido una sorprendente e inútil anchura, y el terraplén con árboles que separaba las dos calzadas ahora desiertas, en cierto modo la avenue de la Sœur-Rosalie se parecía más todavía a una avenida privada, recordaba esas pseudoavenidas (Vélasquez, Van Dyck, Ruysdael) que hay en las inmediaciones del parque Monceau, poseía en suma un toque de lujo, y esa impresión se agrandaba aún más a la entrada del Hotel Mercure, curiosamente formada por un pórtico grande que daba a un patio interior decorado con estatuas, un decorado que parecía más propio de un palacete de mediana categoría. Eran las siete y media y en la place d'Italie ya había tres cafés abiertos: el Café de France, el Café Margeride (especialidades de Cantal, pero era un poco pronto para degustarlas) y el Café O'Jules, en la esquina de la rue Bobillot. Me decidí por este último a pesar de su estúpido nombre, porque los dueños habían tenido la original idea de traducir las *happy hours* como las «horas felices»; estaba seguro de que Alain Finkielkraut aprobaría mi elección.

La carta del local me entusiasmó en el acto y me hizo incluso reconsiderar el juicio negativo que había formulado al principio sobre su nombre: el empleo del nombre Jules<sup>[1]</sup> había en efecto permitido la elaboración de un tipo de carta profundamente innovadora en la que la creatividad de las denominaciones se asociaba con una contextualización que le daba sentido, como ya atestiguaba el capítulo de las ensaladas, que avvicinaban «Jules en el sur» (lechuga, tomates, huevo, gambas, arroz, aceitunas, anchoas, pimiento) con «Jules en Noruega» (lechuga, tomate, salmón ahumado, gambas, huevo escalfado, tostadas). Por mi parte, presentí que no tardaría (quizá aquel mismo mediodía) en sucumbir a los atractivos de «Jules en la granja» (lechuga, jamón del país, queso cantal, patatas salteadas, nueces, huevo duro) o a los de «Jules pastor» (lechuga, tomates, queso de cabra caliente, miel, beicon).

Más en general, los platos de la carta hacían caso omiso de una polémica obsoleta, trazando los contornos de una cohabitación apacible entre la cocina tradicional (sopa de cebolla gratinada, filetes de arenque con patatas tibias) y *fooding* innovador (gambas panko en salsa verde, bagel de Aveyron). Una misma voluntad de síntesis se advertía en la carta de cócteles, que, además del conjunto de referencias clásicas, contenía algunas creaciones auténticas, como el Infierno Verde (Malibú, vodka, leche, zumo de piña, licor de menta), el Zombi (ron dorado, crema de albaricoque, zumo de limón, zumo de piña, granadina) y el sorprendente pero simplicísimo Bobillot beach (vodka, zumo de piña, sirope de fresa). Resumiendo, pensé que no iban a ser horas, sino días, semanas, hasta años felices los que pasaría en aquel establecimiento.

Hacia las nueve, tras haber terminado mi desayuno regional y haber dejado una propina suficiente para asegurarme la indulgencia de los camareros, me dirigí a la recepción del Hotel Mercure, donde me recibieron de un modo que confirmó ampliamente mis positivas impresiones a priori. La recepcionista me lo certificó incluso antes de pedirme mi tarjeta Visa, adelantándose a mis expectativas: sí, me habían reservado una habitación para fumadores, de acuerdo con mis deseos. «¿Será nuestro huésped durante una semana?», prosiguió ella, con un exquisito tono interrogativo; asentí.

Yo había dicho una semana por decir algo, mi único proyecto era liberarme de una relación tóxica que me estaba matando, mi proyecto de desaparición voluntaria había sido un éxito absoluto y ahora yo era un hombre occidental de edad mediana, al abrigo de la necesidad durante algunos años, sin parientes ni amigos, desprovisto tanto de planes personales como de verdaderos intereses, profundamente decepcionado por su vida profesional anterior, y que había vivido en el ámbito sentimental experiencias diversas cuyo denominador común era su interrupción, desprovisto en el fondo tanto de razones para vivir como para morir. Podía aprovechar para empezar de nuevo, para «reinventarme», como dicen cómicamente en los programas de televisión y los artículos que tratan de la psicología humana en las revistas especializadas; podía también abandonarme a una inacción letárgica. Tuve conciencia enseguida de que mi habitación de hotel me orientaba hacia esta segunda dirección: era realmente minúscula, calculé diez metros cuadrados en total, la cama doble ocupaba casi todo el espacio, a duras penas podías moverte alrededor; enfrente de la cama, encima de una consola estrecha, estaba el indispensable televisor y una bandeja de cortesía (o sea, una cafetera, tazas de cartón y sobres de café soluble). Hasta habían conseguido, en este espacio restringido, encajar un minibar y una silla delante de un espejo de treinta centímetros de ancho; y eso era todo. Era mi nueva casa.

¿Era capaz de ser feliz en soledad? No lo creía. ¿Era capaz de ser feliz en general? Creo que es la clase de preguntas que más vale no hacerse.

El único problema de la vida en el hotel es que hay que salir continuamente de la habitación –y por tanto de la cámara que la mujer de la limpieza haga su trabajo. El tiempo que tienes que estar fuera es, en principio, indeterminado, nunca comunican al cliente el empleo del tiempo de esas mujeres. Yo, por mi parte, sabiendo que la limpieza no duraba nunca demasiado, habría preferido que me impusieran una hora de salida, pero no estaba organizado así y en cierto sentido yo lo comprendía, no se habrían ajustado a los valores de la hostelería, eso más bien habría recordado el

funcionamiento de una prisión, pongamos. Así que no me quedaba más remedio que confiar en la iniciativa y la capacidad de reacción de la, o más bien de las, mujeres de la limpieza.

Sin embargo, podía ayudarlas, avisarlas dando la vuelta al cartelito colgado del picaporte y cambiándolo de la posición «Chsss, estoy durmiendo. *Please do not disturb*» (simbolizado por la imagen de un bulldog adormilado sobre una moqueta) a la de «Estoy despierto/a. *Please make up de room*» (en este caso había dos gallinas fotografiadas con un telón de teatro de fondo, en un estado de vigilia estruendoso y casi agresivo).

Tras algunos tanteos los primeros días, llegué a la conclusión de que bastaría una ausencia de dos horas. No tardé en establecer un minicircuito que empezaba por el O'Jules, poco frecuentado entre las diez de la mañana y el mediodía. Subía luego la avenue de la Sœur-Rosalie, que terminaba en una especie de rotonda arbolada, cuando hacía bueno me instalaba en uno de los bancos entre los árboles, por lo general estaba solo pero de vez en cuando había un jubilado en otro banco, a veces acompañado de un perrito. Después doblaba a la derecha hacia la rue Abel-Hovelacque; en el chaflán de la avenue des Gobelins nunca dejaba de hacer una parada en el Carrefour City. Yo había intuido desde mi primera visita que ese súper estaba llamado a desempeñar un papel en mi nueva vida. En la estantería oriental, sin llegar a la sobreabundancia del G20, cerca de la torre Totem, adonde solía ir pocos días antes, se alineaban, sin embargo, ocho variedades distintas de hummus, entre las cuales el *abugosh premium*, el *misadot*, el *zaatar* y el rarísimo *mesabecha*; me pregunto si no era aún mejor la sección de sándwiches. Hasta entonces creía que los Dailymonop' dominaban totalmente el sector de los supermercados en París y en la primera corona metropolitana; tenía que haberme figurado que cuando una cadena como Carrefour entraba en un nuevo mercado, como recordaba recientemente su director general en una entrevista para *Challenges*, «no asumía un papel de comparsa».

Los horarios de apertura, de una amplitud excepcional, atestiguaban la misma voluntad de conquista: los días laborables, de las siete de la mañana a las once de la noche; los domingos, desde las ocho hasta la una del mediodía, ni siquiera lo superaban los árabes. Y eso que este horario dominical reducido obedecía a un áspero conflicto iniciado por una ordenanza de la inspección de

trabajo del distrito 13, como supe por un pequeño letrado colocado en la tienda que, en términos de una virulencia que cortaba la respiración, estigmatizaba la «decisión aberrante» adoptada por el tribunal supremo, que al final les había obligado a acatarla bajo la amenaza de una multa «cuyo importe exorbitante habría puesto en peligro el comercio de proximidad». Así que la libertad de comercio, y también la del consumidor, había perdido una batalla, pero la guerra, quedaba claro por el tono marcial del letrado, distaba mucho de haber terminado.

Rara vez me paraba en el café La Manufacture, situado justo enfrente del Carrefour City; allí, algunas cervezas artesanales parecían apetecibles, pero a mí apenas me atraía aquel ambiente laboriosamente imitado del «café obrero» en un barrio donde los últimos obreros probablemente habían desaparecido hacia 1920. No tardaría en conocer algo mucho peor cuando mis pasos me condujeran a la zona siniestra de la Butte-aux-Cailles; pero aún lo ignoraba.

A continuación bajaba unos cincuenta metros por la avenue des Gobelins hasta empalmar con la avenue de la Sœur Rosalie, y este tramo constituía la única parte realmente urbana de mi circuito, la que me permitiría, a través del aumento del tráfico de peatones y de vehículos, advertir que habíamos franqueado la barrera del 15 de agosto, primera etapa de la reanudación de la vida social, seguida por la más decisiva del 1 de septiembre.

¿Era yo tan infeliz, en el fondo? Si por casualidad uno de los seres humanos con los que estaba en contacto (la recepcionista del Hotel Mercure, los camareros del Café O'Jules, la empleada del Carrefour City) me hubiera preguntado por mi estado de ánimo, más bien habría tendido a calificarlo de «triste», pero se trataba de una tristeza apacible, estabilizada, que por otra parte no era probable que aumentase o disminuyera, una tristeza, en suma, que podría haber inducido a considerarla definitiva. Sin embargo, no caí en esa trampa; sabía que la vida podía todavía depararme numerosas sorpresas, atroces o jubilosas, según viniera.

No obstante, por el momento no experimentaba ningún deseo, lo que muchos filósofos, o al menos era la sensación que yo tenía, habían considerado un estado envidiable; los budistas estaban básicamente en la

misma longitud de onda. Pero otros filósofos, así como el conjunto de los psicólogos, consideraban que esta ausencia de deseo era patológica y malsana. Al cabo de un mes de estancia en el Hotel Mercure, seguía siendo incapaz de zanjar este debate clásico. Renovaba mi estancia todas las semanas para mantenerme libre (estado que, por su parte, el conjunto de filosofías existentes ven con ojos favorables). En mi opinión, no me iba tan mal. En realidad solo había un punto en el que mi estado mental me causaba vivas inquietudes, y era el del cuidado del cuerpo e incluso simplemente las abluciones. Como mucho llegaba a cepillarme los dientes, aún me era posible, pero me producía una franca repugnancia la perspectiva de darme una ducha o un baño, la verdad es que me habría gustado no tener ya cuerpo, el hecho de tenerlo, de tener que dedicarle atenciones y cuidados, me resultaba cada vez más inaguantable, y aunque la impresionante multiplicación del número de individuos sin hogar había instigado poco a poco a la sociedad occidental a atenuar sus criterios al respecto, yo sabía que una pestilencia demasiado acusada acabaría singularizándome de una manera inadecuada.

Nunca había consultado a un psiquiatra, y en el fondo creía poco en la eficacia de esta corporación, y por eso elegí en el Doctolib a un especialista que tenía la consulta en el distrito 13, para al menos minimizar el tiempo del transporte.

Salir de la rue Bobillot para llegar a la bifurcación de la rue Butte-aux-Cailles (las dos se juntaban a la altura de la place Verlaine) era abandonar el universo del consumo ordinario y entrar en un mundo de creperías militantes y bares alternativos (el Temps des cerises y el Merle moqueur estaban prácticamente uno enfrente del otro), entreverados de tiendas ecológicas de comercio justo y establecimientos donde hacían piercings o cortes de pelo afros; siempre había tenido la intuición de que la década de 1970 no había desaparecido en Francia, que solo se había replegado. Algunos grafitis no estaban mal y seguí la calle hasta el final, saltándome la ramificación de la rue des Cinq-Diamants, donde estaba la consulta del doctor Lelièvre.

Él mismo tenía un poco pinta de zadista, me dije nada más verlo, con su pelo

semilargo y rizado que empezaban a invadir hilos blancos; pero su pajarita contradecía un poco esta primera impresión, al igual que el lujoso mobiliario de su consulta, reconsideré mi punto de vista, era a lo sumo un simpatizante.

Cuando le hube resumido mi vida en los últimos tiempos, convino en que, en efecto, necesitaba realmente un tratamiento y me preguntó si albergaba ideas de suicidio. No, respondí, la muerte no me interesa. Reprimió una mueca de descontento, adoptó un tono cortante, era patente que yo no le resultaba simpático; existía un antidepresivo de nueva generación (era la primera vez que yo oía el nombre de Captorix, que habría de desempeñar un papel tan importante en mi vida) que podía ser eficaz en mi caso, había que contar entre una y dos semanas para notar los primeros efectos, pero era un medicamento que requería una rigurosa vigilancia médica, tendría que concertar obligatoriamente una cita para el mes siguiente.

Me apresuré a asentir, esforzándome en no apoderarme de la receta con una avidez excesiva; estaba muy decidido a no volver a ver nunca a aquel imbécil.

De vuelta en mi casa, es decir, en mi habitación de hotel, estudié con detenimiento el prospecto, que me informó de que era probable que me quedara impotente y que mi libido desapareciese. El Captorix actuaba aumentando la secreción de serotonina, pero la información que pude obtener en internet acerca de las hormonas de funcionamiento psíquico daba una impresión de confusión e incoherencia. Había algunos comentarios sensatos, como: «Al despertarse cada mañana, un mamífero no decide si va a permanecer con el grupo o alejarse de él para vivir su vida», o este otro: «Un reptil no posee ningún sentimiento de apego por los otros reptiles; los lagartos no confían en los lagartos.» Más específicamente, la serotonina era una hormona vinculada a la autoestima, al reconocimiento alcanzado dentro del grupo. Pero por lo demás se generaba esencialmente a la altura del intestino y se observaba su presencia en muy numerosas especies vivas, incluidas las amebas. ¿De qué autoestima podían presumir las amebas? ¿De qué reconocimiento dentro del grupo? La conclusión que se desprendía poco a poco es que la ciencia médica seguía siendo confusa y aproximativa en



estas materias y que los antidepresivos formaban parte de esos numerosos medicamentos que funcionan (o no) sin que se sepa exactamente por qué.

En mi caso parecía funcionar, bueno, la ducha era de todas formas demasiado trabajosa, pero poco a poco llegué a darme un baño tibio e incluso a enjabonarme ligeramente. Y desde el punto de vista de la libido no se apreciaba un gran cambio, en cualquier caso no había experimentado nada semejante a un deseo sexual desde la chica del pelo castaño de El Alquián, la poco olvidable chica de pelo castaño de El Alquián.

No fue, desde luego, un impulso de concupiscencia lo que me movió a llamar a Claire unos días después, a media tarde. ¿Qué me movió, entonces? No tenía ni la menor idea. Hacía más de diez años que no habíamos tenido ningún contacto; la verdad es que esperaba que hubiese cambiado de número de teléfono. Pero no, no lo había hecho. Tampoco había cambiado de dirección, pero eso era normal. Pareció algo sorprendida de oírme, pero en el fondo no demasiado, y propuso que cenásemos juntos aquella misma noche en un restaurante de su barrio.

Cuando conocí a Claire yo tenía veintisiete años, atrás quedaban mis días de estudiante, había habido ya bastantes chicas, la mayoría extranjeras. Hay que tener muy en cuenta que por entonces no existían las becas Erasmus, que más adelante facilitarían en gran medida las relaciones sexuales entre estudiantes europeos, y que uno de los únicos lugares en la que era posible ligar con extranjeras era la Ciudad Universitaria Internacional del boulevard Jourdan, donde milagrosamente el Ministerio de Agricultura disponía de un pabellón donde se celebraban todos los días conciertos y fiestas. Conocí, pues, carnalmente a chicas de diferentes países y adquirí la convicción de que el amor solo puede desarrollarse sobre la base de cierta diferencia, de que el semejante nunca se enamora de su semejante, aunque en la práctica muchas diferencias pueden dar buen resultado: una extrema diferencia de edad puede generar pasiones de una virulencia inaudita; la diferencia racial conserva su eficacia; y tampoco hay que desdeñar la simple diferencia nacional y lingüística. Es malo que los que se aman hablen la misma lengua, es malo que puedan comprenderse realmente, que puedan comunicarse verbalmente,

porque la vocación de la palabra no es crear el amor, sino la división y el odio, la palabra separa a medida que se formula, mientras que un informe parloteo amoroso, semilingüístico, hablar a tu mujer o a tu hombre como se hablaría a un perro, genera las condiciones de un amor incondicional y duradero. La cosa podría ir bien si al menos pudiéramos limitarnos a asuntos inmediatos y concretos –¿dónde están las llaves del garaje?, ¿a qué hora viene el electricista?–, pero más allá empieza el reino de la confusión, del desamor y el divorcio.

Hubo, por tanto, mujeres diferentes, sobre todo españolas y alemanas, algunas sudamericanas, también una holandesa, apetecible y redonda, que parecía en verdad un anuncio de gouda. Estuvo Kate, por último, el último amor de mi juventud, el último y el más grave, después puede decirse que mi juventud terminó, no he vuelto a conocer esos estados mentales que suelen asociarse con la palabra «juventud», esa encantadora despreocupación (o, según los gustos, esa repulsiva irresponsabilidad), esa sensación de un mundo indefinido, abierto, después de Kate la realidad me envolvió definitivamente.

Kate era danesa, y es sin duda la persona más inteligente que he conocido en mi vida, bueno, digo esto no porque tenga verdadera importancia, las cualidades intelectuales apenas son importantes en una relación amistosa, y aún menos, obviamente, en una relación amorosa, pesan bien poco comparadas con un corazón bondadoso; lo digo sobre todo porque la increíble agilidad intelectual de Kate, su extraordinaria capacidad de asimilación eran realmente una curiosidad, un fenómeno. Ella tenía veintisiete años cuando nos conocimos –o sea, cinco más que yo– y su experiencia de la vida era mucho más extensa, a su lado me sentía un niño. Tras obtener una licenciatura de derecho a una velocidad récord, ejerció de abogada en un bufete londinense. «So you should have met some kind of yuppies...», recuerdo que le dije la mañana de nuestra primera noche de amor. «Florent, I was a yuppie», me respondió con suavidad, me acuerdo de esta respuesta y me acuerdo de sus pechos pequeños y firmes en la luz matutina, cada vez que me acuerdo me entran unas ganas tremendas de morirme, en fin, dejémoslo. Al cabo de dos años Kate se había rendido a la

evidencia: su condición de yuppie no correspondía en absoluto a sus aspiraciones, sus gustos, su forma general de ver la vida. Por eso había decidido reanudar los estudios, esta vez de medicina. Ya no recuerdo muy bien qué hacía en París, creo que el motivo de su estancia era un hospital parisino que gozaba de un gran renombre internacional en ya no sé qué enfermedad tropical. Para hacerse una idea de los talentos de esta chica: la noche de nuestro encuentro –se topó conmigo por casualidad, más concretamente, yo me había brindado a ayudarla a llevar sus maletas hasta su habitación en el tercer piso del pabellón de Dinamarca, después tomamos una cerveza y luego dos, etc.–, ella acababa de llegar a París por la mañana y no hablaba una palabra de francés; dos semanas más tarde dominaba casi perfectamente la lengua.

La última foto que tengo de Kate debe de estar en alguna parte de mi ordenador, pero no necesito encenderlo para acordarme de ella, me basta con cerrar los ojos. Acabábamos de pasar las navidades en su casa, bueno, en la de sus padres, no era en Copenhague, se me ha olvidado el nombre de la ciudad, en todo caso yo había querido volver a Francia en tren, lentamente, el viaje empezó de un modo extraño, el tren circulaba por la superficie del mar Báltico, solo dos metros nos separaban de la superficie gris de las aguas, a veces una ola más fuerte que las demás golpeaba los ojos de buey de nuestro habitáculo, estábamos solos en el vagón en medio de dos inmensidades abstractas, el cielo y el mar, yo no había sido más feliz en mi vida, y probablemente mi vida debería haberse detenido allí, una lámina de fondo, el mar Báltico, nuestros cuerpos mezclados para siempre, pero eso no sucedió, el tren llegó a la estación de destino (¿era Rostock o Stralsund?), Kate había decidido acompañarme unos días, sus clases en la facultad empezaban al día siguiente pero ya se las arreglaría.

La última foto que tengo de ella está tomada en el parque del castillo de Schwerin, una pequeña ciudad alemana, capital del land de Mecklembourg-Pomerania Occidental, y las alamedas del parque están recubiertas de una nieve espesa, a lo lejos se divisan las torretas del castillo. Kate se vuelve hacia mí y me sonrío, seguramente he debido de gritarle que se gire para que

le haga la foto, me mira y su mirada rebosa de amor, pero también de indulgencia y de tristeza porque probablemente ya ha comprendido que voy a traicionarla y que la historia se va a terminar.

La misma noche cenamos en una cervecería de Schwerin, me acuerdo del camarero, un cuarentón flaco, nervioso y desgraciado, seguramente emocionado por nuestra juventud y por el amor que irradiaba la pareja que formábamos, sobre todo ella, el camarero que había interrumpido directamente su servicio, una vez colocados los platos, para dirigirse a mí (bueno, a los dos pero en especial a mí, debió de pensar que yo era el eslabón débil) para decirme en francés (él también debía de ser francés, cómo un francés había llegado a ser camarero en una cervecería de Schwerin, la vida de la gente es un misterio), bueno, para decirme con una gravedad inusual, sagrada: «Seguid así los dos. Os lo ruego, seguid así.»

Habríamos podido salvar al mundo, y habríamos podido salvarlo en un abrir y cerrar de ojos, *in einem Augenblick*, pero no lo hicimos, bueno, al menos yo no lo he hecho, y el amor no triunfó, lo traicioné, y a menudo, cuando no consigo dormir, es decir, casi todas las noches, vuelvo a oír en mi pobre cabeza el mensaje de su contestador, «*Hello this is Kate leave me a message*», y su voz era tan fresca, era como zambullirse debajo de una cascada al final de una polvorienta tarde de verano, al instante te sentías limpio de toda suciedad, de todo desamparo y de todo mal.

Los últimos segundos tuvieron lugar en la estación central de Frankfurt, la Frankfurter Hauptbahnhof, esta vez ella tenía que volver realmente a Copenhague, aunque había exagerado sus obligaciones universitarias, de todos modos no podía acompañarme a París en ningún caso, vuelvo a verme de pie en la portezuela del tren y a ella en el andén, habíamos follado toda la noche y hasta las once de la mañana, hasta que llegó de verdad la hora de ir a la estación, ella me había follado y mamado hasta el límite de sus fuerzas, y sus fuerzas eran grandes, yo también por entonces me empalmaba de nuevo fácilmente, bueno, la verdad sea dicha la cuestión no reside ahí, no es *esencialmente* esa, es sobre todo que Kate, en un momento dado, de pie en el andén, empezó a llorar, no del todo a llorar, se le deslizaban algunas lágrimas

por la cara, ella me miraba, me miró durante más de un minuto hasta que partió el tren, su mirada no se despegó de la mía un solo segundo y en un momento dado, a su pesar, empezaron a caerle las lágrimas y yo no me moví, no salté al andén, esperé a que las puertas se cerraran.

Por eso merezco la muerte, e incluso castigos mucho más severos: acabaré mi vida desdichado, gruñón y solo, y lo habré merecido. ¿Cómo un hombre, después de haberla conocido, podía alejarse de Kate? Es incomprendible. Acabé llamándola, después de haber dejado sin respuesta no sé cuántos mensajes suyos, y todo por una brasileña inmunda que me olvidaría al día siguiente de su regreso a São Paulo, llamé a Kate y la llamé exactamente *demasiado tarde*, al día siguiente se marchaba a Uganda, se había inscrito en una misión humanitaria, los occidentales la habían decepcionado por fuerza, pero yo en particular.

Siempre terminamos interesándonos por los gastos de la casa. Claire, por su parte, había vivido su dosis de melodrama, había conocido años agitados sin acercarse realmente a la felicidad, pero ¿quién puede hacerlo?, pensaba ella. Ya nadie será feliz en Occidente, pensaba además, hoy debemos considerar la felicidad como un ensueño antiguo, pura y simplemente no se dan las condiciones históricas.

Insatisfecha e incluso desesperada en su vida personal, Claire había conocido, sin embargo, intensas alegrías inmobiliarias. Cuando su madre había entregado a Dios –o más probablemente a la nada– su alma pequeña y malvada, el tercer milenio acababa de empezar, y era quizá, para el Occidente anteriormente calificado de judeocristiano, el milenio de más, en el mismo sentido en que se habla del combate de más para un boxeador, la idea en todo caso se había extendido ampliamente, en el Occidente anteriormente calificado de judeocristiano, bueno, lo digo para situarlo en el contexto histórico, pero de todo esto Claire no se preocupaba lo más mínimo, tenía otras preocupaciones en la cabeza, ante todo su carrera de actriz, luego, poco a poco, los gastos de su piso habían ocupado un lugar predominante en su vida, pero no nos adelantemos.

Yo la había conocido en la Nochevieja de 1999, que pasé en casa de un especialista en comunicación de crisis al que había conocido en mi trabajo –por entonces yo trabajaba en Monsanto, y Monsanto estaba más o menos permanentemente en una situación de comunicación de crisis–. No sé de qué conocía él a Claire, creo que de hecho no la conocía, pero se acostaba con una amiga de ella, en fin, amiga no es quizá la palabra justa, digamos otra

actriz que actuaba en la misma obra.

Claire estaba entonces al comienzo de su primer gran éxito teatral, que, por otra parte, habría de ser el último. A partir de entonces tuvo que conformarse con papeles de figurante en películas francesas de bajo o mediano presupuesto y con algunas obras radiofónicas en France-Culture. Esta vez era la protagonista femenina en una obra de teatro de Georges Bataille, bueno, no era exactamente una obra de Bataille, de hecho no lo era en absoluto, el director se había dedicado a una *labor de adaptación* de diferentes textos suyos, unos de ficción y otros teóricos. Según declaró en varias entrevistas, su proyecto era releer a Bataille a la luz de las nuevas sexualidades virtuales. Se declaraba especialmente interesado por la masturbación. No pretendía disimular la diferencia, incluso la oposición entre las posiciones de Bataille y las de Genet. Toda la función se estaba montando en un teatro subvencionado del este de París. En fin, en esta ocasión cabía esperar importantes repercusiones mediáticas.

Fui al estreno. Me acostaba con Claire desde hacía poco más de dos meses, pero ya se había instalado en mi casa, debo decir que la habitación donde ella vivía era un auténtico cuchitril, la ducha en el rellano, que compartía con unos veinte inquilinos, estaba tan mugrienta que acabó inscribiéndose en el Club Med Gym únicamente para lavarse. Me impresionó bastante más Claire que el espectáculo, ella desprendía durante toda la obra una especie de erotismo helado, la responsable del vestuario y el técnico de iluminación habían hecho un buen trabajo, no era tanto que dieran ganas de follarla como de dejarse follar por ella, se notaba que era una mujer que de un instante a otro podía verse arrastrada por el impulso irresistible de follarte, y de hecho era lo que ocurría en nuestra vida cotidiana, su cara no transparentaba nada y de golpe me ponía una mano en la polla, desabrochaba la bragueta en cuestión de segundos y se arrodillaba para mamármela, o bien la variante en que se quitaba las bragas y empezaba a masturbarse, y recuerdo que esto lo hacía casi en cualquier sitio, incluso una vez en la sala de espera del servicio municipal de impuestos directos, había una negra con dos niños que había parecido un poco escandalizada, total, que Claire mantenía en materia sexual un suspense permanente. La crítica fue unánimemente elogiosa, la obra mereció una página entera en la sección cultural de *Le*

*Monde* y dos en la de *Libération*. Claire recibió lo suyo en ese concierto de alabanzas, *Libération* en particular la comparaba con esas heroínas de Hitchcock rubias y frías en realidad ardientes por dentro, o sea, esas comparaciones al estilo de la tortilla noruega que yo había leído decenas de veces, hasta el punto de comprender inmediatamente de qué se trataba sin haber visto nunca una sola película de Hitchcock, yo era más bien de la generación Mad Max, pero bueno, de todas maneras era bastante justo en el caso de Claire.

En la penúltima escena de la obra, que el director consideraba manifiestamente clave, Claire se remangaba las faldas y, con las piernas separadas frente al público, se masturbaba mientras otra actriz leía un largo texto de Bataille en el que se hablaba fundamentalmente, me pareció, del ano. Al crítico de *Le Monde* le había gustado en especial esta escena y ensalzaba el «hieratismo» que Claire demostraba en su interpretación. La palabra hieratismo me parecía fuerte, pero digamos que ella estaba tranquila y no parecía nada excitada; no lo estaba lo más mínimo, de hecho, como me confirmó la noche del estreno.

Su carrera, en suma, había despegado, y esta primera alegría la completó una segunda cuando el vuelo Air France AF232 con destino a Río de Janeiro se estrelló justo en medio del Atlántico Sur, un domingo de marzo. No hubo ningún superviviente y la madre de Claire se encontraba entre los pasajeros. Se organizó de inmediato una unidad de asistencia psicológica para atender a los parientes de las víctimas. «Ahí me consideré una buena actriz...», me dijo Claire la noche de su primer encuentro con los expertos psicólogos, «he interpretado a la hija devastada, anonadada, creo que he conseguido realmente ocultar mi alegría.»

De hecho, a pesar del odio que se profesaban la una a la otra, Claire presentía que su madre era demasiado egocéntrica para haberse tomado la molestia de redactar un testamento, para haber dedicado un solo minuto a pensar en lo que podría ocurrir después de su muerte, y de todas formas es muy difícil desheredar a los hijos, como hija única tenía derecho a la legítima, que era el cincuenta por ciento, con lo que Claire no tenía mucho que temer, y un mes después de aquel milagroso accidente aéreo se encontró en efecto en posesión de su herencia, que básicamente consistía en un



magnífico piso situado en el passage du Ruisseau-de-Ménilmontant, en el distrito 20. Nos mudamos allí dos semanas más tarde, el tiempo que tardamos en despachar los asuntos de la vieja, que por lo demás no lo era tanto, tenía cuarenta y nueve años y el accidente aéreo que le había costado la vida se produjo cuando iba de vacaciones a Brasil con un tío de veintiséis años: mi edad, exactamente.

El piso estaba dentro de una antigua trefilería que había cerrado sus puertas a principios de la década de 1970, había estado desocupada algunos años hasta que lo compró el padre de Claire, un arquitecto emprendedor con un rápido olfato para los negocios jugosos y que la había transformado en lofts. La entrada era un gran porche protegido por una verja de barrotes enormes, acababan de reemplazar el código digital por un sistema biométrico de identificación del iris; a su vez, los visitantes disponían de un interfono con cámara de vídeo.

Franqueada esta barrera, entrabas en un vasto patio de adoquines, rodeado por los antiguos edificios industriales; había una veintena de copropietarios. El loft adjudicado a la madre de Claire, uno de los más grandes, constaba de un gran espacio abierto de cien metros cuadrados –y seis metros de altura hasta el techo– que daba a una cocina abierta equipada con una isla central, un cuarto de baño grande, con ducha italiana y bañera jacuzzi, dos habitaciones, una de ellas en un altillo y la otra completada con un vestidor, y un despacho que daba a un pequeño jardín. El conjunto medía un poco más de doscientos metros cuadrados.

Aunque el término aún no era muy conocido en esa época, los otros copropietarios eran exactamente lo que más adelante se llamarían *bobos*, burgueses bohemios, y no podían sino regocijarse por tener de vecina a una actriz de teatro, cabe preguntarse qué sería del teatro sin los *bobos*, entonces el periódico *Libération* no solo lo leían los eventuales del mundo del espectáculo, sino también una parte (aunque decreciente) de su público, y *Le Monde* mantenía todavía más o menos sus ventas y su prestigio, así que Claire fue acogida con entusiasmo en el edificio. Yo era consciente de que mi caso podía ser más delicado, Monsanto debía de parecerles una empresa casi tan honorable como la CIA. Una buena mentira siempre toma prestados algunos elementos de la realidad, enseguida divulgué que trabajaba en la

investigación genética de las enfermedades raras, enfermedades que son inatacables, imaginamos enseguida a un autista, por ejemplo, uno de esos pobres niños víctimas de la progeria que a la edad de doce años tienen ya aspecto de ancianos, yo habría sido incapaz de trabajar en ese campo, pero sabía lo bastante de genética para enfrentarme con cualquier *bobo*, aunque fuese uno instruido.

A decir verdad, yo me sentía cada vez más a disgusto con mi empleo. Nada establecía claramente la peligrosidad de los transgénicos, y los ecologistas radicales eran en su mayoría unos imbéciles ignorantes, pero nada establecía tampoco su inocuidad, y mis superiores en la empresa eran simplemente unos mentirosos patológicos. Lo cierto es que no se sabía nada o casi nada sobre las consecuencias a largo plazo de las manipulaciones genéticas vegetales, pero a mi juicio el problema ni siquiera residía ahí, era que los productores de semillas, de abonos y de pesticidas, por su misma existencia, desempeñaban en materia agrícola un papel destructivo y letal, era que la agricultura intensiva, basada en explotaciones gigantescas y en la optimización del rendimiento por hectárea, esa industria agraria totalmente dirigida a la exportación y basada en la separación de la agricultura y la ganadería, constituía a mi entender justo lo contrario de lo que había que hacer si se quería alcanzar un desarrollo aceptable, proteger los suelos y las capas freáticas volviendo a complejas alternancias de cultivos y a la utilización de fertilizantes animales. Debí de sorprender a más de uno, en el curso de los múltiples *aperitivos de vecinos* que siguieron a los primeros meses desde nuestra mudanza, por la vehemencia y el carácter extremadamente documentado de mis intervenciones sobre estos temas, por supuesto ellos pensaban lo mismo que yo pero sin saber ni papa, en realidad por puro conformismo de izquierda, el caso es que yo había tenido ideas, quizá había tenido incluso un ideal, no por casualidad había estudiado agronomía en vez de ir a una escuela generalista como la Politécnica o a la Escuela de Estudios Superiores de Comercio, resumiendo, había tenido un ideal y lo había traicionado.

Sin embargo, quedaba descartado que yo dimitiera, mi sueldo era indispensable para nuestra subsistencia porque la carrera de Claire, pese al éxito crítico de aquella obra adaptada de Georges Bataille, se obstinaba en

seguir en punto muerto. Su pasado la confinaba en el ámbito cultural, y era un malentendido, porque su sueño era trabajar en el cine de entretenimiento, solo iba a ver películas para todos los públicos, le encantaba *El gran azul* y más aún *Los visitantes*, mientras que el texto de Bataille le había parecido «una absoluta gilipollez», lo mismo que opinó de un texto de Leiris con el que la engatusaron un poco más tarde, pero lo peor sin duda fue una lectura de una hora de Blanchot para France-Culture, nunca habría sospechado, me dijo ella, que existieran mierdas semejantes, era increíble, me dijo, que se atrevieran a ofrecer al público chorradas parecidas. Personalmente yo no tenía ninguna opinión sobre Blanchot, solo me acordaba de un divertido párrafo de Cioran en el que explica que Blanchot es el autor ideal para aprender a escribir a máquina porque «no te molesta el sentido del texto».

Por desgracia para Claire, su físico estaba en consonancia con su currículum: su belleza rubia, elegante y fría parecía predisponerla a leer textos con una voz blanca en un teatro subvencionado, la industria del espectáculo pesado estaba por entonces bastante ávida de bombas latinas o de mestizas un poco calentonas, resumiendo, ella no formaba parte en absoluto de aquella movida y durante el año siguiente no consiguió ningún papel aparte de las tonterías intelectualoides que he mencionado, a pesar de una lectura regular del *Film français*, a pesar de un empecinamiento nunca desmentido en presentarse casi a cualquier casting. Ni siquiera en los anuncios de desodorantes había sitio para las tortillas noruegas. Paradójicamente, quizá en el porno es donde más oportunidades habría tenido: obviamente, sin desestimar a las latinas o negras explosivas, este sector se esforzaba en mantener a actrices de una gran diversidad de físicos y etnias. Claire quizá se habría decidido en mi ausencia, incluso a sabiendas de que una carrera en el porno nunca había desembocado en una carrera en el cine normal, pero yo creo que si la remuneración hubiera sido más o menos igual, ella habría preferido eso antes que leer a Blanchot en France-Culture. En cualquier caso, aquello no hubiese durado mucho tiempo, la industria del porno vivía sus últimos meses antes de que la destruyera el porno amateur en internet, YouPorn iba a destruir esa industria con mayor rapidez incluso que YouTube la industria musical, el porno ha sido siempre puntero en la innovación tecnológica, como ya lo han señalado numerosos ensayistas, sin

que ninguno se percatara de lo que esta constatación tenía de paradójica, porque en definitiva la pornografía es el sector de la actividad humana donde la innovación tiene menos importancia, en él no se produce absolutamente nada nuevo, todo lo concebible en materia pornográfica existía ya ampliamente en la Antigüedad griega o romana.

En cuanto a mí, Monsanto empezaba a crisparme los nervios y me puse a mirar en serio los anuncios, más o menos por todos los medios que estuvieran al alcance de un exalumno de Agronomía, en particular a través de la asociación de exalumnos, pero hasta principios de noviembre no di con una oferta verdaderamente interesante, procedente de la dirección regional de agricultura y bosques (DRAF) de la Baja Normandía. Se trataba de crear una nueva estructura dedicada a la exportación de quesos franceses. Envié mi currículum y enseguida obtuve una cita, fui y volví de Caen en el mismo día. El director de la DRAF era también antiguo alumno de Agronomía, un joven exalumno, yo lo conocía de vista, estaba en segundo cuando yo cursaba primero. No sé dónde habría hecho sus prácticas de fin de carrera, pero de ellas había conservado la manía (poco arraigada todavía en la administración francesa) de emplear bastante inútilmente palabras anglosajonas. Su declaración inicial fue que el queso francés seguía exportándose casi exclusivamente a Europa, que su presencia en Estados Unidos continuaban siendo insignificante, y sobre todo que, a diferencia del vino (en este punto rindió un largo y reiterado homenaje al gremio de los vinos de Burdeos), el sector del queso no había sabido prever la llegada de los países emergentes, en especial Rusia, pero pronto China, y sin duda la India un poco más tarde. Esto valía para todos los quesos nacionales, pero estábamos en Normandía, subrayó atinadamente, y la *task force* que proyectaba crear tendría como primera ambición promover a los «señores de la trilogía normanda»: el camembert, el pont-l'évêque y el livarot. Hasta entonces, solo el camembert gozaba de un auténtico renombre internacional, por razones históricas apasionantes, por cierto, pero sobre las cuales no tenía tiempo de extenderse, el livarot y el pontl'évêque eran perfectos desconocidos en Rusia y en China, él no disponía de recursos ilimitados pero al menos había conseguido el

presupuesto necesario para contratar a cinco personas, y lo que buscaba en primer lugar era el jefe de esa *task force*, ¿me interesaba el *job*?

Me interesaba y lo confirmé con una adecuada mezcla de profesionalidad y entusiasmo. Se me había ocurrido una primera idea y me pareció oportuno comunicársela: numerosos norteamericanos, bueno, no sabía exactamente si eran tantos, digamos que todos los años venían americanos a visitar las playas del desembarco en las que miembros de sus familias, y a veces sus propios padres, habían realizado el sacrificio supremo. Naturalmente, había que respetar el tiempo de recogimiento, no se trataba de organizar degustaciones de queso a la salida de los cementerios militares; pero, bueno, siempre se acaba comiendo, ¿y acaso los quesos normandos se benefician suficientemente de este turismo de la memoria? Él se entusiasmó: en efecto, era precisamente esa clase de cosas las que había que implantar, y más en general poner imaginación en el proyecto; eran pocas las posibilidades de imitar las sinergias que había sabido desarrollar la viticultura champañera con la industria del lujo francesa: ¿era imaginable ver a Gisele Bündchen degustando livarot (mientras que sí te la imaginas catando una copa de Moët et Chandon)? Total, que yo tendría más o menos carta blanca, él no querría frenar mi creatividad, además mi trabajo en Monsanto tampoco debía de haber sido fácil (en realidad no había tenido que esforzarme mucho, la argumentación que utilizaba el productor de semillas era de una simplicidad brutal: sin los transgénicos no tendríamos los medios para alimentar a una población humana en constante crecimiento; en suma, o Monsanto o la hambruna). Así que en el momento en que salí de su despacho yo ya sabía, sobre todo por el modo en que habló en pasado de mi empleo en Monsanto, que me había elegido para el puesto.

Mi contrato comenzaba el 1 de enero de 2001. Al cabo de unas semanas en el hotel encontré una bonita casa en alquiler, aislada en medio de un paisaje montañoso de bosquecillos y pastos, a dos kilómetros del pueblo de Clécy, que se enorgullecía del título un tanto exagerado de «capital de la Suiza normanda». Era realmente una casa encantadora con entramado de madera; había una gran sala de estar con el suelo recubierto de baldosas hexagonales

de terracota, tres habitaciones con parquet, un despacho. En anexo, un antiguo lagar restaurado podría servir para albergar a los huéspedes; habían instalado calefacción central.

Era una casa preciosa, y a lo largo de toda la visita noté que su propietario la había amado mucho, que la había cuidado con un esmero meticuloso, era un viejecillo enclenque, de entre setenta y cinco y ochenta años, había vivido a gusto allí, me dijo enseguida, pero ahora ya no podía, necesitaba con frecuencia asistencia médica, una enfermera a domicilio como mínimo tres veces por semana y todos los días en períodos de crisis, de forma que un apartamento en Caen era más razonable, tenía suerte, no obstante, sus hijos se ocupaban de él, su hija había insistido en escoger ella misma a la enfermera, tenía suerte teniendo en cuenta lo que se veía hoy día, y, en efecto, yo estuve de acuerdo, tenía suerte, solo que desde la muerte de su mujer no era lo mismo y ya nunca sería lo mismo, a todas luces era creyente y el suicidio era algo en lo que jamás hubiera pensado, pero a veces le parecía que Dios tardaba un poco en llamarlo, a su edad para qué servía, las lágrimas me empañaron los ojos durante casi toda la visita.

Era una casa preciosa, pero iba a ocuparla solo. Claire se había negado en redondo a la idea del trasladarse a un pueblo de la Baja Normandía. Por un momento yo había pensado en sugerirle que podría «volver a París para los castings», pero enseguida me di cuenta de que era absurdo, ella se presentaba más o menos a diez castings por semana, no tenía sentido, mudarse al campo sería un suicidio en su carrera, y, al mismo tiempo, ¿es realmente grave que se suicide lo que ya está muerto?, esto es lo que yo pensaba en mi fuero interno, pero evidentemente no podía decírselo directamente, ¿y cómo decirlo indirectamente? No vi ninguna solución.

Así que acordamos algo en apariencia razonable, que yo volvería a París los fines de semana, hasta los dos concebimos la ilusión de que esa separación y los reencuentros semanales infundirían aliento y energía a nuestra pareja, que cada fin de semana sería una fiesta amorosa, etc.

Entre nosotros no hubo ruptura, no una ruptura clara y neta. No es difícil tomar el tren Caen-París, es directo y el trayecto dura un poco más de dos horas, lo que sucedió es que yo lo tomaba cada vez con menos frecuencia, al principio con la excusa de una sobrecarga de trabajo, después sin ninguna excusa, y al cabo de algunos meses todo quedó dicho. En el fondo yo nunca había renunciado a que Claire viniera a reunirse conmigo en aquella casa, a que renunciase a su incierta carrera de actriz y aceptara ser simplemente mi mujer. En varias ocasiones incluso le había enviado por correo fotos de la casa sacadas con buen tiempo, con las ventanas que daban a los bosquecillos y los pastos abiertas de par en par, me avergonzaba un poco recordarlo.

Al mirar atrás, lo más notable es que, al igual que con Yuzu veinte años más tarde, el conjunto de mis pertenencias materiales cabía en una maleta. Era obvio mi desapego a las posesiones materiales; lo cual, a juicio de algunos filósofos griegos (¿epicúreos?, ¿estoicos?, ¿cínicos?, ¿un poco los tres?), constituía una disposición mental muy favorable; me parecía que rara vez se había defendido la posición opuesta; había, por tanto, *consenso* sobre este punto concreto entre los filósofos, lo cual es lo bastante insólito como para destacarlo.

Eran las cinco pasadas cuando colgué el teléfono después de hablar con Claire, me quedaban tres horas de espera hasta la cena. Enseguida, en cuestión de minutos, empecé a preguntarme si aquel encuentro era realmente una buena idea. Estaba claro que no conduciría a nada positivo, lo único que provocaría sería despertar sentimientos de decepción y de amargura que al cabo de una veintena de años habíamos conseguido más o menos enterrar. Los dos sabíamos que la vida es amarga y decepcionante, ¿servía de algo pagar un taxi, la cuenta de un restaurante para obtener una confirmación adicional? ¿Y de verdad me apetecía saber *qué había sido* de Claire? Probablemente nada brillante, en todo caso nada acorde con sus esperanzas,

de lo contrario podría haberme enterado solo con mirar los anuncios de las películas en la calle. Mis propias aspiraciones profesionales no estaban tan bien definidas, y el fracaso, por ende, era menos visible, pero aun así yo tenía bastante claro hasta la fecha que era un fracasado. El reencuentro de dos perdedores cuarentones y antiguos amantes habría podido ser una escena magnífica en una película francesa con los actores adecuados, pongamos, por ejemplo, Benoît Poelvoorde e Isabelle Huppert; en la vida real, ¿me apetecía tanto?

En algunas circunstancias críticas de mi vida yo había recurrido a una forma de *telemancia* de la que yo, que supiera, era el inventor. Los caballeros de la Edad Media, más adelante los puritanos de Nueva Inglaterra, cuando tenían que tomar una decisión difícil, abrían la Biblia al azar, posaban al azar un dedo en la página e intentaban dar una interpretación al versículo señalado y tomar su decisión en el sentido indicado por Dios. Del mismo modo yo solía encender el televisor al azar (sin escoger la cadena, bastaba con pulsar el botón On) y trataba de interpretar las imágenes que veía.

A las seis y media en punto de la tarde pulsé el botón On del televisor de mi habitación del Hotel Mercure. Al principio lo que vi me pareció desconcertante, difícil de descifrar (pero lo mismo les ocurría a los caballeros del Medievo y hasta a los puritanos de Nueva Inglaterra): el programa era un homenaje a Laurent Baffie, lo cual ya era sorprendente en sí mismo (¿había muerto?; era todavía joven, pero algunos presentadores de la televisión mueren fulminados en plena gloria y son brutalmente arrebatados al amor de sus fans, así es la vida). En cualquier caso, el tono era el de un homenaje, y todos los participantes recalcaban la «profunda humanidad» de Laurent, para algunos era un «supercolega, un rey del descojone, un majara total», otros que le conocían desde hacía más tiempo hacían hincapié en el «profesional impecable», esta polifonía bien orquestada por el montaje representaba una auténtica relectura del trabajo de Laurent Baffie y concluía de manera sinfónica con la repetición casi coral de una expresión unánime de los presentes: Laurent era, lo miraras por donde lo mirases, «una buena persona». Llamé a un taxi a las 19.20.



Llegué a las ocho en punto al Bistrot du Parisien, en la rue Pelleport, efectivamente Claire había reservado una mesa, era un punto positivo pero sentí desde los primeros segundos, ya mientras cruzaba el restaurante poco concurrido, al fin y al cabo era noche de domingo, que sería el único de la cita.

Al cabo de diez minutos, un camarero vino a preguntarme si quería tomar un aperitivo durante la espera. Parecía de un carácter benévolo y abnegado, sobre todo intuí de entrada que había adivinado una cita problemática (¿cómo un camarero de un bar en el distrito 20 no iba a ser un poco chamán, hasta un poco psicopompo?), y percibí también que aquella noche se pondría más bien de mi parte (¿habría notado ya mi angustia creciente?; es verdad que ya había devorado una buena ración de grisines), en el estado en que me hallaba me tomé un Jack Daniel's, uno triple.

Claire llegó hacia las ocho y media, caminaba con precaución, se apoyó en dos mesas antes de llegar a la nuestra, llevaba ya visiblemente una buena curda, ¿la trastornaba tanto la idea de volver a verme, era tan doloroso el recuerdo de las promesas de felicidad frustradas? Tuve esta esperanza durante unos segundos, no más de dos o tres, luego me asaltó un pensamiento más realista, el de que era probable que Claire se encontrase en aquel estado todos los días a la misma hora, aproximadamente igual de curda.

Abrí los brazos con ímpetu para exclamar que tenía aspecto de estar en plena forma, que no había cambiado nada, no sé de dónde me viene esta capacidad para la mentira, de mis padres no, en todo caso quizá de mis primeros años de liceo, pero el hecho es que Claire había sufrido mucho, la grasa le sobresalía

un poco por todas partes y tenía la cara llena de rosácea, su primera mirada fue de hecho dubitativa, su primer pensamiento fue sin duda que me burlaba de ella, pero eso no duró más de diez segundos, bajó rápidamente la cabeza y luego la levantó al instante y su expresión había cambiado, reapareció la Claire joven, me lanzó un guiño casi pícaro.

El examen de la carta, la agradable y típica de un bistró, me permitió demorarme un buen rato. Al final me decidí por una cazuela de caracoles de Borgoña (seis) con mantequilla de ajo, y a continuación vieiras fritas con aceite de oliva y tagliatelle. De este modo buscaba superar el dilema tradicional entre tierra y mar (vino tinto versus vino blanco) eligiendo platos que nos permitiesen tomar una botella de ambos. El razonamiento de Claire pareció adoptar el mismo criterio, pues se decantó por una tostada de tuétano con sal de Guérande, seguida por una bourride de rape a la provenzal con su alioli.

Yo temía tener que expresarme sobre mi persona, tener que contar mi vida, pero no hizo falta, en cuanto pedimos Claire inició una larga narración de índole totalmente personal que pretendía nada menos que sintetizar la veintena de años que habían transcurrido desde nuestro último encuentro. Bebía rápido, de un trago, y enseguida vimos que íbamos a necesitar dos botellas de tinto (y un rato más tarde dos botellas de blanco). Después de mi partida nada se había arreglado, su búsqueda de papeles había seguido siendo infructuosa y la situación había acabado por ser un poco extraña, entre 2002 y 2007 los precios inmobiliarios en París se habían duplicado y en el barrio de Claire la subida había sido incluso más rápida, la rue de Ménilmontant se volvía cada vez más *hype* y circulaba el rumor tenaz de que Vincent Cassel acababa de mudarse allí, que no tardarían en seguirle Kad Merad y Béatrice Dalle, tomarte el café en el mismo local que Vincent Cassel era un privilegio considerable y esta información no desmentida había provocado un nuevo salto hacia arriba de los precios, hacia 2003-2004 Claire se había dado cuenta de que su piso ganaba todos los meses mucho más que ella, tenía que aguantar a toda costa, vender entonces habría sido un suicidio inmobiliario, recurrió a soluciones desesperadas como aceptar la grabación para France-Culture de una serie de cedés de Maurice Blanchot, temblaba cada vez más al contarme esto, me miraba con ojos de loca y roía literalmente su hueso con

tuétano, hice una señal al camarero de que se apresurase.

La bourride de rape la apaciguó ligeramente y coincidió con un momento más apacible de su relato. A principios de 2008 se presentó a una oferta de Pôle Emploi: el organismo se proponía crear talleres de teatro para parados con la intención de devolverles la confianza en sí mismos, el sueldo no era gran cosa pero llegaba regularmente todos los meses, hacía más de diez años que se ganaba la vida así, era una pieza indispensable de Pôle Emploi, y ahora podía decir con verdadera perspectiva que la idea no era absurda, en todo caso funcionaba mejor que las psicoterapias, es cierto que el parado de larga duración se transformaba inevitablemente en una persona retraída y muda, y que el teatro, en especial, por oscuras razones, el repertorio de vodevil, devolvía a esas tristes criaturas el mínimo de desenvoltura social necesario para una entrevista de trabajo, en todo caso ahora ella podría haber salido del apuro con aquel sueldo, modesto pero regular, de no haber sido por el problema de las derramas comunitarias, porque una parte de los copropietarios, embriagados por la gentrificación fulminante del barrio de Ménilmontant, habían resuelto emprender inversiones propiamente delirantes, la sustitución del código digital por un sistema biométrico de identificación del iris no había sido más que el preludio de una sucesión de proyectos insensatos como reemplazar el patio de adoquines por un jardín zen con pequeñas cascadas y bloques de granito directamente importados de Côtes-d'Armor, todo ello bajo la supervisión de un maestro japonés mundialmente conocido. Ahora Claire ya se había decidido a vender y de hecho acababa de contactar con una primera agencia, sobre todo porque después del segundo y más breve auge que hubo hacia 2015-2017 el mercado inmobiliario parisino había sufrido un largo estancamiento.

En el ámbito afectivo tenía menos cosas que contar, había tenido algunas relaciones e incluso había habido dos tentativas de vida en común, logró movilizar la suficiente emoción para hablar de ellas, pero aun así no podía ocultárselo a sí misma: los dos hombres (dos actores de éxito parecido al suyo) que se mostraron dispuestos a compartir su vida estaban mucho menos enamorados de ella que de su piso. En el fondo, yo era quizá el único hombre que la había amado realmente, concluyó Claire con una especie de sorpresa. Me abstuve de desengañarla.

A pesar del carácter desencantado y hasta claramente triste de esta historia, yo había saboreado mis vieiras y me incliné con interés sobre la carta de postres. El merengue con nata y su coulis de frambuesas atrajo en el acto mi atención; Claire prefirió un clásico, los profiteroles con chocolate caliente; yo pedí una tercera botella de vino blanco. Empezaba a preguntarme de verdad si, en un momento dado, ella iba a decirme: «¿Y tú?», bueno, las cosas que se dicen en estas circunstancias, al menos en las películas, e incluso, me parecía, en la vida real.

En vista de cómo había transcurrido la velada, yo debería haber rechazado la propuesta de «tomar una última copa» en su casa, y aún ahora me pregunto qué me empujó a aceptar. Quizá un poco la curiosidad de volver a ver el piso donde había pasado un año de mi vida; pero también tenía que empezar a preguntarme qué era lo que yo había visto en aquella chica. Debió de haber, sin embargo, algo distinto al sexo; o quizá no, asustaba pensarlo, solo había habido sexo.

En cualquier caso, en sus intenciones no había ambigüedad, y después de haberme ofrecido una copa de coñac me acometió del modo directo tan propio de ella. Lleno de buena voluntad, me quité el pantalón y los calzoncillos para facilitarle la mamada, pero en realidad ya me había asaltado una premonición inquietante, y cuando ella hubo mordisqueado durante tres minutos y sin el menor éxito mi miembro inerte, sentí que la situación amenazaba con degenerar y le confesé que en aquel momento tomaba antidepresivos («dosis masivas» de antidepresivos, añadí, para no quedarme corto), que tenían el inconveniente de anular totalmente la libido.

El efecto de estas palabras fue mágico, al instante la noté tranquilizada, evidentemente siempre se prefiere culpar a los antidepresivos en vez de a la grasa de tus michelines, pero además se le pintó en la cara una expresión de compasión sincera, por primera vez en la velada pareció interesarse por mí cuando me preguntó si pasaba por un período de depresión, por qué y desde cuándo.

Le conté entonces la historia simplificada de mis últimas desventuras conyugales y le dije prácticamente la verdad en todo (salvo lo de las

aventuras caninas de Yuzu, que consideré superfluas para la comprensión del conjunto), la única diferencia notable fue que en mi relato era Yuzu la que finalmente había decidido regresar a Japón, obedeciendo por fin a las quejas reiteradas de su familia, y expuesto de este modo el asunto resultaba bastante bonito, un conflicto clásico entre el amor y el deber familiar y social o ambas cosas (como lo hubiese escrito un izquierdista de los años setenta), era un poco como una novela de Theodor Fontane, le precisé a Claire, aunque lo más probable era que ella no conociera a este autor.

La japonesa imprimía a la aventura un sello exótico al estilo de Loti, o al de Segalen, yo los confundo, de todas maneras era patente que la historia le gustaba mucho a Claire. Aprovechando que la veía sumirse en amplias meditaciones femeninas, agravadas por una segunda copa de coñac, me reajusté discretamente y en el momento mismo en que me cerraba la bragueta me asaltó el pensamiento de que estábamos a 1 de octubre, último día del aviso previo del apartamento de la torre Totem. Sin duda Yuzu habría aguardado hasta el último día y estaba en aquel momento a bordo del avión que la llevaba de vuelta a Tokio, era posible incluso que iniciase su aproximación al aeropuerto de Narita y que sus padres estuvieran ya detrás de las barreras de la sala de llegadas de los pasajeros, el novio probablemente esperaba cerca del coche en el aparcamiento, todo estaba escrito y ahora todo iba a cumplirse, y quizá precisamente por este motivo yo había telefoneado a Claire, hasta unos minutos antes había olvidado que era 1 de octubre, pero algo en mi interior, sin duda mi inconsciente, no lo había olvidado, vivimos bajo la influencia de divinidades inciertas, «el camino que nos hicieron seguir aquellas chicas era absolutamente engañoso, hay que añadir que llovía», como probablemente escribe Nerval en alguna parte, en aquel tiempo ya no pensaba en Nerval con mucha frecuencia, sin embargo se había ahorcado a los cuarenta y seis años, y Baudelaire también había muerto a esa edad, no es una edad fácil.

La cabeza de Claire descansaba ahora en su pecho, y de la garganta le ascendían ronquidos, estaba visiblemente borracha y en principio yo debería haberme ido en aquel momento, pero me encontraba a gusto en el sofá

gigantesco de su *open space*, un cansancio extremo me invadió ante la idea de volver a atravesar París, me tendí de costado para evitar verla y al cabo de un minuto me quedé dormido.

En aquella casa solo había café soluble, lo que ya era de por sí un escándalo, si no había una máquina Nespresso en un piso como aquel dónde podía haber una, te preguntas, en fin, me hice un café instantáneo, una luz tenue se filtraba ya por las persianas y a pesar de todas mis precauciones choqué con algunos muebles, Claire apareció casi al momento en el umbral de la cocina, su picardías semitransparente disimulaba poco sus encantos, por suerte ella parecía pensar en otra cosa y aceptó el vaso de café que le tendía, joder, ni siquiera tenía tazas, se lo tomó de un trago y de inmediato empezó a hablar, era divertido que yo viviera en la torre Totem, dijo (yo no había mencionado mi reciente mudanza al Hotel Mercure), porque su padre había participado en el proyecto, había sido el ayudante de uno de los dos arquitectos, Claire apenas había conocido a su padre, había muerto cuando ella tenía seis años pero recordaba que su madre había guardado un recorte de prensa en el que él se justificaba de las polémicas que había generado la construcción, la torre Totem había sido clasificada varias veces como uno de los edificios más feos de París, sin llegar nunca al nivel de la torre Montparnasse, recurrentemente considerada en los sondeos como el edificio más feo de Francia, y en una encuesta reciente del *Touristworld* como el más feo del mundo, justo por detrás del Ayuntamiento de Boston.

Claire se desplazó hasta el *open space* y, para mi ligero espanto, volvió dos minutos después con un álbum de fotos que amenazaba con servir de soporte a una extensa narración biográfica. En los lejanos años sesenta su padre había sido a todas luces una especie de *pijo*, fotos de él con un traje Renoma, a la salida del Bus Palladium, no dejaban albergar la menor duda al respecto, en definitiva había llevado la vida fácil de un joven rico de los años sesenta, por lo demás se parecía un poco a Jacques Dutronc, y posteriormente

se había convertido en un arquitecto emprendedor (y sin duda un tanto especulador) en la época de Pompidou y Giscard, hasta que encontró la muerte al volante de su Ferrari 308 GTB, cuando regresaba de un fin de semana en Deauville que había pasado en compañía de su amante sueca, el mismo día en que François Mitterrand fue elegido presidente de la República. Su carrera ya muy aceptable podría haber cobrado un nuevo impulso, tenía muchos amigos socialistas y Mitterrand era un presidente constructor, pocas cosas le impedían llegar a la cumbre de su profesión, pero un camión de treinta y cinco toneladas que se había desviado al centro de la calzada decidió otra cosa.

La madre de Claire había llorado a aquel marido infiel pero pródigo, y que además le dejaba no poca libertad, pero ante todo ella no había soportado la idea de quedarse sola con su hija, su marido, desde luego, era un follador pero también un padre bastante tierno que se ocupaba mucho de la niña, y la madre carecía totalmente del menor instinto maternal, y una madre o bien se dedica plenamente a sus hijos, olvida su propia felicidad para consagrarse a la de ellos, o sucede a la inversa y los hijos no son para ella más que una presencia de inmediato molesta y enseguida hostil.

A Claire la había metido a los siete años en un internado femenino de Ribeaupillé regentado por la congregación de Hermanas de la Divina Providencia, yo ya conocía esta parte de la historia y allí no había ni siquiera cruasanes, ni bollos de chocolate, nada de nada, Claire se sirvió un vaso de vodka, ya estaba, le daba a la priva desde las siete de la mañana. «Te escapaste a los once años...», la corté para abreviar el relato. Me acordaba de su huida, fue un momento crucial de su gesta heroica, de su conquista de la independencia, volvió a París en autostop, un acto arriesgado, podría haberle sucedido cualquier cosa, sobre todo porque empezaba seriamente, según sus propias palabras, a «interesarse por la polla», pero no le ocurrió nada, según ella fue una señal, en aquel momento presentí que llegábamos al túnel de su relación con su madre y tuve el valor de exigir que saliéramos a tomar un desayuno normal en un café, un expreso doble con tostadas y quizá hasta una tortilla de jamón, tenía hambre, alegué con un tono quejumbroso, me moría de hambre.

Se puso un abrigo encima del picardías, en la rue de Ménilmontant debía



de haber todo lo necesario, quizá tuviéramos la suerte de ver a Vincent Cassel sentado a una mesa tomando un cortado, por lo menos habíamos salido del piso, lo cual ya era un progreso, en la calle era ya una mañana de otoño, ventosa y algo fresca, por si la cosa se prolongaba yo había previsto poner la excusa de una cita médica a mitad de la mañana.

Para mi gran sorpresa, apenas nos sentamos a una mesa, Claire volvió a la historia de «mi japonesa», quería saber más, la coincidencia de la torre Totem la había maravillado. «Las coincidencias son los guiños de Dios», yo había olvidado si la frase era de Vauvenargues o de Chamfort, quizá de La Rochefoucauld o de nadie, en cualquier caso yo era capaz de hacer durar mucho tiempo el tema de Japón, lo había experimentado ya, empezaba pronunciando sutilmente: «Japón es una sociedad más tradicionalista de lo que se cree», a continuación podía disertar durante dos horas sin correr el riesgo de contradecirme, de todas formas nadie sabía nada de Japón ni de los japoneses.

Al cabo de dos minutos caí en la cuenta de que hablar me cansaba aún más que escuchar, eran las relaciones humanas en general las que me planteaban un problema, y muy en especial, había que reconocerlo, la relación humana con Claire, le devolví las riendas de la conversación, la decoración del café era agradable pero el servicio un poco lento, y volvimos a zambullirnos en los once años de Claire, mientras unos clientes, todos con aspecto de ser eventuales del teatro, poco a poco invadían el local.

Enseguida se había entablado una lucha con su madre, una pelea que había durado casi siete años, una contienda feroz, basada ante todo en una rivalidad sexual permanente. Yo conocía algunos episodios culminantes, como aquel en que Claire, tras haber descubierto unos preservativos hurgando en el bolso de su madre, la había llamado «puta vieja». Lo que no sabía, y lo supe entonces, es que Claire, aunando en cierto modo el gesto a la palabra, había empezado a seducir a la mayoría de los amantes de su madre utilizando la técnica, simple pero eficaz, que yo le había visto emplear conmigo. Menos aún sabía que la madre de Claire, contraatacando con los medios más sofisticados de los que la mujer madura aprende gradualmente a servirse mediante las lecturas femeninas de referencia, había empezado a tirarse por su cuenta a todos los novietes de su hija.

En una película de YouPorn habríamos tenido una secuencia del tipo «*Mom teaches daughter*», pero la realidad, como sucede a menudo, era menos alegre. Los cruasanes llegaron bastante rápido, pero la tortilla de jamón tardó más y llegó en el momento en que Claire alcanzaba sus catorce años, y la terminé antes de que festejara su dieciséis cumpleaños, ahora estaba instruido y me sentía bastante a gusto, de pronto me pareció factible abreviar el encuentro sintetizando con un tono intenso y feliz: «Y luego el día en que cumpliste dieciocho te marchaste, encontraste un trabajo en un bar cerca de la Bastilla y una habitación propia, tras lo cual nos conocimos, mi amor, había olvidado decírtelo, pero tengo una cita con mi cardiólogo a las diez, anda, besitos, nos llamamos muy pronto», yo ya había depositado un billete de veinte euros encima de la mesa, no le dejé ninguna salida. Me lanzó una mirada algo extraña, algo abatida, cuando salí del café agitando ampliamente la mano, luché uno o dos segundos contra un último reflejo de compasión y después enfilé rápidamente la bajada de la rue de Ménilmontant. Por puro reflejo doblé hacia la rue des Pyrénées, mantuve un trote sostenido y en menos de cinco minutos estaba en el metro Gambetta, ella estaba a todas luces jodida, su consumo de alcohol iría en aumento y pronto ya no sería suficiente, añadiría medicamentos, el corazón terminaría cediendo y la encontrarían asfixiada en sus vómitos en medio de su pisito de dos habitaciones que daba a un patio interior del boulevard Vincent-Lindon. No solamente yo no estaba en condiciones de salvar a Claire, sino que ya nadie estaba en condiciones de salvarla, salvo quizá algunos miembros de sectas cristianas (los mismos que acogen o fingen que acogen con amor, como hermanos en Cristo, a los viejos, los minusválidos y los pobres) de los que ella de todas formas no querría oír hablar, no soportaría la compasión fraternal de esas sectas, lo que ella necesitaba era una ternura conyugal normal y antes que eso una polla en el coño, pero precisamente eso era lo que ya no era posible, la ternura marital ordinaria solo habría podido sobrevenir como acompañamiento de una sexualidad satisfecha, habría tenido que pasar forzosamente por la casilla «sexo», que en adelante y para siempre le estaba vedada.

Era en verdad muy triste, pero durante algunos años, antes de naufragar en un alcoholismo definitivo, Claire había debido de ser una cuarentona

relativamente de buen ver, tal vez incluso asimilable a una asaltacunas o a una MILF, una MILF sin hijos, por supuesto, de todas maneras yo estaba convencido de que su chumino se había conservado humidificable durante largo tiempo, vaya, la vida no la había tratado tan mal. Recordaba, a modo de contraste, que tres años antes, inmediatamente antes de caer en las garras de Yuzu, había tenido la desafortunada idea de volver a ver a Marie-Hélène, me encontraba en uno de mis numerosos períodos de apatía sexual, sin duda solo tenía la intención de ver a alguien, probablemente ni siquiera quería echar un polvo, o en tal caso habría hecho realmente falta que las circunstancias fueran propicias, y me parecía poco verosímil con aquella pobre Marie-Hélène, me esperaba lo peor al llamar a su puerta, pero la situación de hecho fue todavía más penosa de lo que podía haberme imaginado, acababa de sufrir una crisis psiquiátrica, ya no sé si bipolaridad o esquizofrenia, se había quedado espantosamente deteriorada, vivía en una residencia ultraprotegida de la avenue René-Coty, las manos no paraban de temblarle y literalmente tenía miedo de todo: de la soja transgénica, de la llegada al poder del Frente Nacional, de la contaminación de partículas finas... Se alimentaba de té verde y semillas de lino, durante la media hora que duró mi visita me habló únicamente de su pensión por discapacidad. Salí de allí con ganas de tomar unas cañas de cerveza y unos bocadillos de chicharrones, al mismo tiempo consciente de que ella iba a aguantar mucho tiempo así, al menos hasta los noventa años, seguro que me sobreviviría ampliamente, cada vez más temblorosa, cada vez más reseca y asustadiza, creando incesantes problemas con los vecinos cuando en realidad ya estaba muerta, había ido a *meter la nariz en el coño de una muerta*, por emplear la elocuente expresión que había leído ya no sabía dónde, seguramente en una novela de Thomas Disch, autor de ciencia ficción y poeta que había conocido su hora de gloria, hoy día injustamente olvidado, que se había suicidado un 4 de julio, un poco, es verdad, porque su compañero acababa de morir de sida, pero también porque sus ingresos de autor ya ni siquiera le permitían subsistir y quería dar testimonio, mediante la elección simbólica de esta fecha, de la suerte que Norteamérica reservaba a sus escritores.

Comparativamente, a Claire le iba casi bien, al fin y al cabo todavía podía inscribirse en Alcohólicos Anónimos, parece ser que a veces consiguen

resultados sorprendentes, y además, tomé conciencia cuando volví al Hotel Mercure, Claire moriría sola, desde luego, moriría desdichada, pero al menos no moriría pobre. Tras la venta de su loft, habida cuenta de los precios del mercado, tendría el triple de dinero que yo. Así, una sola operación inmobiliaria había sido suficiente para que su padre ganara mucho más de lo que el mío había tardado cuarenta años en amasar penosamente, a fuerza de redactar actas notariales y de registrar hipotecas, el dinero nunca había recompensado el trabajo, no tenía estrictamente nada que ver, ninguna sociedad humana se había construido nunca sobre la remuneración del trabajo, y ni siquiera la sociedad comunista futura pensaba descansar sobre esas bases, el principio del reparto de las riquezas lo había reducido Marx a esta fórmula perfectamente hueca: «A cada cual según sus necesidades», fuente de trapicheos y disputas interminables si por desgracia alguien había intentado ponerla en práctica, por fortuna esto nunca había ocurrido, ni en los países comunistas ni en los otros, el dinero llamaba al dinero y acompañaba al poder, esta era la última palabra de la organización social.

Cuando me separé de Claire, mi suerte la había suavizado en gran medida la frecuentación de las vacas normandas, que habían sido para mí un consuelo, casi una revelación. Las vacas, sin embargo, no me eran desconocidas; cuando era pequeño, todos los años pasábamos un mes de verano en Méribel, donde mi padre había comprado acciones de un chalet en régimen de multipropiedad. Mientras mis padres pasaban los días haciendo senderismo como un par de enamorados por los caminos de montaña, yo veía la televisión, en especial el Tour de Francia, por el que desarrollaría una adicción duradera. No obstante, de vez en cuando salía, los centros de interés de los adultos eran un misterio para mí, sin duda tenía que haber un interés, me decía, en recorrer aquellas altas montañas, puesto que tantos adultos lo hacían, empezando por mis propios padres.

Fracasé en el intento de desarrollar una auténtica emoción estética ante los paisajes alpinos, pero me encariñé con las vacas, pues me cruzaba a menudo con un rebaño ambulante, que iba de un pasto de verano a otro. Eran de raza tarentesa, vacas pequeñas y vivaces, de piel leonada, excelentes andariegas y

de temperamento impulsivo; muchas veces avanzaban a brincos por los caminos de montaña, y los cencerros colgados de su cuello producían, antes incluso de que las hubieras visto, un ruido agradable.

En cambio, no te imaginabas que una vaca normanda se pusiera a *brincar*, la idea misma tenía algo de irreverente, una simple aceleración de su paso solo podría haber ocurrido en una situación de extremo peligro vital. Amplias y majestuosas, las vacas normandas *eran*, y la existencia parecía bastarles con creces; fue al descubrir estas vacas cuando comprendí por qué los hindúes consideraban a este animal sagrado. Durante los fines de semana solitarios que pasé en Clécy, diez minutos contemplando a un rebaño de estas vacas que entraban en los boscajes del entorno me bastaban cada vez para hacerme olvidar la rue de Ménilmontant, los castings, a Vincent Cassel, los esfuerzos desesperados de Claire para que la aceptase un medio social que la repudiaba y, por último, a la propia Claire.

Yo todavía no tenía treinta años pero entraba poco a poco en una zona invernal que ningún recuerdo de la bienamada ni ninguna esperanza de renovar el milagro aclaraban, aquella astenia de los sentidos iba acompañada de una creciente desinversión profesional, la *task force* se deshilachaba poco a poco, hubo aún algunos destellos, algunas declaraciones de principio, en particular cuando iba a tomar una copa con los compañeros (en la DRAF quedábamos por lo menos una vez a la semana), había que reconocer que los normandos no sabían vender sus productos, el calvados, por ejemplo, poseía todas las cualidades de un gran licor, un buen calvados era comparable a un bajo armagnac o incluso a un coñac, y sin embargo estaba cien veces menos presente en las tiendas *duty free* de los aeropuertos de todo el mundo, y hasta en los supermercados franceses ocupaba un lugar en general simbólico. Por no hablar de la sidra, prácticamente ausente de la gran distribución, apenas presente en los bares. Durante las reuniones de copas la gente todavía tomaba partido de un modo vehemente, nos prometíamos actuar sin dilación, y luego todo decaía suavemente y a lo largo de semanas idénticas y no del todo desagradables terminaba por imponerse tranquilamente la idea de que a fin de cuentas no se puede hacer casi nada, el director mismo, tan agresivo y

dinámico cuando me contrató, aflojaba un poco, acababa de casarse y hablaba sobre todo de las reformas de la granja que acababa de comprar para alojar a su futura familia. Hubo un poco más de animación durante unos meses, durante el breve paso de una exuberante becaria libanesa que obtuvo una foto de George W. Bush haciendo los honores a una copiosa bandeja de quesos, foto que suscitaría una pequeña polémica en algunos medios de comunicación norteamericanos, al parecer el cretino de Bush ni siquiera estaba informado de que acababan de prohibir en su país la importación de quesos elaborados con leche cruda, hubo, pues, un leve impacto mediático, pero aun así las ventas no despegaron y los repetidos envíos de livarot y de pont-l'évêque a Vladímir Putin no surtieron más efecto.

Yo no era muy útil pero no era nefasto, con respecto a Monsanto había habido no obstante un progreso, y por la mañana, cuando iba al trabajo, atravesando al volante de mi G 350 los bancos de niebla que flotaban sobre el bosquecillo, aún podía decirme que mi vida no había fracasado del todo. Al atravesar el pueblo de Thury-Harcourt, me preguntaba cada vez si existía una relación con Aymeric y acabé encontrando la respuesta en internet, en aquel entonces era más laborioso, la red estaba mucho menos desarrollada, pero acabé encontrando la respuesta en la web todavía embrionaria de *Patrimoine Normand*, «la revista de la historia y el arte de vivir en Normandía». Sí, existía una relación, e incluso muy directa. El pueblo se había llamado originariamente Thury y luego Harcourt, en referencia a la familia; había vuelto a llamarse Thury durante la Revolución, antes de adoptar su nombre actual de Thury-Harcourt, en una tentativa de reconciliación de «las dos Francias». Allí se alzaba, desde la época de Luis XIII, un castillo gigantesco, a veces calificado de «Versalles normando», que servía de residencia a los duques de Harcourt, a la sazón gobernadores de la provincia. La Revolución lo había dejado intacto, y se incendió en agosto de 1944, durante la retirada de la división Das Reich, atrapada en un movimiento de tenaza por el 59.º regimiento de Staffordshire.

Durante mis tres años en Agronomía, Aymeric d'HarcourtOlonde había sido mi único amigo de verdad y yo había pasado casi todas las tardes en su

habitación –primero en Grignon, después en el pabellón de la Escuela de Agronomía de la Ciudad Internacional– bebiendo packs de cerveza 8.6 y fumando maría (bueno, era sobre todo él quien fumaba, en el fondo yo prefería la cerveza, pero él debía de fumarse treinta porros al día, durante los primeros cursos de carrera debió de estar siempre colocado), y sobre todo escuchando discos. Con su pelo largo, rubio y rizado, sus camisas de leñador canadiense, Aymeric tenía una pinta grunge bastante típica, pero él había ido mucho más lejos que Nirvana y Pearl Jam, realmente se había remontado a las fuentes y todas las estanterías de su cuarto estaban ocupadas por centenares de vinilos de los años sesenta y setenta: Deep Purple, Led Zeppelin, Pink Floyd, los Who, hasta tenía a los Doors, Procol Harum, Jimi Hendrix, Van de Graaf Generator... Aún no existía YouTube y casi nadie se acordaba entonces de esos grupos, en todo caso para mí fue un descubrimiento total, una fascinación absoluta.

A veces pasábamos la tarde los dos solos, a veces había uno o dos compañeros de promoción –no muy interesantes, me cuesta recordar sus caras y he olvidado por completo sus nombres–, en cambio nunca había chicas, era un hecho curioso, ahora que lo pienso, no me acuerdo de haberle conocido a Aymeric una relación amorosa. No era virgen, bueno, no lo creo, no daba la impresión de tener miedo a las chicas sino más bien de pensar en otra cosa, quizá en su vida profesional, tenía una parte seria de la que sin duda no me percaté en aquel tiempo, porque a mí la vida profesional me la sudaba, creo que no pensé en ella más de medio minuto, me parecía inconcebible interesarse seriamente por algo que no fuera las chicas; y lo peor es que a los cuarenta y seis años caía en la cuenta de que había tenido razón en aquella época, las chicas son unas putas si se quiere, se puede ver de esta manera, pero la vida profesional es una puta mucho más grande y no te da ningún placer.

Al final del segundo año me esperaba que Aymeric eligiese como yo una especialidad molona, tipo sociología rural o ecología, pero por el contrario él se matriculó en zootecnia, considerada una rama de empollones. A la vuelta, en septiembre, llegó con el pelo corto y un vestuario totalmente renovado, y cuando se fue a hacer las prácticas de fin de carrera en Danone vestía ya traje y corbata. Aquel año nos vimos un poco menos, y lo recuerdo casi como un

año de vacaciones, al final yo había optado por la especialidad de ecología y pasábamos el tiempo desplazándonos un poco por todas partes de Francia para estudiar sobre el terreno tal o cual formación vegetal. A fin de año había aprendido a reconocer las diferentes formaciones vegetales que existen en Francia, podía prever su incidencia con ayuda de un mapa geológico y datos meteorológicos locales y eso venía a ser todo, aun cuando habría de servirme para cerrarles la boca a los militantes verdes cuando el tema de conversación eran las consecuencias reales del calentamiento climático. El propio Aymeric había hecho gran parte de sus prácticas en el servicio de marketing de Danone, y era razonable suponer que su carrera estaría consagrada a la concepción de nuevos yogures bebibles o a nuevos smoothies. Me sorprendió una vez más, el día de la ceremonia de entrega de títulos, cuando me contó que se proponía retomar una explotación agrícola en la Manche. Los ingenieros agrónomos están presentes en casi todos los sectores de la industria agroalimentaria, a veces en puestos técnicos, con mayor frecuencia en los directivos, pero casi nunca se convierten en agricultores; al consultar el anuario de los antiguos alumnos de Agronomía para encontrar su dirección, comprendí que Aymeric era el único de nuestra promoción que había elegido serlo.

Vivía en Canville-la-Rocque, me advirtió por teléfono que me costaría encontrarlo y tendría que preguntar a los habitantes por el castillo de Olonde. Sí, pertenecía también a la familia, pero era muy anterior a Thury-Harcourt, el castillo había sido destruido una primera vez en 1204, después reconstruido a mediados del siglo XIII. Por lo demás, se había casado el año anterior, su explotación tenía una cabaña de trescientas vacas lecheras, había invertido bastante, bueno, ya me contaría. No, no había visto a nadie de Agronomía desde que se había instalado allí.



Llegué al castillo de Olonde al atardecer. Más que un castillo era un conjunto incoherente de obras en un estado de conservación variable, era difícil recomponer el plano inicial del edificio; en el centro, un edificio con la vivienda principal, rectangular y macizo, parecía mantenerse a duras penas en pie, aunque hierbas y musgos habían empezado a mordisquear las piedras, pero eran bloques de granito espeso, probablemente granito de Flamanville, harían falta todavía algunos siglos para erosionarlos seriamente. Más hacia el frente, un torreón cilíndrico, elevado y delgado, parecía casi intacto; pero más cerca de la entrada el torreón principal, que debía de haber sido cuadrado y constituir el núcleo militar de la fortaleza, había perdido las ventanas y el tejado, los restos de muros que quedaban estaban pulidos, redondeados por la erosión, se aproximaban lentamente a su destino geológico. A un centenar de metros, un gran hangar y un silo desentonaban por su brillo metálico, creo que era la primera construcción reciente que veía desde hacía cincuenta kilómetros.

Aymeric tenía de nuevo el pelo largo y volvía a llevar gruesas camisas de cuadros, pero esta vez habían recuperado su utilidad original: la de ropa de trabajo.

–El lugar sirvió de escenario para el final de la última novela de Barbey d’Aurevilly, *Una historia sin nombre* –me informó–. En 1882, Barbey lo describe como un «viejo castillo casi en ruinas»; como puedes ver, desde entonces no ha mejorado.

–¿No te ayudan los de Monumentos Históricos?

–Muy poco... Estamos inscritos en el inventario, pero es raro que te concedan ayudas. A Cécile, mi mujer, le gustaría hacer obras importantes de renovación para transformarlo en hotel, bueno, en hotel con encanto, ese tipo

de cosas. En efecto, hay unas cuarenta habitaciones desocupadas, calentamos cinco en total. ¿Qué quieres tomar?

Acepté un vaso de chablis. Yo no sabía si el proyecto del hotel con encanto tenía algún sentido, pero en cualquier caso el comedor era cálido y agradable, tenía una gran chimenea, sillones profundos de cuero verde botella, y aquel arreglo no era a todas luces obra de Aymeric, su indiferencia por la decoración era absoluta, su habitación en Agronomía era una de las más anónimas que yo haya visto, parecía un campamento castrense provisional, exceptuando los discos.

En el castillo ocupaban todo un lienzo de pared, era impresionante.

–Los volví a contar el invierno pasado, tengo más de cinco mil... –dijo Aymeric. Conservaba la misma pletina, una Technics MK2, pero yo nunca había visto los altavoces, dos enormes paralelepípedos de nogal crudo, más de un metro de altura–. Son Klipschorn –dijo él–, los primeros altavoces fabricados por Klipsch, y quizá los mejores; mi abuelo los compró en 1949, era un loco de la ópera. A su muerte mi padre me los regaló, nunca le ha interesado la música.

Me dio la impresión de que ese equipo no se usaba mucho, una capa de polvo se había depositado sobre la tapa de la MK2.

–Sí, es verdad... –confirmó Aymeric, que debió de sorprender algo en mi mirada–, ya no tengo la cabeza para escuchar música. Es duro, ¿sabes?, desde el principio no he logrado tener estabilidad financiera, así que por la noche le doy vueltas, repaso las cuentas, pero, bueno, como estás aquí vamos a poner algo, sírvete otro vino entretanto.

Tras haber buscado en los estantes durante unos minutos, extrajo *Ummagumma*.

–El disco de la vaca sería el apropiado –comentó, antes de posar la aguja al comienzo de «Grantchester Meadows». Era extraordinario; yo nunca había oído un sonido como aquel; cada canto de pájaro, cada chapoteo del río sonaba perfectamente definido, los graves eran tensos y potentes, los agudos de una pureza increíble–. Cécile llegará dentro de un rato –prosiguió–, tenía una cita en el banco para su proyecto de hotel.

–Tengo la sensación de que tú no crees mucho en él.

–No lo sé, ¿a ti te ha parecido que hay muchos turistas por la región?

–Casi ninguno.

–Pues eso... No obstante, estoy de acuerdo con ella en que hay que hacer algo. No podemos seguir perdiendo dinero así todos los años. Si vamos tirando económicamente es gracias a los arrendamientos, y sobre todo a la venta de tierras.

–¿Tienes muchas?

–Miles de hectáreas; era nuestra casi toda la región entre Carentan y Carteret. Bueno, digo «nuestra», sigue perteneciendo a mi padre, pero desde que monté la explotación ha decidido dejarme el producto de los arrendamientos y aun así muchas veces me veo obligado a vender una parcela. Lo peor es que ni siquiera vendo a agricultores de aquí, sino a inversores extranjeros.

–¿De qué países?

–Sobre todo belgas y holandeses, y cada vez con más frecuencia chinos. El año pasado vendí cincuenta hectáreas a un grupo empresarial chino, estaban dispuestos a comprar diez veces más y a pagar el doble del precio de mercado. Los agricultores locales no pueden oponerse, ya tienen bastante con devolver los préstamos y pagar los arriendos, continuamente hay algunos que desisten y se largan, y cuando están en apuros soy reacio a presionarlos demasiado, les comprendo demasiado bien, ahora yo estoy en la misma situación que ellos, para mi padre era más fácil, ha vivido mucho tiempo en París antes de retirarse a Bayeux, de todos modos era el cacique... Así que sí, el proyecto del hotel no sé, pero quizá sea una solución...

Durante todo el trayecto había reflexionado para saber lo que iba a decirle a Aymeric de mis funciones concretas en la DRAF. No me veía confesándole que estaba directamente implicado en el proyecto de promoción de las exportaciones de quesos normandos, en lo que habría que llamar mi fracaso en la promoción de las exportaciones de quesos normandos. Insistí sobre todo en tareas más administrativas, vinculadas con la transformación de las DOC francesas en DOP europeas; por lo demás no era falso, aquellas cuestiones de exasperante formalismo jurídico ocupaban una parte creciente de mi horario laboral, tenías que «seguir siempre las consignas», yo nunca he sabido realmente cuáles eran, no hay, sin duda, ningún sector de la actividad humana que desprenda un tedio tan total como el derecho. Sin embargo, conseguí al

fin y al cabo algunos éxitos en mis nuevas tareas; por ejemplo, una de mis recomendaciones, formulada en una nota de síntesis, provocó que unos años más tarde, cuando se aprobó el decreto por el que se definía la DOP Livarot, que este queso se fabricase obligatoriamente con leche procedente de vacas normandas. Y yo estaba en aquel momento dedicado a un conflicto de procedimiento a punto de resolverse favorablemente contra el grupo Lactalis y la cooperativa Isigny SainteMère, que deseaban liberarse de la obligación de utilizar leche cruda en la fabricación de camemberts.

Estaba en mitad de mis explicaciones cuando llegó Cécile. Era una morena guapa, delgada y elegante, pero la tensión, casi el sufrimiento, marcaba su semblante, se veía que había tenido un día difícil. Fue amable conmigo, sin embargo, e hizo un gran esfuerzo por preparar una comida, pero sentí que asumía un peso enorme, que su primera reacción al llegar, si yo no hubiera estado allí, habría sido acostarse después de tomar algún analgésico. Me dijo que se alegraba de que Aymeric recibiese una visita, trabajaban demasiado, ya no veían a nadie, se enterraban en vida a pesar de que aún no tenían treinta años. A decir verdad yo me encontraba en la misma situación, los años de estudiante son los únicos felices, los únicos en los que el porvenir parece despejado, en que todo parece posible, después la vida adulta, la vida profesional, no es más que un lento y progresivo estancamiento, sin duda por eso las amistades de la juventud, las que entablas durante los años de estudio y que en el fondo son las únicas verdaderas, nunca sobreviven a la entrada en la madurez, evitamos volver a ver a los amigos de juventud para no confrontarnos con los testigos de nuestras esperanzas frustradas, con la evidencia de nuestro propio aplastamiento.

En suma, la visita a Aymeric fue un error, pero no un error demasiado grave, durante dos días lograríamos comportarnos, después de comer puso el disco del concierto en vivo de Jimi Hendrix en la isla de Wight, no era desde luego su mejor concierto pero era el último, menos de dos semanas antes de su muerte, intuí que aquel retorno al pasado molestaba ligeramente a Cécile, seguramente por aquella época ella no era nada grunge, yo la veía más bien versallesca, bueno, una versallesca moderada, un poco tradicional sin ser

integrista, Aymeric se había casado dentro de su entorno, en definitiva es lo más frecuente y lo que en principio da mejor resultado, al menos es lo que había oído decir, el problema en mi caso es que no tenía entorno, un entorno preciso.

La mañana del día siguiente me levanté hacia las nueve y encontré a Aymeric sentado a la mesa delante de un desayuno copioso, consistente en huevos fritos, morcilla asada y beicon y acompañado de café y luego de calvados. Había comenzado su jornada mucho antes, me explicó, se levantaba todos los días a las cinco para ordeñar, no había comprado un ordeñador mecánico, según él era una inversión desproporcionada, la mayoría de los colegas que la habían hecho se habían hundido poco después, y además a las vacas les gustaba que las ordeñasen unas manos humanas, bueno, era lo que él pensaba, también existía un lado sentimental. Me propuso llevarme a ver el rebaño.

El hangar metálico, flamante, que yo había visto al llegar la víspera era en efecto un establo, los compartimentos alineados en cuatro hileras estaban casi todos ocupados, noté al instante, exclusivamente por vacas normandas.

–Sí, son las que he elegido –me confirmó Aymeric–, su rendimiento es un poco inferior al de las Prim’Holstein, pero considero que su leche es netamente superior. Así que evidentemente me interesó lo que dijiste ayer del DOP Livarot, aunque en este momento vendo sobre todo a los productores de pont-l’évêque.

Al fondo, unos tabiques de contrachapado aislaban un pequeño despacho con un ordenador, una impresora y archivadores metálicos.

–¿Usas el ordenador para controlar su alimentación? –pregunté.

–Ocasionalmente, el ordenador puede activar el abastecimiento de los comederos con el maíz ensilado; también puedo programar los añadidos de complementos vitamínicos, los depósitos están conectados. Sí, bueno, son artilugios complicados, en realidad lo uso sobre todo para la contabilidad.

Nada más emplear la palabra «contabilidad» se había ensombrecido. Salimos al cielo sereno, de un azul intenso.

–Antes de la DRAF yo trabajaba en Monsanto –confesé–, pero supongo

que no utilizas maíz transgénico.

–No, respeto la normativa de productos ecológicos, y además trato de limitar el empleo de maíz, una vaca en principio come hierba. Bueno, intento hacer las cosas correctamente, esto no tiene nada de ganadería industrial, ya has visto que las vacas disponen de espacio, salen un rato todos los días, incluso en invierno. Pero cuanto más correctamente intento hacer las cosas, peor me va.

¿Qué podía responderle yo? En un sentido, muchísimas cosas, habría podido aguantar tres horas en un debate dedicado a estas cuestiones en cualquier cadena de información. Pero a Aymeric, a Aymeric precisamente, en su situación no podía decirle gran cosa, conocía los elementos tan bien como yo. El cielo estaba tan claro aquella mañana que a lo lejos se divisaba el mar.

–Al final de mis prácticas me propusieron que me quedara en Danone... – dijo pensativo.

Dediqué el resto del día a visitar el castillo, había una capilla donde los señores de Harcourt debían de cumplir con sus obligaciones religiosas, pero lo más impresionante era un comedor de dimensiones gigantescas, con las paredes totalmente cubiertas de retratos de antepasados y una chimenea de siete metros de ancho que era fácil imaginar que servía para asar jabalíes o ciervos durante interminables comilonas medievales, la idea del hotel con encanto cobraba un poco más de consistencia, no me había atrevido a decírselo a Aymeric, pero me parecía poco probable que la situación de los ganaderos fuese a mejorar pronto, había oído rumores de que en Bruselas empezaban a debatir la idea de suprimir las cuotas lecheras: esta decisión que hundiría en la miseria a miles de ganaderos franceses y les conduciría a la quiebra, no se adoptó definitivamente hasta 2015, bajo la presidencia de François Hollande, pero la adhesión de diez países nuevos al espacio europeo en 2002, a raíz del tratado de Atenas, la hizo casi inevitable y colocó a Francia en una tesitura claramente minoritaria. En general me resultaba cada vez más difícil hablar con Aymeric, y aunque toda mi simpatía se volcaba hacia los agricultores, y me sentía dispuesto a defender su causa en todas las circunstancias, no podía evitar darme cuenta de que ahora yo estaba del lado

del Estado francés, de que ya no estábamos del todo en el mismo bando.

Me fui al día siguiente después del desayuno, bajo un cielo dominical resplandeciente que contrastaba con mi tristeza cada vez más grande. Hoy me sorprende recordar mi tristeza cuando circulaba a poca velocidad por las desiertas carreteras del departamento de la Manche. Nos gustaría que hubiera premoniciones o signos, pero no suele haber ninguno, y nada, aquella tarde soleada y muerta, me inducía a presagiar que conocería a Camille a la mañana siguiente y que aquel lunes sería el comienzo de los años más hermosos de mi vida.

Antes de hablar de cómo conocí a Camille, volvamos a un mes de noviembre muy distinto, casi veinte años más tarde, un mes de noviembre sensiblemente más triste en la medida en que los *envites vitales* (al igual que se habla de *pronóstico vital*) estaban ya ampliamente establecidos. Hacia finales de mes, los primeros adornos navideños invadieron el centro comercial Italie Deux y empecé a preguntarme si me quedaría en el Hotel Mercure durante el período de fiestas. No tenía en verdad ningún motivo para irme, aparte de la vergüenza, que ya es en sí misma una razón seria, ni siquiera hoy día es tan fácil confesar tu absoluta soledad, y me puse a pensar en diferentes destinos, el más obvio eran los monasterios, hay mucha gente que piensa en recogerse en estas jornadas conmemorativas del nacimiento del Salvador, al menos es lo que yo había leído en un número especial de *Pèlerin magazine*, y en este caso la soledad no es solo normal sino que incluso la recomiendan, sí, era la mejor solución, iba a informarme de inmediato sobre algunos monasterios potenciales, ya era el momento, incluso era más que el momento, como descubrí en una primera búsqueda en internet (y como ya me había hecho sospechar aquel número de *Pèlerin magazine*), todos los monasterios con los que contacté estaban completos.

Otro problema incluso más urgente era renovar mi receta de Captorix, cuya utilidad medicinal era innegable, gracias a él mi vida social estaba ahora desprovista de choques, realizaba todas las mañanas un aseo mínimo pero suficiente y saludaba efusiva y familiarmente a los camareros del O'Jules, solo que no tenía ningunas ganas de ver a otro psiquiatra, no ya, por supuesto, al de la rue des Cinq-Diamants, aquel fantoche, sino a ningún otro, todos en general me *repugnaban*; entonces pensé en el doctor Azote.

Este generalista de apellido extraño<sup>[2]</sup> tenía la consulta en la rue



d'Athènes, a dos pasos de la estación de Saint-Lazare, y me había atendido una vez a causa de una especie de bronquitis, al volver de uno de mis viajes entre Caen y París. Lo recordaba como un hombre de unos cuarenta años aquejado de una calvicie considerable, el pelo gris que le quedaba lo llevaba largo y bastante sucio, daba más la impresión de ser el bajista de un grupo de hard-rock que de ser médico. Me acordaba también de que en mitad de la consulta había encendido un Camel, «discúlpeme, es un mal hábito, soy el primero en desaconsejarlo...», recordaba sobre todo que me había prescrito, sin andarse con pamplinas, un jarabe de codeína que ya empezaba a suscitar sospechas entre sus colegas.

Tenía veinte años más, pero su calvicie no había avanzado realmente (tampoco había disminuido, por supuesto), y el pelo que le quedaba seguía siendo largo, gris y sucio. «Sí, el Captorix va bien, tengo buenas referencias...», dijo sobriamente. «¿Lo quiere para seis meses?»

—¿Qué hará durante las fiestas? —me preguntó un poco más tarde—, hay que desconfiar de ese período, para los depresivos a menudo es fatal, he tenido cantidad de pacientes que yo creía estabilizados y, paf, el 31 los tíos se pegan un tiro, siempre la noche del 31, en cuanto han superado la medianoche están salvados. Hay que imaginarse la situación, la Navidad ya la han pasado jodidos, han tenido toda una semana para rumiar su mierda, quizá tenían planes que les han fallado para librarse del 31, y entonces llega esa noche y no la aguantan, se acercan a la ventana y se tiran o se meten un balazo, según el caso. Yo lo digo tal cual es, pero mi trabajo básicamente consiste en impedir que la gente se muera, bueno, durante un tiempo, todo el tiempo posible.

Le confié mi idea del monasterio.

—Sí, no es ninguna tontería —aprobó—, tengo pacientes que van, pero en mi opinión usted lo ha pensado un poco tarde. Si no, están también las putas de Tailandia, el significado de la Navidad en Asia es un rollo que olvidas completamente, y el 31 puedes pasar el trance suavemente, para eso están las chicas, debería poder encontrar un billete, está menos saturado que los monasterios, eso también ha dado buenos resultados, incluso a veces es casi terapéutico, he tenido a tíos que han vuelto con las pilas recargadas, convencidos a tope de su seducción viril, bueno, eran tíos tirando a gilipollas,

o sea, soplagaitas fáciles de timar, usted no me da esa impresión, por desgracia. El problema también para usted es el Captorix, cuando lo haya tomado quizá no se le empine, no puedo garantizárselo, ni siquiera con dos bonitas putillas de dieciséis años, es la cabronada de este producto, y ojo, no puede dejar de tomarlo de golpe, se lo desaconsejo con toda franqueza, además no serviría de nada, hay dos semanas de latencia, pero, en fin, si le sucede sabrá que ha sido el Captorix, en el peor de los casos podrá tomar el sol y comer curri de gambas.

Le respondí que estudiaría la sugerencia, que era, en efecto, interesante, aunque no del todo adaptada a mi caso porque no solo había desaparecido por completo mi capacidad de erección, sino hasta el menor deseo, la idea de follar me parecía ya disparatada, inaplicable, y ni siquiera lo arreglarían dos putillas tailandesas de dieciséis años, estaba seguro, de todas formas Azote tenía razón, estaba bien para tíos majos tirando a gilipollas, a menudo ingleses de las clases populares bien dispuestos a creer cualquier manifestación de amor o más simplemente de excitación sexual en una mujer, por inverosímil que pareciera salían regenerados de sus brazos, de su coño y de su boca, ya no eran claramente los mismos, los habían destruido las mujeres occidentales, el caso más flagrante era efectivamente el de los anglosajones, que volvían perfectamente regenerados, pero no era mi caso, yo no tenía nada que reprochar a las mujeres y de todos modos a mí no me afectaba porque ya no me empalmaría nunca más y hasta la sexualidad había desaparecido de mi horizonte mental, lo que curiosamente no me había atrevido a confesarle a Azote, me había limitado a hablar de «dificultades eréctiles», pero la verdad es que era un médico excelente y al salir de su consulta se había restaurado un poco mi confianza en la humanidad, la medicina y el mundo, doblé hacia la rue d'Amsterdam casi a paso ligero, y fue a la altura de la estación de Saint-Lazare cuando cometí el error, aunque en el fondo no sé si fue un error, solo lo sabré al final, es cierto que el final se acerca pero todavía no ha llegado, no del todo.

Tuve la extraña sensación de entrar en una especie de autoficción cuando entré en la *sala de los pasos perdidos* de la estación de Saint-Lazare,

convertida en un centro comercial bastante vulgar, orientado hacia el prêt-à-porter y que sin embargo bien se merecía el nombre, mis pasos eran realmente perdidos, vagaba sin lenguaje entre rótulos incomprensibles, a decir verdad el término autoficción solo me evocaba ideas imprecisas, lo había memorizado a raíz de la lectura de un libro de Christine Angot (bueno, de las cinco primeras páginas), el caso es que al acercarme a los andenes me pareció cada vez más claro que la palabra convenía a mi situación, que hasta había sido inventada para mí, mi realidad se había vuelto insostenible, ningún ser humano podía sobrevivir en una soledad tan rigurosa, sin duda yo intentaba crear una especie de realidad alternativa, de remontarme al origen de una bifurcación temporal, en cierto modo de adquirir créditos de vida adicionales, quizá habían permanecido escondidos allí durante todos aquellos años, esperándome, esos créditos entre dos andenes, disimulados bajo el polvo y la grasa de las locomotoras, en aquel momento mi corazón se puso a temblar como un loco, como el de una musaraña descubierta por un predador, qué bonitas criaturas son las musarañas, había llegado enfrente del andén 22 y era allí, exactamente allí, a unos metros, donde Camille me esperaba, al final del andén 22, todos los viernes por la noche durante casi un año, cuando yo regresaba de Caen. En cuanto me veía, arrastrando mi «equipaje de mano» sobre las lastimosas ruedas, corría a mi encuentro, corría por el andén, corría con toda su alma, al límite de su capacidad pulmonar, entonces estábamos juntos y la idea de separarnos no existía, ya no existía, ni siquiera habría tenido sentido hablar de ella.

He conocido la felicidad, sé lo que es, estoy capacitado para describirla, conozco también su final, lo que sigue habitualmente. Nos falta una sola persona y todo está despoblado, como se suele decir, hasta el término «despoblado» es muy débil, suena un poco a estúpido siglo XVIII, no hay en él todavía esa sana violencia del Romanticismo naciente, lo cierto es que te falta una persona y todo está muerto, el mundo está muerto y tú mismo estás muerto, o bien transformado en una figurilla de cerámica, y los demás también son figurillas, un aislante perfecto desde los puntos de vista térmico y eléctrico, así que ya absolutamente nada puede afectarte, salvo los sufrimientos interiores, emanados de la desintegración de tu cuerpo independiente, pero yo aún no había llegado a eso, por el momento mi cuerpo

se comportaba decentemente, lo único que ocurría era que estaba solo, literalmente solo, y que no extraía ningún goce de mi soledad ni del libre funcionamiento de mi alma, necesitaba amor y un amor de una manera muy concreta, necesitaba amor en general pero en particular necesitaba un coño, había muchos, miles de millones en la superficie del planeta a pesar de su tamaño moderado, si te paras a pensarlo es alucinante el número de coños que hay, te da mareo pensarlo, creo que todos los hombres han podido experimentar ese vértigo, por otra parte los coños tenían necesidad de pollas, bueno, al menos es lo que los coños se habían imaginado (feliz desprecio sobre el que descansa el placer del hombre, la perpetuación de la especie y quizá incluso la de la socialdemocracia), en principio la cuestión es solucionable pero en la práctica ya no lo es, y es así como muere una civilización, sin trastornos, sin peligros y sin dramas y con muy escasa carnicería, una civilización muere simplemente por hastío, por asco de sí misma, qué podía proponerme la socialdemocracia, es evidente que nada, solo una perpetuación de la carencia, una invitación al olvido.

Creo que alejarme mentalmente del andén 22 de la estación de Saint-Lazare fue cuestión de microsegundos, me acordé al instante de que nuestro encuentro tuvo lugar en el otro extremo de la línea, bueno, depende de los trenes, algunos van hasta Cherburgo y otros paran en Caen, no veo por qué hablo de esto, de informaciones inútiles sobre los horarios de tren París-Saint-Lazare, desfilan intermitentes por mi cerebro disfuncional, en cualquier caso nos conocimos en el andén C de la estación de Caen, una mañana soleada de un lunes de noviembre, hace ahora diecisiete años, o diecinueve, no lo sé.

La situación en sí misma era extraña: no era normal que me encargasen recibir a una estudiante en prácticas para el servicio veterinario (Camille estudiaba entonces veterinaria, estaba en segundo año en la escuela de Maisons-Alfort), ahora me consideraban en cierto modo un interino de lujo al que se le pueden encargar tareas diversas pero no demasiado degradantes, yo era de todas formas un exalumno de Agronomía, venía a ser una confesión implícita de que la jerarquía se tomaba cada vez menos en serio mi misión «quesos normandos». Dicho esto, no hay que exagerar la importancia del azar en asuntos amorosos: si me hubiese cruzado con Camille unos días más tarde en un pasillo de la DRAF habría ocurrido exactamente lo mismo, más o menos; pero resulta que sucedió en la estación de Caen, en el extremo del andén C.

La agudeza de mis percepciones había aumentado claramente ya unos minutos antes de la llegada del tren, lo que constituye un caso de premonición singular; había observado la presencia entre las vías no solo de hierbas sino de plantas amarillas cuyo nombre había olvidado, había estudiado su existencia en la asignatura Vegetación espontánea en medio

urbano que cursé el segundo año de carrera, una asignatura bastante divertida en la que íbamos a recoger especímenes entre las piedras de la iglesia de Saint-Sulpice, en el terraplén del cinturón periférico... Además me había fijado detrás de la estación en unos extraños paralelepípedos de franjas de color salmón, ocre y humo, que me evocaban una ciudad futurista babilónica; se trataba en realidad del centro comercial Les bords de l'Orne, uno de los orgullos del nuevo ayuntamiento, allí estaban presentes las referencias más importantes del consumo moderno, desde Desigual a The Kooples, gracias a este centro también los bajonormandos accedían a la modernidad.

Camille bajó los peldaños metálicos de su vagón y se volvió hacia mí, no llevaba una maleta con ruedas, advertí con una extraña satisfacción; solo un bolso grande de tela, de los que se llevan en bandolera. Cuando me dijo, al cabo de un rato bastante largo, en el que sin embargo no había ninguna incomodidad (ella me miraba, yo la miraba y eso era absolutamente todo), pero cuando ella me dijo, quizá unos diez minutos después: «Soy Camille», el tren ya había arrancado de nuevo con destino a Bayeux, luego a Carentan y a Valognes, el final de trayecto era la estación de Cherburgo.

A esas alturas, muchísimas cosas ya estaban dichas y determinadas, «constaban en acta», como habría dicho mi padre en su jerga notarial. La mirada de Camille era de un castaño tenue, me siguió a lo largo del andén C y después por la rue d'Auge, donde yo había aparcado a unos cien metros, y cuando hube depositado su equipaje en el maletero se instaló tranquilamente en el asiento de delante como si lo hubiese hecho decenas, centenares de veces y como si fuera a hacerlo decenas, centenares, miles de veces más, no había en absoluto nada en juego y yo me sentía tan tranquilo, con una tranquilidad que nunca había conocido, tanto que tardé, creo, una media hora larga en poner el coche en marcha, puede que menease la cabeza como un imbécil feliz, pero ella no mostró ninguna reacción de impaciencia, ni el menor gesto de sorpresa ante mi inmovilidad; hacía una mañana resplandeciente, el cielo era de un azul turquesa, casi irreal.

Al pasar por el periférico norte, y después al bordear el hospital universitario, me percaté de que entrábamos en una zona de urbanismo planificado, en su mayor parte formada por edificios bajos de chapa ondulada gris; el entorno no era siquiera hostil, era solamente de una neutralidad

aterradora, hacía un año que atravesaba aquel decorado todas las mañanas sin haber reparado en su existencia. El hotel de Camille estaba entre un fabricante de prótesis y una gestoría.

–He dudado entre el Appart City y el Adagio Aparthotel –balbuceé–, es evidente que el primero no es nada céntrico pero está a un cuarto de hora a pie de la DRAF, si quiere salir de noche está muy cerca del tranvía Claude-Bloch, tarda diez minutos en llegar al centro y circula hasta medianoche, fíjese en que esto se podría haber dicho en sentido inverso, usted podría ir a trabajar en tranvía, y desde el Adagio dispondría de una vista de los muelles de l’Orne, por otro lado en el Appart City los estudios *premium* tienen terraza, me dije que eso también podría ser agradable, en fin, cambiamos si quiere, está claro que es la DRAF la que paga...

Me lanzó una mirada rara, difícil de interpretar, una mezcla de incomprensión y una especie de compasión; más adelante me explicó que se había preguntado por qué yo me molestaba en darle esas explicaciones forzadas, cuando era evidente que íbamos a vivir juntos.

En este entorno hardcore periurbano, los edificios de la DRAF daban una extraña impresión de desuso y, francamente, también de negligencia y abandono, y no era solo una impresión, le dije a Camille, en cuanto llovía había goteras en la mayoría de los despachos, y allí llovía casi todo el tiempo. Más que de edificios administrativos tenían aspecto de aldea formada por casas particulares desperdigadas al azar en lo que podría haber sido un parque, pero que se asemejaba más a un descampado invadido por una vegetación inextricable, los senderos de asfalto que separaban las construcciones empezaban, por lo demás, a agrietarse bajo la pujanza de la vegetación. Proseguí diciendo que ahora debía presentarla al responsable de su estancia oficial, el director de los servicios veterinarios, al que objetivamente solo se le podía describir, continué con resignación, como un viejo cabronazo. De carácter mezquino y belicoso, hostigaba sin piedad a todos los empleados que tenían la mala suerte de estar bajo su mando, sobre todo los jóvenes, sentía una aversión especial por la juventud, y consideraba que la obligación que le imponían de recibir a una estudiante en prácticas era una ofensa personal. No solo detestaba a los jóvenes, sino que tampoco le gustaban demasiado los animales, exceptuando los caballos, que eran para él

los únicos dignos de ser tenidos en cuenta, veía a los demás cuadrúpedos como un indistinto subproletariado animal, destinado de todas formas a la matanza en un corto plazo. Había hecho la parte principal de su carrera en la remonta nacional de Le Pin, y aunque este nombramiento en la DRAF constituía un ascenso –e incluso, a decir verdad, la culminación profesional–, él lo había vivido como una afrenta. No obstante, aquella entrevista era solo un mal momento que había que pasar, le dije, era tan fuerte la animadversión del director por los jóvenes que haría lo imposible por evitar todo contacto, Camille podía estar casi segura de que no volvería a verlo durante sus tres meses de prácticas.

Pasado el mal momento («En efecto, es un cabronazo...»), confirmó sobriamente ella), se la confié a uno de los veterinarios del servicio, un treintañero amable con quien yo siempre había tenido buena relación. Y durante una semana no sucedió nada. Yo había anotado el número de Camille en mi agenda, sabía que me correspondía a mí llamar, era algo que no había cambiado realmente en las relaciones entre hombre y mujer; por otra parte, yo era diez años mayor que ella, un dato que tener en cuenta. Conservo de aquel período un recuerdo extraño, únicamente puedo compararlo con los raros momentos que solo se producen cuando uno está sumamente apaciguado y feliz, momentos en que te resistes a adormilarte, te retienes hasta el último segundo, al mismo tiempo que sabes que el sueño que se avecina será profundo, reparador y delicioso. No creo equivocarme al comparar el sueño con el amor; no creo engañarme al comparar el amor con una especie de *ensueño de dos*, cierto que junto con instantes de ensueño individual, de pequeños juegos de conjunciones y cruces de caminos, pero que permiten, con todo, transformar nuestra existencia terrenal en un momento soportable, que incluso es, en verdad, el único medio de soportarla.

En realidad, las cosas no sucedieron como yo había previsto; el mundo exterior impuso su presencia y lo hizo con brutalidad: Camille me llamó casi exactamente al cabo de una semana, a primera hora de la tarde. Estaba aterrorizada, refugiada en un McDonald's, de la zona industrial de Elbeuf, acababa de pasar la mañana en una granja de gallinas, había aprovechado la



pausa del mediodía para escaparse, y yo tenía que ir inmediatamente a buscarla y salvarla.

Colgué, furioso: ¿quién era el mamón de la DRAF que había decidido enviarla allí? Yo conocía perfectamente aquella granja, era enorme, más de trescientas mil gallinas, y exportaba sus huevos hasta Canadá y Arabia Saudita, pero sobre todo tenía una reputación nefasta, una de las peores de Francia, todos los visitantes habían dado una opinión negativa del establecimiento: en los hangares iluminados desde arriba por potentes luces halógenas, miles de gallinas intentaban sobrevivir apretujadas, no había jaulas, era una «granja de suelo», estaban desplumadas, descarnadas, tenían la piel irritada e infestada de piojos rojos, vivían en medio de los cadáveres en descomposición de sus congéneres, pasaban cada segundo de su breve existencia –como máximo un año– cacareando de terror. Eso ocurría incluso en las granjas mejor cuidadas, era lo primero que llamaba la atención, aquel cacareo incesante, aquella mirada de pánico permanente que te lanzaban las gallinas, la mirada de pánico y de incompreensión, no pedían piedad, no eran capaces, pero no entendían, no entendían las condiciones en las que estaban condenadas a vivir. Por no hablar de los polluelos machos, inútiles para la puesta, arrojados aún vivos y a puñados en las trituradoras; yo conocía todo aquello, había tenido ocasión de visitar varias granjas de gallinas de las cuales la de Elbeuf era sin duda la peor, pero la abyección común con la que yo, como todo el mundo, me adaptaba a las circunstancias me había permitido olvidarlo.

Camille corrió hacia mí en cuanto me vio llegar al aparcamiento y se apretó entre mis brazos, se apretó un largo rato, sin poder parar de llorar. ¿Cómo podían hacer aquello los seres humanos? ¿Cómo podían dejarles que lo hicieran? Yo no tenía nada que decir a este respecto, solo generalidades poco interesantes sobre la naturaleza humana.

Una vez dentro del coche, en dirección a Caen, formuló preguntas más embarazosas: ¿cómo los veterinarios, inspectores de la salud pública, podían consentir aquello? ¿Cómo podían visitar esos lugares donde la tortura a los animales era cotidiana y permitir que funcionasen, y hasta colaborar en su funcionamiento, siendo como eran, a pesar de todo, veterinarios? Confieso que yo también me lo había preguntado: ¿les pagaban más por guardar

silencio? Tampoco lo creo. Al fin y al cabo ciertamente había médicos, con un título de medicina, en los campos nazis. Por último, esto también era una fuente de reflexiones triviales y poco alentadoras sobre la humanidad, prefería callarme.

Sin embargo, intervine cuando ella me dijo que dudaba de si dejarlo, no sabía si renunciar a sus estudios veterinarios. Le recordé que era una profesión liberal; nada podía obligarla a trabajar en una granja industrial, nada podía tampoco forzarla a volver a ver alguna, y tuve que añadir que había visto la peor (bueno, al menos en Francia, las gallinas vivían peor en otros países, pero me abstuve de precisarlo). Ahora ella lo sabía, eso era todo; era mucho, pero eso era todo. Me abstuve asimismo de precisar que no era mejor la situación de los cerdos, ni tampoco, cada vez con más frecuencia, la de las vacas; me pareció que ya era suficiente para una jornada.

Al llegar a la altura de su Appart City, me dijo que no podía volver a su casa en aquel estado, que necesitaba imperiosamente un trago. No había muchos sitios adecuados en la zona, el que había no era nada molón, en realidad solo quedaba el Hotel Mercure Côte de Nacre, cuya clientela estaba formada exclusivamente por cuadros medios con negocios en una u otra de las empresas del polígono industrial.

El bar resultó curiosamente agradable, sembrado de sofás y de profundas butacas recubiertas de una tela ocre, atendido por un barman de discreta presencia. Camille había sufrido una auténtica conmoción moral, era demasiado jovencita para visitar una granja industrial de gallinas, y tuvo que tomarse cinco martinis para relajarse de verdad. Yo mismo me sentía agotado, extenuado, era como si acabase de finalizar un viaje muy largo, no me sentía ni siquiera capaz de ponerme en camino para volver a Clécy, la verdad es que me notaba muy escaso de fuerzas, me sentía benévolo y feliz. Así que alquilamos una habitación para una noche en el Hotel Mercure Côte de Nacre, era lo que cabe esperar de un Hotel Mercure, así que fue allí donde pasamos nuestra primera noche, y es probable que la recuerde hasta el fin de mis días, que las imágenes de aquella decoración ridícula me persigan hasta el último momento, de hecho vuelven cada noche, y sé que esto no cesará, que, al contrario, irá acentuándose de manera cada vez más punzante, hasta que la muerte me libere.

Esperaba, por supuesto, que a Camille le gustara la casa de Clécy, yo estaba dotado de un sentido estético rudimentario, pero era capaz de darme cuenta de que era una casa bonita; en cambio, no había previsto que ella la convertiría tan pronto en su casa, que desde los primeros días concebiría ideas de decoración y diseño, que desearía comprar algunas telas, desplazar algunos muebles, en fin, que se comportaría tan pronto como una mujer –en el sentido prefeminista del término–, a pesar de que solo tenía diecinueve años. Hasta entonces yo vivía allí como en un hotel, un buen hotel, un logrado hotel con encanto, pero hasta la llegada de Camille no tuve la sensación de que en verdad era mi casa, y solamente porque era la suya.

Mi vida cotidiana experimentó otras modificaciones; hasta entonces yo hacía las compras, sin excesivo cuidado, en el Super U de Thury-Harcourt, que tenía la ventaja adicional de que podía llenar el depósito de diésel a la salida del supermercado y comprobar de vez en cuando la presión de los neumáticos; nunca había visitado siquiera el pueblo de Clécy, que sin embargo tenía su encanto, avalado por guías turísticas de diversa filiación, era la capital de la Suiza normanda nada menos.

Todo esto cambió con Camille, y nos volvimos clientes asiduos de la carnicería-charcutería, y también de la panaderíapastelería, ambas situadas en la place du Tripot, así como el ayuntamiento y la oficina de turismo. Bueno, para ser más exacto, Camille se convirtió en una cliente asidua; yo me contentaba por lo general con aguardarla tomando cañas en la cervecería Le Vincennes, donde también vendían tabaco y Loto-PMU, situada en la place Charles de Gaulle, justo enfrente de la iglesia. Incluso un día comimos en Au site normand, el restaurante del pueblo, que se enorgullecía de haber recibido a los Charlots en 1971 para el rodaje de una escena de la película *Reclutas a*

*lo loco*, antes solo habían estado Pink Floyd y Deep Purple, los años setenta habían tenido su parte de sombra, pero en cualquier caso el restaurante era bueno y la tabla de quesos succulenta.

Para mí era un nuevo estilo de vida, cuya posibilidad nunca había imaginado con Claire, y que estaba llena de atractivos insospechados, bueno, lo que quiero decir es que Camille tenía ideas sobre la manera de vivir, la colocabas en una pequeña localidad normanda perdida en medio del campo y ella veía enseguida el modo de sacar el mayor partido del lugar. Los hombres, en general, no saben vivir, no tienen ninguna familiaridad real con la vida, nunca se sienten en ella totalmente a gusto, por eso persiguen diferentes proyectos, más o menos ambiciosos o más o menos grandiosos, depende, claro está, fracasan y llegan a la conclusión de que habría sido mejor, simplemente, dedicarse a vivir, pero suele ser demasiado tarde.

Yo era feliz, nunca había sido tan feliz y nunca volvería a serlo tanto; sin embargo, no olvidaba en ningún momento el carácter efímero de la situación. Camille solo estaba de prácticas en la DRAF, inevitablemente tendría que marcharse a finales de enero para reanudar sus estudios en Maisons-Alfort. ¿Inevitablemente? Podría haberle propuesto que dejara sus estudios, que se convirtiera en ama de casa, o sea, que fuese mi mujer, y con la distancia cuando pienso en ello (y pienso en ello continuamente), creo que ella hubiera dicho que sí, sobre todo después de la granja industrial de gallinas. Pero no lo hice y sin duda no podía hacerlo, no había sido *formateado* para una propuesta semejante, no formaba parte de mi *software*, yo era un moderno y para mí, como para todos mis contemporáneos, la carrera profesional de las mujeres era algo que debía respetarse ante todo, era el criterio absoluto, la superación de la barbarie, la salida de la Edad Media. Al mismo tiempo yo no era un moderno absoluto, puesto que había podido, al menos durante unos segundos, pensar en eludir este imperativo, pero una vez más no hice nada, no dije nada, dejé que los acontecimientos siguieran su curso, a pesar de que en el fondo no tenía la menor confianza en aquel regreso a París; París, como todas las ciudades, estaba hecha para engendrar soledad, y no habíamos pasado suficiente tiempo juntos en aquella casa, un hombre y una mujer, solos y frente a frente, durante algunos meses habíamos sido el uno para el otro el mundo entero, ¿conseguiríamos mantener eso? Ya no lo sé, ahora soy

viejo, no consigo recordarlo bien pero me parece que ya tenía miedo, y que había comprendido, ya en aquella época, que el entorno social era una máquina de destrucción del amor.

De aquel período en Clécy solo conservo dos fotografías, me imagino que teníamos demasiado que vivir como para perder el tiempo en selfies, pero quizá esta práctica estaba menos extendida entonces, el desarrollo de las redes sociales era todavía embrionario, si es que existían; sí, sin duda, por entonces la gente vivía más. Esas fotos las tomamos probablemente el mismo día, en un bosque cerca de Clécy; son sorprendentes porque datan probablemente de noviembre, aunque todo en la imagen –la luz fresca y viva, el esplendor del follaje induce a pensar en el principio de la primavera. Camille lleva en la foto una falda corta y una cazadora vaquera, debajo una camiseta blanca atada a la cintura, con un estampado de frutas rojas. En la primera fotografía una sonrisa radiante le ilumina la cara, resplandece literalmente de felicidad..., y hoy me parece insensato decirme que la fuente de su felicidad soy yo. La segunda foto es pornográfica, es el único cliché pornográfico que he conservado de ella. Su bolso, de un rosa intenso, descansa a su lado en la hierba. Arrodillada ante mí, tiene mi sexo en la boca y sus labios me apresan a media altura el glande. Ha cerrado los ojos y está tan concentrada en esta felación que su cara es inexpresiva, sus rasgos son perfectamente puros, nunca he vuelto a ver una representación como esa de la ofrenda.

Llevaba dos meses viviendo con Camille y estaba instalado en Clécy desde hacía poco más de un año cuando murió mi casero. Llovía el día de su entierro, como es frecuente en Normandía en enero, y casi todo el pueblo había acudido, prácticamente solo personas mayores, le ha llegado la hora, oí decir al seguir el cortejo, había tenido una buena vida, el cura venía de Falaise, me acuerdo, a unos treinta kilómetros, con la desertización, la descristianización y todas las cosas con «des» el pobre cura no estaba nunca ocioso, no paraba de recorrer carreteras, pero bueno, aquel entierro era fácil,

el ser mortal que acababa de desaparecer nunca había descuidado los sacramentos, había mantenido su fidelidad intacta, un cristiano auténtico acababa de entregar su alma a Dios y podía afirmarlo con certeza: su lugar estaba en lo sucesivo al lado del Padre. Sus hijos presentes podían llorarle, desde luego, porque a los humanos se les había concedido el don de las lágrimas y era necesario, pero no debían alimentar ningún temor, pronto se reencontrarían en un mundo mejor donde la muerte, el sufrimiento y el llanto estarían abolidos.

Era fácil reconocer a los dos hijos, tenían treinta años menos que la población de Clécy, y noté de inmediato que la hija tenía algo que decirme, algo difícil, así que esperé a que viniera a mi encuentro, bajo una lluvia obstinada y fría, mientras se dispersaban lentamente las paletadas de tierra encima de la tumba, pero solo pudo expresarse en el café donde se congregaron los asistentes acabada la ceremonia. Pues bien, le apenaba tener que decírmelo, pero tendría que mudarme, la casa de su padre era de renta vitalicia y los compradores holandeses querían recuperarla rápidamente, es bastante raro que las rentas vitalicias se alquilen, eso se produce en el caso de una renta vitalicia habitada en la que el vendedor ha conservado el usufructo, en ese momento comprendí que económicamente la familia estaba realmente jodida, el alquiler de una renta vitalicia es una fórmula que no se utiliza casi nunca, sobre todo porque el inquilino podría poner obstáculos a la hora de restituir la propiedad. Enseguida intenté tranquilizarla, no le crearía problemas, no me perjudicaba, yo disponía de un sueldo, pero ellos ¿estaban realmente en apuros? Pues sí, lo estaban, su marido acababa de perder su empleo en Graindorge, que atravesaba una situación realmente difícil, y ahí salía a relucir el meollo de mi trabajo, el meollo inconfesable de mi incompetencia. La empresa Graindorge, fundada en 1910 en Livarot, después de la Segunda Guerra Mundial se había diversificado con el camembert y el pont-l'évêque, había conocido su hora gloriosa (líder indiscutible del livarot, se había aupado al segundo puesto en la producción de los otros dos quesos de la trilogía normanda) antes de entrar, a comienzos de los años 2000, en la espiral de una crisis cada vez más aguda que culminaría en 2016, cuando fue adquirida por Lactalis, el primer productor mundial de leche.

Yo estaba muy al corriente de la situación pero no dije nada a la hija de mi

antiguo casero porque hay momentos en que más vale cerrar el pico, al fin y al cabo no había nada de lo que jactarse, había fracasado en el intento de ayudar a la empresa de su marido y finalmente de salvar su empleo, pero de todos modos le aseguré que no tenía nada que temer, desalojaría la casa lo antes posible.

Había sentido un verdadero afecto por su padre y notaba que yo le caía bien, de vez en cuando venía a traerme una botella, para los viejos son importantes las botellas de alcohol, es casi lo único que tienen. Con su hija yo había simpatizado inmediatamente, y ella a su vez había querido muchísimo a su padre, se veía, su amor filial era sincero, completo, incondicional. Sin embargo no estábamos destinados a volver a vernos y nos despedimos con la certeza de que nunca nos volveríamos a ver, de que la agencia inmobiliaria se ocuparía de los detalles. Este tipo de cosas suceden continuamente en la vida de la gente.

En realidad yo no tenía ningunas ganas de vivir solo en aquella casa donde había vivido con Camille, ningunas ganas tampoco de vivir en otra parte, pero no tenía alternativa, tenía que moverme, sus prácticas realmente tocaban a su fin, solo nos quedaban unas semanas, y pronto algunos días. Es evidente que esto fue la causa principal y casi la única de mi decisión de volver a París, pero no sé qué pudor masculino me impulsó a invocar otros motivos cuando hablaba a todo el mundo e incluso a Camille de mi regreso, por suerte ella no se llamaba del todo a engaño y cuando le hablaba de mis ambiciones profesionales me lanzaba una mirada dubitativa y apenada, era en efecto lamentable que yo no tuviese el valor de decir simplemente: «Quiero volver a París porque te quiero y quiero vivir contigo», ella debía de decirse que los hombres tienen sus limitaciones, yo era su primer hombre pero pienso que ella había entendido rápida y fácilmente las limitaciones masculinas.

Este discurso sobre mis aspiraciones profesionales no era, por otra parte, del todo mentira, en la DRAF había podido adquirir conciencia de los límites estrechos de mi margen de acción, el verdadero poder estaba en Bruselas, o al menos en los servicios de la administración central que colaboraban con Bruselas, era allí, efectivamente, donde tenía que ir si quería que se oyese mi

punto de vista. Solo que escaseaban los puestos de este nivel, eran mucho más raros que la DRAF, y me costó casi un año conseguir uno, un año durante el cual no tuve el valor de buscar otro piso en Caen, el Aparthotel Adagio ofrecía una solución mediocre pero aceptable para cuatro días a la semana, fue allí donde destruí mi primer detector de humos.

Casi todos los viernes por la noche los de la DRAF tomaban una copa juntos, escabullirme era imposible, creo que nunca logré llegar al tren de las 17.53. El de las 18.53 me dejaba a las 20.46 en la estación de Saint-Lazare, como ya he dicho conozco la felicidad y las cosas que la constituyen, sé con toda exactitud lo que es. Todas las parejas tienen sus pequeños ritos, ritos insignificantes, hasta un poco ridículos, de los que no hablan con nadie. Uno de los nuestros era empezar los fines de semana cenando, cada viernes, en la brasserie Mollard, justo enfrente de la estación. Me parece que yo siempre tomaba buccinos con mayonesa y bogavante Thermidor, y siempre me pareció que estaban buenos, nunca experimenté la necesidad ni tampoco el deseo de explorar el resto de la carta.

En París había encontrado un bonito piso de dos piezas que daba a un patio en la rue des Écoles, me encontraba a menos de cincuenta metros del estudio donde había vivido durante mis años de estudiante. No puedo decir, sin embargo, que la vida con Camille me recordase mis años de estudiante; ya no era lo mismo, yo ya no era estudiante, y sobre todo Camille era distinta, carecía de la ligereza y el pasotismo que yo tenía cuando estudiaba agronomía. Es una banalidad decir que las chicas son más serias en los estudios, y es sin duda una banalidad acertada, pero había otra cosa, yo solo tenía diez años más que Camille, pero era innegable que algo había cambiado, el ambiente de aquella generación ya no era el mismo, yo lo notaba en todos sus compañeros, estudiaran lo que estudiaran: eran serios, empollones, concedían una gran importancia a su éxito escolar, como si ya supiesen que en el exterior no les harían ningún regalo, que el mundo que les aguardaba era inhóspito y duro. A veces sentían la necesidad de relajarse y entonces se emborrachaban en grupo, pero hasta sus borracheras eran distintas de las que yo había conocido: se embriagaban brutalmente, ingerían a toda pastilla dosis de alcohol ingentes, como para atontarse lo antes posible, se emborrachaban exactamente como debían de hacerlo los mineros de la



época de *Germinal*, la semejanza la realizaba aún más la recobrada popularidad de la absenta, que alcanzaba una graduación etílica asombrosa y permitía en efecto emborracharse en un tiempo mínimo.

Camille manifestaba en su relación conmigo la misma seriedad que mostraba en sus estudios. No quiero decir con esto que fuese austera o afectada, al contrario, era muy alegre, se reía por nada, y en ciertos aspectos incluso seguía siendo singularmente infantil, a veces tenía crisis de Kinder Bueno, cosas así. Pero éramos pareja, era un asunto serio, era incluso el asunto más serio de su vida, a mí me conmocionaban, hasta cortarme literalmente el aliento, la gravedad, la hondura de su compromiso cada vez que las leía en la mirada que posaba en mí, una gravedad, una hondura de la que yo hubiese sido incapaz a los diecinueve años. Quizá compartiera también este rasgo con otros jóvenes de su generación –yo sabía que a su alrededor sus amigos consideraban que «ella tenía la suerte de haber encontrado», y el carácter en cierto modo estable, burgués, de nuestra relación satisfacía en Camille una necesidad profunda–, el hecho de que todos los viernes por la noche fuéramos a una brasserie de 1900 anticuada, en vez de a un bar de tapas de Oberkampf, me parece sintomático del ensueño en que intentábamos vivir. El mundo exterior era duro, implacable con los débiles, no cumplía nunca sus promesas, y el amor seguía siendo lo único en lo que todavía se podía, quizá, tener fe.

Pero por qué arrastrarme hacia esas escenas pasadas, como se suele decir, quiero soñar, no llorar, como si pudiéramos elegir, bastará con decir que nuestra historia duró un poco más de cinco años, cinco años de felicidad ya es algo considerable, sin duda yo no merecía tanto, y terminó de una manera espantosamente estúpida, no deberían suceder cosas así pero suceden, y todos los días. Dios es un guionista mediocre, casi cincuenta años de existencia me han llevado a formarme esta convicción, y más en general Dios es un mediocre, todo en su creación posee el sello de la aproximación y el fracaso, cuando no el de la maldad pura y simple, por supuesto que hay excepciones, por fuerza tiene que haberlas, la posibilidad de la dicha debería subsistir *aunque solo fuese como cebo*, bueno, pierdo el hilo, volvamos a mi tema, que

soy yo, no es que sea especialmente interesante pero es mi tema.

Durante aquellos años disfruté de algunas satisfacciones profesionales, tuve incluso durante breves momentos –en particular durante mis desplazamientos a Bruselas– la ilusión de ser un hombre importante. Era más importante sin duda cuando me dedicaba a grotescas operaciones de promoción del livarot, cuando desempeñaba algún papel en la elaboración de la posición francesa en relación con el presupuesto agrícola europeo; pero no tardaría mucho en darme cuenta de que, aun cuando ese fuera el más elevado presupuesto europeo, y Francia su principal beneficiario, el número de agricultores era simplemente demasiado grande para invertir la tendencia al declive, llegué poco a poco a la conclusión de que los agricultores franceses estaban sencillamente condenados, razón por la cual me liberé de aquel empleo, al igual que de otros, comprendí que el mundo no formaba parte de las cosas que yo podía cambiar, seguramente otros eran más ambiciosos, estaban más motivados, más inteligentes.

Fue durante uno de mis viajes a Bruselas cuando se me ocurrió la funesta idea de acostarme con Tam. Por otro lado, creo que esa idea se le habría ocurrido casi a cualquiera, era encantadora aquella negrita, sobre todo su culito, en fin, tenía un precioso culito de negra, con eso lo digo todo, por lo demás mi método de seducción se inspiró directamente en él, era un jueves por la noche y un grupo de eurócratas relativamente jóvenes tomábamos cervezas en el Grand Central, quizá la hice reír en un momento dado, por entonces yo era capaz de hacer esas cosas, total, que cuando salíamos para seguir la velada en un local nocturno de la place du Luxembourg le puse la mano en el culo, en principio estos métodos simplistas no funcionan pero esa vez funcionó.

Tam pertenecía a la delegación inglesa (Inglaterra entonces formaba parte todavía de Europa o al menos lo fingía), pero era de origen jamaicano, creo, o quizá de Barbados, o sea, de una de esas islas que parecen producir una cantidad ilimitada de ganja, ron y negras bonitas con el culo pequeño, cosas todas que ayudan a vivir pero no transforman la vida en destino. Añado que la mamaba «como una reina», como dicen extrañamente al menos en ciertos ambientes, y desde luego mucho mejor que la reina de Inglaterra, total, que no niego que pasé una noche agradable, hasta muy agradable, pero ¿convenía

reincidir?

Porque reincidí, con ocasión de una de sus estancias en París, venía de vez en cuando a París, desconozco totalmente por qué, desde luego no de compras, son los parisinos los que van de compras a Londres, en ningún caso a la inversa, bueno, los turistas deben de tener sus razones, total que fui a verla a su hotel del barrio de Saint-Germain, y cuando salía con ella de la mano en la rue de Buci, probablemente con esa expresión un poco bobalicona del hombre que acaba de gozar, me encontré de narices con Camille, también ignoro qué haría ella en el barrio, he dicho que fue una historia estúpida. En la mirada que me lanzó no había nada más que miedo, era una mirada de puro terror; luego se dio media vuelta y emprendió la huida, literalmente la huida. Necesité unos minutos para zafarme de Tam, pero estoy casi seguro de que llegué al apartamento cinco minutos después que Camille, no más. Ella no profirió ningún reproche, no manifestó la menor cólera, fue algo más atroz: rompió a llorar. Lloró durante horas, suavemente, las lágrimas le inundaban la cara sin que se molestase en secárselas; era el peor momento de mi vida, sin ninguna duda. Mi cerebro trabajaba lenta, borrosamente, buscando una fórmula como: «No vamos a estropearlo todo por un asunto de faldas...» o como: «No siento nada por esa chica, había bebido...» (verdad la primera vez, evidentemente falso la segunda), pero nada me parecía adecuado, apropiado. Al día siguiente siguió llorando mientras recogía sus cosas y yo me devanaba los sesos para encontrar una fórmula idónea, a decir verdad pasé los dos o tres años siguientes buscando esa fórmula, probablemente incluso nunca he dejado de buscarla.

A continuación mi vida transcurrió sin ningún acontecimiento destacable – aparte de Yuzu, ya he hablado de ella– y ahora me encontraba solo, más solo de lo que había estado nunca, bueno, tenía el hummus, adaptado a los placeres solitarios, pero el período de fiestas es más delicado, me habría hecho falta una bandeja de mariscos, pero eso se comparte, una bandeja de mariscos en solitario es una experiencia terminal, ni Françoise Sagan habría podido describir eso, era realmente algo demasiado *gore*.

Quedaba Tailandia, pero presentía que no me iría bien, varios colegas me

habían hablado, las chicas eran adorables, pero tenían cierto orgullo profesional y no les gustaban demasiado los clientes que no se empalmaban, se sentían cuestionadas, y yo no quería provocar incidentes.

En diciembre de 2001, inmediatamente después de mi encuentro con Camille, había afrontado, por primera vez en mi vida, ese drama recurrente, inevitable, de las fiestas; ¿qué celebrar?, mis padres habían muerto en junio. Camille se había mantenido cercana a los suyos, a menudo iba a comer con ellos el domingo, vivían en Bagnoles-de-l'Orne, a unos cincuenta kilómetros. Yo intuía desde el principio que mi silencio a ese respecto intrigaba a Camille, pero ella se abstenía de mencionármelo, aguardaba que yo mismo abordase el tema. Al final lo hice, una semana antes de Navidad le conté la historia del suicidio de ambos. La noticia la conmocionó, me di cuenta enseguida, fue una conmoción tremenda; hay cosas sobre las que no has tenido tantas ocasiones de pensar a los diecinueve años, cosas en las que realmente no pensamos hasta que la vida nos obliga a hacerlo. Fue entonces cuando me propuso que pasáramos juntos las fiestas de fin de año.

Cuando te presentan a los padres es siempre un momento delicado, incómodo, pero en la mirada que Camille me dirigió capté al instante una evidencia: en ningún caso sus padres cuestionarían su elección, ni se les pasaría por la cabeza; ella me había elegido, yo formaba parte de la familia, así de simple.

Lo que había empujado a los Da Silva a instalarse en Bagnoles-de-l'Orne sería un misterio para mí hasta el final, así como lo que había permitido a Joaquim Da Silva –que al principio no era más que un simple obrero de la construcción– obtener la administración del estanco principal y único de la localidad, emplazado en un lugar estupendo, a orillas del lago. El relato de la vida de personas que pertenecen a las generaciones inmediatamente anteriores ofrece a menudo el tipo de configuración donde se puede observar el funcionamiento de un sistema casi mítico y conocido en otro tiempo con el nombre de «ascensor social». Lo cierto es que Joaquim Da Silva había vivido

allí con su mujer, también portuguesa, sin mirar atrás, nunca había acariciado el sueño de volver a su Portugal natal y había tenido dos hijos: Camille y después, mucho más tarde, Kevin. Yo, que soy francés hasta la médula, no tenía nada que decir sobre estos temas, pero la conversación fue fluida y agradable, mi profesión interesaba a Joaquim porque él también, como todo el mundo, era de origen agrícola, sus padres habían intentado cultivar ya no sé qué en el Alentejo, no era insensible a la angustia creciente de los agricultores de su región, y a veces no estaba muy lejos, él, dueño de un estanco, de considerarse un *privilegiado*. De hecho, aunque trabajaba mucho, trabajaba menos que el promedio de los agricultores; de hecho, aunque ganaba poco, ganaba más. Las conversaciones sobre economía son un poco similares a las conversaciones sobre ciclones o terremotos; enseguida ya no sabes de qué se habla, tienes la sensación de invocar a una deidad oscura y te sirves otra copa de champán, bueno, de champán sobre todo en época de fiestas, comí opíparamente en casa de los padres de Camille, y más en general fui muy bien recibido, fueron adorables, pero creo que mis padres se habrían portado igual de bien, con un estilo un poco más burgués pero en el fondo no tanto, sabían hacer que la gente se sintiera a gusto, yo los había visto en acción muchas veces, la víspera de nuestra partida soñé que a Camille la recibían mis padres en Senlis y a punto estuve de contárselo al despertar, un momento antes de recordar que habían muerto, siempre he tenido problemas con la muerte, es en mí un rasgo característico.

Quisiera, de todos modos, tratar de aclarar mínimamente estas cuestiones, aunque solo sea para un lector infrecuentemente atento: ¿por qué me apetecía volver a ver a Camille? ¿Por qué había sentido la necesidad de volver a ver a Claire? E incluso la tercera, ¿por qué había querido volver a ver a la anoréxica de semillas de lino cuyo nombre se me escapa en este instante pero que completará el lector si es tan atento como imagino?

La mayoría de los moribundos (es decir, aparte de los que se hacen eutanasias rápidamente en un aparcamiento o en una sala ad hoc) organizan una especie de ceremonial en torno a su óbito; desean ver por última vez a las personas que han desempeñado un papel en su vida, y desean hablar con ellas

por última vez durante un rato de duración variable. He observado en muchas ocasiones que esto es muy importante para ellos, se inquietan cuando no han contactado con la persona por teléfono, quieren organizar el encuentro lo antes posible, lo cual es comprensible, por supuesto, solo disponen de unos días, no les han comunicado cuántos exactamente pero en cualquier caso no muchos, unos cuantos. Las unidades de cuidados paliativos (por lo menos las que he visto funcionar, y no han sido pocas, forzosamente, a mi edad) atienden esas peticiones con competencia y humanidad, son gente admirable, pertenecen al débil y valeroso contingente de esas «personitas admirables» que hacen que la sociedad funcione en un período globalmente inhumano y de mierda.

A semejanza de los agonizantes, yo intentaba probablemente organizar, a una escala más reducida pero que podía servir de entrenamiento, un miniceremonial de despedida de mi libido o, para decirlo más concretamente, de mi polla, a la hora en que ella me indicaba que se disponía a terminar su servicio; deseaba volver a ver a todas las mujeres que la habían honrado, que la habían amado a su manera. Por otra parte, los dos ceremoniales, el pequeño y el grande, serían en mi caso casi idénticos, las amistades masculinas habían contado poco en mi vida, en el fondo solo había estado Aymeric. Es curiosa esta voluntad de establecer un balance, de convencerse en el último momento de que se ha vivido; o quizá de que no se ha vivido en absoluto, lo horrible y extraño es lo contrario, es horrible y extraño pensar en todos esos hombres, en todas esas mujeres que no tienen nada que contar, que no contemplan otro destino futuro que el de disolverse en un vago continuum biológico y técnico (porque las cenizas son técnicas, incluso cuando no están destinadas a servir de abono, hay que evaluar los índices de potasio y nitrógeno), en todos los que, en suma, han vivido una vida sin incidentes externos, y que la abandonan sin pensar, como se abandona un lugar de vacaciones simplemente correcto, sin tener pensado un destino posterior, solo con esa vaga intuición de que habría sido preferible no nacer, bueno, hablo de la mayoría de los hombres y las mujeres.

Así pues, con una clara sensación de hacer lo irremediable reservé una habitación en el hotel Spa du Béryl, a orillas del lago de Bagnoles-de-l'Orne, para la noche del 24 al 25 y emprendí viaje la mañana del 24, que era

domingo, la mayoría de la gente debía de haber salido el viernes por la noche, lo más tarde el sábado a primera hora de la mañana, la autopista estaba desierta, aparte de los inevitables camiones letones y búlgaros. Dedicué lo esencial de mi trayecto a poner a punto un minirrelato para la recepcionista, para el personal de planta si lo había: la fiesta familiar prevista era de tal magnitud que mi tío (se celebraba en casa de mi tío, pero acudirían todas las ramas de la familia, volvería a ver a primos perdidos desde hacía años, decenios incluso) no estaba en condiciones de alojar a todo el mundo y por eso yo me había sacrificado para pasar la noche en el hotel. A mi entender era una historia excelente, y poco a poco empecé a creérmela; mantener su consistencia exigía obviamente abstenerme de recurrir al servicio de habitaciones, y me abastecí de productos regionales (livarot, sidra, pommeau, andouille) poco antes de llegar a destino en el área de descanso Pays d'Argentan.

Había cometido un error, un error colosal, mi paso por la estación Saint-Lazare ya había sido doloroso, pero allí tenía grabada sobre todo la imagen de Camille corriendo por los andenes para precipitarse en mis brazos sin aliento, y lo peor, mucho peor, es que lo reviví todo con una nitidez alucinante antes incluso de llegar a Bagnoles-de-l'Orne, en cuanto atravesé el bosque comunal de Andaines, donde había dado, una tarde de diciembre, un paseo tan largo con ella, un paseo largo, interminable y en cierto sentido eterno, regresamos sofocados y con las mejillas coloradas, tan felices que ya no consigo imaginármelo del todo, paramos en una bombonería donde hacían un pastel con una increíble cantidad de nata que llamaban el París-Bagnoles, además de falsos camemberts de chocolate.

El recuerdo prosiguió después, no me libré de nada, y reconocí la extraña torreta con dameros blancos y rojos que sobrepasaba el hotel restaurante La Potinerie du Lac (especializado en tartiflettes), así como la curiosa casa modernista casi adyacente, adornada con ladrillos de todos los colores, me acuerdo todavía del puentecillo curvado por encima del extremo del lago, y de la presión de la mano de Camille posada en mi antebrazo para que observara cómo se deslizaban los cisnes por el agua, esto sucedió al ponerse

el sol el 31 de diciembre.

Sería falso decir que empecé a amar a Camille en Bagnolesde-l'Orne, todo empezó como he dicho en el extremo del andén C, en la estación de Caen. Pero no cabe duda de que algo se hizo más profundo entre nosotros en el transcurso de aquellas dos semanas. Yo siempre había sentido que el amor conyugal de mis padres era inaccesible, primero porque eran personas extrañas, poco terrenales, que apenas podían servir de ejemplo para una vida real, y también porque consideraba en cierto modo destruido aquel modelo matrimonial, mi generación le había puesto fin, bueno, no la mía, mi generación era muy incapaz de destruir nada y todavía menos de reconstruir algo, digamos que la anterior, sí, la generación anterior era ciertamente la responsable, en cualquier caso los padres de Camille, la pareja ordinaria que formaban, representaba un ejemplo accesible, un ejemplo inmediato, poderoso y fuerte.

Desde donde estaba, recorrí el centenar de metros que me separaba del estanco. Evidentemente un domingo por la tarde, el 24 de diciembre, estaba cerrado, pero recordé que el piso de sus padres estaba justo encima. El piso estaba iluminado, intensamente iluminado, y obviamente tuve la sensación de que estaba *alegremente* iluminado, me quedé fuera un tiempo difícil de calcular, sin duda corto en realidad, pero que me pareció que se estiraba hasta el infinito, una bruma ya espesa se levantaba del lago. Seguramente empezaba a hacer frío pero yo solo lo notaba a ratos y de una forma en cierto modo superficial, la habitación de Camille también estaba iluminada y luego se apagó, mi pensamiento se disolvía en confusas expectativas, pero seguía siendo consciente de que no había ningún motivo para que Camille abriese la ventana para respirar la bruma del atardecer, absolutamente ninguno, y por otra parte tampoco lo deseaba, me contentaba con cobrar plena conciencia de la nueva configuración de mi vida, y también, con un poco de miedo, de que el objetivo de mi viaje no era exclusivamente conmemorativo; de que aquel viaje quizá, de una forma que yo debería aclarar bastante pronto, se orientaba



hacia un futuro posible. Me quedaban algunos años para reflexionar al respecto; algunos años o algunos meses, no lo sabía con certeza.

El Spa du Béryl me causó de entrada una impresión execrable; había hecho la peor elección entre todas las posibles (y no escaseaban en Bagnoles-de-l'Orne en diciembre), su arquitectura era ya la única que en medio de las encantadoras casas modernistas deshonraba las riberas por lo demás armoniosas del lago, y no tuve el valor de contarle mi historia a la recepcionista, que solo había mostrado, a mi parecer, signos de sorpresa y hasta de hostilidad no disimulada, debía de preguntarse en efecto qué coño hacía yo allí, y sin embargo existen clientes solitarios la noche de Navidad, todo existe en la vida de una recepcionista, yo no era más que una modalidad particular de existencia desgraciada; casi aliviado por mi estatuto de modalidad anónima, me limité a mover la cabeza cuando ella me tendió la llave de la habitación. Había comprado dos andouilles enteras y seguro que televisaban la misa del gallo, no me podía quejar.

En realidad, al cabo de un cuarto de hora ya no tenía nada que hacer en Bagnoles-de-l'Orne; pero me parecía imprudente volver a París al día siguiente. Había franqueado el obstáculo del 24, pero me quedaba por superar el del 31, bastante más arduo, según el doctor Azote.

En el pasado te hundes, empiezas a hundirte y luego parece que te sumerges en él y que ya nada puede poner un límite a esa inmersión. Yo había tenido noticias de Aymeric durante los años que siguieron a mi visita, pero esas noticias se limitaban esencialmente a nacimientos: primero AnneMarie y luego, tres años después, Ségolène. Aymeric no hablaba nunca de la salud de su explotación agrícola, lo que me inducía a creer que seguía siendo mala, incluso que se había agravado; en personas de cierta instrucción, la ausencia de noticias equivale necesariamente a malas noticias. Quizá yo también pertenecía a esa desafortunada categoría de personas bien educadas: mis

primeros mensajes después de mi encuentro con Camille desbordaban de entusiasmo, pero me había abstenido de hablar de nuestra ruptura; más tarde habían cesado por completo los contactos.

Los datos de los exalumnos de Agronomía eran ahora accesibles en internet, y en la vida de Aymeric nada parecía haber cambiado: continuaba teniendo la misma actividad, la misma dirección, el mismo correo electrónico, el mismo teléfono. Sin embargo comprendí enseguida, en cuanto oí su voz –cansada, lenta, le costaba un gran esfuerzo terminar las frases–, que *algo* había cambiado. Podía visitarlo cuando quisiera, esa noche mismo, no había problema para hospedarme, aunque habían cambiado las condiciones del alojamiento, en fin, ya me explicaría.

El trayecto fue lento, muy lento, del Orne a la Manche, entre Bagnoles-de-l'Orne y Canville-la-Rocque, a lo largo de carreteras departamentales desiertas y neblinosas; era, no lo olvidemos, un 25 de diciembre. Paraba con bastante frecuencia, intentaba recordar por qué estaba yo allí, no lo lograba del todo, bancos de niebla flotaban sobre los pastos, no se veía ninguna vaca. Me figuro que mi viaje podría calificarse de *poético*, pero la palabra acabó desprendiendo una enojosa impresión de ligereza, de evanescencia. Yo era muy consciente de ello, al volante de mi Mercedes 4 × 4, que ronroneaba suavemente por aquellas carreteras fáciles, mientras la calefacción expelía un calor agradable: también existe una poesía trágica.

Ningún deterioro visible había afectado al castillo de Olonde desde mi última visita, una quincena de años antes; del interior no se podía decir lo mismo, y el comedor, en otro tiempo una habitación cálida, se había convertido en un reducto siniestro y sucio, maloliente, sembrado de envases de jamón y paquetes de canelones en salsa. «No tengo nada para comer...», fueron las primeras palabras con que me recibió Aymeric. «Me queda una andouille», respondí; así fue mi reencuentro con quien había sido, y en cierto sentido seguía siendo (aunque más bien por defecto), mi mejor amigo.

«¿Qué quieres beber?», –prosiguió; de bebidas, por el contrario, parecía

haber sobreabundancia, cuando llegué él se estaba bebiendo una botella de Zubrowka, yo me conformé con un Chablis. También estaba engrasando y volviendo a montar las piezas de un arma de fuego que identifiqué como un fusil de asalto por haberlo visto en series de televisión. «Es un Schmeisser S4. Calibre 223 Remington», precisó superfluamente. Para aligerar el ambiente corté unas rodajas de andouille. Físicamente Aymeric había cambiado, sus facciones se habían espesado y denotaban rosácea, pero lo que más asustaba era su mirada, una mirada hueca, muerta, que parecía imposible desviar más de unos segundos de la contemplación del vacío. Me parecía inútil hacer la más mínima pregunta, ya había entendido lo esencial, sin embargo había que tratar de hablar, nuestro deseo de callar era incómodo, nos servíamos regularmente, él vodka y yo vino, meneando la cabeza, cuarentones derrengados. «Hablamos mañana», concluyó Aymeric, poniendo fin a mi incomodidad.

Me abrió el camino al volante de su camioneta Nissan Navara. Lo seguí durante cinco kilómetros a lo largo de una carretera estrecha y llena de baches, tan estrecha que las matas de espinos nos arañaban la carrocería. Luego apagó el motor y se apeó, y yo me reuní con él: estábamos en la cima de un vasto anfiteatro en semicírculo cuya pendiente herbácea descendía suavemente hacia el mar. A lo lejos, en la superficie del océano, la luna llena arrancaba un centelleo de las olas, pero apenas se distinguían los bungalows, regularmente repartidos en la pendiente a intervalos de un centenar de metros.

—En total tengo veinticuatro bungalows. Al final no me concedieron la subvención para transformar el castillo en un hotel con encanto, consideraron que con el castillo de Briquebec ya era suficiente para el norte de la Manche, y entonces nos dedicamos a este proyecto de los bungalows. No van tan mal, bueno, es lo único que me reporta ingresos, empiezo a tener clientes en los puentes de mayo, incluso una vez los tuve llenos en julio. Claro que en invierno está totalmente vacío; bueno, no, curiosamente en este momento hay un bungalow alquilado a un tío solo, un alemán, creo que le interesa la ornitología, de vez en cuando lo veo por los prados con prismáticos y teleobjetivos, no te molestará, creo que ni siquiera me ha dirigido la palabra

desde que llegó, se limita a hacerme una señal con la cabeza al pasar.

Vistos de cerca, los bungalows eran bloques rectangulares, casi cúbicos, recubiertos de listones de pino barnizado. El interior era también de madera clara y la habitación relativamente amplia: una cama de matrimonio, un sofá, una mesa y cuatro sillas –asimismo de madera–, una kitchenette y una nevera. Aymeric encendió el contador eléctrico. Por encima de la cama, un televisor pequeño sobre un brazo articulado.

–Tengo otro igual con una habitación para los niños, unas literas; y otro con dos habitaciones para niños y cuatro camas adicionales; en vista de la demografía occidental, pensé que sería suficiente. Por desgracia no tengo wifi... –lamentó. Emití un gruñido de indiferencia–. Eso me ha hecho perder no pocos clientes –insistió–, es lo primero que pregunta mucha gente, el plan de banda ancha para el campo se retrasa un poco en la Manche. Por lo menos está bien caldeado –prosiguió, señalando el radiador eléctrico–, en este aspecto nunca se han quejado, cuidamos el aislamiento durante la construcción, es la cuestión más importante.

Se calló bruscamente. Intuí que estaba a punto de hablar de Cécile, yo también me callé y esperé.

–Hablamos mañana –repitió con una voz ahogada–, que pases una buena noche.

Me tendí en la cama y encendí el televisor, la cama era mullida, confortable, la temperatura en la habitación aumentaba rápidamente, Aymeric tenía razón en que la calefacción funcionaba bien, en cierto modo era una lástima estar solo, la vida no es sencilla. La ventana era muy amplia, casi un ventanal, sin duda con objeto de aprovechar las vistas sobre el mar, la luna llena seguía iluminando la superficie del agua, que me parecía que se había aproximado notablemente desde nuestra llegada, era sin duda un fenómeno de las mareas, no lo sé, no sé nada de mareas, pasé mi juventud en Senlis y mis vacaciones en la montaña, más tarde salí con una chica cuyos padres tenían una villa en Juan-les-Pins, una pequeña vietnamita que podía contraer el coño hasta un punto increíble, oh, no, yo no solo había conocido la desdicha en mi vida, pero mi experiencia de las mareas seguía siendo más

que restringida, era curiosa la sensación de aquella enorme masa líquida que ascendía calmosamente para cubrir la tierra, en la televisión daban *On n'est pas couché*, el debate acalorado contrastaba de un modo anormal con el lento avance del mar, había demasiados invitados y hablaban demasiado alto, el nivel sonoro del programa era en conjunto exageradamente elevado, apagué el televisor pero lo lamenté al instante, ahora tenía la impresión de perderme algo de la realidad del mundo, de retirarme de la historia, y de que me perdía algo quizá esencial, el casting de invitados era impecable, tenía la certeza de que estaba *la gente que cuenta*. Al mirar por la ventana comprobé que el agua parecía haberse acercado aún más, de una manera hasta inquietante, ¿íbamos a sumergirnos en una hora? En tal caso más valía divertirse un poco. Al final corrí las cortinas, volví a encender el televisor quitando el sonido y comprendí en el acto que había elegido bien, que así estaba bien, el alboroto en el programa seguía siendo intenso, pero en el fondo el hecho de no oír los comentarios aumentaba el placer, eran como figurillas mediáticas ligeramente desquiciadas pero agradables, sin duda me ayudarían a conciliar el sueño.

Me venció el sueño, en efecto, pero no fue reparador, sueños fúnebres agitaron mi noche, a veces eróticos pero en conjunto fúnebres, ahora tenía miedo de las noches, de dejar que mi mente se moviera sin control, porque era consciente de que mi existencia se orientaba hacia la muerte, no perdía ocasión de recordármelo. En mi sueño descansaba medio tumbado, medio hundido en el suelo, sobre una pendiente viscosa y blanquecina; intelectualmente sabía, sin que nada me lo indicase en el paisaje, que estábamos en una zona de montes medianos; a mi alrededor, hasta donde me alcanzaba la vista, se extendía una atmósfera algodonosa, asimismo blanquecina. Llamaba con voz débil, repetidamente, con constancia, sin que mis llamadas suscitasen el menor eco.

Hacia las nueve de la mañana toqué en vano a la puerta del castillo. Tras una breve vacilación me dirigí hacia el establo; Aymeric tampoco estaba allí. Las vacas me siguieron con mirada de curiosidad mientras yo recorría los pasillos; pasaba la mano a través de los barrotes para tocarles el morro; el contacto era tibio, húmedo. Su mirada era intensa, tenían un aspecto robusto y saludable; era tranquilizador que, pese a todas las dificultades, Aymeric todavía pudiese ocuparse del ganado.

El despacho estaba abierto y el ordenador encendido. En la barra de menús reconocí el icono de Firefox. No es que tuviese muchos motivos para conectarme a internet; concretamente solo tenía uno.

Como el de los exalumnos de Agronomía, el anuario de los de Maisons-Alfort estaba en internet, y necesité unos cincuenta segundos para encontrar la ficha de Camille. Trabajaba por su cuenta, tenía su oficina en Falaise.

Estaba a treinta kilómetros de Bagnoles-de-l'Orne. Así que después de nuestra separación había vuelto a vivir cerca de su familia; debería haberlo sospechado.

La ficha solamente incluía la dirección y el teléfono de su oficina, no contenía ninguna información personal; la imprimí y la doblé en cuatro antes de guardármela en un bolsillo de la chaqueta, sin saber exactamente qué iba a hacer con ella o, para ser más preciso, sin saber si tendría el valor de utilizarla, pero plenamente consciente de que el resto de mi vida dependía de ello.

Al volver hacia mi bungalow me crucé con el ornitólogo alemán, bueno, estuve a punto de cruzarme con él. Al verme a una distancia de treinta metros se detuvo bruscamente y se quedó inmóvil durante unos segundos, y luego se desvió hacia un camino en cuesta a su izquierda. Llevaba una mochila a la espalda y en bandolera una cámara de fotos provista de un teleobjetivo enorme. Caminaba a paso ligero, me paré para seguir su recorrido: subió prácticamente hasta la cima de la pendiente, que en aquel lugar era bastante empinada, la costeó a lo largo de casi un kilómetro y descendió en diagonal hacia su bungalow, que estaba a unos cien metros del mío. De este modo hizo un desvío de un cuarto de hora exclusivamente para no tener que dirigirme la palabra.

La compañía de los pájaros debía de poseer encantos que hasta entonces se me habían escapado. Era el 26 de diciembre, las tiendas debían de estar abiertas. En efecto, en una armería de Coutances compré un par de prismáticos sólidos, marca Schmidt & Bender, que el vendedor, homosexual y guapito, aquejado de un pequeño defecto de pronunciación que le hacía hablar como un chino, me aseguró con entusiasmo que eran «verdadelamente, sin compalación, lo mejol que se encontlaba en el melcado»: sus ópticas Schneider-Kreuznach eran de una agudeza excepcional y disponían de un amplificador de luz eficaz; incluso al amanecer, incluso en el crepúsculo, incluso con niebla espesa, garantizaban sin percances un aumento de 50×.

Dediqué el resto del día a observar los pasos mecánicos, a saltitos, de los pájaros en la playa (el mar se había retirado unos kilómetros, apenas se

divisaba a lo lejos, cedía el espacio a una inmensa extensión gris, salpicada de charcos irregulares cuya agua parecía negra, un paisaje, la verdad, bastante siniestro). Era interesante aquella tarde naturalista, me recordaba un poco mis años de estudiante, salvo que en aquel entonces me había interesado sobre todo por las plantas, ¿y por qué no por los pájaros? Al parecer, había tres tipos: uno totalmente blanco, otro blanco y negro y el tercero blanco con las patas largas y un pico en consonancia. Desconocía sus nombres, tanto el científico como el vulgar; en cambio, sus actividades no entrañaban ningún misterio: picoteando reiteradamente la arena húmeda, se dedicaban al equivalente de lo que los seres humanos llaman *pescar a pie*. Un poco antes, en un letrero de información turística había leído que inmediatamente después del reflujo de las grandes mareas era fácil recolectar, en la arena o en los charcos, una abundante cantidad de buccinos, caracolillos, navajas, almendras de mar y en ocasiones hasta ostras y cangrejos. Dos humanos (más exactamente, como me reveló el aumento de los prismáticos, dos humanos bajos y fornidos, de unos cincuenta años) recorrían también la playa, provistos de ganchos y cubos, para disputar su alimento a los pájaros.

Llamé de nuevo a la puerta del castillo hacia las siete de la tarde; esta vez Aymeric estaba allí, tenía pinta no solo de estar borracho sino también drogado. «¿Has vuelto a la maría?», le pregunté. «Sí, tengo un camello en Saint-Lô», confirmó él sacando una botella de vodka del congelador; por mi parte, preferí atenerme al Chablis. Esta vez no estaba montando el fusil de asalto, sino que había sacado un retrato de un antepasado y lo había apoyado contra una butaca; era un tipo bajo y fuerte, de rostro cuadrado y perfectamente glabro, de mirada malévolamente atenta, encinchado dentro de una armadura metálica. En una mano sostenía una espada enorme, que casi le llegaba al pecho, en la otra un hacha; en conjunto daba una impresión de potencia física y brutalidad extraordinarias.

–Robert de Harcourt, llamado *el Fuerte*... –comentó Aymeric–, la sexta generación de Harcourt; por tanto, muy posterior a Guillermo el Conquistador. Acompañó a Ricardo Corazón de León en la tercera cruzada.

Me dije que siempre estaba bien tener raíces.



–Cécile se marchó hace dos años –prosiguió, sin cambiar de tono. Ya está, ya empieza, me dije; por fin iba a abordar el asunto–. En cierto modo es culpa mía, la hice trabajar demasiado, la gestión de la granja ya era excesiva, pero con los bungalows se volvió una locura, debería haberla cuidado, debería haberme ocupado un poco de ella. Desde que nos instalamos, no nos habíamos tomado ni un día de vacaciones. Necesitan vacaciones, las mujeres... –Hablaban de una forma bastante vaga, como de una especie emparentada pero poco conocida–. Y ya has visto dónde estamos, en distracciones culturales. Necesitan esas distracciones, las mujeres...

Hizo un gesto evasivo, como para no precisar lo que quería decir con eso. Habría podido añadir que en materia de *shopping* aquello no era Babilonia, y que la *fashion week* tardaría en llegar a Canville-la-Rocque. Pues bien, me decía yo, la muy zorra podría haberse casado con otro.

–O comprarle cosas, ya sabes, cosas bonitas. –Dio otra calada al porro, y ahí, en mi opinión, se extraviaba un poco. Podría haber añadido, con mayor pertinencia, que ya no follaban y que ese era el meollo del problema, las mujeres son menos venales de lo que se cree a veces, en cuestión de joyas lo arreglas si les compras una baratija africana de vez en cuando, pero si ya no las follas, si ya ni siquiera las deseas, la cosa empieza a ser grave y Aymeric lo sabía, con el sexo todo puede resolverse, sin el sexo nada tiene arreglo, pero yo sabía que él no hablaría, bajo ningún pretexto, ni siquiera a mí y sobre todo a mí, a una mujer quizá se lo habría contado, pero la verdad es que contarle no habría servido de nada y hasta quizá hubiera sido contraproducente, hurgar en la herida no era una buena opción, evidentemente ya había entendido la víspera que su mujer le había abandonado y durante el día había tenido tiempo de preparar un contraataque, de elaborar un proyecto positivo, pero todavía no era el momento de abordarlo, encendí otro cigarrillo.

–También debo decir que se marchó con un tío –añadió al cabo de un silencio muy largo. Emitió una especie de pequeño gemido doloroso, involuntario, justo después de la palabra «tío». A esto no se podía responder nada, era una

situación muy difícil, una humillación masculina en bruto, y a mi vez solo pude emitir un gemido doloroso a modo de respuesta—. Era un pianista, un pianista conocido —continuó—, da conciertos por todo el mundo, ha grabado discos. Vino para descansar, para tomarse un respiro, y luego se fue con mi mujer...

De nuevo hubo un silencio, pero yo tenía medios de sobra para llenarlo, tomar otro vaso de Chablis, hacer cruzir los nudillos.

—Soy un auténtico idiota, no presté atención —continuó finalmente Aymeric, con una voz tan baja que era alarmante—. Tenemos un piano muy bueno en el castillo, un Bösendorfer de media cola que perteneció a una de mis antepasadas, mantenía una especie de salón durante el Segundo Imperio, bueno, en la familia nunca hemos sido verdaderos mecenas, nunca como los Noailles, pero de todos modos tenía un salón, parece ser que Berlioz tocó en ese piano, total que le propuse que tocara si le apetecía, hubo que afinarlo, por supuesto, pero la cosa es que él pasaba cada vez más tiempo en el castillo, y ahora ya ves, viven en Londres pero viajan mucho, él da conciertos en todo el mundo, en Corea del Sur, en Japón...

—¿Y tus hijas?

Pensé que más valía olvidar la historia del Bösendorfer, sospechaba que la situación con las hijas no era muy gratificante, pero el piano era la clase de detalle mortífero, literalmente, que te lleva directamente al suicidio, había que sacárselo de la cabeza, con las niñas sin duda había una posibilidad de apertura.

—Tengo la custodia, obviamente, pero en la práctica están en Londres, hace dos años que no las veo; ¿qué quieres que haga aquí con dos niñas de cinco y siete años?

Lancé una mirada al comedor, a las cajas abiertas de cassoulet y de canelones desperdigadas por el suelo, al armario derribado por el que se escapaba una vajilla de porcelana hecha añicos (y probablemente había sido Aymeric quien lo había tirado durante una crisis de cólera ética); en efecto, no se le podía contradecir, es sorprendente hasta qué punto los hombres se hunden enseguida. Yo había observado la víspera que la ropa de Aymeric estaba francamente sucia, y que hasta olía un poco mal; ya en Agronomía la llevaba a lavar a casa de su madre todos los fines de semana, bueno, yo

también, pero al menos yo había aprendido a poner en marcha las lavadoras puestas a disposición de los estudiantes en el sótano de la residencia, y las había utilizado dos o tres veces, pero él nunca, creo que ni siquiera había sospechado que existían. Quizá, efectivamente, era mejor olvidarse de las niñas y concentrarse en lo esencial, al fin y al cabo podría tener otras hijas.

Volvió a servirse un vaso grande de vodka, que bebió de un trago, y concluyó sobriamente: «Mi vida está jodida.» Ahí me asaltó una especie de revelación y disimulé una sonrisa interior porque sabía desde el principio que él llegaría a esta conclusión y durante los silencios que habían entrecortado su narración había tenido tiempo de pulir mi réplica, mi contraataque, el proyecto positivo que había elaborado secretamente a lo largo de la tarde consagrada a la observación de los pájaros marinos.

–Tu error básico –ataqué con vivacidad– fue casarte con alguien de tu clase social. Todas esas chicas, las Rohan-Chabot, las Clermont-Tonnerre, ¿qué son hoy día, en realidad? No son más que putillas dispuestas a todo para conseguir unas prácticas en un semanario cultural o en el taller de un modisto alternativo. –Y aquí di bastante en el clavo sin saberlo, porque Cécile era una Faucigny-Lucinge, una familia enteramente del mismo nivel, del mismo nivel de nobleza, se entiende–. O sea, en ningún caso son mujeres de agricultores. Mientras que tienes cientos, miles, millones de chicas –me pasé un poco– para las que representas el absoluto ideal masculino. Piensa en una moldava o, desde otro punto de vista, en una camerunesa o una malgache o, si me apuras, una laosiana: son chicas no muy ricas o incluso rematadamente pobres, procedentes de un medio totalmente rural, no han conocido otro universo, ni siquiera saben que existe. Entonces llegas tú, estás en la flor de la vida, todavía potable físicamente, un tío guapo y macizo en los cuarenta, y posees la mitad del departamento en pastos. –Aquí exageré un poco, pero bueno, se trataba de eso–. Es evidente que eso no te aporta un chavo, pero ellas no pueden adivinarlo, y en el fondo no lo entenderán nunca porque para su mentalidad la riqueza es la tierra, la tierra y el rebaño, y te puedo asegurar que no rechazarán la oferta, trabajarán con ahínco, no se rendirán nunca, estarán en pie a las cinco de la mañana para el ordeño. Y además serán

jóvenes, de lejos mucho más sexis que todas tus putillas aristocráticas, y follarán cuarenta veces mejor. Lo único que hará falta es que reduzcas un poco con el vodka, podría recordarles su medio ambiente de origen, sobre todo si la chica es de un país del Este, pero de todos modos no te vendrá mal frenar un poco con el vodka. Se levantarán a las cinco de la mañana para ordeñar –me entusiasmé, cada vez más convencido de mi propia evocación, visualizaba a la moldava– y luego te despertarán con una mamada, ¡y encima el desayuno estará preparado!

Lancé una mirada a Aymeric, convencido de que hasta ahí me había escuchado con atención, pero empezaba a adormilarse, debía de haber comenzado a soplar antes de mi llegada, probablemente al principio de la tarde.

–Tu padre estaría de acuerdo conmigo... –concluí, un poco falto de argumentos; sobre este punto no estaba tan seguro, apenas conocía al padre de Aymeric, solo lo había visto una vez, me había parecido una buena persona pero un poco tieso, sin duda no había captado las transformaciones sociales acaecidas en Francia desde 1794. Yo sabía que históricamente no me equivocaba, la aristocracia jamás había dudado, en momentos de decadencia comprobados, en renovar la genética del rebaño yendo a buscar lavanderas, ahora simplemente había que ir a buscarlas un poco más lejos, pero ¿Aymeric estaba en condiciones de demostrar sensatez? Luego me asaltó una duda más general, más biológica: ¿a santo de qué salvar a un macho viejo y derrotado? Los dos estábamos más o menos en el mismo barco, nuestros destinos eran diferentes pero el final era comparable.

Ahora se había dormido de verdad. Quizá yo no había hablado en vano, quizá la moldava se insinuase en su sueño. Dormía sentado muy erguido en el sofá, con los ojos abiertos de par en par.

Sabía que no vería a Aymeric al día siguiente, ni probablemente los siguientes, iba a lamentar su confesión, regresaría el 31 porque no se puede *no hacer nada* la noche del 31, bueno, ya me había ocurrido varias veces, pero yo era distinto de él, más impermeable a las convenciones. Me quedaban cuatro días de soledad y presentí enseguida que los pájaros no me bastarían, no me bastarían ni la televisión ni los pájaros, juntos o por separado, y fue entonces cuando volví a pensar en el alemán, a partir de la mañana del 27 lo enfoqué con mis prismáticos Schmidt & Bender, en el fondo creo que me habría gustado ser poli, infiltrarme en la vida de la gente, penetrar en sus secretos. Del alemán no me esperaba nada apasionante; me equivocaba. Hacia las cinco de la tarde una niña llamó a la puerta de su bungalow; bueno, una niña para entendernos, era una morena de unos diez años con la cara infantil, pero era mayor para su edad. Había venido en bici, debía de vivir en las inmediaciones. Yo, por supuesto, sospeché de inmediato una historia de pedofilia: ¿qué motivo podía tener una niña de diez años para llamar a la puerta de un cuarentón misántropo y siniestro, y alemán por añadidura? ¿Era para que él le leyese poemas de Schiller? Era más probable que quisiera que le enseñase la polla. Además, el hombre tenía totalmente un perfil de pedófilo, un cuarentón culto, solitario, incapaz de entablar relaciones con los demás y mucho menos con las mujeres, es lo que pensé antes de darme cuenta de que se podría haber dicho lo mismo de mí, que podrían haberme descrito exactamente en los mismos términos, lo cual me molestó, para calmarme enfoqué los prismáticos hacia las ventanas del bungalow, pero las cortinas estaban corridas, aquella noche no pude averiguar más, solo que ella salió casi dos horas después y que consultó los mensajes de su móvil antes de montar en la bici.

Al día siguiente volvió poco más o menos a la misma hora, pero esta vez él se había olvidado de correr las cortinas, lo que me permitió distinguir una cámara de vídeo instalada sobre un trípode: mis sospechas se confirmaban. Por desgracia, inmediatamente después de la llegada de la niña, advirtió que las cortinas estaban abiertas, se dirigió a la ventana y ocultó la habitación a mi vista. Aquellos prismáticos eran extraordinarios, había distinguido perfectamente la expresión de su cara, su estado de excitación era extremo, por un momento tuve incluso la impresión de que salivaba un poco; estoy seguro de que no sospechaba en absoluto que lo vigilaba. La chiquilla se marchó, como la víspera, al cabo de un poco menos de dos horas.

La misma situación se reprodujo al día siguiente, con la diferencia de que tuve brevemente la sensación de ver pasar a la niña en segundo plano, en camiseta, con las nalgas desnudas; pero fue algo borroso y fugaz, yo había enfocado la cara del tipo, y esa incertidumbre francamente me exasperaba.

Por fin se abrió una brecha la mañana del día 30. Lo vi salir hacia las diez, meter en su 4 × 4 (un Defender de colección, probablemente un modelo de 1953 o algo así, el imbécil no era solo un misántropo y seguramente un pedófilo, sino también un esnob de la peor especie, ¿por qué no se conformaba con un Mercedes 4 × 4 como todo el mundo y como yo? iba a pagarlo, iba a pagarlo muy caro), bueno, pues el pedófilo (yo no lo he comentado, pero tenía exactamente cara de profesor universitario alemán, un profesor alemán de baja por enfermedad o más probablemente en excedencia para investigar, seguramente iba a observar a los charranes árticos en el noroeste del Cotentin, cerca del cabo de la Hague o algo así) metió una nevera portátil en el maletero del Defender, debía de contener cervezas bávaras que solo él conocía, y una bolsa de plástico posiblemente llena de bocadillos suficientes para la mañana, volvería probablemente poco antes de su cita ritual de las cinco de la tarde, era el momento de actuar, de desenmascararlo.

No obstante, esperé una hora para asegurarme y luego me dirigí a su bungalow tranquilamente, paseando. Había llevado un estuche de herramientas de urgencia que guardaba siempre en el maletero de mi

Mercedes, pero la puerta ni siquiera estaba cerrada, es realmente asombrosa la confianza que tiene la gente cuando llega a la Manche, siente que entra en un espacio brumoso, apacible, alejado de las complicaciones humanas habituales y en cierto sentido alejado del mal, bueno, es la imagen que tienen. Sí, tuve que encender el ordenador, al hombre debía de preocuparle el consumo de electricidad en el modo reposo, seguramente tenía convicciones ecologistas, en cambio no había contraseña, lo cual era una auténtica sorpresa, ahora todo el mundo tiene una contraseña, hasta los niños de seis años tienen una en su tablet, ¿qué clase de individuo era aquel tío?

Los archivos estaban clasificados por año y por mes, y en la carpeta de diciembre solo había un vídeo titulado «Nathalie». Yo nunca había visto un vídeo pedófilo, solo sabía que existían, y pensé en el acto que iba a sufrir la poca calidad de la filmación de un aficionado, desde los primeros segundos enfocaba la cámara accidentalmente sobre el embaldosado del cuarto de baño, después la elevaba hacia la cara de la niña, que se estaba maquillando, se aplicaba en los labios una capa espesa de pintalabios, una capa demasiado espesa, que sobrepasaba el contorno, luego se pintaba los párpados de azul, aquí también se hacía una chapuza de grandes manchurroneos que sin embargo parecían gustar mucho al ornitólogo, lo oí murmurar: «*Gut...*, *gut*», era hasta el momento lo único desagradable de la grabación. A continuación intentó un movimiento de travelling atrás, bueno, más concretamente retrocedió y se veía a la niña delante del espejo del cuarto de baño, desnuda salvo por un pantaloncito corto vaquero, el mismo que llevaba al llegar. Casi no tenía pechos, en fin, se distinguía una insinuación, una promesa. Él decía unas palabras que no entendí, al instante ella se quitó el pantaloncito y se sentó en el taburete del cuarto de baño, después separó las piernas y empezó a pasarse el dedo corazón por el coño, tenía un coñito bien formado pero totalmente lampiño, supongo que aquí un pedófilo debía de empezar a excitarse de verdad, y en efecto le oía respirar cada vez más fuerte, la cámara temblaba un poco.

El plano cambió bruscamente y se veía de nuevo a la niña en el cuarto de estar. Vestida ya con una microfalda escocesa, se calzaba unas medias de

rejilla que enganchaba a un ligero, todo un poco grande para ella, debían de ser prendas de adulta, talla XS, o sea, le servían pero poco. Después se ató un pequeño top, también de tela escocesa, alrededor del pecho y yo aprobé su elección, aunque no tenía pechos sugería su existencia.

Hubo después un pasaje un poco confuso durante el cual el alemán buscó una cinta de casete que introdujo en un radiocasete, yo no sabía que todavía existían esos chismes, de hecho era como el Defender, era *vintage*. La niña esperaba tranquilamente, con los brazos colgando. Me costó reconocer la canción cuando empezó a sonar, parecía música disco de finales de los años setenta o principios de los ochenta, de Corona tal vez, pero la niña reaccionó bien, se puso a girar sobre sí misma y a bailar y fue ahí donde de verdad se me empezó a partir el corazón, no por el contenido sino por la toma, él debía de estar en cuclillas para tomarla en contrapicado, debía de dar saltitos a su alrededor como un viejo sapo. La niña bailaba con auténtico entusiasmo, transportada por el ritmo, de vez en cuando imprimía un revuelo a su faldita, lo que daba al ornitólogo muy bonitas vistas de su culito, en otros momentos ella se inmovilizaba delante de la cámara y abría los muslos y se metía uno o dos dedos, luego se los introducía en la boca y los chupaba un rato largo, en cualquier caso él se excitaba cada vez más, los movimientos de la cámara se volvían realmente caóticos y yo empezaba a hartarme cuando por fin se calmó, descansó la cámara en el trípode y volvió a sentarse en el sofá. La niña siguió girando algún tiempo al ritmo de la música mientras él la miraba con adoración, ya había gozado, intelectualmente, se entiende, faltaba la dimensión física, supongo que ya había empezado a meneársela.

La cinta se interrumpió de golpe, con un clic neto. La niña hizo una pequeña reverencia, esbozó una especie de rictus irónico y luego se acercó al alemán y se arrodilló entre sus muslos; él se había bajado el pantalón pero sin quitárselo. Como no había movido la cámara de su zócalo no se veía casi nada, lo cual era contrario a todos los códigos del vídeo pornográfico, incluido el amateur. A pesar de su corta edad la niña parecía cumplir su tarea de una forma competente, el ornitólogo lanzaba de cuando en cuando un gruñido de satisfacción en el que intercalaba palabras tiernas como «*Mein Liebchen*», total, que parecía sentir un enorme cariño por la niña, nunca lo hubiese creído en un tío tan frío.



Yo estaba allí y el vídeo se acercaba a su final, la eyaculación, a mi entender, no podía tardar en producirse, cuando oí crujidos de pasos en la grava. Me levanté de un salto, al instante consciente de que allí no había ninguna salida, ningún modo de evitar un enfrentamiento que podía ser mortal, podía matarme de inmediato y pensar que saldría airoso, eran pocas las posibilidades pero podía pensarlo. Al entrar tuvo un sobresalto casi cataléptico, le temblaba todo el cuerpo, por un momento tuve la esperanza de que se desmayara pero al final no, se quedó plantado donde estaba, tenía la cara rojísima. «¡No le denunciaré!», grité, sentí que había que gritar, que solo un potente alarido podría sacarme del atolladero, y luego comprendí enseguida que la palabra «denunciar» le era probablemente desconocida y me puse a gritar más fuerte: «¡No hablaré! ¡No diré nada a nadie!», y repetí varias veces a gritos: «¡No hablaré! ¡No diré nada a nadie!», iniciando al mismo tiempo un movimiento en dirección a la puerta. Sin dejar de chillar yo había levantado los brazos, separados en alto, como una señal de inocencia; él no debía de estar familiarizado con la violencia física, era mi esperanza, mi única salida.

Seguí avanzando despacio, repitiendo en voz más baja, con un ritmo que yo esperaba obsesivo: «¡No hablaré! ¡No diré nada a nadie!» Y de repente, cuando llegué a menos de un metro de él, quizá porque había entrado en su espacio corporal, no sé, dio un salto hacia atrás y me abrió el acceso a la puerta, me precipité hacia la salida, seguí corriendo por el camino y en menos de un minuto estaba encerrado en mi bungalow.

Me serví un vaso grande de licor de pera Williams y recobré rápidamente el juicio: era *él*, no yo, el que estaba en peligro; era *él*, no yo, el que corría el riesgo de treinta años de prisión sin reducción de pena; no iba a durar mucho tiempo. Y, en efecto, menos de cinco minutos más tarde, lo observé –aquellos prismáticos eran realmente extraordinarios– mientras metía las maletas en el maletero de su Defender, se sentaba al volante y desaparecía hacia un destino desconocido.

La mañana del 31 me levanté de un humor casi plácido y paseé la mirada por el paisaje de bungalows, de los que yo era ahora el único inquilino; si el ornitólogo había viajado de prisa debía de estar ya en las cercanías de Maguncia o de Coblenza, y debía de estar contento, con esa breve felicidad que sientes cuando acabas de escapar de una desgracia mayúscula y te enfrentas a una ordinaria. Aun concentrándome ante todo en el alemán, yo no había descuidado a los aficionados a la pesca a pie, que se habían presentado a lo largo de la semana en ráfagas apretadas, es verdad que estábamos en período de vacaciones. Una pequeña guía muy bien hecha, publicada por la editorial Ouest-France, que había comprado en el Super U de Saint-Nicolas-le-Bréhal, me había revelado la magnitud del fenómeno de este tipo de pesca, al igual que la existencia de algunas especies animales como las munidas, las clicas, las anomias y la scrobicularia, sin olvidar las coquinas, que se cocinan en la sartén con ajo y perejil. Yo estaba seguro de que allí se desarrollaba un espacio de convivencia, había visto ensalzar este modo de vida en la TF1, más raramente en France 2, la gente se congregaba en familia o a veces en grupos de amigos, y asaban navajas y almejas a la brasa que acompañaban con un vino blanco consumido con moderación, se trataba de un estadio de civilización superior en el que los apetitos salvajes se saciaban mediante la pesca a pie. La actividad no carecía de riesgos, el salvario podía infligir dolores insoportables, era el más virulento de los peces; aunque la anomia era fácil de pescar, la captura de la scrobicularia exigía paciencia y agilidad; la de la oreja de mar no era posible sin la ayuda de un gancho de varilla larga; ningún indicio permitía detectar a las almejas finas, había que conocerlas. Yo no había accedido a este estadio superior de civilización, y menos todavía el pedófilo alemán, que a esas alturas debía de estar en las inmediaciones de Dresde, quizá incluso había entrado en Polonia, donde las condiciones de extradición eran más difíciles. Hacia las cinco de la tarde, como todos los días, la niña detuvo su bici delante del bungalow del ornitólogo. Llamó un largo rato a la puerta y luego se acercó para mirar a través de las cortinas; volvió de nuevo a la puerta y llamó de nuevo un buen rato antes de desistir. Era difícil descifrar su expresión, no parecía realmente triste (¿todavía no?), sino más bien sorprendida y contrariada. En aquel momento me pregunté si él

le pagaba, era difícil saberlo, pero la respuesta, en mi opinión, era que probablemente sí.

Hacia las siete me dirigí al castillo, ya era hora de terminar el año. Aymeric no estaba allí pero había hecho algunos preparativos, los embutidos estaban extendidos encima de la mesa del comedor, la andouille de Vire y la morcilla artesanal y otros embutidos italianos y también quesos, la bebida no me preocupaba nada, nunca faltaría.

Por la noche el establo era relajante, el rebaño de trescientas vacas generaba un rumor suave, hecho de suspiros, de mugidos ligeros, de movimientos en la paja, porque allí había paja, Aymeric se había negado a la comodidad de los enrejados, se empeñaba en producir estiércol para recubrir sus campos, pretendía realmente trabajar a la vieja usanza. Tuve un momento de abatimiento al recordar que económicamente estaba jodido, y luego sucedió otra cosa, los suaves mugidos de las vacas, el olor del estiércol, en absoluto desagradable, todo esto me despertó brevemente el sentimiento quizá no de tener un lugar en el mundo, no hay que exagerar, sino de pertenecer al menos a una especie de continuum orgánico, de agrupación animal.

En el pequeño reducto que le servía de despacho la luz estaba encendida y Aymeric se encontraba delante del ordenador, con unos auriculares con micro puestos, cautivado por el contenido de la pantalla, y solo me vio en el último segundo. Se levantó bruscamente e hizo un gesto de protección absurdo, como si quisiera ocultarme la imagen, que yo no podía ver de ningún modo.

–No te apures, tómate tu tiempo, no te apures, vuelvo al castillo... –le dije con un gesto vago de la mano (sin duda inconscientemente trataba de imitar al teniente Colombo, el teniente Colombo tuvo un impacto asombroso en los jóvenes de mi generación) antes de volverme por donde había venido. Había levantado los brazos para acompañar mis palabras, un poco como la víspera con el pedófilo alemán, pero por desgracia, no se trataba de pedofilia, era mucho peor, estaba seguro de que Aymeric había querido comunicarse con Londres por Skype el último día del año, ciertamente no con Cécile, sino con sus hijas, debía de comunicarse por Skype con sus hijas al menos una vez a la

semana. «¿Cómo estás, papá?», yo lo veía como si estuviera delante, y entendía la situación de las niñas, ¿acaso un pianista de conciertos clásicos podía darles una imagen paterna viril? En ningún caso, evidentemente (¿Rajmáninov?), solo un marica londinense más, mientras que su padre se ocupaba de vacas adultas, grandes mamíferos, al fin y al cabo, al menos de quinientos kilos. ¿Y qué podía contar Aymeric a sus hijas?, bobadas, obviamente, el muy desgraciado les decía que estaba bien cuando las cosas le iban de pena, se moría por culpa de su ausencia, y de la ausencia de amor más en general. Así que, según todas las probabilidades, estaba perdido, me dije al volver a atravesar el patio, nunca se repondría de esa historia, la sufriría hasta el fin de sus días y todo mi rollo sobre la moldava no habría servido de nada. Yo estaba de mal humor y me serví un vaso grande de vodka sin esperar a Aymeric, al tiempo que devoraba rodajas de morcilla artesanal, está claro que no se puede hacer nada con la vida de la gente, me decía, ni la amistad ni la compasión ni la psicología ni la comprensión de las situaciones tienen la menor utilidad, la gente se fabrica ella misma el mecanismo de su desdicha, le da cuerda y luego el mecanismo sigue girando, ineluctable, con algunos fallos, algunas debilidades cuando la enfermedad interviene, pero sigue girando hasta el final, hasta el último segundo.

Aymeric llegó un cuarto de hora más tarde, fingía cierta ligereza, como para que se olvidara el incidente, lo que no hizo más que confirmar mis certezas, y más aún la de mi impotencia. Sin embargo, yo no estaba del todo tranquilo, del todo resignado, y acometí la conversación abordando de entrada el tema doloroso.

–¿Vas a divorciarte? –pregunté, con la mayor calma y con un tono casi de indiferencia.

Él se desplomó literalmente en el sofá, le serví un vaso grande de vodka, necesitó por lo menos tres minutos para llevárselo a los labios, hubo un momento incluso en que tuve la sensación de que se iba a echar a llorar, cosa que habría sido embarazosa. Lo que tenía que contarme no tenía nada de original, las personas no solo se torturan unas a otras, sino que se torturan con una absoluta falta de originalidad. Naturalmente es penoso ver que alguien a

quien has amado, con quien has compartido noches, despertares, quizá enfermedades, preocupaciones por la salud de los hijos, se transforme en cuestión de días en una especie de vampira, de arpía cuya avidez financiera no conoce límites; es una experiencia terrible de la que no te repones nunca del todo, pero quizá sea en cierto sentido saludable, la travesía de un divorcio es tal vez el único medio eficaz para poner fin al amor (en la medida, evidentemente, en que se considere que el fin del amor puede ser algo saludable), si yo, por mi parte, me hubiera casado con Camille antes de divorciarme de ella, quizá habría conseguido dejar de amarla; y fue justo en aquel momento, al escuchar el relato de Aymeric, cuando por primera vez, sin precaución, fabulación ni restricción de ninguna clase, dejé penetrar directamente en mi conciencia la evidencia penosa, atroz y letal de que todavía amaba a Camille; aquel cotillón empezaba en verdad mal.

En el caso de Aymeric era aún peor, ni siquiera dejar de amar a Cécile le serviría de ayuda, estaban las niñas, la trampa era perfecta. Y, desde el punto de vista económico, su historia, aunque absolutamente fiel a lo que se observa normalmente en los casos de divorcio, presentaba algunos aspectos especialmente inquietantes. El régimen de bienes gananciales estaba muy bien, era el habitual, pero los bienes, en el caso de Aymeric, distaban mucho de ser desdeñables. En principio estaba la granja, el establo nuevo, la maquinaria agrícola (la agricultura es una industria pesada que inmoviliza capitales de producción importantes para obtener ingresos exigüos o nulos, hasta negativos en el caso de Aymeric): ¿la mitad de este capital pertenecía a Cécile? Venciendo su repugnancia por las triquiñuelas jurídicas, por los miembros de la abogacía y, en un sentido más amplio, por la ley, su padre había decidido contratar a un abogado que le había recomendado un conocido del Jockey Club. De hecho, las primeras conclusiones del letrado habían sido relativamente tranquilizadoras, al menos en lo referente a la granja: las tierras seguían perteneciendo al padre de Aymeric, y lo mismo cabía considerar respecto del conjunto de las mejoras realizadas, el establo nuevo, la maquinaria; legalmente se podía sostener la tesis de que Aymeric no era más que una especie de administrador. En el caso de los bungalows la cosa era distinta: la empresa hotelera y todas las construcciones estaban a su nombre, solo las tierras seguían siendo propiedad de su padre. Si Cécile se obstinaba

en reclamar la mitad del valor de los bungalows, no quedaría otro remedio que declararse en liquidación judicial y aguardar a que se presentase un comprador, lo cual podría requerir tiempo, probablemente años. En resumen, concluyó Aymeric con una mezcla de desesperación y de asco, esa mezcla que llega a convertirse en el estado de ánimo permanente durante un divorcio a medida que avanza el procedimiento, se suceden las negociaciones, las propuestas y contrapropuestas de abogados y notarios, en resumen, a ese divorcio le faltaba mucho para llegar al final.

–Además es innegociable que mi padre venda los terrenos que dan al mar, y sobre los que hemos construido los bungalows, nunca permitirá eso... – añadió–. Desde hace años, cada vez que me veo obligado a vender una parcela para sanear las cuentas, sé que él sufre, lo sufre casi físicamente, tienes que comprender que para un aristócrata tradicional, y él es exactamente eso, lo esencial es transmitir el patrimonio familiar a las generaciones posteriores, si es posible aumentarlo un poco, pero al menos no reducirlo, y desde el principio es lo que yo hago, reducir el patrimonio familiar, de lo contrario simplemente no consigo salir adelante, conque es inevitable que él empiece a hartarse, le gustaría que yo tirase la toalla, la última vez me lo dijo abiertamente, «la vocación de los Harcourt nunca ha sido la de ser granjeros...», me lo dijo así, quizá sea cierto, pero tampoco es la de ser hoteleros, y curiosamente veía con buenos ojos el proyecto de Cécile, el del hotel con encanto, pero sin duda solo porque habría permitido restaurar el castillo, de los bungalows, en cambio, pasa olímpicamente, si mañana los demoliéramos con un bazuca a él le daría igual. Lo terrible es que es un hombre que casi no ha hecho nada de provecho en su vida, se ha limitado a asistir a bodas, a entierros, a alguna cacería mayor, una copa de vez en cuando en el Jockey Club, ha tenido también alguna amante, creo, en fin, nada excesivo, y ha dejado el patrimonio de los Harcourt intacto. Yo intento montar algo, me mato a trabajar, me levanto todos los días a las cinco de la mañana, me paso las noches haciendo cuentas, y el resultado, en definitiva, es que empobrezco a la familia...

Había hablado un largo rato, esta vez se había explicado a fondo, y me figuro

que no faltaba mucho para la medianoche cuando le propuse que pusiera música, que era desde hacía mucho rato lo único que se podía hacer, la única cosa posible en nuestra situación, accedió agradecido y no recuerdo muy bien lo que puso porque yo también estaba completamente borracho, borracho y desesperado, el hecho de volver a pensar en Camille me había aniquilado en cuestión de segundos, inmediatamente antes me sentía el tipo fuerte, sensato y consolador, y de un solo golpe no era ya más que una mierda a la deriva, bueno, estoy seguro de que Aymeric puso lo mejor que había, lo que más le gustaba. El único recuerdo preciso que tengo es el de «Child in Time», una grabación pirata realizada en Duisburg en 1970, la sonoridad de sus Klipschorn era realmente excepcional, estéticamente aquel fue quizá el más hermoso momento de mi vida, quiero señalarlo en la medida en que la belleza pueda servir para algo, total, que debimos de ponerla treinta o cuarenta veces, y todas ellas embelesados, sobre el fondo de la calma magistral de Jon Lord, por el movimiento de elevación absoluta con que Ian Gillan pasaba de la palabra al canto y luego del canto al grito para volver de nuevo a la palabra, seguido de inmediato por el *break* majestuoso de Ian Paice, es verdad que Jon Lord lo reforzaba con su habitual combinación de eficacia y grandeza, pero de todos modos el *break* de Ian Paice era fabuloso, sin duda el más bello de la historia del rock, luego Gillan reaparecía y se consumaba la segunda parte del sacrificio, Ian Gillan se elevaba otra vez de la palabra al canto, luego del canto al grito puro y por desgracia poco después el fragmento se acababa y no había más remedio que poner la aguja al principio y podríamos haber vivido así eternamente, no sé si eternamente, era sin duda una ilusión pero una ilusión hermosa, yo recordaba que había ido con Aymeric a un concierto de Deep Purple en el Palais des Sports, fue un buen concierto pero no tanto como el de Duisburg, éramos viejos, ahora esos momentos iban a volverse raros, pero todo eso resurgirá en el momento de nuestra agonía, de la suya y de la mía, en mi caso también estará Camille, y probablemente Kate, no sé cómo me las arreglé para volver al bungalow, me acuerdo de que cogí una rodaja de morcilla artesanal que mastiqué un largo rato al volante de mi 4 × 4, en realidad sin notar el sabor.

La mañana del 1 de enero se levantó, como todas las mañanas del mundo, por encima de nuestras existencias problemáticas. Yo también me levanté, presté por mi parte una atención relativa a la mañana, que era neblinosa, pero neblinosa sin exceso, una mañana de niebla ordinaria; los programas de Fin de Año seguían su curso en las principales cadenas de entretenimiento, pero yo no conocía a ninguna de las cantantes, me pareció sin embargo que la latina maciza cedía terreno frente a la celta comprometida, pero mi visión de este aspecto de la vida solo era episódica y aproximativa, globalmente optimista: estaba bien, en cierto sentido, si las audiencias lo habían decidido así. Hacia las cuatro de la tarde me encaminé al castillo. Aymeric había vuelto a su estado habitual, es decir, decaído, testarudo y desesperado; montaba y desmontaba, un poco mecánicamente, su fusil de asalto Schmeisser. Fue entonces cuando le dije que quería aprender a disparar.

–¿Disparar cómo? ¿Disparar para defenderte o tiro deportivo?

Parecía encantado de que yo plantease un tema concreto, técnico, aliviado sobre todo por que no retomara la conversación de la víspera.

–Un poco las dos cosas, creo...

De hecho, cuando me topé con el ornitólogo, me habría sentido más a gusto con un revólver, pero en el tiro de precisión también había algo que me atraía desde hacía mucho tiempo.

–Como arma de defensa puedo darte una Smith & Wesson de cañón corto, un poco menos precisa que la de cañón largo, pero mucho más fácil de transportar. Es una Magnum 357, letal con seguridad a diez metros, es muy sencilla de manejar, te lo explico en cinco minutos. Para el tiro deportivo... – su voz se había vuelto más sonora, le notaba una vibración de entusiasmo que no le oía desde hacía años, de hecho desde que teníamos veinte años–, el tiro



deportivo me encantaba, lo practiqué durante años, como sabes. Es realmente extraordinario, en el momento en que tienes el objetivo en el centro del punto de mira ya no piensas en nada, olvidas todas tus preocupaciones. Los primeros años después de instalarme aquí fueron durísimos, mucho más de lo que había imaginado, creo que no habría aguantado sin mis sesiones de tiro. Ahora, evidentemente... –Puso la mano derecha en posición horizontal y, en efecto, al cabo de unos segundos empezó a temblar de una forma débil pero indiscutible–. El vodka... Son totalmente incompatibles, hay que elegir.

¿Él había podido elegir? ¿Cualquiera podía elegir? Yo tenía mis dudas.

–Para el tiro deportivo tengo un arma que me encantaba, una Steyr Mannlicher, la HS50, te la puedo prestar si quieres, pero tengo que revisarla, limpiarla a fondo, hace tres años que no la uso, lo haré esta noche.

Titubeó ligeramente al dirigirse a su armería, tres puertas correderas en la entrada, y detrás había una veintena de armas –fusiles, carabinas y algunas armas cortas–, así como decenas de cajas de cartuchos apiladas. La Steyr Mannlicher me sorprendió, no parecía para nada una escopeta, sino un simple cilindro de acero gris oscuro de una abstracción total.

–Tengo las otras piezas, por supuesto, hay que montarla... Pero te aseguro que lo esencial es la precisión en la fabricación del cañón... –Mantuvo un instante el cañón a la luz, para que yo lo admirase; sí, era un cilindro, un cilindro perfecto, sin duda, estaba dispuesto a reconocerlo–. Bueno, yo me ocupo... –concluyó, sin insistir más–, te la llevo mañana.

En efecto, a la mañana siguiente a las ocho aparcó su camioneta delante del bungalow, estaba realmente en un estado de excitación extraño. Inspeccioné rápidamente la Smith & Wesson, sus componentes son de una simplicidad de uso desconcertante. La Steyr Mannlicher era otra cosa, sacó del maletero un estuche de protección de policarbonato rígido que depositó con precaución sobre la mesa. En su interior, perfectamente encajados en sus nichos de gomaespuma, yacían cuatro elementos de acero gris oscuro, fabricados con una precisión extrema, ninguno de los cuales evocaba directamente un arma, y me los hizo montar y desmontar varias veces: además del cañón había una base, un cargador y un trípode de apoyo; una vez montado, el conjunto seguía

sin parecer una carabina en el sentido habitual del término, sino una especie de araña de metal, una araña asesina sin ninguna floritura estética, no contenía ni un gramo de metal inútil, y yo empezaba a comprender el entusiasmo de Aymeric, creo que nunca había visto un objeto tecnológico del que emanase aquella sensación de perfección. Finalmente añadió en lo alto del montaje metálico un visor.

–Es un Swarovski DS5 –precisó–, está muy mal visto en los ambientes del tiro deportivo, incluso está totalmente prohibido en competición, lo que hay que saber es que la trayectoria de la bala no es rectilínea, sino parabólica, y las autoridades del tiro deportivo consideran que eso forma parte de la prueba, que es normal que los participantes se acostumbren a apuntar un poco por encima de la diana para prever la desviación parabólica. El Swarovski tiene un telémetro láser incorporado, calcula la distancia con respecto a la diana y se corrige él mismo, por lo que tú no tienes que pensar en nada, apuntas al centro, exactamente al centro. Son bastante tradicionalistas en el mundo del tiro deportivo, les gusta añadir pequeñas complicaciones superfluas, por eso dejé de competir enseguida. Entonces encargué una caja de transporte a medida, y pensé en un emplazamiento para el visor. Pero lo esencial sigue siendo el arma. Salgamos a probarla... –Cogió una manta de un armario–. Empezaremos directamente por la posición del tirador tumbado, es la posición reina, la que permite los tiros más precisos. Pero tienes que estar cómodamente tendido en el suelo, tienes que protegerte del frío y de la humedad, te podrían provocar temblores.

Nos detuvimos en la cima de la pendiente que descendía hacia el mar, extendió la manta sobre el suelo de hierba y me señaló una barca hundida en la arena, a un centenar de metros.

–¿Ves la matrícula pintada en el costado, BOZ-43? Vas a intentar disparar una bala en el centro de la O. Tiene más o menos veinte centímetros de diámetro; con la Steyr Mannlicher, un buen tirador acertaría sin problemas desde mil quinientos metros, pero bueno, empezaremos con esto.

Me tumbé sobre la manta.

–Encuentra la postura, tómate tu tiempo... Hasta que no tengas ningún motivo para moverte; ningún motivo aparte de tu propia respiración.

Lo conseguí sin gran dificultad; la culata era una superficie curva, lisa,

fácil de colocar en el hueco del hombro.

–Encontrarás a tíos rollo zen que te dirán que lo esencial es fundirte totalmente con la diana. Yo no creo en esas chorradas, de hecho los japoneses son una nulidad en el tiro deportivo, no han ganado nunca un solo torneo internacional. En cambio, es verdad que el tiro de precisión se parece mucho al yoga: tratas de formar una unidad con tu respiración. Así que vas a respirar lentamente, cada vez más lentamente, tan lenta y profundamente como puedas. Y cuando estés listo, enfocas el punto de mira en el centro de la diana.

Me esforcé en hacerlo.

–Está bien, ¿ya estás? –Asentí–. Entonces ahora tienes que saber que no hay que buscar la inmovilidad absoluta, es simplemente imposible. Vas a moverte forzosamente, puesto que respiras. Pero tienes que alcanzar un movimiento muy lento, un vaivén regular, controlado por tu aliento, a una y otra parte del centro de la diana. Una vez que lo logres, en cuanto consigas ese movimiento, basta con apretar el gatillo en el momento en que pases por el centro. Basta un movimiento muy pequeño, no más, está regulada para ser hipersensible. La HS50 es un modelo de un tiro; si quieres disparar otra vez hay que recargarla; por eso los francotiradores apenas la usan en las guerras auténticas, buscan ante todo la eficacia, están ahí para matar; a mí, personalmente, me parece bien tener una sola oportunidad.

Cerré brevemente los ojos para no tener que pensar en las implicaciones personales de esa elección, y volví a abrirlos; todo iba bien, como él me había dicho, las letras BOZ desfilaban lentamente por mi mira, apreté el gatillo en el momento que consideré oportuno, se oyó un ruido muy leve, un plop suave. Era en efecto una experiencia extraordinaria, acababa de pasar unos minutos fuera del tiempo, en un espacio balístico puro. Al enderezarme, vi que Aymeric había enfocado con sus prismáticos la barca.

–No está mal, no está nada mal –dijo volviéndose hacia mí–. No le has dado en el centro, pero has colocado la bala en la pintura de la O, o sea que te has quedado a diez centímetros del objetivo. Para ser un primer tiro a una distancia de cien metros diría incluso que está muy bien.

Antes de marcharse me aconsejó que practicara con dianas fijas antes de pasar a las «móviles». Las letras de la matrícula eran perfectas, permitían

tener puntos de referencia precisos. No había problema si estropeaba la barca, dijo él en respuesta a mi objeción, conocía al propietario (que era, entre paréntesis, un perfecto imbécil), lo más probable era que la embarcación no se hiciera a la mar nunca más. Me dejó diez cajas de cincuenta cartuchos.

Durante las semanas siguientes practiqué como mínimo dos horas todas las mañanas. No puedo decir que olvidara «todas mis preocupaciones», sería exagerado, pero es cierto que cada mañana atravesaba un período de calma y de paz relativa. Además el Captorix ayudaba, era innegable, mis dosis cotidianas de alcohol seguían siendo moderadas; también era reconfortante comprobar que tomaba la dosis de 15 mg, un poco por debajo de la dosis máxima. Desprovisto tanto de deseos como de razones para vivir (¿eran equivalentes los dos términos?; la cuestión era difícil, no tenía una opinión bien formada al respecto), mantenía la desesperación a un nivel aceptable, se puede vivir desesperado, e incluso la mayoría de la gente vive así, no obstante de vez en cuando se pregunta si puede concederse una bocanada de esperanza, bueno, se lo pregunta antes de responder negativamente. Sin embargo persevera, y se trata de un espectáculo impactante.

En el tiro progresaba rápidamente, con una rapidez que incluso me impresionaba; en menos de dos semanas conseguí meter las balas no solo en el centro de la O, sino también dentro de las dos curvaturas de la B y del triángulo del 4; entonces pensé en pasar a las «dianas móviles». No escaseaban en la playa, las más evidentes eran las aves marinas.

Yo no había matado un animal en mi vida, no se me había presentado la ocasión, pero en principio no era hostil a la idea. Así como me repugnaba la ganadería industrial, nunca había tenido ninguna objeción contra la caza, que deja a los animales en su hábitat natural, les permite correr y volar libremente hasta que los mata un depredador situado más arriba en la cadena trófica. No cabía duda de que la Steyr Mannlicher me convertía en un depredador situado más arriba en la cadena trófica; pero el caso es que yo nunca había tenido a un animal en el punto de mira de mi escopeta.

Me decidí un día, un poco después de las diez. Yo estaba tendido en mi manta, en la cima de la pendiente, el tiempo era fresco y agradable, los objetivos no faltaban.

Tuve un largo rato a un ave en el punto de mira, no era una gaviota grande ni pequeña, nada tan conocido, tan solo un ave menuda e indiferenciada, de patas largas, que ya había visto numerosas veces en aquellas playas, en cierto modo una proleteria de las costas, en realidad un animal estúpido, de mirada fija y malvada, una pequeña máquina asesina que se desplazaba sobre sus largas patas con paso mecánico y previsible que solo se interrumpía cuando descubría una presa. Volándole los sesos podía salvar la vida de muchos gasterópodos y también de muchos cefalópodos, total, que introducía una pequeña variación en la cadena trófica sin tener ningún interés personal, aquel gorrión siniestro era seguramente incomedible. Yo solo tenía que recordar que era un hombre, amo y señor, el universo había sido creado a mi conveniencia por un Dios justo.

La confrontación duró unos minutos, al menos tres, más probablemente cinco o diez, entonces me empezaron a temblar las manos y comprendí que era incapaz de apretar el gatillo, yo era un gallina rematado, un triste e insignificante gallina, para colmo envejecido. «Quien no tiene valor para matar no tiene valor para vivir», la frase me daba vueltas continuamente en la cabeza, sin generar otra cosa que un surco de dolor. Volví al bungalow para buscar una docena de botellas vacías que coloqué al azar en el borde de la pendiente y las hice añicos en menos de dos minutos.

En cuanto explotaron todas las botellas, me percaté de que se me habían terminado los cartuchos. Hacía casi dos semanas que no veía a Aymeric, pero había observado que desde principio de año recibía visitas; en el patio del castillo estacionaban con frecuencia camionetas y 4 × 4, y lo había visto acompañar hasta su vehículo a hombres de su edad, vestidos como él con ropa de trabajo, probablemente otros agricultores de la comarca.

En el momento en que yo llegaba al castillo, él salió en compañía de un cincuentón al que yo ya había visto dos días antes, un tipo de tez pálida y cara inteligente y triste; los dos vestían traje oscuro con corbata azul marino a juego; de pronto tuve la certeza de que Aymeric acababa de prestarle una

corbata al otro tío. Me presentó como «un amigo, que alquila un bungalow», sin mencionar que yo había pertenecido al Ministerio de Agricultura, cosa que le agradecí. Frank era el «responsable del sindicato de la Manche», añadió. Aguardé unos segundos hasta que precisó: «La Confederación Campesina.» Movié la cabeza, dubitativo, antes de agregar:

–A veces me pregunto si no deberíamos afiliarnos a la Coordinación Rural. No lo sé, no estoy seguro, en este momento ya no estoy seguro de nada... Vamos a un entierro... –añadió Aymeric–. Un colega nuestro de Carteret se pegó un tiro hace dos días.

–Es el tercero desde el comienzo de año... –añadió Frank. Había previsto organizar una reunión sindical en Carteret dos días después, el domingo por la tarde; yo sería bienvenido si quería asistir–. De todas formas tenemos que hacer algo, no podemos aceptar la nueva bajada del precio de la leche, si lo dejamos pasar estamos todos jodidos, del primero al último, parémoslo ya.

Antes de subir a la camioneta de Frank, Aymeric me dirigió una mirada de disculpa; yo no le había hablado de mi vida sentimental, no había dicho una palabra de Camille, caí en la cuenta en aquel momento, pero en general no vale la pena decir mucho, las cosas se entienden por sí solas, y él debía de saber que tampoco a mí me iba bien en aquel momento, que la suerte de los productores de leche difícilmente suscitaría mi compasión activa.

Volví hacia las siete de la tarde, Aymeric ya había tenido tiempo de despachar media botella de vodka. El entierro había sido como se podía imaginar; el suicida no dejaba familia, no había encontrado con quién casarse, su padre había muerto y su madre chocheaba más o menos, no había hecho más que llorar repitiendo que los tiempos habían cambiado.

–Me he visto obligado a explicarle un poco a Frank... –se disculpó Aymeric–. Me he visto obligado a confesarle que entiendes un poco de problemas agrícolas; pero no pienses que está resentido, sabe muy bien que el margen de maniobra de los funcionarios es pequeño...

Yo no era funcionario, lo que de hecho no aumentaba mi margen de maniobra, y estuve tentado de pasarme también al vodka, ¿para qué prolongar nuestros suplicios? Pero algo me retuvo, le pedí a Aymeric que abriera una

botella de vino blanco. Accedió, olfateó la bebida con sorpresa antes de servirme, como si fuera el recuerdo de una época feliz.

–¿Vendrás el domingo? –me preguntó casi con ligereza, como si hablara de una agradable reunión de amigos. Yo no lo sabía, respondí que sí, probablemente, pero ¿saldría algo de aquella reunión? ¿Iban a acordar una acción? En su opinión sí, seguramente sí, los productores estaban realmente enfadados, como mínimo iban a dejar de suministrar leche a las cooperativas y a los industriales. Solo que veamos, ¿qué harían dos o tres días más tarde, cuando llegasen los camiones cisterna de leche procedentes de Polonia o Irlanda? ¿Bloquear la carretera con escopetas? Y si llegaban a este extremo, ¿qué harían cuando los camiones volviesen bajo la protección de las compañías de antidisturbios? ¿Abrir fuego?

Me pasó por la cabeza la idea de las «acciones simbólicas», pero me paralizó la vergüenza antes de terminar la frase.

–Derramar hectolitros de leche sobre la explanada de la prefectura de Caen... –añadió Aymeric–, obviamente podríamos hacerlo, pero no será más que una jornada de cobertura mediática, y en el fondo no creo que me apetezca eso. Yo formaba parte de los que derramaron cisternas de leche en la bahía del Mont Saint-Michel en 2009; conservo un recuerdo inmundo. Ordeñar como todas las mañanas, llenar las cisternas y luego tirarlo todo como si no valiera nada... Creo que prefiero sacar las escopetas.

Antes de marcharme cogí algunas cajas de cartuchos; no me imaginaba que la situación pudiese derivar en un enfrentamiento armado, la verdad es que no me imaginaba nada, pero había algo inquietante en el estado de ánimo de los ganaderos, en general no pasa nada pero a veces pasa algo, nunca estás realmente preparado. De todos modos, no me vendría mal un poco de entrenamiento en el tiro.



La reunión sindical se celebraba en el Carteret, una cervecería inmensa situada en la place du Terminus, que creo que hacía referencia a la antigua estación ferroviaria que estaba justo enfrente, en desuso, ya parcialmente invadida por la hierba. El Carteret ofrecía en su carta sobre todo pizzas. Llegué con gran retraso, los discursos ya se habían pronunciado, pero quedaba un centenar de campesinos en las mesas, la mayoría bebían cervezas o vino blanco. Hablaban poco –el ambiente de la reunión no tenía nada de alegre– y me lanzaron miradas de recelo cuando me dirigí a la mesa que ocupaban Aymeric, Frank y otros tres tíos que, como él, tenían una cara sensata y triste, y daban la impresión de ser, como mínimo, personas instruidas en materias agrícolas, bueno, sin duda eran también sindicalistas, ellos tampoco eran muy locuaces, es preciso decir que la bajada de precios de la leche (entretanto me había informado en *La Manche libre*) esta vez había sido brutal, un mazazo, yo no veía ni siquiera cómo podían plantearse una base para negociaciones eventuales.

–Les molesto... –dije, tratando de adoptar un tono ligero. Aymeric me dirigió una mirada de incomodidad.

–Qué va, qué va... –respondió Frank, que me pareció aún más cansado, aún más abatido que la última vez.

–¿Han decidido una acción?

No sé qué me movió a hacer esta pregunta, ni siquiera tenía ganas de saber la respuesta.

–Estamos en ello, estamos en ello...

Frank me miró entonces de un modo extraño, desde abajo, un poco hostil pero más que nada increíblemente triste, hasta desesperado, me hablaba como desde la otra orilla del abismo, y empecé a sentir verdadero malestar, no tenía

nada que hacer entre ellos, no era solidario, no podía serlo, no llevaba la misma vida que ellos, mi vida tampoco era muy brillante pero no era igual, sencillamente. Me despedí enseguida, solo había estado cinco minutos, pero creo que cuando me fui ya había entendido que las cosas, esta vez, podían acabar realmente mal.

Los dos días siguientes permanecí enclaustrado en mi bungalow, terminando mis últimas provisiones, dudando entre distintos canales de televisión; intenté masturbarme dos veces. La mañana del miércoles el paisaje apareció sumido en un lago de bruma densísima, hasta donde alcanzaba la vista, no se veía nada a diez metros del bungalow; aun así tenía que salir para abastecerme, tenía que ir al menos al Carrefour Market de Barneville-Carteret. Tardé más o menos media hora, circulando con mucha prudencia, sin sobrepasar los cuarenta kilómetros por hora; a intervalos, vagos halos amarillentos revelaban la presencia de otro vehículo. Carteret ofrecía de ordinario el espectáculo de un pequeño complejo balneario elegante, con su puerto deportivo, sus comercios de artículos de vela, su restaurante gastronómico que servía bogavante de la bahía; ahora parecía una ciudad fantasma, invadida por la niebla, no me crucé con ningún otro vehículo, ni siquiera con un peatón, mientras me dirigía al supermercado; el Carrefour Market, con los pasillos casi desiertos, parecía un último vestigio de civilización, de ocupación humana; me abastecí de queso, embutidos y vino tinto, con la sensación irracional pero persistente de que iba a sufrir un asedio.

Pasé el resto del día caminando por el paseo de la costa, en un silencio acolchado, total, saliendo de un banco de bruma para entrar en otro, sin distinguir en ningún momento el océano que tenía abajo; mi vida se me antojaba tan informe e incierta como el paisaje.

La mañana del día siguiente, al pasar por delante de la puerta del castillo, vi a Aymeric repartiendo armas a un pequeño grupo, como de una decena, vestidos con parkas y ropa de caza. Después se subieron a sus coches y partieron en dirección a Valognes.

Cuando volví a pasar, hacia las cinco, vi la camioneta de Aymeric aparcada en el patio y fui derecho hacia el comedor: estaba sentado con Frank

y un tercero, un gigante pelirrojo, con pinta de serio, al que me presentaron con el nombre de Barnabé. Al parecer acababan de llegar, habían dejado las armas al alcance de la mano y se habían servido vodka, pero todavía no se habían quitado los abrigos; entonces me percaté de que hacía un frío tremendo en la habitación, por lo visto Aymeric había renunciado a caldearla, tampoco estaba seguro de que se desvistiera antes de acostarse, aparentemente estaba renunciando a un montón de cosas.

–Esta mañana hemos interceptado los camiones cisterna que venían del puerto de Le Havre... Era leche irlandesa y brasileña. No esperaban encontrarse cara a cara con gente armada, han dado media vuelta sin rechistar. Pero es casi seguro que inmediatamente después han ido a la gendarmería. ¿Qué vamos a hacer mañana, cuando vuelvan con una compañía de antidisturbios? Seguimos en el mismo punto; estamos en la frontera.

–Hay que aguantar, no se atreverán a dispararnos, no pueden hacer eso –alegó el gigante pelirrojo.

–No, no dispararán primero... –intervino Frank–. Pero cargarán contra nosotros y nos intentarán desarmar, el enfrentamiento es inevitable. La cuestión es saber si dispararemos nosotros. De todas formas, si resistimos, mañana pasaremos la noche en la gendarmería de Saint-Lô. Pero si hay heridos o muertos la historia será distinta.

Lancé una mirada incrédula a Aymeric, que callaba, dando vueltas a su vaso entre las manos; parecía obcecado, taciturno, evitaba mirarme, y me dije que tenía que intervenir realmente, intentar intervenir si todavía era posible.

–¡Escucha! –dije finalmente con voz firme, aunque sin la menor idea de lo que quería decir a continuación.

–¿Sí?... –Esta vez Aymeric enderezó la cabeza y me clavó la mirada, la misma mirada franca, honesta que tenía en la época de nuestros veinte años, y por la que me había gustado en el acto–. Dime, Florent... –prosiguió en voz muy baja–, dime qué opinas, escucharé tu punto de vista. ¿Estamos realmente jodidos, podemos intentar algo? ¿Debo intentar algo? ¿O debo comportarme como mi padre, vender la granja, renovar mi inscripción en el Jockey Club y acabar mi vida así, tranquilo? Dime lo que piensas.

Desde el principio era evidente que teníamos que llegar a esto; desde mi

primera visita, un poco más de veinte años atrás, cuando acababa de establecerse como agricultor y yo intentaba de una manera más banal emprender una carrera de directivo, habíamos postergado esta conversación, y ahora había llegado el momento, y los otros dos se callaron con toda celeridad; ahora la cosa era entre nosotros dos, entre él y yo.

Aymeric aguardaba, con los ojos clavados en los míos, directo y cándido, y yo empecé a hablar sin ser plenamente consciente de lo que decía, tenía la sensación de resbalar por una pendiente, era aturdidor y un poco repulsivo, como cada vez que te sumerges en la realidad, cosa que no sucede muy a menudo en la vida.

–Ya ves –dije–, de vez en cuando cierran una fábrica, deslocalizan una unidad de producción, pongamos que despiden a setenta obreros, y eso es objeto de un reportaje en la BFM, se forma un piquete de huelga, queman neumáticos, hacen su aparición uno o dos políticos locales, en fin, es un tema de actualidad, un tema interesante, con imágenes impactantes, la siderurgia o la lencería son diferentes, se puede ilustrar la situación. Aquí, bueno, todos los años tienes a centenares de agricultores que echan el cierre.

–O que se pegan un tiro... –intervino sobriamente Frank, y luego sacudió la mano como para disculparse por haber hablado, y volvió a adoptar una expresión triste, impenetrable.

–O que se pegan un tiro –corroboré–. El número de agricultores ha disminuido enormemente los últimos cincuenta años en Francia, pero todavía no ha disminuido lo suficiente. Aún hay que dividirlo por dos o por tres para llegar a los estándares europeos, a los estándares de Dinamarca u Holanda; bueno, lo digo porque hablamos de productos lácteos, si fuesen frutas hablaría de Marruecos o España. Aquí hay un poco más de sesenta mil productores de leche; dentro de quince años me temo que quedarán veinte mil. Resumiendo, lo que sucede en este momento con la agricultura en Francia es un enorme plan social, el plan social más grande en marcha en la actualidad, pero es un plan secreto, invisible, en el que la gente desaparece individualmente en su rincón sin ser nunca un tema para la BFM.

Aymeric sacudió la cabeza con una satisfacción que me dolió porque comprendí en aquel momento que él no esperaba otra cosa de mí, esperaba solo la confirmación objetiva de la catástrofe, y yo no tenía nada,

absolutamente nada, que proponerle, aparte de mis absurdas fantasías moldavas, y lo peor era que todavía no había acabado.

–En cuanto hayan dividido por tres el número de agricultores –continué, ahora con la sensación de hallarme en el corazón del fracaso de mi vida profesional, y de destruirme a mí mismo con cada palabra que pronunciaba, si al menos hubiera podido mostrar un éxito personal, si hubiera logrado hacer feliz a una mujer o por lo menos a un animal, pero ni eso siquiera–, en cuanto estemos en los estándares europeos, aún no habrán ganado, estaremos más bien en el umbral de la derrota definitiva, porque entonces estaremos realmente en contacto con el mercado mundial, y la batalla de la producción mundial no la ganaremos.

–¿Y piensa usted que no habrá nunca medidas proteccionistas? ¿Le parece totalmente imposible?

El tono de Frank era extrañamente distante, ausente, como si informase de curiosas supersticiones locales.

–Absolutamente imposible –zanjé, sin vacilar–. El cordón ideológico es demasiado fuerte.

Reflexionando sobre mi pasado profesional, sobre mis años de vida laboral, me daba cuenta de que, en efecto, había tropezado con muchas y extrañas supersticiones de casta. Mis interlocutores no luchaban por sus intereses, ni siquiera por los intereses que supuestamente defendían, habría sido un error creerlo: luchaban por unas ideas; durante años me había enfrentado a personas dispuestas a morir por la libertad de comercio.

–Así que ya ves –me volví de nuevo hacia Aymeric–, en mi opinión el asunto está realmente jodido, por eso te digo que intentes librarte de modo individual, Cécile era una gran zorra, déjala que folle con su pianista y olvídate de tus hijas, múdate, vende la granja, olvídate por completo de todo este rollo, si te das prisa todavía tienes una pequeña posibilidad de rehacer tu vida.

Esta vez había sido claro, difícilmente podría haberlo sido más, y no me quedé más que unos minutos. En el momento en que me levanté para despedirme Aymeric me dirigió una mirada extraña en la que creí leer una

pizca de diversión, pero quizá era, más probablemente, una pizca de locura.

Al día siguiente pude seguir en la cadena BFM la evolución del conflicto, un breve reportaje. Al final habían optado por levantar el bloqueo sin oponer resistencia y permitir el paso a los camiones cisterna de leche procedentes del puerto de Le Havre hacia las fábricas de Méautis y de Valognes. Frank había disfrutado de casi un minuto de entrevista en el que expuso de una forma a mi juicio muy clara, sintética y convincente, aportando algunas cifras, por qué la situación de los ganaderos normandos se había vuelto imposible. Concluía que la lucha solo acababa de empezar, y que la Confederación Campesina y la Coordinación Rural, reunidas, convocaban a una gran jornada de movilización el domingo siguiente. Aymeric estuvo a su lado durante toda la entrevista pero no dijo nada, se limitaba a jugar maquinalmente con el percutor de su fusil de asalto. A mí el reportaje me inspiró un estado de optimismo sin duda temporal y paradójico: Frank había sido tan claro, tan moderado y tan lúcido en su intervención –en un minuto de entrevista me parecía imposible hacerlo mejor– que yo no veía cómo podrían negarse a tomarlo en cuenta, cómo podrían negarse a negociar. Luego apagué el televisor, miré por la ventana de mi bungalow –eran un poco más de las seis, las volutas de niebla cedían poco a poco ante el avance de la noche– y me acordé de que yo también, durante casi quince años, *siempre* había tenido razón en mis informes, que defendían el punto de vista de los agricultores locales, *siempre* había manejado cifras realistas y propuesto medidas de protección razonables, circuitos cortos económicamente viables, pero yo solo era un agrónomo, un técnico, y a fin de cuentas *siempre* me habían dicho que no, las cosas *siempre* habían dado un vuelco en el último momento hacia el triunfo del librecambismo, hacia la carrera de la productividad, así que abrí otra botella de vino, la noche ya se había instalado en el paisaje, *Nacht ohne Ende*, ¿quién era yo para haber creído que podía cambiar algo en el movimiento del mundo?

Los ganaderos normandos habían sido convocados a manifestarse el domingo al mediodía en el centro de Pontl'Évêque. Al ver la noticia en la BFM primero creí que se trataba de una elección simbólica, destinada a garantizar una buena cobertura mediática de la manifestación, el nombre del queso era conocido en toda Francia e incluso en el extranjero. En realidad, como mostraría la evolución de los acontecimientos, habían escogido Pontl'Évêque porque estaba en la intersección del ramal de la A132 que venía de Deauville y de la A13 Caen-París.

Cuando me levanté, temprano, el viento del oeste había despejado totalmente la niebla, el mar centelleaba hasta el infinito, agitado por ondulaciones muy ligeras. El cielo, perfectamente diáfano, presentaba un degradado de tonalidades cándidas, de un azul muy claro; por primera vez me pareció distinguir en el horizonte las costas de una isla. Salí afuera con los prismáticos: sí, era sorprendente dada la distancia, pero se divisaba muy bien un ligero saliente de un verde tierno que debía de ser la costa oriental de Jersey.

Con aquel clima parecía que no podía suceder nada dramático, y lo cierto era que no tenía muchas ganas de volverme a encontrar con el malestar de los agricultores; al sentarme al volante de mi 4 × 4 tenía más o menos la intención de pasear por los acantilados de Flamanville, quizá de llegar hasta la punta de Jobourg; con aquel tiempo se verían seguramente las costas de Alderney; recordé brevemente al ornitólogo; quizá su búsqueda interminable lo había conducido mucho más lejos, a zonas mucho más oscuras, quizá en aquel momento se pudría en una cárcel de Manila, los demás presos ya le habían dado su merecido, su cuerpo tumefacto y sanguinolento estaba cubierto por una marea de cucarachas, la boca de dientes rotos no conseguía

cerrar el paso a los insectos que se filtraban por su garganta. Esta imagen desagradable fue el primer contratiempo de la mañana. Hubo un segundo cuando, al pasar por delante del hangar donde Aymeric guardaba la maquinaria agrícola, vi sus idas y venidas cargando bidones de fuel en la caja de su camioneta. ¿Para qué bidones de combustible? Aquello no presagiaba nada bueno. Apagué el motor, dubitativo, ¿debía acercarme a hablarle? Pero ¿para decirle qué? ¿Qué más podía decirle después de nuestra última noche? La gente no escucha nunca los consejos que le dan, y cuando los pide es específicamente para no seguirlos en absoluto, lo que quiere la gente es que una voz externa le confirme que se ha metido en una espiral de aniquilación y de muerte, los consejos que se da a la gente desempeñan exactamente la misma función que el coro trágico que confirma al héroe que ha emprendido el camino de la destrucción y el caos.

Aunque la mañana era muy bonita, yo no llegaba a creérmelo del todo, y, tras una breve vacilación, arranqué de nuevo en dirección a Flamanville.

Mi paseo por los acantilados fue, por desgracia, un fracaso. Sin embargo, nunca la luz había sido tan hermosa, nunca el aire tan fresco y vigorizante, nunca el verdor de las praderas tan intenso, nunca tan encantador el brillo del sol sobre las olitas del mar casi en calma; nunca tampoco, creo, yo había sido tan infeliz. Proseguí hasta la punta de Jobourg y fue aún peor, seguramente era inevitable que resurgiera la imagen de Kate, el azul del cielo era todavía más profundo, la luz más cristalina, ahora era una luz del norte, recordé primero cómo me dirigía su mirada en el parque del castillo de Schwerin, su mirada tolerante y dulce, que ya me perdonaba, y luego me asaltaron otros recuerdos de días más lejanos, de un paseo que habíamos dado juntos por las dunas de Sonderborg, donde vivían sus padres, y la luz de aquella mañana era idéntica, me refugié unos minutos al volante de mi G350 y cerré los ojos, pequeñas y extrañas sacudidas estremecían mi cuerpo pero no lloraba, al parecer no me quedaban lágrimas.

Tomé la dirección de Pont-l'Évêque hacia las once de la mañana. Dos



kilómetros antes de la entrada en la ciudad, la carretera estaba cortada por tractores estacionados en medio de la calzada. Había muchos hasta el centro urbano, varios centenares, era un poco sorprendente la ausencia de fuerzas del orden, y además los agricultores comían y bebían cervezas cerca de sus vehículos, parecían bastante sosegados. Llamé al móvil de Aymeric sin obtener respuesta y luego seguí a pie unos minutos antes de rendirme a la evidencia: no tenía la menor posibilidad de encontrarlo entre aquella multitud. Volví a mi coche y di media vuelta hacia Pierrefitte-en-Auge, y giré hacia una colina que dominaba el enlace con la autopista. Apenas llevaba dos minutos aparcado cuando se precipitaron los hechos. Un grupito de una decena de camionetas, entre las cuales reconocí la Nissan Navara de Aymeric, descendió lentamente por el ramal de acceso a la A13. Un último automóvil, con una maniobra de eslalon, tuvo tiempo de pasar, con grandes bocinazos, antes de que cerraran el acceso a París. Habían elegido muy bien su emplazamiento, justo después de una línea recta de al menos dos kilómetros, la visibilidad era perfecta y los coches tenían tiempo de sobra para frenar. La circulación aún era fluida a aquella hora de la tarde, pero enseguida se formó un atasco, hubo algunos bocinazos, cada vez más espaciados, y luego se hizo el silencio.

El comando estaba formado por una veintena de agricultores; ocho de ellos se instalaron en la trasera de sus camionetas, apuntando con sus armas a los automovilistas, hasta los primeros coches había una distancia de unos cincuenta metros, Aymeric estaba en el centro, con su fusil de asalto Schmeisser en la mano. Estaba relajado, muy cómodo, y encendió indolentemente lo que me pareció que era un porro; de hecho nunca le había visto fumar otra cosa. Frank estaba a su lado, yo le notaba mucho más nervioso, apretaba entre las manos lo que me pareció una escopeta de caza. Los demás agricultores empezaron a descargar los bidones de fuel de las cajas de sus camionetas, los transportaron unos cincuenta metros atrás y los dispersaron a lo ancho de la autopista.

Casi habían terminado cuando apareció en el horizonte el primer vehículo blindado de los antidisturbios. La lentitud de su intervención habría de suscitar numerosas polémicas; como testigo, puedo decir que era realmente difícil abrirse camino, por más que activasen frenéticamente las sirenas, los

conductores (la mayoría de los cuales habían frenado en seco y llenaban la calzada) sencillamente no podían moverse; habría sido necesario que los policías se apeasen del vehículo blindado para continuar a pie, era la única decisión que podían tomar, y ese era el único reproche que honestamente podía hacerse, en mi opinión, al comandante del pelotón.

En el momento mismo en que se aproximaban al lugar del enfrentamiento, las dos máquinas agrícolas bajaron por el ramal de acceso a la autopista; eran artefactos enormes, una cosechadora-trilladora y una ensiladora de maíz, casi tan anchas como el propio ramal, sus conductores estaba encaramados a cuatro metros del suelo. Las dos máquinas aparcaron pesadamente, definitivamente, en medio de los bidones, y los conductores saltaron de su asiento para reunirse con sus camaradas; entonces comprendí lo que se proponían y me costó creerlo. Para conseguir aquellas máquinas habían tenido que pedir las a la cooperativa de material agrícola CUMA, seguramente la de Calvados; yo recordaba los locales de la CUMA, a unas decenas de metros de la DRAF, la imagen de la recepcionista (una vieja divorciada e infeliz que no había conseguido renunciar del todo al sexo, lo cual había dado lugar a muchos episodios patéticos) me pasó fugazmente por la cabeza. Para que les prestasen una cosechadora-trilladora y una ensiladora (¿qué historia habrían contado, además?; no era la estación del ensilado y mucho menos la de la cosecha), como poco habrían tenido que revelar su identidad, de otro modo no era posible, aquellas máquinas valían varios cientos de miles de euros, y ellos eran penalmente responsables, no se irían de rositas, era imposible, se habían metido en un callejón sin salida, ¿una vía rápida de suicidio, *brother*?

A continuación todo sucedió a una velocidad sorprendente, como una secuencia largo tiempo ensayada, perfecta: en cuanto los dos conductores de las máquinas se hubieron reunido con sus compañeros, un tipo grande y fuerte, pelirrojo (creí reconocer a Barnabé, al que había visto unos días antes en casa de Aymeric), sacó de la caja de su camioneta un lanzacohetes y lo armó sin prisas.

Se lanzaron dos cohetes contra los depósitos de carburante de las máquinas. La combustión fue instantánea, dos inmensos haces de llamas se elevaron hacia el cielo, antes de juntarse y superponerse a una enorme nube

de humo negro y dantesco, yo nunca había sospechado que el fuel agrícola pudiese producir una humareda tan negra. Durante aquellos pocos segundos se tomaron la mayoría de las fotografías reproducidas después en todos los periódicos del mundo, y en particular la de Aymeric, que aparecería en muchas portadas, desde el *Corriere della Sera* hasta el *New York Times*. Estaba espléndidamente guapo, las hinchazones de su cara parecían haber desaparecido misteriosamente, y sobre todo tenía una expresión apacible, hasta divertida, su larga melena rubia flotaba en un soplo de viento que se había levantado en aquel instante; le colgaba un porro de la comisura de la boca y mantenía alzado a medias su fusil de asalto Schmeisser; el segundo plano era de una violencia abstracta y absoluta, una columna de llamas se retorció sobre un fondo de humo negro; pero en aquel instante Aymeric parecía feliz, bueno, casi feliz, parecía en su sitio al menos, su mirada y su postura relajada reflejaban sobre todo una insolencia increíble, era una de las imágenes eternas de la rebelión, y fue eso lo que hizo que la imagen se publicara en tantos diarios. También, y eso sin duda yo era de los únicos que lo comprendían, era el Aymeric que siempre había conocido, un tío majo, básicamente majo e incluso bueno, simplemente había querido ser feliz, se había embarcado en su sueño agreste, basado en una producción razonable y de calidad, y también en Cécile, pero ella había resultado ser una gran zorra apasionada por la vida en Londres con un vulgar pianista, y la Unión Europea también había sido una gran puta con aquella historia de las cuotas lecheras, no se esperaba desde luego que las cosas acabasen así.

A pesar de todo no lo entiendo, sigo sin entender por qué las cosas acabaron así, existían todavía distintas configuraciones de vida aceptables, no creía haber exagerado con mi historia de Moldavia, era incluso compatible con el Jockey Club, ciertamente existe una nobleza moldava, existen noblezas en casi todas partes, en fin, se habría podido sin duda diseñar un proyecto, pero el caso es que en un momento dado Aymeric levantó el arma, la colocó claramente en posición de tiro y avanzó hacia la línea de los antidisturbios.

Habían tenido tiempo de reconstruir una formación de combate aceptable; entretanto había llegado un segundo vehículo blindado que había expulsado sin demasiados miramientos a unos periodistas que por supuesto habían

protestado pero habían cedido ante la simple amenaza viril de un buen culatazo en la cabeza, los policías ni siquiera tuvieron que mostrar sus armas, al fin y al cabo todo es más fácil cuando te las ves con unos cobardes, en fin, se habían replegado más abajo (los periodistas en cuestión ya tuiteaban protestas sobre los atentados contra la libertad de prensa, pero eso no era asunto de los antidisturbios, había responsables de comunicación).

En cualquier caso la barrera de antidisturbios estaba a unos treinta metros de la que formaban los agricultores. Era una línea compacta, ligeramente curvada, militarmente aceptable, definida por una muralla de escudos de plexiglás reforzado.

Durante un rato creí que había sido el único testigo de lo que iban a seguir, pero no, de hecho un cámara de la BFM había conseguido ocultarse en una arboleda sobre el terraplén de la autopista, escapando así a la redada de los antidisturbios, y obtendría imágenes nítidas del acontecimiento que incluso fueron difundidas durante dos horas por la cadena hasta que esta pidió disculpas públicas y las retiró, pero era demasiado tarde, la secuencia había llegado a las redes sociales y a media tarde contaba ya con más de un millón de visitas; el voyeurismo de las cadenas de televisión fue una vez más, y con razón, estigmatizado; en efecto, mejor habría sido que ese vídeo hubiera servido para las necesidades de la investigación, exclusivamente para las necesidades de la investigación.

Con el fusil de asalto cómodamente apoyado en la cintura, Aymeric inició un lento movimiento giratorio, apuntando uno tras otro a los antidisturbios. Ellos cerraron filas, su barrera se estrechó un metro como mínimo, se oyó un ruido bastante fuerte cuando chocaron sus escudos de plexiglás y después se hizo el silencio. Los demás agricultores habían cogido sus fusiles y se había adelantado a Aymeric, apuntando también con sus armas; pero solo tenían escopetas de caza y los policías comprendían evidentemente que el Schmeisser de Aymeric, de calibre 223, era el único que podía romper sus escudos, traspasar sus chalecos antibalas. Y retrospectivamente pienso que fue esto, la lentitud extrema del movimiento de Aymeric lo que provocó la tragedia, pero también la extraña expresión de su cara, parecía *dispuesto a*

*todo*, y los hombres *dispuestos a todo* son por suerte poco numerosos pero pueden causar estragos considerables, aquellos antidisturbios normales, habitualmente acuartelados en Caen, lo sabían pero de una forma un tanto teórica, no estaban preparados para enfrentarse a aquel peligro, los agentes del grupo de intervención de los gendarmes, el GIGN, o el de la policía nacional, el RAID, probablemente habrían conservado mejor su sangre fría, como se le reprochó abundantemente al ministro del Interior, pero ¿cómo preverlo?, no se trataba de terroristas internacionales, era, en principio, una simple manifestación de agricultores. Aymeric parecía divertido, francamente divertido y burlón, pero también muy lejos, claramente en otra parte, creo que yo nunca había visto a nadie tan *lejos*, me acuerdo porque por un momento se me ocurrió la idea de bajar la pendiente y correr hacia él, y en el instante mismo en que lo pensaba comprendí que era inútil y que en aquel último momento ya no se dejaría llevar por ningún amigo ni por nadie.

Se volvió lentamente, de izquierda a derecha, apuntando individualmente a cada antidisturbios detrás de su escudo (en ningún caso podían disparar primero, de eso yo estaba completamente seguro; pero era, en realidad, la única certeza que tenía). Realizó a continuación el movimiento inverso, de derecha a izquierda; luego, más despacio todavía, apuntó al centro, se inmovilizó durante unos segundos, creo que menos de cinco. Algo diferente se reflejó entonces en su rostro, como un dolor general; giró el cañón, se lo colocó debajo de la barbilla y apretó el gatillo.

Su cuerpo se abatió hacia atrás, chocando ruidosamente contra la caja de la camioneta; no hubo proyección de sangre ni de sesos, nada por el estilo, todo fue extrañamente sobrio y mate; pero nadie aparte de mí y del cámara de la BFM había visto lo que acababa de ocurrir. Dos metros por delante de él, Frank lanzó un grito y descargó su arma, sin apuntar siquiera, contra los antidisturbios; varios agricultores imitaron al instante su ejemplo. En el curso de la investigación todo quedó establecido claramente gracias al visionado de la cinta: no solo los policías no habían abatido a Aymeric, contrariamente a lo que creyeron sus camaradas, sino que habían aguantado cuatro o cinco disparos antes de responder. Bien es verdad que en su réplica –y esto fue objeto de otra polémica, más seria– no se quedaron cortos: nueve agricultores murieron en el acto, y un décimo falleció por la noche en el hospital general

de Caen, al igual que un antidisturbios, lo que elevaba a once el número de víctimas. Aquello no se había visto en Francia desde hacía mucho tiempo, y desde luego nunca en una manifestación de agricultores. Supe todo esto más tarde, por los medios de comunicación, los días siguientes. No sé cómo me las arreglé para volver el mismo día a Canville-la-Rocque; hay automatismos para la conducción; hay automatismos, parece ser, para casi todo.

A la mañana siguiente me desperté muy tarde, en un estado de mareo y de incredulidad rayano en el espasmo, nada de todo aquello me parecía posible ni real, Aymeric no podía haberse pegado un tiro, aquello no podía terminar de aquel modo. Yo había vivido un poco la misma experiencia una vez, durante un bajón de ácido, hace mucho tiempo, pero era infinitamente menos grave, no había muerto nadie, era simplemente una historia de una tía que ya no se acordaba de si había accedido a que la sodomizaran, en fin, problemas de jóvenes. Encendí la cafetera, me tomé mi comprimido de Captorix y deshice el envoltorio de un cartón nuevo de Philip Morris antes de poner la BFM, y todo me saltó de golpe a la cara, la jornada de la víspera no había sido un sueño, todo era verdad, la BFM difundía exactamente las imágenes que yo recordaba y que intentaban completar con adecuados comentarios políticos, pero en cualquier caso los acontecimientos de la víspera habían sucedido de verdad, el ruido ambiental entre los ganaderos de la Manche y de Calvados se había sintetizado en drama, la fractura local se había concentrado en una secuencia de desarrollo duro, y enseguida se montó un contexto histórico acompañado de un minirrelato. Aquel contexto era local, pero tendría claramente repercusiones globales, en la cadena de informaciones se insertaban poco a poco comentarios políticos, y su contenido general me sorprendió: todo el mundo, como de costumbre, condenaba la violencia, deploraba la tragedia y el extremismo de algunos agitadores; pero también había entre los responsables políticos un malestar, una incomodidad muy infrecuentes en ellos, nadie dejaba de subrayar que hasta cierto punto había que comprender la angustia y la cólera de los agricultores, y en particular de los ganaderos, el escándalo de la supresión de las cuotas lecheras reaparecía como algo inesperado y obsesivo, culpable, de lo cual nadie llegaba a librarse

totalmente, solo el Rassemblement national parecía claro a este respecto. Las condiciones insoportables que los grandes distribuidores imponían a los productores eran también un asunto vergonzoso, que todo el mundo, salvo quizá los comunistas –me enteré entonces de que existía todavía un Partido Comunista, y que incluso algunos habían sido elegidos–, prefería tratar de eludir. Me daba cuenta, con una mezcla de espanto y de asco, de que el suicidio de Aymeric quizá tuviera efectos políticos, algo que ninguna otra cosa podría haber hecho. Por mi parte solo sabía algo seguro, y era que tenía que irme, tenía que buscarme otro alojamiento. Pensé en la conexión a internet del establo, debía de funcionar, no había motivo para que no fuese así.

En el patio del castillo estaba estacionada una furgoneta de la gendarmería. Yo también entré en el patio. Dos gendarmes, uno de unos cincuenta años y el otro de unos treinta y cinco, se habían parado delante del armario donde estaban guardadas las armas de Aymeric y se las pasaban el uno al otro para examinarlas detenidamente. Estaban visiblemente cautivados por aquel arsenal, intercambiaban en voz baja comentarios que imagino sensatos, al fin y al cabo era un poco su oficio, y tuve que lanzar un sonoro «¡Buenos días!» para que me prestaran atención. Tuve un breve momento de pánico cuando el de más edad se volvió hacia mí, me acordé de la Steyr Mannlicher, pero tranquilicé enseguida, me dije que seguramente era la primera vez que veían las armas de Aymeric, no tenían ningún motivo para sospechar que faltaba una, y hasta dos, con la Smith & Wesson. Evidentemente, si comprobaban el permiso de armas y hacían un cotejo podría haber un problema, pero el día de mañana se cuidará de sí mismo, como dice más o menos el Eclesiastés. Les expliqué que me hospedaba en uno de los bungalows, pero me abstuve de precisar que conocía a Aymeric. No estaba en absoluto inquieto; para ellos yo era un elemento insignificante, una especie de turista, no había motivo alguno para que se complicasen la vida conmigo, su tarea ya era lo bastante difícil, era una región tranquila donde la criminalidad era prácticamente inexistente, Aymeric me había dicho que la gente dejaba abierta la puerta cuando se ausentaba durante el día, algo que se había vuelto raro incluso en zonas rurales, en fin, seguramente nunca habían vivido una situación análoga.



–Ah, sí, los bungalows... –respondió el más mayor, como si saliese de un largo ensueño, parecía haber olvidado hasta la existencia de los bungalows.

–Ahora tengo que irme –proseguí–, es lo único que puedo hacer.

–Sí, tiene que marcharse –confirmó el más mayor–, es lo único que puede hacer.

–Es una lástima para usted, que debía de estar de vacaciones –intervino el más joven.

Los tres movimos la cabeza, satisfechos de la convergencia de nuestros análisis.

–Vuelvo ahora mismo –concluí, una forma un tanto extraña de poner fin a la conversación. Al franquear la puerta me volví: de nuevo se habían enfrascado en el examen de los fusiles y las escopetas.

En el establo me recibieron largos mugidos inquietos, quejumbrosos; pues sí, me dije, no las han alimentado ni ordeñado esta mañana, y probablemente también habría que haberlas alimentado la noche anterior, no sabía si las vacas tenían horarios de comida regulares.

Volví al castillo y me reuní con los gendarmes delante del armero; parecían todavía inmersos en meditaciones impenetrables, sin duda de índole balística y técnica; quizá también debían de decirse que si todos los agricultores del lugar estaban armados de la misma forma, podrían tener dificultades en caso de disturbios serios. Les informé de la situación de las vacas.

–Ah, sí, las vacas... –dijo el más mayor con un tono lastimero–, ¿qué podemos hacer con las vacas?

–Pues no lo sé, alimentarlas o llamar a alguien que pueda ocuparse, bueno, es su problema, no el mío. Yo me voy ahora mismo –añadí.

–Sí, por supuesto, usted se va ahora mismo –encareció el más joven, como si fuese claramente lo que había que hacer, e incluso como si deseara que me marchase.

Era lo que yo había pensado: realmente no necesitaban problemas adicionales, parecía querer decirme el gendarme, de hecho parecían completamente desbordados por el alcance de los hechos, por la probable

minuciosidad con que la jerarquía policial analizaría su informe sobre «el aristócrata mártir de la causa campesina», como ya empezaban a llamarlo algunos periódicos, y volví a mi 4 × 4 sin intercambiar ninguna palabra más.

Al final, por mi parte, no tuve ánimos para buscar un alojamiento en internet, sobre todo acompañado por el mugido plañidero de las vacas, la verdad es que no me sentía animado para casi nada, conduje durante unos kilómetros totalmente al azar, en un estado de vacío mental casi absoluto, con mis últimas facultades perceptivas concentradas en la búsqueda de un hotel. El primero que vi se llamaba la Hostellerie de la Baie, ni siquiera me había fijado en el nombre del pueblo, el propietario me informaría más tarde de que era Régneville-sur-Mer. Me quedé dos días postrado en mi habitación, seguía tomando Captorix pero no conseguí levantarme ni lavarme, ni siquiera deshacer la maleta. No podía pensar en el futuro, ni en el pasado, y tampoco en el presente, pero el principal problema era sobre todo el futuro inmediato. Para evitar que el propietario se alarmase, le expliqué que era amigo de uno de los agricultores muertos en la manifestación y que había presenciado los hechos. Su cara, bastante cordial, se ensombreció de golpe. Como todos los habitantes de la región era manifiestamente solidario con los agricultores.

–¡Yo digo que han hecho bien! –afirmó, tajante–. No se podía continuar así, hay cosas que no son admisibles, hay momentos en que hay que reaccionar...

Yo no tenía ningunas ganas de contradecirlo porque en el fondo pensaba más o menos lo mismo.

Me levanté para alimentarme la noche del segundo día. A la salida del pueblo había un pequeño restaurante llamado Chez Maryvonne. Debía de haberse extendido por el pueblo el rumor de que yo era amigo del «señor d’Harcourt», la dueña me recibió con benevolencia y respeto, en varias ocasiones se interesó, inquieta, por si necesitaba alguna otra cosa, si estaba demasiado expuesto a las corrientes de aire, etc. Los escasos clientes del restaurante eran campesinos de la localidad que tomaban vino blanco en el mostrador, yo era el único comensal. De vez en cuando intercambiaban algunas palabras en voz baja, capté varias veces la palabra «antidisturbios», pronunciada con rabia. Sentía a mi alrededor un extraño ambiente en aquel café, casi *ancien régime*, como si 1789 no hubiese dejado allí más que huellas

superficiales, esperaba que de un momento a otro un campesino mencionase a Aymeric llamándolo «nuestro señor».

Al día siguiente fui a Coutances, sumida en la niebla, apenas se distinguían las agujas de la catedral, que parecía, no obstante, de una gran elegancia, la ciudad en su conjunto era apacible, arbolada y bonita. Había comprado un *Figaro* en el bar con quiosco y estanco, y me puse a leerlo en la Taverne du Parvis, una amplia cervecería directamente situada en la plaza de la catedral y que era a la vez restaurante y hotel, la decoración era bastante inicios del siglo XX, con asientos de cuero y madera, algunas lámparas modernistas, en fin, era claramente *the place to be* en Coutances. Yo buscaba un análisis de fondo, o por lo menos la posición oficial de los republicanos, pero no había nada de este género, aunque sí encontré un largo artículo dedicado a Aymeric, cuyo entierro había tenido lugar la víspera, el funeral se había celebrado en la catedral de Bayeux en presencia de «una multitud densa y fervorosa», precisaba el diario. El título del artículo, «El trágico final de una gran familia francesa», me parecía excesivo, y es que Aymeric tenía dos hermanas, lo que desde el punto de vista de la transmisión de títulos nobiliarios quizá planteaba algún problema, pero aquello sobrepasaba mis competencias.

Encontré un cibercafé dos calles más abajo, regentado por dos árabes que se parecían tanto que debían de ser gemelos, y cuyo aspecto salafista era tan exagerado que probablemente eran inofensivos. Me imaginé que debían de ser solteros y que vivían juntos, o quizá estaban casados con hermanas gemelas y vivían en casas contiguas, bueno, esa clase de relación.

Había bastantes webs, hoy hay webs para cualquier cosa, y encontré lo que buscaba en *aristocrates.org*, o quizá en *noblesse.net*, lo he olvidado. Sabía que Aymeric era miembro de una familia antigua pero ignoraba hasta qué punto, y me quedé impresionado. El fundador de la dinastía era un tal Bernard el Danés, compañero de Rollón, jefe vikingo que había obtenido, mediante el tratado de Saint-Clair-sur-Epte, la posesión de Normandía. Posteriormente, los tres hermanos Errand, Robert y Anquetil d'Harcourt habían participado en la conquista de Inglaterra en las huestes de Guillermo

el Conquistador. Como recompensa habían recibido la soberanía de vastos territorios a un lado y a otro de la Manche, y en consecuencia habían tenido algunas dificultades a la hora de posicionarse en el momento de la primera Guerra de los Cien Años; acabaron, sin embargo, en el bando de los Capetos en detrimento de los Plantagenet, bueno, excepto Geoffroy d'Harcourt, llamado «el Cojo», que desempeñó en los años 1340 un papel bastante ambiguo, lo que le reprochó Chateaubriand con su énfasis habitual, pero aparte de esta excepción se convirtieron en fieles servidores de la corona francesa: el número de embajadores, prelados y jefes militares que habían dado al país era considerable. Subsistía, con todo, una rama inglesa, cuya divisa, «Vendrá el buen tiempo», era muy poco apropiada para la circunstancia. La muerte brutal de Aymeric en la caja de su camioneta Nissan Navara me parecía a la vez conforme y contraria a la vocación de su familia, y me preguntaba qué pensaría su padre; había muerto con las armas en la mano para proteger al campesinado francés, lo cual había sido en todas las épocas la misión de la nobleza francesa; por otra parte, se había suicidado, y eso tenía poco que ver con la muerte de un caballero cristiano; a fin de cuentas, habría sido preferible que hubiera matado a dos o tres antidisturbios.

Estas búsquedas me habían llevado tiempo, y uno de los dos hermanos me ofreció un té de menta que rechacé, siempre lo había detestado, pero acepté en cambio un refresco. Mientras degustaba mi Sprite Orange recuperé la conciencia de que mi proyecto inicial era encontrar un alojamiento, preferiblemente en la región –no me sentía con fuerzas de volver a París, donde además nada me reclamaba–, y preferiblemente aquella misma noche. Mi idea concreta era encontrar una casa rural en alquiler en la zona de Falaise; necesité un poco más de una hora de búsquedas adicionales para dar con el lugar adecuado: estaba entre Flers y Falaise, en un pueblo que respondía al nombre singular de Putanges, lo cual inspiraba irremediabilmente perífrasis pascalianas, «La mujer no es ni ángel ni puta», etc. «Quien quiere hacer de ángel hace de puta»; ya el sentido de la versión original se me había escapado siempre, ¿qué habría querido decir Pascal? La ausencia de sexualidad me aproximaba sin duda al ángel, al menos es lo que sugerían mis pocos conocimientos de angelología, pero ¿por qué eso me conducía a ser un animal?<sup>[3]</sup> No lo veía.

En cualquier caso fue fácil localizar al dueño de la casa, sí, el lugar estaba disponible por un tiempo indeterminado, disponible aquella misma noche si lo deseaba, era bastante difícil de encontrar, me previno, aislado en medio del bosque, quedamos a las seis de la tarde delante de la iglesia de Putanges.

Aislado en medio del bosque quizá tendría que procurarme algunas provisiones. Diversos anuncios me habían informado de la existencia en Coutances de un supermercado Leclerc, junto con un Leclerc Drive, una gasolinera Leclerc, un espacio cultural y una agencia de viajes igualmente Leclerc. No había una funeraria Leclerc, pero parecía el único servicio que faltaba.

Jamás en mi vida, a mi edad, había puesto los pies en un centro comercial Leclerc. Me quedé deslumbrado. Nunca hubiera imaginado que existiese un lugar tan ricamente provisto, una cosa así era inconcebible en París. Además yo había pasado mi infancia en Senlis, una ciudad anticuada, burguesa, hasta anacrónica en algunos aspectos, y mis padres fueron feroces defensores, hasta su muerte, del comercio de proximidad que sostenían con sus compras. En cuanto a Méribel, mejor no hablemos, era un lugar artificial, recreado, al margen de los flujos auténticos del comercio mundial, una auténtica payasada turística. El centro comercial Leclerc de Coutances era otra cosa, aquello era realmente la gran, la muy gran distribución. A lo largo de estanterías interminables había allí productos alimenticios de todos los continentes, y casi sentí vértigo al pensar en la logística movilizadora, en los inmensos portacontenedores que atravesaban los mares inciertos.

*Mira en esos canales  
dormir esos barcos  
de humor vagabundo;  
para saciar  
tu menor capricho  
vienen del fin del mundo.*<sup>[4]</sup>

Al cabo de una hora deambulando, y cuando mi carro estaba ya más que medio lleno, no pude por menos de pensar de nuevo en la moldava potencial que habría podido, habría debido hacer feliz a Aymeric, y que ahora moriría,

en un oscuro rincón de su Moldavia natal, sin haber sospechado siquiera la existencia de este paraíso. Orden y belleza, era lo menos que se podía decir. Lujo, calma y voluptuosidad,<sup>[5]</sup> en verdad. Pobre moldava, y pobre Aymeric.

La casa estaba en Saint-Aubert-sur-Orne; era una aldea dependiente de Putanges, pero el dueño me explicó que no figuraba en todos los GPS. Era cuarentón como yo, llevaba el pelo gris cortado muy corto, casi al rape, como el mío, y tenía un aspecto bastante siniestro, también como yo, me temo; conducía un Mercedes clase G, otro punto en común que permite a menudo una comunicación embrionaria entre hombres de edad mediana. Mejor aún, su coche era un G 500 y el mío un G 350, lo que establecía entre nosotros una minijerarquía aceptable. Procedía de Caen; yo me preguntaba qué profesión tendría, me costaba situarlo. Era arquitecto, me dijo. Un arquitecto fracasado, precisó. Bueno, como todos los arquitectos, añadió. Era, entre otros, el artífice de l'Appart City de la zona de ordenación concertada de Caen norte, donde Camille había residido una semana antes de entrar de pleno en mi vida; no había motivo para estar orgulloso, comentó; no, en efecto no había motivo para estarlo.

Naturalmente, quería saber cuánto tiempo tenía intención de quedarme; buena pregunta, la verdad, podían ser tres días o tres años. Acordamos sin grandes negociaciones un alquiler de un mes renovable tácitamente, yo le abonaría el alquiler a primeros de cada mes, mediante un cheque estaba bien, podría incluirlos en la cuenta de su empresa. Ni siquiera se trataba de ahorrar impuestos, añadió asqueado, era para ahorrarse el trámite de la declaración, nunca sabía si había que incluir eso en BZ o en BY, lo más sencillo era no poner nada; no me sorprendió, yo ya había observado este hastío en miembros de las profesiones liberales. Él, por su parte, nunca ocupaba aquella casa y empezaba a tener la sensación de que no la ocuparía nunca más; desde su divorcio, dos años antes, había perdido gran parte de su motivación para el negocio inmobiliario, así como para muchas otras cosas.

Nuestras vidas eran tan semejantes que llegaba a ser casi opresivo.

Había pocos inquilinos, y de todos modos ninguno hasta los meses de verano, iba a retirar de inmediato el anuncio de la web. De todas formas, tampoco en verano iba viento en popa.

–No hay internet –me dijo con una inquietud repentina–. Imagino que usted ya lo sabía, estoy casi seguro de que lo puse en el anuncio.

Le respondí que lo sabía, que me había hecho a la idea. Entonces vi pasar por sus ojos un breve destello de temor. No deben de faltar los depresivos que desean aislarse, pasar algunos meses en el bosque para «una introspección a solas», pero los que aceptan sin pestañear estar sin internet un tiempo indefinido es que están en las últimas, leí en su mirada nerviosa.

–No me voy a suicidar –dije con una sonrisa que yo habría deseado desarmante, pero que en realidad debió de ser turbia–. Bueno, no por ahora –añadí como una concesión.

Él rezongó algo y se concentró en los aspectos técnicos, que eran por lo demás muy simples. Los radiadores eléctricos se regulaban con un termostato, bastaba girar un botón para obtener la temperatura deseada; el agua caliente la suministraba directamente la caldera, yo no tenía que hacer nada. Podía encender fuego en la chimenea, si quería; me mostró las pastillas para prenderlo, la reserva de troncos. La cobertura de los portátiles era fluctuante, SFR no tenía ninguna, la de Bouygues era bastante buena, se había olvidado de cómo era la de Orange. Pero había un teléfono fijo, no había instalado un sistema de contador, prefería confiar en la gente, añadió con un ademán con el cual parecía ridiculizar su propia actitud, lo único que esperaba era que no me pasara las noches hablando con Japón.

–Con Japón seguro que no –le corté con una brutalidad que no había premeditado, él frunció las cejas, noté que no sabía si hacerme preguntas, si intentar saber algo más, renunció al cabo de unos segundos, dio media vuelta y se dirigió hacia su 4 × 4. Yo seguía pensando que volveríamos a vernos, que aquello era el inicio de una relación, pero antes de arrancar me tendió una tarjeta de visita:

–Mi dirección, para el alquiler...



Así que ahora yo estaba en la tierra, como escribe Rousseau, sin tener más hermano, prójimo, amigo, sociedad que yo mismo. Esto casaba bastante, pero la semejanza se acababa ahí: desde la frase siguiente, Rousseau se proclamaba «el más sociable y el más amante de los seres humanos». Yo no me hallaba en el mismo caso; he hablado de Aymeric, he hablado de algunas mujeres, la lista es corta, en definitiva. Al contrario que Rousseau tampoco podía decir que «había sido proscrito de la sociedad humana por un acuerdo unánime»; los hombres en modo alguno se habían aliado contra mí; simplemente había ocurrido que no había ocurrido nada, que mi adhesión al mundo, ya en principio limitada, poco a poco se había vuelto inexistente, hasta que ya nada podía interrumpir el deslizamiento.

Subí el termostato antes de decidirme a dormir o por lo menos a acostarme en la cama, dormir era distinto, estábamos en lo más crudo del invierno, los días habían empezado a alargarse, pero la noche sería todavía larga, y en medio del bosque sería noche cerrada.

Me sumí finalmente en un sueño doloroso, no sin recurrir varias veces al calvados añejo del centro comercial Leclerc de Coutances. Ningún sueño lo había preludiado, pero en lo más oscuro de la noche me despertó bruscamente una sensación de roce o de caricia en los hombros. Me incorporé, recorrí la habitación de un lado a otro para calmarme, fui a la ventana: la noche era oscurísima, debíamos de estar en esa fase de la luna en que se oculta completamente, no se veía ninguna estrella, la capa de nubes era demasiado baja. Eran las dos de la madrugada, la noche solo se encontraba en la mitad, era la hora del oficio de vigiliias en los monasterios; encendí todas las lámparas que había, sin conseguir tranquilizarme del todo: había soñado con Camille, estaba seguro, era ella la que me había acariciado los hombros en el sueño, como hacía todas las noches hacía ya algunos años, muchos años, de hecho. Yo ya no tenía apenas esperanza de ser feliz, pero todavía ambicionaba escapar a la demencia pura y simple.

Volví a acostarme, paseé una mirada circular por el dormitorio: formaba un triángulo equilátero perfecto, los dos paños de pared inclinados se juntaban en el centro, a la altura de la viga maestra. Entonces tuve conciencia de la trampa en que había caído: era en una habitación idéntica donde yo había dormido todas las noches en Clécy con Camille, los tres primeros meses de nuestra vida en común. La coincidencia en sí no tenía nada de sorprendente, todas esas casas normandas están construidas más o menos con el mismo patrón, y solo estábamos a veinte kilómetros de Clécy; pero yo no lo había previsto, exteriormente las dos casas no se parecían, la de Clécy tenía entramados de madera, mientras que los muros de esta eran de piedra tosca,

probablemente arenisca. Me vestí raudamente y bajé al comedor, hacía un frío glacial, el fuego no había prendido, yo nunca había sido hábil con el fuego, no sabía cómo ensamblar los leños con las ramitas, era uno de los numerosos puntos que me separaban del modelo de hombre –Harrison Ford, pongamos– que habría querido ser, bueno, en aquel momento no se trataba de eso, una crispación dolorosa me retorció el corazón, los recuerdos afluían sin parar, no es el futuro sino el pasado el que te mata, el que vuelve, el que te atormenta y socava y acaba efectivamente contigo. El comedor también era idéntico a aquel donde había cenado con Camille durante tres meses, después de nuestras compras en la carnicería-charcutería artesana de Clécy, en la panadería-pastelería también artesana, y también en las tiendas de diversos productores de verduras, y después de que ella se hubiese *puesto a cocinar*, con el entusiasmo que retrospectivamente me dolía tanto. Reconocía la hilera de cazuelas de cobre, que brillaban con un fulgor suave en la pared de piedra. Reconocía el aparador de nogal macizo, los anaqueles enrejados para que resaltasen unas cerámicas de Ruán, de dibujo coloreado y naïf. Reconocía el reloj de pared de roble, definitivamente parado en una hora, en un instante del pasado; algunos los paraban a la muerte de un hijo o de un ser querido, otros en el momento de 1914 en que Francia declaró la guerra a Alemania, otros cuando le concedieron plenos poderes al mariscal Pétain.

No podía quedarme allí y cogí una gruesa llave de metal que me dio acceso a la otra ala, en aquel momento no estaba muy habitable, me lo había advertido el arquitecto, era imposible calentarla, pero bueno, si me quedaba hasta el verano podría utilizarla. Entré en una habitación muy espaciosa, que en otro tiempo debió de ser la pieza principal de la casa y que ahora estaba abarrotada con un revoltijo de sillones y sillas de jardín, pero un paño entero de pared lo ocupaba una biblioteca donde descubrí, sorprendido, una edición íntegra del marqués de Sade. Debía de datar del siglo XIX, estaba encuadernada en piel auténtica, con varias florituras doradas en las cubiertas y el lomo, esta mierda debe de costar un ojo de la cara, me dije escuetamente hojeando la obra ornamentada con múltiples grabados, bueno, me entretuve sobre todo en los grabados y lo curioso era que no entendía nada,

representaban diferentes posturas sexuales que ponían en escena a un número variable de protagonistas, pero no conseguía situarme, imaginar un lugar que yo podría haber ocupado en el conjunto, todo aquello no conducía a nada y me encaminé hacia el altillo, que debió de haber sido más moderno y más bonito, quedaban sofás destripados de tela enmohecida, medio volcados en el suelo. Había también una gramola y una colección de discos, en su mayoría de cuarenta y cinco revoluciones, que identifiqué tras un titubeo como discos de twist, se reconocían sobre todo por las posturas de las figuras que bailaban en las fundas, y respecto a los cantantes y los grupos habían caído en un olvido definitivo.

Me acordé de que el arquitecto me había parecido molesto durante toda la visita, no se quedó más que el tiempo estrictamente necesario para explicarme el funcionamiento de los aparatos, diez minutos como máximo, y me había repetido varias veces que lo mejor sería vender aquella casa, si no fuesen tan complicadas las formalidades notariales, etc., y ante todo si había posibilidades de encontrar un comprador. En efecto, la casa debía de poseer un pasado, un pasado cuyos contornos me resultaba difícil definir, entre el marqués de Sade y el twist, un pasado del que tenía que deshacerse, sin que por ello se abriera la posibilidad de un futuro, pero en cualquier caso el contenido de aquella ala no me recordaba nada que hubiese podido encontrar en la casa de Clécy, era otra patología, otra historia, y volví a la cama casi sosegado, hasta tal punto nos tranquiliza, en medio de nuestros dramas, la existencia de otros dramas que nos hemos ahorrado.

A la mañana siguiente, un paseo de media hora me llevó hasta las orillas del Orne. El recorrido tenía escaso interés, excepto para quienes se interesaban por el proceso de transformación de las hojas muertas en humus, como había sido mi caso antaño, hace ahora más de veinte años, incluso había realizado diferentes cálculos sobre la cantidad de humus producido en función de la densidad del manto forestal. Recuperaba otros semirrecuerdos de mis estudios, sumamente imprecisos, por ejemplo me parecía observar que aquel bosque estaba mal conservado: la densidad de las lianas y de las plantas parásitas era excesiva, debía de entorpecer el crecimiento de los árboles; es falsa la creencia de que si se deja actuar a la naturaleza produce arboledas espléndidas, de árboles de poderosa hechura, esas arboledas que se han podido comparar con catedrales, que hasta han provocado emociones religiosas de tipo panteísta; la naturaleza que actúa por su cuenta solo produce en general un batiburrillo informe y caótico, compuesto de plantas variadas y en conjunto bastante feas; más o menos es ese el espectáculo que me ofreció mi paseo por las riberas del Orne.

El propietario me había recomendado que no diera de comer a los ciervos si por casualidad me cruzaba con alguno. No porque una iniciativa así le pareciera atentar contra su dignidad de animal salvaje (se encogió de hombros con impaciencia, como para subrayar la ridiculez de la objeción), los ciervos, como la mayoría de los animales salvajes, son omnívoros oportunistas, comen casi cualquier cosa, nada les alegra más que toparse con los restos de una comida campestre o con una bolsa de basura despanzurrada; era simplemente porque si empezaba a alimentarlos volverían todos los días, ya no podría quitármelos de encima, son verdaderas lapas, los ciervos. Si, no obstante, conmovido por la gracia de sus saltitos, me embargaba una emoción

de índole animalista, me aconsejaba napolitanas de chocolate, tenían por ellas una predilección casi increíble; en esto eran muy diferentes de los lobos, cuyos gustos se decantaban más bien por el queso, pero de todas formas no había lobos, por el momento los ciervos no tenían nada que temer, faltaban todavía bastantes años para que los lobos regresaran de los Alpes, o incluso de Gévaudan.

De todas formas no encontré ningún ciervo. Más en general, no encontré nada que pudiera justificar mi presencia en aquella casa perdida en medio del bosque, y me pareció casi inevitable echar mano del papel donde había apuntado la dirección y el teléfono del consultorio veterinario de Camille, después de haber buscado en el ordenador instalado en la zona de trabajo del establo de Aymeric, en un tiempo que se me antojaba muy lejano, que casi me parecía que pertenecía a una vida anterior, pero que en realidad se remontaba a menos de dos meses.

Solo había unos veinte kilómetros hasta Falaise, pero tardé casi dos horas en recorrer el trayecto. Me quedé un largo rato aparcado en la plaza principal de Putanges, fascinado por el Hôtel du Lion Vert, sin otro motivo perceptible que su extraña toponimia, pero ¿un Lion Vert habría sido más aceptable? Me detuve otra vez, aún con menos razón, en Bazoches-auHoulme. A continuación se abandonaba la Suiza normanda, sus quiebros y sus recodos, los últimos diez kilómetros de la carretera hacia Falaise eran totalmente rectilíneos, tenía la sensación de deslizarme por un plano inclinado y me percaté de que había alcanzado involuntariamente los 160 kilómetros por hora, era un error estúpido, era justo el tramo en que instalaban los radares, y sobre todo aquel deslizamiento fácil me conducía probablemente hacia la nada, Camille debía de haber rehecho su vida, debía de haber encontrado un tío, ya hacía siete años, ¿cómo podía imaginar otra cosa?

Estacioné al pie de las fortificaciones que rodeaban Falaise, dominadas por el castillo donde había nacido Guillermo el Conquistador. El plano de Falaise era sencillo y encontré sin dificultad el consultorio veterinario de Camille: estaba en la place du Docteur Paul-Germain, en el extremo de la rue SaintGervais, manifiestamente una de las principales calles comerciales de la

ciudad, y cerca de la iglesia del mismo nombre, cuyos cimientos, de estilo gótico primitivo, habían sufrido mucho el asedio de Felipe Augusto. Una vez allí, podría haber entrado directamente, podría haberme dirigido hacia la recepcionista y pedido que avisara a Camille. Es lo que otras personas habrían hecho y lo que quizá acabaría haciendo yo, tras diversas vacilaciones tan desprovistas de interés como de sentido. Había descartado por completo la solución de la llamada telefónica; había conservado mucho más tiempo la idea de una carta, las cartas personales son hoy tan poco habituales que siempre causan impacto, era sobre todo la sensación de mi incompetencia lo que me había disuadido de la idea.

Había un bar justo enfrente, Au duc normand, y fue finalmente la solución que elegí, a la espera de que prevalecieran mis fuerzas, o mi deseo de vivir, o lo que fuera. Opté por pedir una cerveza, que presentí que no sería más que la primera de una larga serie, solo eran las once de la mañana. El establecimiento era minúsculo, no había más que cinco mesas y yo era el único cliente. Desde allí veía perfectamente la consulta veterinaria, de vez en cuando entraba gente acompañada de una mascota –normalmente un perro, a veces en un transportín–, e intercambiaba las palabras adecuadas con la recepcionista. De vez en cuando también entraba gente en el bar, se situaban a unos metros de mí y pedían un carajillo, eran mayormente viejos pero no se sentaban, preferían consumir en el mostrador, yo lo entendía y los imitaba, se trataba de viejos animosos que querían demostrar que todavía les quedaba cuerda, que no se les doblaban los isquiotibiales, se equivocaban quienes quisieran barrerlos de una bofetada. Mientras sus clientes privilegiados se entregaban a esta minúscula demostración de fuerza, el dueño proseguía, con una lentitud casi sacerdotal, la lectura del *Paris-Normandie*.

Yo iba por la tercera cerveza, y mi atención empezaba a flotar, cuando Camille apareció ante mi vista. Salió de la sala donde recibía a sus pacientes, intercambió unas palabras con la recepcionista; era la hora de la pausa para comer, obviamente. Se encontraba a no más de veinte metros de mí, y no había cambiado, físicamente no había cambiado nada, era aterrador, ya había sobrepasado los treinta y cinco y seguía teniendo el aspecto de una chica de diecinueve años. Yo sí había cambiado físicamente, era consciente de que había *envejecido*, y bastante, lo sabía por cruzarme de vez en cuando con el

espejo sin verdadera satisfacción, pero también sin auténtico desagrado, más o menos como quien se cruza con un vecino de rellano no muy molesto.

Peor aún, Camille llevaba vaqueros y una sudadera gris claro, y era exactamente la misma ropa que llevaba al apearse del tren de París, la mañana de un lunes de noviembre, con su bolso en bandolera, justo antes de que nuestras miradas se fijasen mutuamente durante unos segundos o unos minutos, en fin, un tiempo indeterminado, y de que ella me dijera: «Soy Camille», creando así las condiciones de un nuevo encadenamiento de circunstancias, de una nueva configuración existencial de la que yo no había salido, de la que probablemente no saldría nunca, y de la que a decir verdad no tenía ninguna intención de salir. Viví un instante de terror cuando las dos mujeres, al salir de la consulta veterinaria, cambiaron unas palabras en la acera: ¿iban a comer en Au duc normand? Encontrarme frente a Camille por casualidad me parecía la peor de las soluciones posibles, la certeza del fracaso. Pero no, subieron la rue Saint-Gervais y, a decir verdad, examinando mejor el Au duc normand, comprendí que mi temor había sido infundado, el dueño no ofrecía ningún tipo de restauración, ni siquiera bocadillos, la *hora punta* del mediodía no era su estilo, proseguía en cambio su lectura exhaustiva del *ParisNormandie*, al que me pareció que prestaba un interés exagerado, morboso.

No aguardé el regreso de Camille, pagué inmediatamente mis cervezas y volví en un estado de ligera embriaguez a la casa de Saint-Aubert-sur-Orne, donde de nuevo me enfrenté a las paredes triangulares de la habitación, a las cazuelas de cobre en las paredes y, más en general, a mis propios recuerdos, la botella de Grand Marnier que me quedaba era insuficiente, la angustia aumentaba hora tras hora, gradualmente, los episodios de taquicardia empezaron a las once de la noche, seguidos de sudoración abundante y náuseas. Hacia las dos de la madrugada comprendí que era una noche de la que no me repondría totalmente.



En efecto, a partir de ese momento empieza a sorprenderme mi comportamiento, no le encuentro sentido, y mi conducta comienza a apartarse claramente de una moral común, y también de una razón común, que yo creía hasta entonces compartir. Creo haberlo explicado suficientemente, yo nunca había tenido una personalidad fuerte, no era de esas personas que dejan una huella indeleble en la historia, ni siquiera en la memoria de sus contemporáneos. Desde hacía unas semanas había empezado a leer otra vez, bueno, si se puede decir así, mi curiosidad como lector no era muy amplia, de hecho leía únicamente *Las almas muertas*, de Gógol, y no leía mucho, a lo sumo una o dos páginas al día, y muchas veces releía las mismas varios días seguidos. Esta lectura me proporcionaba placeres infinitos, quizá nunca me había sentido tan cerca de otro hombre como de este autor ruso un poco olvidado, y sin embargo yo no habría podido decir, al contrario que Gógol, que Dios me había dado una naturaleza muy compleja. Dios me había dado una naturaleza simple, infinitamente simple diría yo, era más bien el mundo a mi alrededor el que se había vuelto complejo, y así yo me había encontrado con un estado de complejidad del mundo demasiado grande, sencillamente ya no me veía capaz de asumir la complejidad del mundo en que estaba inmerso, por eso mi comportamiento, que no pretendo justificar, se volvió incomprensible, chocante y errático.

Al día siguiente yo estaba en el Au duc normand a las cinco de la tarde, el dueño del bar ya se había acostumbrado a mi presencia, la víspera se había mostrado un poco sorprendido y aquel día nada, tenía la mano en la palanca del grifo de cerveza antes incluso de que yo le pidiera una, y me instalé

exactamente en el mismo sitio. Hacia las cinco y cuarto una jovencita de unos quince años empujó la puerta de la consulta veterinaria, llevaba a un niño de la mano, un niño muy pequeño, tendría unos tres o cuatro años. Camille apareció en la habitación y lo cogió en brazos, giró varias veces en redondo llenándolo de besos.

Un hijo, pues, tenía un hijo; es lo que se llama una novedad. Yo habría podido preverlo, las mujeres a veces tienen hijos, pero lo cierto es que yo había pensado en todo salvo en eso. Y, la verdad sea dicha, mis primeros pensamientos no fueron para el hijo mismo: un hijo se suele hacer entre dos, eso era lo que me decía, se suele pero no siempre, ahora hay diferentes posibilidades médicas de las que yo había oído hablar, y de hecho habría preferido que el niño hubiera salido de una fecundación artificial, me habría parecido en cierto modo *menos real*, pero no era el caso, cinco años antes Camille había comprado un billete de tren y una entrada para el Festival des Vieilles Charrues, cuando estaba en pleno período de fecundidad, y se había acostado con un tío al que había conocido en un concierto; ya no se acordaba del nombre del grupo. No había escogido exactamente al primero que había llegado, el tipo no era ni demasiado feo ni demasiado imbécil, era estudiante en una escuela de comercio. El único punto un poco dudoso en él era el de ser un fan del heavy metal, pero, en fin, nadie es perfecto, y para ser un fan del heavy metal era educado y limpio. La cosa había tenido lugar en la tienda de campaña del tipo, plantada en un prado a unos kilómetros de los escenarios del concierto; la noche no había ido ni bien ni mal, tan solo correctamente; la cuestión del preservativo había sido eludida sin gran dificultad, como siempre pasa con los hombres. Ella se había despertado antes que él y había dejado a la vista una hoja de su agenda Rhodia en la que figuraba un número de móvil falso; era en verdad una precaución un tanto inútil, era poco probable que él la llamase. La estación estaba a cinco kilómetros a pie, era el único inconveniente, pero por lo demás hacía bueno, era una mañana de verano, clara y agradable.

Sus padres habían recibido la noticia con resignación, eran conscientes de que el mundo había cambiado, no necesariamente a mejor, pensaban en el fondo de sí mismos, pero, en fin, había cambiado, y las nuevas generaciones debían hacer maniobras extrañas para cumplir su función procreadora. Por

eso habían sacudido la cabeza, cada uno por su lado, pero de un modo ligeramente distinto: en el padre subsistía, a pesar de todo, la vergüenza, la sensación de haber fallado, al menos parcialmente, en su misión educativa y de que las cosas deberían haber sucedido de otra forma; la madre, en cambio, estaba ya completamente sumida en la alegría de acoger a su nieto, porque sabía que sería un niño, había tenido esa certeza de inmediato, y, efectivamente, fue un niño.

Hacia las siete Camille salió acompañada de la recepcionista, que se separó de ella en la rue Saint-Gervais, cerró la puerta de la consulta veterinaria y se sentó al volante de su Nissan Micra. Yo había más o menos previsto seguirla, bueno, la idea se me había pasado por la cabeza antes durante el día, pero había aparcado mi coche cerca de las murallas, estaba demasiado lejos, no tenía tiempo de ir a buscarlo, y de todos modos ya no me quedaban fuerzas para hacerlo, no esa noche, además estaba el niño, la situación en su conjunto exigía que la reconsiderase, por el momento era más oportuno ir al Carrefour Market y comprar otra botella de Grand Marnier, o mejor dos.

Al día siguiente era sábado, y la consulta de Camille no debía de estar cerrada, me dije, incluso probablemente era el día de más actividad, la gente espera cuando su perro está enfermo, espera hasta tener tiempo libre, es así como transcurre, en general, la vida de la gente. En cambio la escuela o el parvulario o la guardería de su hijo debía de cerrar, sin duda Camille recurría ese día a una canguro, en fin, seguramente estaría sola, lo que me parecía una circunstancia favorable.

Llegué a las once y media, por si cerraba el sábado por la tarde, cosa que me parecía improbable. El dueño del bar había acabado el *Paris-Normandie*, pero se había enfrascado en la lectura asimismo exhaustiva de *France Football*, era un lector exhaustivo, yo había conocido a personas como él, que no se conforman con los titulares, con las declaraciones de Édouard Philippe o con la cifra del traspaso de Neymar, quieren llegar al fondo de las cosas; son el fundamento de la opinión ilustrada, el pilar de la democracia

representativa.

En la consulta entraron los clientes a un ritmo sostenido, pero Camille cerró más pronto que la víspera, serían aproximadamente las cinco. Esta vez yo había aparcado mi coche en el camino secundario, a unos metros del suyo, por un instante tuve miedo de que lo reconociera, pero era poco probable. Hace veinte años, cuando lo compré, el Mercedes Clase G no abundaba, lo compraba la gente que quería atravesar África, o como mínimo Cerdeña; ahora estaba de moda, su lado *vintage* había seducido, total, se había casi convertido en un coche horterera.

Camille giró en Bazoches-au-Houlme y en el preciso instante en que tomó la dirección de Rabodanges tuve la seguridad de que vivía sola con su hijo. No era únicamente la expresión de un deseo, sino una certeza intuitiva, poderosa, aunque injustificada.

Estábamos solos en la carretera de Rabodanges y yo reduje la velocidad claramente para dejar que se distanciase; la niebla se levantaba, apenas distinguía sus luces traseras.

Me impresionó la llegada a la orilla del lago de Rabodanges, sobre el cual el sol iniciaba su declive: se extendía a lo largo de kilómetros, a ambas partes del puente, en medio de espesos bosques de robles y olmos; seguramente era un embalse; no había casi ningún signo de ocupación humana, el paisaje no me recordaba nada que hubiese podido ver en Francia, se diría que estabas más bien en Noruega o en Canadá.

Estacioné detrás de un bar restaurante que había en lo alto de la cuesta, cerrado por temporada baja, con una terraza que ofrecía «vistas panorámicas del lago» y proporcionaba banquetes por encargo, así como venta de helados a cualquier hora en verano. El coche de Camille entró en el puente; saqué de la guantera mis prismáticos Schmidt & Bender, no tenía miedo a perderla, ya había adivinado adónde se dirigía: era un chalecito de madera al otro lado del puente, a unos cientos de metros; una terraza, delante, daba al lago. Perdido en mitad de la cuesta en medio del bosque, el chalet parecía realmente una casa de muñecas, cercada por los ogros.

En efecto, a la salida del puente el Nissan Micra enfiló un camino

empinado y se detuvo justo debajo de la terraza. Una quinceañera recibió a Camille, la misma que había visto la víspera. Hablaron un poco y luego la chica se marchó en una vespa.

De modo que Camille vivía allí, en una casa aislada en medio del bosque, a kilómetros del vecino más próximo; bueno, exagero, había otra casa, un poco más grande, situada más al norte, a uno o dos kilómetros, pero era claramente una casa de vacaciones, tenía los postigos cerrados. También estaba el bar restaurante panorámico La Rotonde, detrás del cual yo había aparcado, tras una inspección más atenta averigüé que abriría en abril, al principio de las vacaciones de Pascua (incluso había, justo al lado, un club de esquí náutico, que reanudaría sus actividades más o menos en las mismas fechas). La entrada del comedor del restaurante estaba protegida por una alarma, un pequeño piloto rojo parpadeaba en la parte inferior del dispositivo digital; pero, más abajo, una entrada de servicio permitía el acceso de los proveedores y forcé la cerradura sin problemas. La temperatura en el interior era bastante suave, mucho más agradable que la temperatura exterior, debía de haber un sistema con termostato, sobre todo para proteger la bodega, una bodega muy hermosa, con centenares de botellas. En materia de alimentos sólidos era menos brillante, había algunas estanterías con conservas: sobre todo verduras en lata y frutas en almíbar. En una habitación de servicio descubrí también un colchón delgado sobre un pequeño somier; debía de servir para que los empleados, en temporada alta, descansaran un momento. Lo transporté con facilidad arriba, al comedor del restaurante panorámico, y me instalé encima, con los prismáticos al lado. El colchón distaba mucho de ser cómodo, pero el bar desbordaba de botellas de aperitivo empezadas; en fin, no sabría explicar el conjunto de la situación, pero por primera vez en meses –en años, más bien– me sentía exactamente en el lugar donde tenía que estar, y, por decirlo sencillamente, era feliz.

Ella estaba sentada en el sofá del salón, con su hijo al lado, y estaban absortos viendo un DVD que me costó identificar, probablemente *El rey león*, luego el

niño se durmió, ella lo cogió en brazos y se encaminó a la escalera. Poco después se apagaron las luces de toda la casa. Yo solo tenía una linterna, y ninguna otra opción: estaba seguro de que a aquella distancia Camille no podía verme, pero si hubiese iluminado el comedor del restaurante habría sospechado que ocurría algo anormal. Comí rápidamente en la despensa, una lata de guisantes y otra de melocotón en almíbar, que acompañé con una botella de Saint-Émilion, y me dormí casi al instante.

Al día siguiente, hacia las once, Camille salió, amarró al niño en la sillita del asiento y arrancó, recorrió el puente en el otro sentido, su coche pasó a una decena de metros del comedor; antes del mediodía estaría en Bagnoles-de-l'Orne.

Todas las cosas existen, reclaman existencia, y de este modo se juntan situaciones, portadoras a veces de poderosas configuraciones emotivas, y acaba cumpliéndose un destino. La situación que acabo de describir continuó durante unas tres semanas. Por lo general, yo llegaba hacia las cinco de la tarde, me instalaba al momento en mi puesto de observación, ahora ya estaba bien organizado, tenía mi cenicero, mi linterna; a veces llevaba lonchas de jamón para acompañar las verduras en lata de la despensa; una vez, incluso, me proveí de un salchichón al ajo. En cuanto a las reservas de alcohol, me habrían permitido aguantar meses.

Ya tenía claro que Camille no solo vivía sola y no tenía amantes, sino que tampoco tenía muchos amigos; durante aquellas tres semanas no recibió ninguna visita. ¿Cómo había podido llegar a ese extremo? ¿Cómo habíamos podido llegar los dos a ese extremo? Y por decirlo en palabras del bardo comunista: ¿así viven los hombres?

Pues bien, sí, la respuesta es sí, yo adquiría poco a poco conciencia de este hecho. Y asimismo de que las cosas no iban a arreglarse. Camille ahora estaba comprometida en una relación profunda y exclusiva con su hijo; duraría todavía por lo menos diez años, más probablemente quince, hasta que él la dejase para emprender sus estudios, ya que sería un buen alumno en la escuela, su madre lo seguiría con atención y abnegación, no me cabía duda a este respecto. Poco a poco las cosas se complicarían, habría chicas, y luego, peor aún, habría *una* chica que sería mal recibida, Camille entonces se convertiría en una molestia, un obstáculo (y si no era una chica sino un chico, la situación apenas sería más favorable, ya no estábamos en los tiempos en que las madres acogían con alivio la homosexualidad de su hijo, hoy los mariquitas se emparejan, y así se liberan también de la dominación materna).

Ella lucharía entonces, lucharía por conservar el único amor de su vida, durante algún tiempo la situación sería dolorosa, pero acabaría por rendirse a la evidencia, acataría las «leyes naturales». Entonces estaría libre, de nuevo libre y sola, pero tendría ya cincuenta años, y para ella, era evidente, sería demasiado tarde, y no digamos para nosotros, yo ahora apenas estaba vivo, dentro de quince años estaría más que sobradamente muerto.

Hacía dos meses que no había utilizado la Steyr Mannlicher, pero las piezas encajaron sin esfuerzo, de manera flexible y precisa, el mecanismo era ciertamente admirable. Pasé las primeras horas de la tarde entrenándome en una casa abandonada, emplazada un poco más allá del bosque, en la que quedaban algunos cristales por romper: no había perdido nada, mi precisión a quinientos metros era excelente.

¿Era imaginable que Camille pusiera en peligro por mí la relación perfecta de fusión que tenía con su hijo? ¿Y era imaginable que él, el niño, aceptase compartir el afecto de su madre con otro hombre? La respuesta a estas preguntas era bastante evidente, y la conclusión era ineludible: era él o yo.

El asesinato de un niño de cuatro años provoca inevitablemente un gran impacto mediático, cabía esperar que desplegarían dispositivos de investigación considerables. Identificarían enseguida el restaurante panorámico como el lugar de donde había procedido el tiro, pero nunca, en ningún momento, me había quitado los guantes de látex en aquel local, estaba seguro de no haber dejado ninguna huella. En cuanto al ADN, no sabía exactamente cómo podrían obtenerlo: ¿a partir de la sangre, del esperma, del cabello, de la saliva? Había previsto llevar una bolsa de plástico donde echaría paulatinamente las colillas que había tenido entre los dientes; en el último momento añadí los cubiertos que me había llevado a la boca, con la sensación de que tomaba precauciones un poco superfluas, a decir verdad nunca me habían extraído ADN, no se había aprobado nunca la extracción sistemática de ADN al margen de alguna infracción, vivíamos en este sentido en un país libre, en fin, no tenía la impresión de correr un gran riesgo. Me



parecía que la clave del éxito residía en una ejecución rápida: en menos de un minuto después del disparo podía abandonar La Rotonde definitivamente; en menos de una hora podía estar en la autopista de París.

Una noche en que repasaba mentalmente los parámetros del asesinato, me traspasó el recuerdo de una velada en Morzine, un 31 de diciembre, la primera Nochevieja en que mis padres me permitieron permanecer despierto hasta medianoche, recibían a unos amigos, seguramente era un pequeño cotillón, pero no recordaba ese detalle, de lo que me acordaba, en cambio, era de mi embriaguez absoluta ante la idea de que entrábamos en un año nuevo, un año total y completamente nuevo en que cada gesto, hasta el más anodino, hasta el de tomar un tazón de Nesquik, en cierto sentido lo realizaría por primera vez, yo tendría cinco años, era un poco más mayor que el hijo de Camille, pero entonces veía la vida como una sucesión de felicidades que solo podían agrandarse y deparar en el futuro una felicidad cada vez más variada y más grande, y en el momento en que evoqué este recuerdo supe que comprendía al hijo de Camille, que podía ponerme en su lugar y que esta identidad me daba el derecho de matarlo. La verdad es que si hubiera sido un ciervo o un macaco de Brasil, la cuestión ni siquiera se habría planteado: la primera acción de un mamífero macho, cuando conquista a una hembra, es destruir a toda la progenie anterior con el fin de garantizar la preeminencia de su genotipo. Esta actitud se había mantenido durante largo tiempo en las primeras poblaciones humanas.

Ahora tengo todo el tiempo para volver a pensar en esas pocas horas, incluso en esos pocos minutos, no tengo gran cosa que hacer, como programa de vida, aparte de volver a pensarlo: no creo que las fuerzas contrarias, las que intentaban frenarme en la pendiente del asesinato, tuvieran mucho que ver con la moral; era más bien una cuestión antropológica, una cuestión de pertenencia tardía a la especie, de adhesión tardía a los códigos de la especie; una cuestión de conformismo, por decirlo de otro modo.

Si conseguía ultrapasar esos límites, la recompensa no sería inmediata, por supuesto. Camille sufriría, sufriría enormemente, tendría que esperar por lo menos seis meses hasta retomar el contacto. Y después volvería y ella me

amaría de nuevo porque nunca había dejado de amarme, era así de simple, simplemente querría otro hijo, lo querría enseguida; eso es lo que ocurriría. Unos años antes se había producido un gran bandazo, nos habíamos desviado violentamente de nuestros destinos normales; yo había cometido la primera falta pero Camille, por su lado, la había superado; era el momento de repararlo, era el momento justo, ahora teníamos la última oportunidad, y yo era el único que podía hacerlo, el único que tenía las cartas en la mano, la solución estaba en la punta de mi Steyr Mannlicher.

Se presentó una oportunidad el siguiente sábado, a media mañana. Estábamos a principios de marzo, el aire tenía ya una dulzura primaveral, y cuando abrí unos centímetros uno de los ventanales que daban al lago, para deslizar por el resquicio el cañón de mi arma, no sentí el menor soplo de frío, nada que pudiese entorpecer la estabilidad de la mira. El niño se había sentado a la mesa de la terraza, delante de una gran caja de cartón que contenía las piezas de un rompecabezas de Disney; más concretamente de Blancanieves, según captaron mis prismáticos, y hasta aquel momento solo había reconstruido el rostro y el busto de la heroína. Ajusté al máximo el visor antes de colocar el arma, después mi respiración se hizo regular y lenta. La cabeza del niño, de perfil, ocupaba íntegramente la mira; no se movía lo más mínimo, estaba totalmente concentrado en su juego; ciertamente es un ejercicio que requiere una gran concentración. Unos minutos antes yo había visto desaparecer a la canguro hacia las habitaciones de arriba; había observado que cuando el niño se abstraía en una lectura o un juego, ella aprovechaba para subir a navegar por internet después de ponerse unos auriculares, seguramente tendría para unas horas, no creía que bajase antes de la hora de comer del niño.

Durante diez minutos permaneció absolutamente inmóvil, excepto por unos lentos movimientos de la mano para rebuscar en el montón de piezas de cartón; la blusa de Blancanieves se iba completando poco a poco. Su inmovilidad corría parejas con la mía; yo nunca había respirado tan lentamente, nunca había controlado tan bien mi arma, me sentía a punto de ejecutar el disparo perfecto, liberador y único, el disparo más importante de mi vida, el único objetivo, en el fondo, de mis meses de entrenamiento.

Transcurrieron así diez minutos inmóviles, lo más probable es que fueran quince o veinte, hasta que los dedos me empezaron a temblar y me desplomé en el suelo, mis mejillas rasparon la moqueta y me di cuenta de que todo se iba al traste, que no dispararía, que no lograría modificar el curso de las cosas, que los mecanismos de la desdicha eran los más fuertes, que nunca recuperaría a Camille y que moriríamos solos, desgraciados y solos, cada uno por su lado. Cuando me levanté era presa de temblores, las lágrimas me empañaban la visión y apreté el gatillo por si acaso, el ventanal del comedor panorámico estalló en centenares de añicos, el ruido fue tal que me dije que quizá lo habrían oído en la casa de enfrente. Enfoqué al niño con los prismáticos: no, no se había movido, seguía concentrado en su rompecabezas, el vestido de Blancanieves se completaba pieza a pieza.

Lentamente, muy lentamente, con la lentitud de una ceremonia fúnebre, desatornillé las piezas de la Steyr Mannlicher, que encajaron, siempre con la misma precisión, en sus nichos de poliuretano. Una vez cerrado el estuche de policarbonato, tuve por un momento la idea de tirarlo al lago, y luego esa manifestación ostentosa de fracaso me pareció ridícula, de todas formas el fracaso se había consumado, subrayarlo aún más habría sido injusto con aquella satisfactoria carabina que solo había querido servir a su usuario, cumplir sus designios con precisión y excelencia.

En un segundo momento se me ocurrió la idea de cruzar el puente y presentarme al niño. Sopesé el proyecto en mi cabeza durante dos o tres minutos y luego me terminé una botella de Guignolet-Kirsch y recobré la razón o al menos una forma normal de razón, de todas maneras yo solo podía ser un padre o un sustituto, ¿y qué iba a hacer con un padre aquel niño, para qué iba a necesitar a un padre? Para nada en absoluto, tenía la sensación de dar vueltas en mi cerebro a los parámetros de una ecuación ya resuelta, y resuelta en mi detrimento, era él o yo, como he dicho, y fue él.

Más razonablemente, en un tercer momento deposité el arma en el maletero de mi G 350 y arranqué sin mirar atrás hacia Saint-Aubert.

Aproximadamente un mes después vendría gente a reabrir el restaurante, encontraría rastros de una ocupación salvaje, culparía seguramente a un sin techo, decidiría instalar una alarma adicional abajo para proteger a los proveedores... Ni siquiera era seguro que la gendarmería abriese una investigación y se dedicara a buscar huellas.

En cuanto a mí, nada parecía capaz de frenar mi camino hacia la aniquilación. No abandoné, sin embargo, la casa de Saint-Aubert-sur-Orne, al menos no de inmediato, lo que retrospectivamente me resulta difícil de explicar. No esperaba nada, era plenamente consciente de que no tenía nada que esperar, consideraba completo y correcto mi análisis de la situación. Existen algunas zonas de la psique humana que siguen siendo poco conocidas porque se han explorado poco, porque afortunadamente pocas personas se han visto en la tesitura de tener que hacerlo, y porque quienes lo han hecho han conservado en general demasiado poco raciocinio para dar una descripción admisible. A esas zonas solo es posible aproximarse utilizando fórmulas paradójicas y hasta absurdas, entre las cuales la única que se me ocurre realmente es *esperar más allá de toda esperanza*. No es parecida a la noche, es mucho peor; y sin haber vivido personalmente esta experiencia tengo la impresión de que incluso cuando te adentras en la auténtica noche, la noche polar, la que dura seis meses seguidos, subsiste el concepto o el recuerdo del sol. Yo había entrado en *una noche sin fin*, y sin embargo, en mi interior, subsistía algo, mucho menos que una esperanza, una incertidumbre, digamos. También se podría decir que incluso cuando personalmente has perdido la partida, cuando has jugado tu última carta, perdura en algunos –no en todos, no en todos– la idea de que *algo en los cielos* va a hacerse cargo del juego, va a decidir arbitrariamente que se reparta otra mano, que vuelvan a lanzarse los dados, y ello incluso cuando nunca has advertido, en ningún momento de tu vida, la intervención ni tampoco la presencia de una divinidad cualquiera, incluso cuando eres consciente de que no mereces especialmente la intervención de una deidad favorable, e incluso cuando te das cuenta, considerando la acumulación de errores y faltas que constituye tu vida, de que la mereces menos que nadie.

Aún faltaban tres semanas para que expirase el alquiler de la casa, lo cual al menos tenía la ventaja de establecer un tope para mi demencia, aunque lo más probable era que solo aguantase unos días en aquella situación. Había, en cualquier caso, una necesidad urgente, una ida a París, tenía que pasar a una dosis de 20 mg de Captorix, era una precaución elemental de supervivencia que no podía descuidar. Concerté una cita con el doctor Azote a las once de la mañana de dos días después, un poco más tarde de la llegada de mi tren a Saint-Lazare, dejando justo un margen de tiempo suficiente para compensar el probable retraso.

Curiosamente el viaje me sentó bien en cierta manera, porque me orientó el pensamiento hacia reflexiones por supuesto negativas, pero impersonales. El tren llegó a la estación de Saint-Lazare con un retraso de treinta y cinco minutos, más o menos el que había previsto. El orgullo ancestral de los ferroviarios, el orgullo ancestral del respeto al horario, tan poderoso y arraigado a principios del siglo XX que los habitantes de los pueblos ponían en hora sus relojes cuando pasaban los trenes, había desaparecido para siempre. La compañía de ferrocarriles SNCF era una de las empresas cuya quiebra y degeneración yo habría presenciado en vida. No solamente el horario indicativo debía considerarse hoy día una auténtica broma, sino que toda idea de restauración parecía estar ausente en los trenes de cercanías, al igual que cualquier proyecto de mantenimiento del material: de los asientos desgarrados salía una borra opaca, y los aseos, al menos los que no habían sido condenados, probablemente por olvido, se hallaban en un estado tan nauseabundo que no pude animarme a entrar en ellos y preferí aliviarme en la plataforma, entre dos vagones.

Un ambiente de catástrofe global atenúa siempre un poco las catástrofes individuales, sin duda por este motivo los suicidios son tan raros en época de guerra, y casi a paso ligero me dirigí hacia la rue d'Athènes. No obstante, la primera mirada que me lanzó el doctor Azote me desengañó rápidamente. En ella se mezclaban la inquietud, la compasión y una pura preocupación profesional.

–No parece que la cosa vaya bien... –comentó sobriamente.

Y desde luego no podía contradecirle porque no me había visto desde hacía varios meses, él disponía de un punto de comparación que a mí por fuerza me faltaba.

–Claro que voy a aumentarle a 20 mg –prosiguió–, pero bueno, 15 o 20... Supongo que es usted consciente de que los antidepresivos no pueden hacerlo todo. –Yo lo era–. Y además hay que tener presente que 20 mg es la dosis máxima que hay en el mercado. Evidentemente podría tomar dos comprimidos, pasar a 25, 30 y luego 35, ¿y luego dónde nos paramos? No se lo aconsejo, francamente. Lo cierto es que ha sido testada la dosis de 20 mg, no las superiores, y no me apetece mucho correr riesgos. ¿Cómo le va, en el terreno sexual?

La pregunta me dejó boquiabierto. No era, sin embargo, una mala pregunta, había que admitirlo, existía una relación con mi estado, una relación que me parecía lejana, incierta, pero relación al fin y al cabo. No respondí nada, pero seguramente separé las manos, abrí ligeramente la boca, total, debí de adoptar una expresión bastante elocuente de la nada porque él dijo:

–Vale. Vale, ya veo... De todas maneras, va a hacerse usted una analítica para controlar el nivel de testosterona. Normalmente debería ser muy bajo, la serotonina producida por mediación del Captorix inhibe la síntesis de la testosterona, al contrario que la serotonina natural, no me pregunte por qué, no tengo ni idea. Normalmente, y digo bien, normalmente, el efecto debería ser totalmente reversible, en cuanto deje de tomar Captorix volverá a ser el mismo de antes, bueno, es lo que han mostrado los estudios, ahora bien, no estamos un cien por cien seguros, si tuviéramos que tener una certeza científica absoluta no habrían puesto un solo medicamento en el mercado, ¿comprende lo que le digo?

Asentí.

–No obstante, no obstante... –continuó–, no vamos a limitarnos a la testosterona, voy a solicitar un balance hormonal global. Solo que no soy endocrinólogo, puede haber cosas que me sobrepasen un poco, ¿no le gustaría consultar a un especialista?, conozco a uno que no es demasiado malo.

–Preferiría no hacerlo.

–Preferiría no hacerlo... Bueno, supongo que debo tomarlo como una prueba de confianza. Pues bien, de acuerdo, intentaremos continuar. En el fondo no son tan complicadas las hormonas, una pequeña decena y ya las tenemos todas. Además a mí me gustaba la endocrinología en mis tiempos de



estudiante, era una de mis asignaturas favoritas, me gustará repasarlas un poco...

Pareció tocado por un vago residuo de nostalgia, como sin duda es inevitable a partir de cierta edad cuando se piensa en los años de estudiante, yo lo comprendía muy bien porque a mí también me había gustado mucho la biología, experimentaba un placer extraño estudiando las propiedades de esas moléculas complejas, la diferencia es que yo me interesaba sobre todo por las moléculas vegetales, del género clorofílico o antocianinas, pero en resumidas cuentas las bases eran las mismas, entendía muy bien de qué me hablaba.

Así que me marché con dos recetas, compré el Captorix de 20 mg en una farmacia cerca de la estación de Saint-Lazare, para el análisis hormonal aguardaría a mi regreso a París, iba a volver a París, era inevitable, allí la soledad perfecta es, en definitiva, más normal, más adecuada al entorno.

Regresé, sin embargo, una última vez a las orillas del lago de Rabodanges. Había elegido un domingo a mediodía, momento en que estaba seguro de que Camille no estaría allí, de que comería con sus padres en Bagnoles-de-l'Orne. Pienso que si Camille hubiera estado allí me habría sido casi imposible pronunciar el adiós definitivo. ¿Definitivo? ¿Es que creía en él realmente? Sí, lo creía realmente, después de todo había visto morir a gente, yo también iba a morir dentro de poco, el adiós definitivo te lo encuentras constantemente, a lo largo de toda la existencia, a no ser que sea bienaventuradamente breve, te lo encuentras prácticamente todos los días. El tiempo era absurdamente bueno, un sol intenso y ardiente iluminaba las aguas del lago y arrancaba centelleos de los bosques. Los vientos no aullaban, las olas no murmuraban tampoco, la naturaleza manifestaba una falta de empatía casi insultante. Todo era apacible, majestuoso y tranquilo. ¿Habría podido vivir años a solas con Camille y ser feliz en aquella casa aislada en medio del bosque? Sí, sabía que sí. Mi necesidad de relaciones sociales (si se entiende por esto las relaciones distintas de las amorosas), al principio muy débil, andando el tiempo se había vuelto inexistente. ¿Era algo normal? Es verdad que los poco apetecibles antepasados de la humanidad vivían en tribus de algunas decenas de individuos y que esta fórmula se había mantenido largo tiempo, tanto entre los cazadores-recolectores como en las primeras poblaciones agrícolas, eran más o menos del tamaño de una aldea. Pero desde entonces había transcurrido tiempo, se había inventado la ciudad y su corolario natural, la soledad, al que solo la pareja podía ofrecer una alternativa, no volveríamos nunca al estadio de la tribu, algunos sociólogos poco inteligentes pretendían detectar nuevas tribus en las «familias reconstituidas», era muy posible, pero por mi parte no las había visto nunca, en cambio sí había visto familias

descompuestas, incluso casi no había visto otra cosa, exceptuando, por supuesto, los casos por lo demás numerosos en que el proceso de descomposición acontecía ya en el estadio de la pareja, antes de la producción de hijos. En cuanto al proceso de reconstitución, no había tenido ocasión de verlo activo, «Cuando nuestro corazón ha hecho una vez su vendimia / vivir es un mal», escribía más certeramente Baudelaire, esa historia de las familias reconstituidas no era, en mi opinión, más que una chorrada repulsiva, cuando no se trataba incluso de pura propaganda, optimista y posmoderna, desfasada, dedicada a las categorías socioprofesionales altas y muy altas, inaudible más allá de la puerta de Charenton. De modo que sí, podría haber vivido a solas con Camille en aquella casa aislada en medio del bosque, habría visto despuntar el sol cada mañana sobre el lago, y creo que, en la medida de mis posibilidades, habría sido feliz. Pero la vida, como suele decirse, había decidido otra cosa, mis maletas estaban preparadas, podría estar en París a primera hora de la tarde.

Reconocí sin esfuerzo a la recepcionista del Hotel Mercure y ella también me reconoció a mí. «¿Regresa usted?», me preguntó, y se lo confirmé con una punzada de emoción porque había intuido, había intuido con seguridad que ella estuvo a punto de decir: «¿Regresa usted *con nosotros?*», un escrúpulo la había frenado en el último momento, debía de tener un concepto muy concreto de las familiaridades aceptables con un cliente, incluso con un cliente fiel. Su frase siguiente: «¿Será nuestro huésped durante una semana?», era, me parece, exactamente la misma que había pronunciado meses antes, cuando mi primera estancia.

Reencontré con una satisfacción pueril y hasta patética mi minúscula habitación de hotel, con su diseño funcional e ingenioso, y a partir del día siguiente reanudé mis circuitos cotidianos, que me llevaban de la cervecería O’Jules al Carrefour City pasando por la rue Abel-Hovelacque, que yo encadenaba mediante la corta ascensión de la avenue des Gobelins, antes de la bifurcación final hacia la avenue de la Sœur-Rosalie. En el ambiente general, sin embargo, algo había cambiado, había pasado un año o casi y estábamos a principios del mes de mayo, un mayo excepcionalmente templado, una auténtica anticipación del verano. Normalmente debería haber sentido algo parecido al deseo, o al menos a la simple atracción, al encontrarme al lado de chicas con falda corta o mallas ajustadas, instaladas en mesas no muy lejos de mí en la cervecería O’Jules, y que pedían café intercambiando quizá confidencias amorosas, eso era mucho más probable que el hecho de que comparasen sus respectivos planes de seguros de vida. Pero yo no sentía nada, radicalmente nada, a pesar de que pertenecíamos teóricamente a la misma especie, tendría que ocuparme de esa historia del análisis hormonal, el doctor Azote me había pedido que le enviara una copia

de los resultados.

Lo llamé tres días más tarde, parecía incómodo.

–Escuche, es extraño... Si no le molesta, me gustaría consultar con un colega. ¿Puede venir a verme dentro de una semana?

Lo anoté en mi libreta sin hacer comentarios. Cuando un médico te dice que ha observado algo extraño en los resultados de tu análisis, deberías mostrar cierta inquietud; no era mi caso. Inmediatamente después de colgar me dije que como poco podría haber fingido que estaba inquieto, en fin, haberme interesado un poco, era seguramente lo que él esperaba de mí. A menos que quizá, me dije a continuación, hubiese comprendido en qué situación me hallaba; y eso me incomodaba.

La cita era el lunes siguiente a las siete y media, supongo que era la última de su jornada, incluso me pregunto si no la habría prolongado un poco. Tenía un aire agotado y encendió un Camel antes de ofrecermelo uno; un poco como se hace con un condenado a muerte. Vi que había garabateado algunos cálculos sobre los resultados de mi análisis.

–Bueno... –dijo–, el índice de testosterona es francamente bajo, eso me lo esperaba, es por el Captorix. Pero también tiene un nivel de cortisol muy elevado, es increíble el cortisol que segrega usted. De hecho..., ¿puedo ser franco con usted?

Le dije que sí, que la franqueza era más bien la tónica de nuestra relación hasta aquel momento.

–Pues bien, de hecho... –Aun así vaciló, le temblaron ligeramente los labios antes de decirme–: Tengo la impresión de que usted sencillamente se está muriendo de pena.

–¿Existe eso, morir de pena, tiene sentido? –fue la única respuesta que se me pasó por la cabeza.

–Bueno, no es muy científico, como terminología, pero más vale llamar a las cosas por su nombre. Verá, no es la pena lo que va a matarle, no directamente. Supongo que ya habrá empezado a engordar, ¿no?

–Sí, creo que sí, no lo he notado mucho, pero me parece que sí.

–Con el cortisol es inevitable, va a engordar cada vez más, va a volverse realmente obeso. Y en cuanto lo sea, no le faltarán las enfermedades mortales, hay para elegir. El cortisol es lo que me ha hecho cambiar de opinión sobre su tratamiento. Dudaba si aconsejarle que deje el Captorix, por miedo a que aumente su nivel de cortisol, pero verá, sinceramente, no veo cómo podría aumentar más.

–¿Entonces me aconseja dejar el Captorix?

–Pues... no está claro, como opción. Porque si lo deja volverá la depresión, resurgirá incluso mucho más fuerte, se convertirá usted en una auténtica larva. Por otro lado, si lo sigue tomando puede tachar con un aspa su sexualidad. Lo que haría falta es mantener la serotonina a un nivel correcto, hasta ahí todo bien, todo en orden, pero bajando el cortisol, y quizá aumentar un poco la dopamina y las endorfinas, que sería lo ideal. Pero tengo la sensación de no ser muy claro, ¿sí, me sigue usted?

–No del todo, la verdad.

–Bueno... –Eché de nuevo una ojeada al papel, una ojeada un tanto extraviada, me daba la impresión de que no creía realmente en sus propios cálculos, hasta que alzó la mirada y me soltó–: ¿Ha pensado en las putas?

Me quedé boquiabierto, y sin duda efectivamente abrí la boca, debió de parecerle una estupefacción total, porque prosiguió:

–Bueno, ahora las llaman escorts, pero viene a ser lo mismo. En materia de economía creo que está desahogado, ¿no?

Le confirmé que en ese sentido, cuando menos, no tenía apuros, por el momento.

–Bueno... –me pareció un poco reanimado por mi reacción–, algunas no están mal, ya sabe. En fin, hay que ser honesto, son la excepción, la mayoría son cajeros automáticos en estado puro, además se sienten obligadas al teatro de fingir deseo, placer y amor y lo que haga falta, pueden engañar a gente muy joven y muy estúpida, pero no a la gente como nosotros. – Probablemente había querido decir «como usted», pero lo cierto es que dijo «como nosotros», aquel médico era sorprendente–. En resumen, en nuestro caso para lo único que sirve es para aumentar la desesperación. Pero se folla, lo cual no es poco, y mejor si puedes follar con chicas que lo hacen bien, en

fin, supongo que ya lo sabe. En resumen –continuó–, en resumen, le he preparado una pequeña lista. –Sacó de un cajón de su escritorio una hoja DIN A4 en la que había tres nombres escritos: Samantha, Tim y Alice; a cada nombre de pila le seguía un número de móvil–. No hace falta que diga que llama de mi parte. Bueno, sí, mire, quizá sea mejor decirlo, son chicas que desconfían, hay que entenderlas, no tienen un oficio fácil.

Me costó algún tiempo reponerme de mi sorpresa. En un sentido lo entendía, los médicos no pueden hacerlo todo, hace falta un mínimo de placer para vivir, para levantarse cada día de la cama, como suele decirse, aun así las escorts eran algo sorprendente, y aquí me callé, él, por su parte, necesitó unos minutos antes de proseguir (ya no había tráfico en la rue d'Athènes, el silencio en la habitación era perfecto).

–No soy partidario de la muerte. Como regla general, la muerte no me gusta. Bueno, evidentemente hay casos... –Hizo un gesto vago, impaciente, como para barrer una objeción recurrente e idiota–. Hay algunos casos en que es la mejor solución, casos muy raros, por otro lado, mucho más raros de lo que se dice, la morfina funciona casi siempre, y en los casos rarísimos de intolerancia a la morfina queda la hipnosis, pero usted no ha llegado a ese punto, ¡por Dios, ni siquiera tiene cincuenta años! Hay que tener en cuenta una cosa, que si usted estuviera en Bélgica o en Holanda y pidiera la eutanasia, con la depresión que lleva a cuestras, se la concederían sin reparos. Pero yo soy médico. Y si un tío viene y me dice: «Estoy deprimido, tengo ganas de pegarme un tiro», ¿acaso le responderé: «Muy bien, pégueselo, le echaré una mano...»? Pues no, lo siento mucho pero no, no he estudiado medicina para eso.

Yo le aseguré que por el momento no tenía la menor intención de ir a Bélgica o a Holanda. Pareció tranquilizado, creo que esperaba una afirmación mía de este tipo, ¿yo había llegado realmente a ese extremo de una forma tan visible? Había entendido más o menos sus explicaciones, pero había un punto que se me escapaba, y se lo pregunté: ¿la sexualidad era el único medio de reducir la secreción excesiva de cortisol?

–No, no, en absoluto. Al cortisol se le llama a menudo la hormona del

estrés, y no es falso. Estoy seguro de que los monjes, por ejemplo, segregan muy poco cortisol, pero ese no es realmente mi terreno. Ya sé, puede parecer extraño calificarle de estresado cuando prácticamente no da golpe en todo el día, ¡pero aquí están las cifras! –Dio unos golpecitos vigorosos sobre el papel con los resultados de mi análisis–, usted está estresado, estresado hasta un punto espantoso, es un poco como si se extenuara sin moverse, como si se consumiera por dentro. Bueno, no es fácil explicar esta clase de cosas. Además, se hace tarde...

Consulté mi reloj, eran las nueve pasadas, realmente había abusado de su tiempo y además yo empezaba a tener hambre, se me ocurrió fugazmente la idea de ir a cenar a Mollard, como en los tiempos de Camille, y un instante después un arranque de puro terror la expulsó de mi mente, sin duda yo era un auténtico imbécil.

–Lo que voy a hacer –concluyó el doctor– es darle una receta de Captorix 10 mg, por si se decidiera a dejarlo, porque, se lo repito, nada de parón brusco. Pero, bueno, mejor no complicar demasiado el protocolo: tome 10 mg durante dos semanas y luego cero. No se lo oculto, podría ser duro porque hace ya mucho tiempo que toma antidepresivos. Será duro, pero creo que es lo que hay que hacer...

Me estrechó largo tiempo la mano en el umbral de la puerta, antes de soltarme. Me habría gustado decir algo, encontrar una fórmula que expresase mi agradecimiento y mi admiración, busqué frenéticamente una fórmula durante los treinta segundos que tardé en ponerme el abrigo y llegar a la puerta; pero, una vez más, me quedé sin palabras.



Pasaron dos o quizá tres meses, tenía a menudo ante mi vista la receta del 10 mg, la que debía conducirme a dejarlo; tenía también la DIN A4 con el número de las tres escorts; y no hacía nada, aparte de ver la televisión. La encendía al final de mi pequeño paseo, un poco después de mediodía, y en definitiva no la apagaba nunca, había un artilugio ecológico de ahorro de energía que obligaba a pulsar cada hora el botón de OK, así que yo lo pulsaba cada hora hasta que el sueño me procuraba una liberación temporal. Volvía a encenderla un poco después de las ocho, indiscutiblemente los debates de *Politique matin* me ayudaban a lavarme, la verdad es que no podía pretender entenderlo todo a la perfección, confundía siempre La République en Marche y La France Insoumise, de hecho se parecían un poco, las dos denominaciones tenían en común que desprendían una sensación de energía casi insoportable, pero era eso precisamente lo que me ayudaba: en lugar de atacar directamente la botella de Grand Marnier pasaba por mi cuerpo el guante enjabonado y enseguida estaba listo para mi paseíto.

Los demás programas eran más parecidos, me embriagaba lentamente, zapeando con moderación, y la impresión dominante era la de pasar de un programa de cocina a otro, los programas de cocina se habían multiplicado en proporciones notables, mientras que el erotismo, al mismo tiempo, desaparecía de la mayoría de las cadenas. Francia, y quizá todo Occidente, estaba sin duda retrocediendo al *estadio oral*, por decirlo en los términos del fantoche austríaco. Yo seguía el mismo camino, era indudable, engordaba poco a poco, y la alternativa del sexo ni siquiera se me presentaba claramente. Distaba mucho de ser el único en mi caso, seguro que quedaban todavía *pichabravas* y *folladoras*, pero se había convertido en un hobby minoritario y particular, reservado a una élite (élite a la que, recordé

brevemente una mañana en el O'Jules, y fue sin duda la última vez que pensé en ella, había pertenecido Yuzu), habíamos vuelto en cierto modo al siglo XVIII, en el que el libertinaje estaba reservado a una aristocracia variopinta, mezcla de nacimiento, fortuna y belleza.

Quedaban también, quizá, los jóvenes, bueno, algunos jóvenes, pertenecientes en virtud de su simple juventud a la aristocracia de la belleza, y que creían todavía en ella durante unos años, entre dos y cinco, desde luego menos de diez; estábamos a primeros de junio y cuando iba al café todas las mañanas tenía que rendirme a la evidencia: a las jovencitas no se las cuestionaba en absoluto, ellas siempre estaban allí, mientras que las de treinta y cuarenta años habían renunciado en buena medida, la parisina «chic y sexy» no era ya más que un mito inconsistente; en fin, en medio de la desaparición de la libido occidental, las chicas jóvenes, obedeciendo, me figuro, a un irreprimible impulso hormonal, seguían recordando al hombre la necesidad de reproducir la especie, objetivamente no se las podía censurar, cruzaban las piernas en el momento oportuno cuando estaban sentadas a una mesa en O'Jules, a algunos metros de mí, incluso a veces se entregaban a deliciosos melindres como chuparse los dedos cuando degustaban un cucurucho de pistacho y vainilla, total, cumplían más que honradamente su trabajo de erotizar la vida, estaban allí pero era yo el que ya no estaba, ni para ellas ni para nadie, y no tenía pensado volver a estar.

Hacia el atardecer, aproximadamente a la hora de *Questions pour un champion*, había atravesado dolorosos lapsos de autocompasión. Pensaba de nuevo entonces en el doctor Azote, yo no sabía si se comportaba igual con todos sus pacientes, pero de ser así era un santo, y también pensaba en Aymeric, pero las cosas habían cambiado, yo había envejecido a ojos vistas, no iba a invitar al doctor Azote a escuchar discos en mi casa, no nacería una amistad entre nosotros, el tiempo de las relaciones humanas había caducado, al menos para mí.

Así que me encontraba estabilizado en este estado, aunque decaído, cuando la recepcionista me anunció una muy mala noticia. Era una mañana de lunes, me disponía como todos los días a tomar la dirección del O'Jules, estaba animado, hasta sentía cierta satisfacción ante la idea de empezar una nueva semana, cuando la recepcionista me detuvo con un discreto «Señor...». Deseaba informarme, debía informarme, era su triste deber informarme de que el hotel pasaba a ser cien por cien no fumadores, eran las nuevas normas, me dijo, la decisión la había tomado el grupo, no era posible oponerse. Era un fastidio, le dije, iba a tener que comprarme un piso, pero aunque me comprara el primero que visitara las formalidades llevarían su tiempo, actualmente había un montón de valoraciones, certificado energético, gas de efecto invernadero, qué sé yo, en fin, llevaría meses, dos o tres como mínimo, hasta que pudiera mudarme de verdad.

Me miró con perplejidad, como si no lo hubiera entendido bien, antes de que yo se lo confirmara: ¿iba a comprar un piso porque no podía quedarme en el hotel? ¿Era eso? ¿En ese punto estaba?

Pues sí, en ese punto estaba, ¿qué otra cosa podía decirle? Hay momentos en que el pudor cede porque simplemente no puedes mantenerlo. Había llegado a ese punto. Ella me miraba directamente a los ojos, yo leía la compasión que se le pintaba en la cara, que deformaba sus rasgos poco a poco, lo único que esperaba es que no se echara a llorar, era una chica encantadora, no me cabía duda, estoy seguro de que su chico era feliz, pero ¿qué podía hacer ella? ¿Qué podemos hacer, todos nosotros, en cualquier circunstancia?

Iba a hablar con su superior, me dijo, iba a hablar con él aquella misma mañana, estaba convencida de que se podría encontrar una solución. Al

marcharme le dediqué una gran sonrisa, una sonrisa totalmente sincera como señal amistosa, pero que al mismo tiempo quería transmitir una impresión de optimismo heroico –todo irá bien, saldré del apuro– francamente deshonesto. No iría bien, no saldría del apuro, y lo sabía perfectamente.

Estaba viendo a Gérard Depardieu maravillarse ante la fabricación de salchichas artesanas en la Apulia, cuando el director del hotel me llamó. Su físico me sorprendió, se parecía a Bernard Kouchner, o digamos que parecía más un médico humanitario que un gerente de Hotel Mercure; yo no entendía cómo sus cometidos cotidianos habían podido formar aquellas arrugas de expresión, aquel bronceado. Debía de hacer trekking de supervivencia en medio hostil los fines de semana, no había otra explicación. Me recibió encendiendo un Gitanes y me ofreció uno.

–Audrey me ha explicado su situación... –empezó. Así que la chica se llamaba Audrey. El director parecía molesto en mi presencia, le costaba mirarme a los ojos. Es normal, cuando estás frente a un hombre condenado nunca sabes cómo tratarlo, bueno, los hombres nunca saben, las mujeres a veces, no siempre–. Vamos a arreglar esto –prosiguió–. Por supuesto harán una inspección, no de inmediato, en mi opinión dentro de seis meses, a lo sumo, pero más bien dentro de un año. Eso le da tiempo para solucionar el problema.

Asentí, le confirmé que me marcharía, a más tardar, dentro de tres o cuatro meses. Ya está, habíamos acabado, no teníamos nada más que decirnos. Me había ayudado. Se lo agradecí antes de salir de su despacho, me aseguró que no había por qué, era realmente lo menos que podía hacer, me pareció que tenía ganas de soltar una diatriba contra los cabrones que nos joden la vida pero al final se calló, seguro que ya la había soltado demasiado a menudo, la diatriba, y sabía que no servía de nada, los cabrones eran los más fuertes. Por mi parte, antes de franquear la puerta, me disculpé por las molestias, y en el momento en que pronunciaba estas palabras banales comprendí que en adelante mi vida iba a reducirse a eso: a disculparme por las molestias.

Así pues, estaba en el estadio en que el animal envejecido, magullado y sintiéndose mortalmente herido busca una guarida donde terminar su vida. Las necesidades de mobiliario son entonces limitadas: una cama basta, sabes que ya apenas vas a abandonarla; no hacen falta mesas, sofás ni butacas, serían accesorios inútiles, resurgencias superfluas y hasta dolorosas, de una vida social que ya no tendrá lugar. Un televisor es necesario, la televisión divierte. Todo esto me orientaba más bien hacia un estudio; más bien un estudio grande, mejor dotarse de un poco de movimiento, de ser posible.

La cuestión del barrio resultó más difícil. Con el tiempo había creado una pequeña red de terapeutas, a cada uno le correspondía la vigilancia de uno de mis órganos para evitar verme expuesto a sufrimientos exagerados antes de la hora de mi muerte efectiva. La mayoría tenía su consultorio en el distrito 5 de París, me había mantenido fiel, para mi última vida, mi vida médica, mi vida auténtica, al barrio de mis estudios, mi juventud, mi vida soñada. Era lógico que tratase de estar cerca de mis terapeutas, en lo sucesivo mis interlocutores principales. El carácter medicinal de estos desplazamientos hasta su consulta los hacía en cierto modo asépticos, inofensivos. Por el contrario, vivir en el mismo barrio, como caí en la cuenta desde el comienzo de mis prospecciones inmobiliarias, habría sido un error colosal.

El primer estudio que visité, en la rue Laromiguière, era muy agradable: de techo alto, luminoso, daba a un patio amplio y arbolado, el precio, por supuesto, era elevado, pero quizá pudiera permitírmelo, bueno, no era tan seguro, pero a pesar de todo estaba decidido a adquirirlo cuando al enfilear la rue Lhomond me arrasó una oleada de tristeza horrible, abrumadora, que me cortó la respiración, respiraba con dificultad y a duras penas las piernas me llevaban, tuve que refugiarme en el primer café que vi, lo cual no arregló

nada, más bien al contrario, reconocí en el acto que era uno de los cafés que frecuentaba cuando estudiaba Agronomía, seguro incluso que había estado en aquel café con Kate, el interior casi no había cambiado. Pedí algo de comer, una tortilla de patatas y tres Leffe me ayudaron a reponerme un poco, oh, sí, Occidente volvía al estadio oral y yo comprendía que lo hiciese, creí haber superado más o menos la crisis cuando salí del establecimiento, pero todo volvió a empezar cuando entré en la rue Mouffetard, ese trayecto se transformaba en un calvario, esta vez fueron las imágenes de Camille las que me asaltaron, su alegría infantil cuando íbamos al mercado el domingo por la mañana, su fascinación al ver los espárragos, los quesos, las verduras exóticas, los bogavantes vivos, tardé más de veinte minutos en subir la cuesta hasta la parada de metro de Monge, titubeé como un anciano y jadeaba de sufrimiento, de ese dolor incomprensible que a veces les sobreviene a los ancianos y que no es otra cosa que el peso de la vida, no, el barrio del distrito 5 había que descartarlo, descartarlo totalmente.

De este modo inicié una bajada progresiva a lo largo de la línea 7, bajada acompañada de una reducción correspondiente de los precios, y me sorprendió verme visitando, a principios del mes de julio, un estudio en la avenue de la Sœur-Rosalie, casi enfrente del Hotel Mercure. Desistí en el mismo momento en que fui consciente de que acariciaba, en alguna parte del fondo de mí mismo, el proyecto tácito de mantener el contacto con Audrey, Dios mío, ¡qué difícil es vencer la esperanza, qué tenaz y astuta es!, ¿son así todos los hombres?

Tenía que bajar, bajar todavía más al sur, ahuyentar lejos de mí toda esperanza de una vida posible, de otra forma no saldría adelante, y con este estado de ánimo emprendí la visita de los bloques que se extienden entre la porte de Choisy y la porte d'Ivry. Debía buscar el vacío, lo blanco y lo desnudo; el entorno respondía casi idealmente a esa búsqueda, vivir en uno de aquellos bloques era vivir en ninguna parte, no del todo en ninguna parte, digamos en la vecindad inmediata a ninguna parte. Por lo demás, el precio del metro cuadrado en aquellas zonas pobladas por asalariados era muy accesible, con el presupuesto previsto podría haber adquirido un piso de dos y hasta tres habitaciones, sí, pero ¿para alojar a quién?

Todos los bloques se parecían y también todos los pisos se parecían, creo

que elegí el más vacío, el más tranquilo y el más desnudo en un bloque de los más anónimos, allí al menos estaba seguro de que mi mudanza pasaría inadvertida, no suscitaría ningún comentario, y mi defunción tampoco. El vecindario, esencialmente compuesto por chinos, me garantizaría neutralidad y buena educación. La vista de mis ventanas era inútilmente vasta, sobre la periferia sur; a lo lejos se divisaba Massy y probablemente Corbeil-Essonnes; esto no tenía una gran importancia, porque me propuse cerrar para siempre algunas persianas en cuanto me instalase. Había un triturador de basura, y creo que fue lo que me sedujo finalmente; utilizando el triturador de basuras, por una parte, y el nuevo servicio de entrega de comidas a domicilio creado por Amazon, por otra, podría alcanzar una autonomía casi perfecta.

Abandonar el Hotel Mercure fue curiosamente un momento difícil, sobre todo a causa de la pequeña Audrey, ella tenía lágrimas en los ojos, pero qué podía hacer yo, si ella no soportaba aquello nunca podría soportar nada en la vida, tenía como mucho veinticinco años pero debía endurecerse, ¿no? Entonces le di un beso y después dos y después cuatro, ella los recibía con auténtico abandono, incluso me estrechó en sus brazos fugitivamente y ahí acabó todo, mi taxi había llegado a la puerta del hotel.

Mi mudanza fue fácil, encontré enseguida muebles, me aboné de nuevo a un paquete SFR: estaba decidido a ser fiel a este operador, fiel hasta el fin de mis días, era una de las cosas que la vida me había enseñado. Sin embargo, al cabo de unas semanas me di cuenta de que su oferta deportiva me interesaba menos, era normal, envejecía, era cada vez menos deportivo. Quedaban, no obstante, en la oferta de SFR, no pocas perlas, especialmente en materia culinaria, me estaba convirtiendo en un hombre viejo y gordo, un filósofo epicúreo, ¿por qué no?, ¿qué otra cosa exactamente tenía Epicuro en la cabeza? Ahora bien, un mendrugo de pan duro y un chorrito de aceite de oliva era un poco insuficiente, necesitaba medallones de bogavante y vieiras con sus verduritas, yo era un decadente, no un marica rural griego.

Hacia mediados de octubre empecé a cansarme de los programas de cocina, por supuesto irreprochables, y fue el verdadero comienzo de mi bajón. Intenté interesarme por los debates sobre temas sociales, pero este período fue decepcionante y breve: el extremo conformismo de los participantes, la desoladora uniformidad de sus indignaciones y sus entusiasmos habían llegado a tal punto que ahora podía prever sus intervenciones no solo a grandes rasgos, sino incluso en detalle, en realidad al pie de la letra, los editorialistas y los grandes testigos desfilaban como inútiles marionetas europeas, los cretinos se sucedían unos a otros, felicitándose por la pertinencia y la moralidad de sus opiniones, podría haber escrito en su lugar los diálogos y acabé apagando definitivamente el televisor, si hubiera tenido fuerza para continuar todo aquello, solo habría servido para entristecerme más.



Hacía mucho tiempo que tenía el proyecto de leer *La montaña mágica*, de Thomas Mann, intuía que era un libro fúnebre, pero al fin y al cabo convenía a mi situación, era sin duda el momento. Así que me zambullí en su lectura, al principio con admiración, después con una creciente reserva. Aunque su extensión y sus ambiciones eran mucho más grandes, el sentido último de la obra era en el fondo idéntico al de *Muerte en Venecia*. Al igual que ese viejo imbécil de Goethe (el humanista alemán de tendencia mediterránea, uno de los viejos chochos más siniestros de la literatura mundial), al igual que el héroe de *La montaña mágica*, Aschenbach (mucho más simpático, con todo), Thomas Mann, el propio Thomas Mann, y esto era sumamente grave, había sido incapaz de huir de la fascinación de la juventud y la belleza, que al final había situado por encima de todo, por encima de todas las cualidades intelectuales y morales, y a las cuales, a fin de cuentas, él también, sin la menor contención, se había entregado abyectamente. Así pues, toda la cultura mundial no servía para nada, toda la cultura del mundo no aportaba ningún beneficio moral ni ventaja alguna, puesto que por los mismos años, exactamente en los mismos años, Marcel Proust, al final de *El tiempo recobrado*, concluía con notable franqueza que no solo las relaciones mundanas, sino incluso las relaciones de amistad, eran incapaces de ofrecer nada sustancial, eran pura y simplemente una pérdida de tiempo, y que el escritor, contrariamente a lo que cree todo el mundo, no necesitaba en absoluto conversaciones intelectuales, sino «amores ligeros con muchachas en flor». En este estadio de la argumentación, me importa mucho sustituir «muchachas en flor» por «jóvenes coños húmedos»; esto contribuirá, me parece, a clarificar el debate sin detrimento de su poesía (¿qué hay más bonito, más poético, que un coño que empieza a humedecerse? Pido que lo piensen seriamente antes de responderme. ¿Una polla que inicia su ascensión vertical? Cabría sostenerlo. Todo depende, como muchas otras cosas en este mundo, del punto de vista sexual que se adopte).

Volviendo a mi tema, por más que Marcel Proust y Thomas Mann poseyeran toda la cultura del mundo, por más que estuvieran a la cabeza (en el impresionante comienzo del siglo XX, que sintetizaba por sí solo ocho siglos e incluso un poco más de cultura europea) de todo el saber y toda la inteligencia del mundo, por mucho que representaran, cada uno por su lado,

la cima de la civilización francesa y alemana, es decir, de las civilizaciones más brillantes, más profundas y refinadas de su época, no habían estado menos a la merced, y dispuestos a prosternarse, ante cualquier joven coño húmedo o ante cualquier polla valientemente erguida, según sus preferencias personales: Thomas Mann en este sentido no se acaba de decidir, y Proust, en el fondo, tampoco es muy claro. Así pues, el final de *La montaña mágica* era más triste todavía de lo que parecía en la primera lectura; no solo significaba, debido al estallido en 1914 de una guerra tan absurda como mortífera entre las dos más altas civilizaciones de la época, el fracaso de toda idea de cultura europea; significaba incluso, a causa de la victoria a la postre de la atracción animal, el fin definitivo de toda civilización, de toda cultura. Una chica pija podría habérsela puesto *locamente tiesa* a Thomas Mann; Rihanna habría *alucinado* a Marcel Proust; estos dos autores, la cúspide de sus literaturas respectivas, no eran, por decirlo de otro modo, hombres honorables, y habría que remontarse mucho más atrás, sin duda al principio del siglo XIX, al tiempo del Romanticismo naciente, para respirar un aire más saludable y puro.

Esto también podría discutirse, esta pureza, Lamartine no era en el fondo más que una especie de Elvis Presley, tenía la capacidad, por su lirismo, de *volver locas a las chicas*, al menos sus conquistas las ganó en nombre del lirismo puro, Lamartine se contoneaba con más moderación que Elvis, bueno, lo supongo, habría que examinar, si se pudiera, documentos de vídeo inexistentes entonces, pero eso no tenía importancia, aquel mundo estaba muerto, lo estaba para mí, y no solo para mí, estaba simplemente muerto. Al final fue en la lectura más accesible de Sir Arthur Conan Doyle donde encontré algún consuelo. Además de la serie de Sherlock Holmes, Conan Doyle era autor de un número impresionante de cuentos, de un encanto literario constante, y hasta a menudo francamente palpitantes, durante toda su vida había sido un *page turner* excepcional y sin duda el mejor de la literatura mundial, pero seguramente eso no era nada para él, ahí no estaba su mensaje, la verdad de Conan Doyle era que se sentía vibrar en cada página la protesta de un alma noble, de un corazón bueno y sincero. Lo más conmovedor, desde luego, era su actitud personal ante la muerte. Alejado de la fe cristiana por unos estudios de medicina de un materialismo

desesperante, habiendo sufrido a lo largo de toda su vida pérdidas repetidas, crueles, entre ellas la de sus propios hijos, sacrificados a los designios guerreros de Inglaterra, en última instancia solo había podido recurrir al espiritismo, la última esperanza, el consuelo postrero de todos aquellos que no logran ni aceptar la muerte de sus seres queridos ni adherirse a la cristiandad.

Despojado de allegados, me parecía que yo aceptaba cada vez más fácilmente la idea de la muerte; me habría gustado ser feliz, por supuesto, acceder a una comunidad dichosa, todos los seres humanos quieren eso, pero, en fin, realmente en aquel momento eso estaba fuera de lugar. A primeros de diciembre compré una impresora de fotos, así como un centenar de cajas de papel Epson mate, formato 10 15 cm. De las cuatro paredes de mi estudio una la ocupaban, desde media altura, un ventanal cuyas persianas mantenía cerradas y un gran radiador debajo. Reducían el espacio de la segunda mi cama, una mesilla de noche y dos librerías medianas. La tercera pared quedaba casi totalmente libre, salvo por una abertura que llevaba a la entrada, al cuarto de baño a la derecha y la cocina a la izquierda. Solo la cuarta pared, enfrente de mi cama, estaba enteramente disponible. Limitándome, por comodidad, a las dos últimas, disponía de un espacio de exposición de dieciséis metros cuadrados; habida cuenta de que el formato de impresión era de 10 15 cm, podía exponer un poco más de mil fotos. En mi ordenador portátil había algo más de tres mil, que documentaban íntegramente mi vida. Escoger una de cada tres me parecía razonable, incluso muy razonable, y me daba la sensación de haber vivido bastante.

(Bien mirado, de todos modos, mi vida se había desarrollado de un modo extraño. En el fondo, durante varios años, después de mi separación de Camille, me había dicho a mí mismo que tarde o temprano nos encontraríamos, que era inevitable porque nos amábamos, que hacía falta, como se dice, dejar que cicatrizasen las cosas, pero que todavía éramos jóvenes y teníamos toda la vida por delante. Ahora, al mirar atrás, me percataba de que la vida se había acabado, que había pasado por nuestro lado sin realmente hacernos grandes señales, y que luego había recogido sus cartas

con discreción y elegancia, con suavidad, y lisa y llanamente se había alejado de nosotros; la verdad era, visto de cerca, que nuestra vida no había sido muy larga.)

En cierto sentido deseaba confeccionar una especie de muro de Facebook, pero para mi uso personal, un muro de Facebook que solo vería yo y, muy brevemente, el empleado de la agencia inmobiliaria que debería tasar mi piso después de mi fallecimiento; se quedaría algo sorprendido y luego lo tiraría todo a la basura y con toda seguridad encargaría una limpieza con detergente para eliminar de las paredes las huellas de pegamento.

La tarea era fácil gracias a las prestaciones de las cámaras modernas; cada negativo tenía asociadas la hora y la fecha de la instantánea, nada era más simple que llevar a cabo una selección según estos criterios. Si hubiese activado la función GPS en mis aparatos sucesivos, habría podido con certeza recuperar los lugares. Pero la verdad es que resultaba superfluo, yo recordaba los lugares de mi vida, los recordaba perfectamente, con una precisión quirúrgica, inútil. Mi memoria de las fechas era más dudosa, las fechas carecían de importancia, todo lo que ocurría, ocurría para la eternidad, ahora lo sabía, pero se trataba de una eternidad cerrada, inaccesible.

En el transcurso de este relato he mencionado algunas fotos, dos con Camille, una con Kate. Había otras, un poco más de tres mil, de un interés mucho menor, era hasta sorprendente comprobar hasta qué punto mis fotos eran mediocres: ¿por qué me había parecido bien tomar aquellas imágenes turísticas en Venecia o Florencia, exactamente iguales a las de cientos de miles de turistas? ¿Y qué me habría incitado a revelar aquellas fotos banales? Sin embargo, iba a pegarlas en la pared, cada una en su sitio, sin esperar que desprendieran belleza ni sentido; pero continuaría, hasta el final, porque podía hacerlo, materialmente podía hacerlo, era una tarea físicamente a mi alcance.

En consecuencia, lo hice.

También acabé interesándome por el control de los gastos. Eran elevadísimos en aquellos bloques del distrito 13, cosa que yo no había previsto y que iba a interferir en mi plan de vida. Hacía unos meses (¿solamente unos meses?, ¿un año entero, incluso dos?, ya no lograba asociar una cronología a mi vida, solo sobrevivían algunas imágenes en medio de una nada confusa, el lector atento la completará), bueno, en fin, en el momento en que decidí desaparecer, alejarme para siempre tanto del Ministerio de Agricultura como de Yuzu, tenía todavía la sensación de ser rico, de que la herencia de mis padres me permitiría vivir un tiempo ilimitado.

Me quedaban en la cuenta un poco más de doscientos mil euros. Naturalmente, estaba descartado irme de vacaciones (¿vacaciones para hacer qué? ¿Surf de vela rápida, esquí alpino? ¿Y en qué entorno? Una vez, en un club de Fuerteventura adonde había ido con Camille, me había cruzado con un tipo que había ido solo: cenaba solo y, con toda evidencia, cenaría solo hasta el final de su estancia; era treintañero, español, me pareció, físicamente no estaba mal y seguramente era de una posición social aceptable; te lo imaginabas cajero de un banco; el valor que tenía que desplegar todos los días, en especial a la hora de las comidas, siempre me dejaba pasmado, casi me sumía en el terror). Tampoco saldría de fin de semana, los hoteles con encanto se habían acabado para mí, más valía pegarse un tiro que ir solo a uno de esos hoteles, pasé un momento de verdadera tristeza al estacionar mi G 350 en aquel aparcamiento siniestro de la tercera planta del sótano, que se vendía junto con el piso, el suelo era repugnante y grasiento, el ambiente era nauseabundo, aquí y allá había desperdigadas mondaduras de fruta: era un final muy triste para mi viejo G 350, la reclusión en aquel parking sucio y lúgubre, él, que se había embalado bajando carreteras de montaña, que había

atravesado ciénagas, cruzado vados, que llevaba recorridos 380.000 kilómetros y en ningún instante me había fallado.

Tampoco pensaba recurrir a las escorts, además ya había perdido el papel que me dio el doctor Azote. En cuanto me di cuenta, cuando me dije que probablemente lo había olvidado en mi habitación del Hotel Mercure, por un momento me inquietó la idea de que podía haberlo encontrado Audrey y de que quizá el hallazgo hubiera alterado el aprecio que me tenía (pero ¿a mí qué más me daba? La verdad es que mi psicología no tenía arreglo). Claro que podía volver a pedírselo a Azote, o bien podía buscar por mi cuenta, no faltaban webs en internet, pero buscarlas me parecía inútil: nada parecido a una erección era concebible actualmente, mis esporádicos intentos de masturbación disipaban cualquier duda al respecto, de forma que el mundo se había transformado en una superficie neutra, sin relieve ni atractivo, por eso mis gastos de funcionamiento se habían reducido mucho, pero la suma total era tan indeciblemente alta que aun ciñéndome a los placeres moderados de la comida y el vino, podía calcular que como máximo en diez años mi saldo en el banco, acercándose a cero, pondría fin al proceso.

Tenía pensado hacerlo de noche, para que no me frenara la vista de la explanada de hormigón, no tenía mucha fe en mi valentía. En la secuencia que había previsto, la evolución de los hechos era breve y perfecta: en la entrada de la habitación principal, un interruptor me permitía subir la persiana en pocos segundos. Tratando de no pensar en nada, me dirigía hacia la ventana, corría los ventanales, me asomaba y ya está, hecho.

Durante mucho tiempo, me frenó el pensar en la duración de la caída, me imaginaba flotando unos minutos en el espacio, siendo progresivamente consciente del inevitable estallido de los órganos en el momento del impacto, del dolor absoluto que sufriría, y cómo a cada segundo de mi caída me invadiría un pavor espantoso, total, que ni siquiera la bienaventurada gracia de un desmayo suavizaría.

Había valido la pena cursar largos estudios científicos: la altura  $a$ , recorrida por un cuerpo en caída libre durante un tiempo  $t$ , lo calculaba con precisión la fórmula  $a = \frac{1}{2}gt^2$ , siendo  $g$  la constante gravitatoria, lo que daba

un tiempo de caída, para una altura  $a$ , de  $\sqrt{2a/g}$ . Teniendo en cuenta la altura de mi inmueble (cien metros, casi exactos), y que de hecho la resistencia del aire era irrelevante para esas alturas, la duración de la caída sería de cuatro segundos y medio, cinco a lo sumo si se introducía a toda costa la resistencia del aire; como se ve, no había motivo para ponerse dramático; con algunos vasos de calvados en el cuerpo, ni siquiera era seguro que tuviese tiempo de pensar. Sin duda habría muchos más suicidas si la gente conociese esta simple cifra: cuatro segundos y medio. Llegaría al suelo a una velocidad de 159 kilómetros por hora, lo cual era menos agradable de pensar, pero bueno, no era del impacto de lo que yo tenía miedo, sino sobre todo del vuelo, y la física establecía con certeza que el mío duraría poco.

Diez años era demasiado, mis sufrimientos morales alcanzarían mucho antes un grado insoportable y directamente letal, pero bueno, no me veía dejando una herencia (¿a quién, por otra parte?, ¿al Estado?; la perspectiva me producía un desagrado supremo), o sea que tendría que aumentar el ritmo de mis gastos, era peor que mezquino, era francamente miserable, pero la perspectiva de morir con dinero en mi cuenta me resultaba intolerable. Podría haberme mostrado generoso, pero ¿con quién? ¿Los paralíticos, los sin techo, los emigrantes, los ciegos? No les iba a soltar mi pasta a unos rumanos, ¿no? Yo había recibido poco y tenía pocas ganas de dar; la bondad no se había desarrollado en mi interior, el proceso psicológico no se había producido, al contrario, el conjunto de los seres humanos me era cada vez más indiferente, por no hablar de los casos de hostilidad pura y dura. Había intentado aproximarme a algunos de ellos (y sobre todo a algunas, porque en principio me atraían más, pero ya he hablado de eso), en fin, creo que había hecho un número normal de tentativas, un número corriente, dentro del promedio, pero por distintas razones (que también he mencionado ya) nada se había concretado, nada me había inducido a creer que había para mí un lugar donde vivir, ni un entorno, ni un motivo.

La única solución para reducir mi saldo en el banco era comer, intentar interesarme por manjares más onerosos y finos (¿trufas de Alba?, ¿bogavantes del Maine?), acababa de sobrepasar los ochenta kilos pero eso

no influiría en el tiempo de caída, como ya lo habían establecido las notables experiencias de Galileo, realizadas, según la leyenda, desde la cima de la torre de Pisa, aunque es más probable que fuera desde la cima de una torre de Padua.

Mi bloque también tenía el nombre de una ciudad italiana (¿Rávena? ¿Ancona? ¿Rimini?). La coincidencia no tenía nada de hilarante, y sin embargo no me parecía absurdo intentar desarrollar una actitud humorística, ver como una broma el momento en que me asomaría a la ventana, en que me abandonaría a la acción de la gravedad, el espíritu bromista respecto a la muerte era asequible, al fin y al cabo, un montón de personas morían cada segundo y algunas lo conseguían perfectamente, a la primera, sin pamplinas, y había incluso quienes habían aprovechado para decir *algo ingenioso*.

Lo lograría, sentía que estaba a punto de lograrlo, era la recta final. Me quedaban dos meses de Captorix con receta, tendría que ver sin falta por última vez al doctor Azote, esta vez tendría que mentirle, fingir una mejoría de mi estado, evitar un intento de salvamento por su parte, una hospitalización de urgencia o qué sé yo; tendría que mostrarme optimista y ligero, bueno, sin exagerar, mis dotes de actor eran limitadas. No sería fácil, no tenía un pelo de tonto; pero abandonar el Captorix, aunque solo fuese un día, era inconcebible. No hay que dejar que el sufrimiento aumente más allá de cierto grado, de lo contrario haces cualquier disparate, te tragas un desatascador y tus órganos internos, compuestos de las mismas sustancias que atascan habitualmente los fregaderos, se descomponen entre dolores atroces; o te tiras a la vía del metro y acabas con dos piernas menos y los cojones hechos picadillo, pero todavía vivo.



Es un comprimido pequeño, blanco, ovalado, divisible.

No crea ni transforma; interpreta. Lo que era definitivo lo convierte en pasajero; lo que era inevitable lo vuelve contingente. Proporciona una nueva interpretación de la vida: menos rica, más artificial, e impregnada de cierta rigidez. No procura ninguna forma de felicidad, ni siquiera un verdadero alivio, su acción es de otra índole: transformando la vida en una sucesión de formalidades, permite engañar. Por lo tanto, ayuda a los hombres a vivir, o al menos a no morir..., durante un tiempo.

La muerte, sin embargo, acaba imponiéndose, la armadura molecular se agrieta, el proceso de desintegración reanuda su curso. Sin duda es más rápido para quienes no han pertenecido nunca al mundo, los que nunca se han planteado vivir, ni amar ni ser amados; para quienes siempre han sabido que la vida no estaba a su alcance. Estos, y son muchos, no tienen nada que lamentar, como suele decirse; mi caso es distinto.

Yo podría haber hecho feliz a una mujer. Bueno, a dos: ya he dicho a cuáles. Todo estaba claro, sumamente claro, desde el principio; pero no lo tuvimos en cuenta. ¿Cedimos a ilusiones de libertad individual, de vida abierta, de posibilidades infinitas? Es posible, eran ideas propias del espíritu de la época; no las formalizamos, nos faltaban las ganas; nos conformamos con adaptarnos a ellas, con dejar que nos destruyeran; y luego, durante mucho tiempo, con padecerlas.

En realidad, Dios se ocupa de nosotros, piensa en nosotros a cada instante y nos da instrucciones a veces muy concretas. Esos arrebatos de amor que nos

embargan el pecho hasta cortarnos la respiración, esas iluminaciones, esos éxtasis, inexplicables si se considera nuestra naturaleza biológica, nuestra condición de simples primates, son signos extremadamente claros.

Y hoy entiendo el punto de vista de Cristo, su reiterada desesperación ante los corazones que se endurecen: tienen todas las señales y no las tienen en cuenta. ¿Es que de verdad hace falta, además, que dé mi vida por esos miserables? ¿Es que de verdad hay que ser tan explícito?

Se diría que sí.



**Michel Houellebecq** (1958) es poeta, ensayista y novelista, «la primera star literaria desde Sartre», según se escribió en *Le Nouvel Observateur*. Su primera novela, *Ampliación del campo de batalla* (1994), ganó el Premio Flore y fue muy bien recibida por la crítica española: «Una mirada lacerante –aunque repleta de humor– sobre el vacío vital de este fin de siglo» (Xavi Ayén, *La Vanguardia*); «Magnífica novela. Si Kafka nos descubrió en sus relatos el seco cañamazo del siglo XX de la burocracia, Houellebecq nos muestra, con espléndido pulso literario, los entresijos oscuros del siglo XXI de la informática y la presunta liberación sexual» (Xavier Lloveras, *El Periódico*). En mayo de 1998 recibió el Premio Nacional de las Letras, otorgado por el Ministerio de Cultura francés. Su segunda novela, *Las partículas elementales* (Premio Novembre, Premio de los Lectores de Les Inrockuptibles y mejor libro del año según la revista Lire), fue muy celebrada y polémica, así como *Plataforma*. Obtuvo el Premio Goncourt con *El mapa y el territorio*, que se tradujo en 36 países, y ha abordado el espinoso tema de la islamización de la sociedad europea en *Sumisión*. Las cinco novelas han sido publicadas por Anagrama, al igual que *Lanzarote*, *El mundo como supermercado*, *Enemigos públicos* (con Bernard-Henri Lévy), *Intervenciones* y los libros de poemas *Sobrevivir*, *El sentido de la lucha*, *La búsqueda de la felicidad* y *Renacimiento* (reunidos en el tomo *Poesía*) y *Configuración de la última orilla*. Houellebecq ha sido galardonado también con los

prestigiosos premios IMPAC (2002) y Schopenhauer (2004); en España recibió el Leteo (2005).

# NOTAS

[1] Jules, nombre propio, designa también, coloquialmente, a un novio o amante, como en *mon jules* (con minúscula), que significa «mi chico», y más en general se usa en el sentido de «un tío cualquiera» (*un jules*, sinónimo de *un mec*). (N. del T.) <<

[2] *Azote* significa «nitrógeno» en francés. (N. del T.) <<

[3] La cita textual en francés, entresacada de los *Pensamientos* de Pascal, es la siguiente: «*L’homme n’est ni ange, ni bête, et le malheur veut que qui veut faire l’ange fait la bête*» («El hombre no es ni un ángel ni un animal, y lo malo es que quien quiere obrar como un ángel obra como un animal»). (*N. del T.*) <<



[4] Charles Baudelaire, versos de «La invitación al viaje», poema LVI de *Las flores del mal*. (N. del T.) <<

[5] «Allí todo es orden y belleza, / lujo, calma y voluptuosidad», últimos versos de «La invitación al viaje». (*N. del T.*) <<